This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

UC-NRLF
B 3 772 212

NOVELISTAS

BERKELEY
LIBRARY
UNIVERSITY OF
CALIFORNIA

RECON

NOVELISTAS DEL SIGLO XVII

2269

NOVELISTAS

DEL SIGLO XVII

CON UNA

ADVERTENCIA PRELIMINAR

GREGORIO GUADAÑA

LOS TRES HERMANOS - EDUARDO, REY DE INGLATERRA

NADIE CREA DE LIGERO - LOS PRIMOS AMANTES

LA VENGADA Á SU PESAR

EL HERMANO INDISCRETO - EL CASTIGO DE LA MISERIA

EL DISFRAZADO

BARCELONA

BIBLIOTECA CLÁSICA ESPAÑOLA

DANIEL CORTEZO Y C.ª, *Ausias March*, 95

1884

Establecimiento tipográfico-editorial de Daniel Cortezo y C.ª

PG6253
N68

ADVERTENCIA PRELIMINAR

Publicados en nuestra Biblioteca «Arte y Letras» el *Marcos de Obregón*, y en esta misma colección clásica *El Gran Tacaño* de Quevedo, el *Quijote* de Avellaneda, y los *Tres Maridos burlados* de Tirso de Molina, entendemos continuar con este volumen la galería de novelistas españoles del siglo XVII, fecundo, como en todos los ramos de la literatura, en obras de entretenimiento. Mientras llega la ocasión de completar esta serie con otras muy principales del mismo género, damos hoy las de diversos autores menos conocidos, pero dignos de la fama que les concedieron sus contemporáneos.

Figuran entre ellos: Antonio Enríquez Gómez, autor de la *Vida de don Gregorio Guadaña*, obra original y notabilísima, basada en la opinión pitagórica de la transmigración de las almas, y escrita con singular agudeza y chiste; Diego de Agreda y Vargas, que escribió entre otras una colección de novelas cortas, de la cual entresacamos *El Hermano indiscreto* y *Eduardo, Rey de Inglaterra;* el Dr. Juan Pérez de Montalván, el discípulo querido de Lope de Vega y perseguido por Quevedo con mortíferos epígramas, dramaturgo y novelista, autor de los *Sucesos y prodigios de amor,* á que pertenece la narración que insertamos de *Los primos amantes;*

la no menos célebre escritora D.ª María Zayas de Sotomayor, cuya fama hicieron llegar hasta nosotros insignes autores nacionales, y aun algunos franceses, apropiándose la fábula de sus obras más leídas; Alonso del Castillo Solórzano, al cual se debe la ingeniosa y linda novelita *El Disfrazado;* y por fin Francisco Navarrete y Ribera, Andrés de Prado y Baltasar Mateo Velázquez, de quienes nuestros eruditos apenas han podido hallar más noticias que las de sus escasas pero apreciables obras.

En todas ellas se observan las cualidades de la genuina novela española, así en el rico y animado color con que se describen las costumbres de la época, como en los caracteres y dramáticos episodios que forman su argumento, y que dan tan exacta y fiel idea de aquellas, aunque de un modo indirecto y de ocasión, ya que los novelistas de entonces en toda Europa hacían consistir más principalmente el encanto del género en la narración de sucesos interesantes por lo extraordinarios y no comunes.

Los Editores.

VIDA

DE DON GREGORIO GUADAÑA

POR

ANTONIO ENRÍQUEZ GÓMEZ

CAPÍTULO PRIMERO

Cuenta don Gregorio su patria y genealogía

Si está de Dios que yo he de ser cronista de mi vida, vaya de historia.

Yo, señores míos, nací en Triana, un tiro de vista de Sevilla, por no tropezar en piedra. Mi padre fué doctor de medicina, y mi madre comadre; ella servía de sacar gente al mundo, y él de sacarlos del mundo; uno les daba cuna, y otro sepultura. Llamábase mi padre el doctor Guadaña, y mi madre la comadre de la Luz; él curaba lo mejor del lugar, y ella parteaba lo mejor de la ciudad; quiero decir, que él curaba al vuelo, y ella al tiento. Andaba mi padre en mula, y mi madre en mulo, por andar al revés, y todas las noches, después de vaciar las faldriqueras, se contaba el uno al otro lo nacido y lo muerto. No comían juntos, porque mi padre tenía asco de las manos de mi madre, y ella de sus ojos, por haberlos paseado por las cámaras ó aposentos de los enfermos. Cuando había algún parto secreto, el sobreparto curaba él, y el parto ella, y todo se quedaba en casa. Mi padre daba remedios para fingir opilaciones, y mi madre á los nueve meses desopilaba á todas.

Un tío mío, hermano de mi padre, era boticario, pero tan redomado, que haciendo un día su testamento, ordenaba que le diesen sepultura en una redoma por venderse por droga. Era su botica una piscina de ellas, y el ángel que la movía era mi padre; pero los pobres que caían en ella, en vez de llevar la cama á cuestas, los llevaban á ellos. No se daba manos mi tío á llenar su botica, ni mi padre á vaciarla; y entre los dos había cuenta de medio partir cada mes, por lo bebido y purgado. Si un enfermo había menester un jarabe, mi padre le recetaba diez, y si una medicina veinte; y con este arbitrio estaba de bote en bote la casa de dinero á pura receta baldía, igualando mi padre las enfermedades, pues todas gozaban igualmente de su providencia. Cuando un enfermo decía que no podía tomar purga, mi padre le hacía tomar píldoras, y si no gustaba de ellas, las comutaba á pócimas, y de no á jarabes; y cuando el enfermo estaba en su opinión, él se despedía; y de esta manera obligaba á todos á beber, ó á reventar, que todo es uno, cuanto recetaba. Nunca fué único en los remedios, porque hubo día de veinte y cuatro, á hora por remedio, ó á remedio por hora, y sin remedio los iba despachando á todos. Cuando él conocía una enfermedad corta, le largaba la rienda, y cuando caminaba mucho, se la tiraba, y entre andadura y trote, nunca la dejaba llegar á la posada de la salud, antes la rodeaba por el camino de la muerte, sesteando todos en casa de mi tío el boticario. Tasaba mi padre sus recetas como para sí; y solía muchas veces reñir con su hermano, con lo cual aseguraba los enfermos. Llamábase mi tío Ambrosio Jeringa, si bien á Jeringa le comutaron muchos á purgatorio, por los muchos que purgaban en su tienda los pecados de atrás.

Tenía mi madre un hermano cirujano; era la llave de mi padre, y con ella abría todo el lugar. Llamábase Quiterio Ventosilla. Era el hombre más dado á perros que ví en mi vida, porque hacía anatomía de cuantos topaba en la calle; perseguía aun después de muertos á los pobres del hospital, y no paraba hasta verles los hígados y sacarles las en-

trañas; solía decir que abriendo los muertos, sanaba los vivos; pero yo nunca le ví abrir ninguno que no le abriesen primero la sepultura. Era hombre tan carnicero, que el día que no cortaba carne partía huesos; hacía una sangría por excelencia ó por señoría; pero había de ser en ayunas, que después de haber bebido (porque él no comía jamás), de cinco picadas apenas acertaba una, y como mi padre le conocía la enfermedad, aplicábale la mañana por remedio. Era tan noble, que jamás sacó sangre baja; siempre picaba alto. Cuando sangraba del tobillo á alguna dama, asistía mi padre con una luz, y mi tío traía la sangre más peligrosa, á pesar de los humores más ocultos. Tenía á fuentes apestado el lugar, y así daba botones de fuego á los nacionales, como si no lo fueran; estaban reputadas sus tientas por tentaciones del diablo, y jamás abrió postema que no la hiciese. Alegrábase su alma cuando oía espadas en la calle, pero si no había heridos, decía que todos eran unos cobardes. Sus ungüentos eran bufones de las heridas, entretenían un año y dos las llagas; era grande alegrador de un casco, pero más del suyo.

Mi abuelo por parte de padre era sacamuelas; llamábase Toribio Quijada, y desempedraba una y aun dos á las mil maravillas. Solía ponerse en la plaza con un rosario de huesos al cuello, y hacía una oración tan piadosa, que la mayor parte de la gente estaba la boca abierta escuchándole. Limpiaba dientes y muelas con tal gracia, que nunca más se hallaban en la boca. Ninguno llegó á sus manos con dolor de muelas que no saliese con otro mayor. Disciplinaba una boca con agua tan fuerte, que duraba la llaga en cuanto había boca. Era destilador de cuantas aguas introdujo la malicia humana; sus redomas eran reliquias del Jordán, y llovían damas, y en su bolsa dinero, porque las mudase caras todas las noches; y él las mudaba de forma que no las conocían sus amantes sino cuando él quería. Quitaba canas, teñía mudas, y mudaba rostro á otro barrio cuando se lo pagaban. En esto de poner dientes era único, tan bien los ponía como los quitaba; pero en lo que ningu-

no le llevó ventaja fué en hacer ojos; podía uno quitarse los suyos por ponerse los que hacía, y era tan letrado en esta materia, que con haber hecho dos mil tuertos derechos, ninguno veía la claridad de su justicia.

Mi abuela, por parte de madre, se llamaba Aldonza Cristel, y tenía por oficio ayudar con ellos á las damas: Tenía la mano tan hecha á deshacer agravios retenidos, que no había dama por delicada que fuese que no fiase de ella en ausencia y en presencia su peligro. En su mocedad fué un lince, y conservaba los ojos tan claros, que no se le escapaba el más oscuro. Tenía en su casa dos baños, no los de la reina mora, por ser cristianos los que se bañaban en ellos; pero en el aseo, limpieza y libertad no debían nada á los del gran turco. Poseía el secreto de un agua tan excelente, que la más estéril se hacía fecunda á los primeros tres vasos; gustaban mucho las cortesanas de esta agua, porque era destilada por unos arcaduces de tal artificio, que mal año para el de Juanelo.

Una prima hermana mía, hija de mi tío el cirujano Ambrosio Jeringa, era maestra de niñas; llamábase Belona Lagartija, y era tan extremada en todo género de costura, que labraba un enredo de noche sobre la almohada, tan bien como de día le zurcía. Tenía á cargo algunas niñas, no tan niñas que no tuviesen niños que las llevasen y trajesen de la escuela. Era la señora mi prima tan prima en la bucólica doctrina, que después de haber juntado sus discípulas las meriendas, se las comía. Tenía arte y natural de robar los corazones á todos sin ser gavilana. Era dama tan gentil, que idolatraba una estafa mejor que al sol; y presumía tanto de serlo, que traía pendientes de sus rayos los mejores planetas del lugar, y yo entre ellos, hacía junta de sus discípulas, y cantábales la cartilla en dos palabras. Ninguna salió de sus manos que no supiese bordar un embuste tan bien como Celestina; prendíase de forma, que soltaba cuando quería. Azotaba sus niñas cuando venían tarde, y hasta que derramaban mil lágrimas no cesaba el castigo; jurábasela con el dedo si no ganaban la

palmatoria; y como á ella no le tocaba la palma por no ser mártir, quería hacer notoria su virginidad. Muchas mocitas iban á su escuela por aprender labor, y principalmente por saber hacer puntas y encajes; y llevaban hecha la costura, el encaje y la punta, tan perfectos, que sus dueños lo juzgaban por hecho en casa. Era la suya de grande recogimiento; nunca consentía que sus discípulas holgasen; siempre trabajaban con la aguja en la mano de noche y de día. Gustaba mucho que sus niñas se tocasen bien, y en razón de posturas, reverencias y gestos era única, y temíanla tanto, que cuando las enseñaba, ninguna se meneaba sin su licencia. Cuando venía á su escuela algún galán á hablar con su parienta, los mandaba hablar juntos en otra pieza, porque las otras muchachas no perdiesen su labor escuchando la plática, que siempre fué amiga de dar buenos ejemplos.

Un primo mío, hijo de mi tío el boticario Ambrosio Jeringa, era alquimista; llamábase Crisóstomo Candil, y solo le faltaba quemarse á sí para hallar la piedra filosofal, porque él lo era. Había traído gran cantidad de orates engañados sobre convertir las piedras en oro, y como no se convertían, las habían dado por heréticas, y á él también. Era su casa el último cuartel del infierno, donde penaban los metales los pecados de mi primo. Era el diablo filosofal cuando se ponía á martirizar los mixtos y los simples, siendo el mayor que alimentó la ignorancia. Un día riñó con un criado suyo sobre que no podía meter en los cascos la piedra que tantos buscaban; rióse el mozo, y él le tiró unas tenazas que tenía en la mano; el criado, sentido del golpe, oyéndole decir que no hallaba la piedra, le tiró una que tenía, y metióle en los cascos la piedra mortal, en lugar de la filosofal, y púsole en peligro de ir á buscarla al infierno. Había gastado la botica de su padre en estas locuras, pero la botica daba para todo, y aunque no lo diera, él esperaba restaurarla á puro acrisolar disparates. Bullía como un azogue á fuerza de tratar con él, y tenía trasladadas á su casa las minas de Almaden con calidad de dar su

alma á la piedra filosofal, á quien adoraba por fe, aunque mala. Tenía hecho pacto con la fragua de morir en ella, tanto la quería, por haberle robado con el mucho amor ó calor el poco juicio que tenía.

Mi bisabuelo, por parte de padre, era saludador; llamábase Estefanio Ensalmo, y su mujer Casilda Pomada. Nació con tal gracia mi bisabuelo, que desde la barriga de su madre venía soplando; aprendió este oficio con un alguacil de los vagabundos en Sevilla, y de un soplo suyo resucitaba un proceso. Ninguno le llevó ventaja en soplar hacia dentro; era la destrucción del vino, pero pareciéndole mal soplar en secreto, determinó de soplar en público; armóse de la hechura de un crucifijo de latón y púsose en el arenal de Sevilla á saludar bolsas.

Tenía un muchacho hecho á la mano; este en achaque de rabiar se le ponía delante, pidiéndole soplase; él besaba la cruz tres veces, que nunca se vió con tan mala paz; y con grande admiración, dando voces á la gente, diciendo que se apartasen de aquel muchacho que rabiaba, le disparaba tan cruel tabagada, que daba con él en tierra; acudía luego con un calvario de cruces, levantábase el muchacho, y con este arbitrio llovían ignorantes á comprarle el aliento á peso de plata. Solía, cuando saludaba de mal de rabia, arrimarse al paciente que no la tenía, y sacábale la bolsa por ensalmo; y cuando el pobre la hallaba menos, rabiaba de veras. Cuando saludaba ganado era de noche, y era meter dos zorras á saludar ovejas; nunca se limpiaba de vino, como otros de calentura. Solía untarse los piés con un betún fuerte, y entraba por una barra ardiendo como por flores; pero descuidándose un día de no untarse, por estar hecho una uva, le saludó el fuego de forma que ninguno le viera hacer el canario que no dijera que rabiaba; y por más soplos que daba, el fuego no se quería dar por saludado. No se levantó de la cama en seis meses, y no por eso dejaba de saludar á Cazalla seis veces cada día; y si san Martín estuviera cerca, hiciera lo mismo. Dió un tiempo en ser hipócrita, por no correrle bien el oficio de salu-

dador. Armóse de una lamparilla, y andaba de noche pidiendo para las ánimas, y la primera que metía era la suya. Tenía una voz como un clarín; solía ponerse en la plaza de San Francisco, entre once y doce de la noche, y hacía llorar á los escribanos los pecados de aquel día, que no era poco. Tenía un amigo tabernero, que le tomaba cuenta de la demanda, y él del vino; habíase vestido un saco, con que llevaba á saco todas las bolsas; llamábanle por la ciudad el hermano Estefanio, y no tuvo tantos la santa Hermandad. Tenía ojeriza todas las noches con la Cabeza del rey don Pedro, que está en el Candilejo, hecha de mármol; poníase frontero de ella, y atemorizaba el barrio pidiendo para él; y como un poeta que vivía en lo alto de la casa buscase soledad y silencio para hacer sus versos, enfadado de oir tan insolente demanda, le llamó, diciendo:

—Hermano, apare limosna.

Él, que oyó la voz del primer cuarto de las estrellas, tomando su gabán ó capa larga con ambas manos, dijo con voz dolorosa:

—Eche, hermano, que Dios se lo pagará.

El poeta, con no pequeña devoción, le dejó caer de lo alto la alhaja más servicial que tenía en casa, y puso á mi abuelo como una basura; él, que se vió dentro de Mérida en tan poco tiempo, empezó á privarse de razón, diciendo que bajase á deshacer el agravio que le había hecho; á cuyas quejas el poeta, sacando un candil que daba luz á sus versos, le dijo:

—Hermano, ¿halló la limosma? ¿Quiere luz?

Y cerrando la ventana, lo dejó á oscuras. Quedó tan escarmentado de esta burla, que ni aun de día pasaba por la Cabeza del rey don Pedro.

Mi bisabuela tiraba por otro rumbo; era barbera de las damas, quiero decir, que les quitaba el vello, y á veces el pellejo; pintaba cejas, hacía mudas, aderezaba pasas, forjaba arreboles, bañaba soles, ponía lunares, y preparaba solimán; el inocente rostro que se ponía en sus manos, si

no salía mártir, salía confesor; anochecían en su casa las viejas palomas, y salían cuervos; en esto de sacar manchas era única, quitaba las de la cara, pero no las del cuerpo. Últimamente, no pretendo cansar á vuesas mercedes con brujulear más la baraja de mi honrada genealogía, pues era proceder infinito y dar con la que tuvo Adán en el campo damasceno. Estos fueron los más honrados de mi linaje, de cuyos oficios saqué mis armas; bien podía mi vanidad pintar en su escudo zorras, zorrillas, perros, gavilanes, castillos y otras sabandijas, pero sería igualarme, y aun condenarme, por la vía ordinaria; la guadaña y el orinal saqué de mi padre, las muelas de mi tío, las redomas de mi boticario, y á este paso los demás con que adorno el escudo de mis armas; si soy bien nacido, dirá el capítulo que se sigue, y si tengo nobleza, lo dirán mis obras en el discurso de mi vida, pues á mi flaco juicio, el más bien nacido fué siempre el que vive mejor.

CAPÍTULO II

Cuenta don Gregorio su nacimiento prodigioso

Mis padres no tuvieron hijos en más de doce años de matrimonio, y un día dijo mi padre á mi buena madre:

—¿Cómo es posible, Brígida de la Luz (este era su nombre), que habiendo vos hecho parir á tantas, no os apliqueis á parir?

—Mirad, doctor—respondió ella—de la misma suerte que vos matais y os quedais vivo, hago yo con mis comadres; hágolas parir, pero quédome sin parir.

—Según eso—dijo él—cuando yo me muera, parireis vos.

—Puede ser—respondió ella.

Enojóse mi padre, y cada día andaban al morro sobre mi concepción; ella decía que no había de parir, y él que sí, y yo los enfadaba antes de nacido.

—Mirad, Brígida—decía mi padre—no hay gusto como tener hijos; esta hacienda que gozamos ¿á quién la podemos dejar sino á nosotros mismos?

—Doctor—respondió ella—¿si vos no empreñais, cómo puedo yo parir?

—¡Luego en mí está la falta!—replicaba él.

—Bueno es eso—respondió ella—¡pues qué, en mí! No probareis vos eso, aunque revolvais todos los libros de la medicina.

—Si vos os echárades una bizma—decía mi padre—no anduviéramos cada día en estas disputas.

—¿Yo bizma?—respondió ella—echáosla vos que necesitais de ella, que mi madre, buen siglo haya su alma, no contentándose de haberme parido, se echó una, y reventó antes del parto; y no me está á cuento tener herederos tan á mi costa.

—Pues algún remedio se ha de dar—decía mi padre—para que os metais en cinta.

—Meteos vos en la razón—respondía ella—que yo no gusto de partos con artificio, que no soy Juanelo, y no penseis que fundo mal mi razón; porque los hijos han de venir naturalmente, y no con tramoyas como parto de comedia.

—Si yo supiera—decía mi padre—que la falta estaba en mí, yo buscara remedio suficiente para tener hijos.

—Doctor—replicaba mi madre—no andemos engañando la naturaleza; haced vuestra diligencia como manda Dios, y no como ordena el diablo, y pues teneis potencia para matar, tenedla para engendrar, y no me deis materia para que busque otra forma.

Estas y otras pláticas solían tener mis padres sobre faltarles heredero, según me contaron después, hasta que un día estando mi madre bien descuidada, yo llamé á la puerta de su estómago con un vómito. Bien temía ella mi venida, habiéndola faltado el correo ordinario tres meses sin carta mía; entró mi padre por la sala cuando ella estaba con el ansia, y díjola:

—¿Qué teneis, Brígida?

—Doctor—respondió ella—tengo ansias de heredero.

—Buenas nuevas os dé Dios—replicó él.

Tomóla el pulso, y confirmóle el preñado con tanta alegría como si yo estuviera fuera llamándole taita. Dió mi

madre en ser antojadiza, y un día dijo que la trajesen el ave fénix. Mi padre, por no deshacerme antes de tiempo, buscó un ave exquisita de la India, y no contenta de habérsela guisado á su modo, se le antojó antes de probarla morder á mi padre en el pescuezo. Otorgó el pobre con harto dolor de su alma, y aun de su cuerpo. Hincó el diente mi madre diciendo:

—Doctor, pues quisisteis heredero, y no le trajisteis el ave fénix, servidle de avecena.

En fin, el antojo le hizo otro en el testuz, saliendo mi padre con la marca de su heredero, si bien por no conocerme me compraba tan á su costa.

Dí en ser tan entremetido desde el vientre de mi madre, que no la dejaba dormir de noche á puras coces; era un diablo encarnado. Solía meterme entre las dos caderas, y ella daba unas voces tan fuertes, que las ponía en la vecindad, por no enfadar al cielo. Cuando ella estaba descuidada, solía yo darle una vuelta al aposento de su vientre y revolverla hasta las entrañas.

—Doctor—decía rabiando—¿qué Roberto el Diablo me habeis metido en el cuerpo?

—Jesús mil veces—decía él—estais endemoniada.

—Estoy endoctorada, que es peor—respondía ella;—en mi juicio estaba yo de no tomar bizma.

—Bizma—decía mi padre—pues ¿cuándo la tomastes?

—Pecadora de mí—decía ella—¿tan flaco sois de memoria que no os acordais? Heredada tengais el alma de Galeno, que así disteis heredero á mi vida tan sin pensar; aconsejaos con toda la medicina, y mirad si con otra bizma se puede remediar esta, que así la podré yo llevar como volar. ¿Quién me hizo de comadre madre, y de estéril fecunda? Sin duda que el fruto de mi vientre es de casta de encinas, pues si ellas lo dan á palos, yo á coces; no, no ha de pasar así por el siglo de mi abuela, que pues vos fuisteis el autor de mi daño, que lo habeis de remediar, ó sobre eso morena, blanca ó negra.

—Brígida—decía mi padre—á los nueve meses, como vos

sabeis, se quita ese dolor; la mejor bizma que podeis tomar ahora es el tiempo; sosegaos, que después de pasada la tormenta amanecerá en el puerto de vuestros brazos un infante, y entonces no os hallareis de gozo.

—Ya yo sé—replicó ella—que no me hallaré entonces, porque me habré ido para la otra vida. Pero en lo que toca á ser infante, malos años para vos; infante ha de ser, y como tal se está ensayando para revolver el mundo. Qué, ¿quereis un doctorico? No, no os vereis en esto; ahito está el mundo de doctores, y no de comadres. No le faltaba más á Brígida de la Luz sino parir un hijo hermafrodita, medio doctor y medio comadre. No, mejor cuadra á la mujer ser doctora y comadre, que al varón ser comadre y doctor.

—Pecadora de vos—respondía él—¿no veis que la hija no levanta la generación, y el hijo sí?

—Ya yo sé—respondió ella—que una hija no levanta lo que levanta un varón; pero tal vez una sola mujer ha levantado á muchos hombres del polvo de la tierra y puéstolos en el cuerno de la luna.

—Mirad—decía mi padre—para parir hija, mejor fuera que no hubiérades tomado bizma.

—Ese es el pago que vos me dareis—respondió ella;—pues hija ha de ser, aunque os pese.

Últimamente, en estas disputas llegó la hora de enfadarme yo de la posada; comencé á sacudir las túnicas de la vida para vestirme las de la muerte. Mi madre, como maestra de tales actos, empezó á quejarse de mi atrevimiento; llenóse la casa de vecinas, las cuales por hacer compañía á mi madre cuando ella pujaba por echarme de sí, pujaban todas, y algunas parían antes que mi madre. Dí en que había de nacer de piés, por no venir rodando de cabeza, como hacen todos. Avisó la comadre, discípula de mi madre, á mi padre de este trabajo, profetizando un parto peligroso, como si no lo fueran todos, pues salen á morir. Rogábanme que yo diese una vuelta, como si fuera podenco, y yo quedo que quedo, plantándome piés firmes en el vientre de mi madre.

—Ea, amiga—decía la sota-comadre—maestra sois, valeos de vuestra ciencia.

—¿Qué ciencia, pecadora de mí—respondió mi madre—si ese ladrón de doctor me la quitó con una bizma?

Entonces las vecinas, unas llorando, otras rabiando, decían:

—Puje, señora comadre, que le va la vida; salga de piés ó de cabeza, échelo fuera.

—No puedo—decía mi madre.

—Pues ha de poder—replicaba su discípula rascándome los piés.

Y yo erre que erre.

Llamaron á mi tío el cirujano y algunos médicos amigos de mi padre; hicieron junta sobre mí aun antes de nacido: tales son los médicos, que aun allí tienen jurisdicción sobre nuestras vidas. Dieron á mi madre muerta si no me sacaban hecho cuartos, como si yo hubiera cometido algún crimen de lesa majestad. Mi padre decía á voces que abriesen á mi madre por medio, si querían que yo saliese vivo; oyólo ella, que no estaba tan muerta, y dijo:

—Abierto tengais el corazón; dejadme viva, que si esta bizma salió mala, otra saldrá buena.

Resolviéronse á que me pescasen con anzuelo, como si fuera barbo; empezó mi tío á sacar garfios para sacar del pozo de mi madre el caldero de su hijo. Olí el fruto de Vizcaya, púseme de piés juntillas, deseando salir de aquel peligro, pidió pujos la comadre, y á dos rempujones me arrojó mi madre de la ventana de la muerte á la calle de la vida. Empezaron todos á reir, y yo á llorar.

—Aquiétense—dijo mi madre—que no ha salido todo.

Era así la verdad, porque yo venía preso de ciertas damas, á quien todos rinden parias, y hacíanse tanto de rogar estas señoras, que estuve por meterme otra vez en el vientre de mi madre para sacarlas fuera. En fin, salieron, y en pago de su rebeldía las quemaron. Pidió albricias la comadre habiéndome tentado; mi tío el boticario le prometió una jeringa, mi padre una receta, y mi cirujano una san-

gría para mayo; ella lo estimó, porque sabía que le daban de lo mejor que vendían en sus tiendas.

Empezaron todos á alabar mi hermosura; unos decían que parecía á mi madre, otros que á mi padre, otros que á mi abuela, otros que á mi abuelo, otros que á ninguno, y todos decían verdad; empezaron juntamente á paladearme con miel por engañar el acíbar que me tenía aparejado el señor mundo. Vistiéronme la primera mortaja, y empecé á jurar de cadáver y á recibir por cuenta la respiración del aire. ¡Quién dijera que después de nueve meses de cárcel me diesen libertad en otra más oscura!

Ordenaron de darme ama; hubo en esto diversos pareceres sobre la leche; llovía Galicia gallegas, y todas sobre un espejo daban rayos de vino disfrazado en cuajo; últimamente, entregaron mi inocencia á una que pudiera apostar á beber en secreto con el mayor hipócrita. Empecé á aplicar mis labios á sus dos pechos, tan grandes, que parecían alcabalas de Baco; la cara de mi ama no diferenciaba de la de una loba, como lo era; metiéronme en la cuna, primera sepultura del hombre, y con toda la música de Galicia no me harían dormir si yo daba en llorar.

Ordenaron que durmiese con aquel pellejo que me alimentaba, y una noche que mi gallega tenía cuatro dedos de vino sobre los sesos, me quiso arropar con todo su cuerpo; pero yo que había bebido gran cantidad de mosto, empecé á levantar el chillido de tal suerte, que levanté la casa, cuanto y más los que dormían en ella. Acudió mi madre y sus criadas, y llegándose á la cama, me hallaron debajo de aquella cuba casi para espirar; quitáronme la pesadilla que tenía encima, riñeron al ama, y pusiéronme en la cuna para que buscase la rebusca que le había quedado á mi gallega. No la despidieron, porque dijeron los médicos que no mudasen de amas si no querían que yo mudase de vida. En fin, no quiero enfadar á vuesas mercedes con mis niñeces por hallarme tan hombre; sólo diré que mis padres me dieron por nombre don Gregorio Guadaña; cuando niño me llamaban Gregorico, cuando mu-

chacho Gregorillo, y cuando hombre Gregorio; subíme de hora en hora sobre veinte y dos años; en ellos fuí al estudio; aprendí lo que no sé, y estudié lo que sé, con que lo digo todo.

CAPÍTULO III

Viaje de don Gregorio, de Sevilla á Madrid, y lo que le sucedió en Carmona

Mis padres querían que yo estudiase para letrado; yo partí como piadoso á los estudios: la mitad de ellos dí á la memoria, y la otra mitad á los libros. Parecióme la vida de los letrados peligrosa, respecto de los muchos pareceres; sin embargo, estilo suyo, dije á mis padres que quería ir á acabar mis estudios á Salamanca y graduarme de doctor en su universidad; parecióles bien mis buenos deseos; buscáronme letras para Madrid; púseme á la ley de la partida, y salí de Sevilla el último día de Pascua de flores; iba yo muy á lo noble con mi explorador de á caballo delante en una mula llamada la andadora. Al llegar á los caños de Carmona encontramos con un juez persiguidor, digo pesquisidor, con sus ángeles de guarda, escribano y alguacil. Preguntóme muy á lo saludador á dónde caminaba. Yo le respondí que á la corte.

—Iremos sirviendo á usted—me respondió—que allá vamos todos.

Dile las gracias por la merced que me hacía de llevarme en su compañía. Alentóse la plática, y preguntéle qué ne-

gocio le había obligado á salir de Sevilla. Él me respondió:

—Señor mío, yo soy juez por su majestad y natural de Madrid; habrá dos años que vine á Sevilla á castigar ciertos agresores que habían muerto un caballero alevosamente.

—¿Qué usted es—le repliqué—el señor don... don..., yo no le conocía.

—Don Juan de Liarte soy para servir á usted—me respondió de nuevo.

Le dije:

—Ofrezco mi persona al servicio de usted, que deseaba conocerle por la gran fama de juez y caballero que deja en Sevilla.

—Por lo menos—replicó él—aunque mis émulos quieran oscurecer el sol de mi justicia, no podrán por los muchos rayos que han salido de ella.

—Esos he visto yo—le repliqué—en los muchos que usted deja azotados, colgados y echados á galeras.

—Huélgome que sea testigo de vista—me respondió—que no me será de daño en el consejo su testimonio. Ha costado esta muerte más de cuarenta.

—Pues ¿cómo?—dije yo—¿todos mataron á ese caballero?

—No le mataron—replicó—pero eran amigos de los matadores, á quien no pude coger por haberse pasado á Indias.

—Lo que yo oí decir en Sevilla—le respondí—es que usted los tenía en la cárcel Real, y que se le escaparon al alcaide, y él con ellos.

—Así es—dijo él—y no faltaron malas lenguas que publicaron haber sido yo el primer movedor de esa danza; pero costóles salir á vergüenza pública, y algunos fueron á galeras, para escarmiento de muchos que hablan de la justicia como si dominaran sobre ella.

—Usted hizo como quien es—le dije—en sacar á limpio su honra; pero tal vez el juez se fía del escribano, y sin tener culpa en el cohecho, le culpan en el hecho.

No bien había soltado la palabra de la boca, cuando me la cogió al vuelo el escribano, diciendo:

—Esos escribanos, señor hidalgo, más son escribas que ministros de fe; yo soy el secretario Arenillas, y no es el sol más limpio cuando da testimonio al día de su luz que yo.

—No, por vida de... Suplico á usted no se altere—le respondí—que lo que dije fué hablando en general, y no en particular; no obstante que cuando el juez esté libre y el escribano, hay alguacil...

—¿Cómo alguacil?—replicó el mismo alguacil—¿conóceme usted?

Yo le dije:

—No conozco á usted sino es para servirle.

—Pues yo soy (esto dijo hecho un diablo) el alguacil Torote, y tengo tan hecha la mano á prender ladrones como á castigar deslenguados.

Yo reparé que tenía mi lengua en la boca; y así no me dí por entendido, pues hablaba con deslenguados. Metióse el juez de por medio, y dijo:

—Este caballero habla muy cortésmente; discurre sobre la materia sin nombrar partes, y así ninguno se debe agraviar de aquello que no le toca.

Aseguro á vuesas mercedes, señorías, excelencias y demás dignidades que leyeren mi historia, que si yo tuviera poder sobre los tres, que los mandara colgar sin otra información, porque se sintieron de manera, que les conocí el delito tan bien como ellos lo habían ejecutado.

Mudamos plática por haber conocido la teórica, cuando llegó á nosotros á toda prisa un hombre algo poblado de barba en una mula, parienta de andadura; saludónos y saludámosle, que como á mí me venía de casta, lo hacía soberanamente; preguntéle adónde caminaba, y respondió que á Madrid. Como le ví tan barbón, le marqué por letrado, como lo era; mi juez cuando lo supo quedó contentísimo por llevar la audiencia cabal; preguntéle qué negocio le sacaba de Sevilla á la corte; y respondióme que iba

á reformar todas las leyes de los jurisconsultos sin quedar ninguna. Rióse el juez, y reímonos todos; y sin dejar el tema, nos quiso hablar en latín, y metióse en Babilonia de hoz y de coz; hablaba setenta y dos lenguas juntas y no hablaba ninguna, y de cuando en cuando decía:

—Si á mí me dejaran purgar las leyes, yo baldara á Baldo y á cuantos le siguen.

No me pareció mal la postrera razón, y quisiera que la pusieran luego por obra para que le desterraran á él el primero. El escribano era uno de los lindos y feos bellacos que levantaron testimonio á su signo, y conociendo el humor, le dijo:

—Señor licenciado, quisiera informar á usted de un pleito en que vamos dudosos todos los de la compañía.

—Informe—le respondió;—que el parecer que yo le diere, será sentencia definitiva.

—Pues suplícole esté atento—dijo el escribano;—que me va no menos que la vida, la honra y la hacienda. Yo, señor, soy natural de Valparaíso; mi padre se casó dos veces, una por orden de Dios, y otra por gusto del diablo; del legítimo matrimonio salí yo, y del bastardo otro tan bastardo, que era zurdo; mi abuela, por parte de madre, zurda también, por cierta enemistad que tuvo con mi padre, dejó todos sus bienes á la bastardía. Yo, que me llamaba del propio nombre, dí en ser zurdo; pero un hermano de mi abuela, letrado y zurdo, se opuso á los bienes, diciendo que su hermana no podía dejarlos á sus nietos, por cuanto él era hombre de leyes y las hacía; apenas metió la primera petición, cuando una hija de mi abuela, pero no de mi abuelo, zurda también, sale y dice que ella es legítima heredera de los tales bienes, y que en cuanto á la cláusula del testamento de su madre, que manda no herede hombre ni mujer derecho, alega ser ella zurda en grado superlativo aun antes de nacer, porque su padre la engendró á zurdas.

—Téngase usted—dijo el letrado—¿cuántos zurdos se oponen á estos bienes?

—Cuatro hasta ahora—respondió el escribano.

—Pues ¿hay más?—replicó el letrado.

—Suplícole esté atento—dijo Arenillas—que yo haré el caso derecho.

Digo que estando el pleito en este estado, un hipócrita zurdo, de estos que piden para sus ánimas, se opone, y dice que mi abuela, en el último vale de su vida, principio de su muerte, hizo un codicilo, por el cual manda revocar el testamento, y deja á una ermita que gobierna todos sus bienes. Nosotros, que vimos desgobernado el pleito, dimos el codicilo por falso; pero el juez, que era hombre de capricho, proveyó un auto diciendo que atento que mi abuela en uno y otro testamento se funda en dar los bienes al más zurdo, que aquel que probare serlo mejor, ese se lleve los bienes. El bastardo alega y dice que él es engendrado en pecado, y que no puede haber mayor zurdo que el pecado. El letrado dice que él tuerce el derecho, y que no puede haber mayor zurdo que el que hace el derecho tuerto. Yo, que soy escribano, digo que vuelvo un pleito lo de dentro afuera, y que no puede haber mayor zurdo que el que vuelve la verdad en mentira. El hipócrita dice que es un diablo, y le tienen por santo; y que no puede haber mayor zurdo que el que vuelve lo humano divino. La mujer alega y dice que ella es mujer y zurda, y que diga todo hombre si puede una mujer hacer cosa á derechas.

—Esa zurda—dijo el letrado—funda mejor su opinión á pagar de mis leyes.

—¿En qué lo funda?—respondió el escribano.

—Fúndolo—dijo el letrado—en que Eva fué sacada del lado izquierdo de Adán; y fúndolo en que la manzana que le dió fué con la mano zurda, porque si fuera con la derecha Adán no la comiera.

—Víctor—dijimos todos—que ha dado la sentencia como jurisconsulto teologal. Nosotros quedamos contentos, y él pagado de su parecer, que no fué poco.

Llegamos con este y otros pleitos á Carmona, saliónos á

recibir una cuba andando; era la huéspeda, y tenía aposentadas sobre sí cosa de treinta quintales de carne sin hueso, propia para despensa. Si yo fuera á Roma por algún breve, brevemente había llegado á sus narices; los ojos estaban penando en dos sumideros; sus pechos eran tan pesados, que no podía la monarquía de su cuerpo con ellos; su boca tenía un chirlo de cuarenta puntos, y cuando se reía se le podían ver los hígados y aún comérselos también. Era tan calurosa, que siempre se estaba bañando en el sudor de sí misma, pero el agua salía de una fuente tan sucia, que solo la podía oler el mesonero; á su lado venía la criada, no tan criada que no tuviese criados, si bien con el mucho trabajo estaba tan flaca, que parecía bujía en la mano de su ama; no ví moza más descarada en mi vida, porque no la tenía. El escribano dijo ser espíritu visible, el letrado respondió visible, ni aun invisible. El juez no la vió con traer anteojos de larga vista; yo, si la ví, ya no me acuerdo; en fin, yo la he pintado algo, y me pesa porque no era nada.

Apeámonos, y salió de un aposento el mesonero; yo cuando le ví me admiré de haber llegado á Sierra Morena tan presto. Traía un sombrero grande, y él lo era, porque nunca se lo quitaba; con un pellejo de ante traía vestido el suyo, y sobre él una daga tan ancha como su conciencia, y más larga que su vida; había sido Malco en cierto prendimiento, y traía cortada la oreja derecha por milagro; el un bigote llegaba á la huérfana oreja izquierda, y el otro buscaba la derecha por el cogote, y no la hallaba; las narices largas y anchas; solamente le faltaba tener los ojos rasgados para que no luciesen tanto unas negras y oscuras niñas que tenía en ellos; miraba atravesado, y si lo estuviera pareciera mejor.

— Sean bien venidos voacedes — nos dijo — caballeros.

Como yo estaba apeado de mi andadura, no me dí por entendido; pero el letrado, que era acaballerado y siempre andaba en sí mismo, le dijo:

— Huésped, el señor don Juan de Liarte es juez pesqui-

sidor por su majestad, y así vea dónde se ha de aposentar.

Dióle cuartana al mesonero, porque para su vida lo mismo era ser pesquisidor que inquisidor; los demás del mesón andaban barajándose las palabras; yo conocí el juego, y dije á la huéspeda aderezase de comer, que habíamos de ir luego nuestra jornada. Resucitaron todos, porque entendieron que mi juez les iba á juzgar las almas ó las bolsas á los del lugar. Estando á la mesa, dicen que se llegó á mí la criada, que yo no la ví, y me dijo al oído:

—Señor, ¿este licenciado, que ya le conocía, es chino ó indio?

—Amiga—le respondí yo con el mismo secreto—es griego.

La moza lo publicó por el lugar, y con la novedad de ver un letrado griego, que no lo era, se llenó el mesón de gente. Entre los que vinieron á verle fué otro letrado del lugar, tan derecho como él. Apenas le dijo el mesonero quién era nuestro abogado, cuando le saludó en latín; él le respondió tan bien ó tan mal, que el otro volvió la cara á un amigo suyo, y le dijo:

—Verdad nos han dicho, porque me respondió en griego.

Yo solté la risa, y si la dejo correr, se me fuera á Grecia.

—Señor—dijo el abogado del lugar—aunque sea atrevimiento, quisiera preguntar á usted si há mucho que salió de Grecia.

—Señor mío—le respondió nuestro abogado—nunca estuve en ese reino, y así no sabré dar á usted razón de lo que me pregunta.

Yo aparté á un lado al de Carmona, y díjele:

—Señor, este jurisconsulto griego es persona de calidad, y viene encubierto á ver y hablar á su majestad y á enmendar todas las leyes y ponerlas más griegas de lo que están; y así suplico á usted le dé por excusado, si no le respondiere á propósito.

—Pésame—dijo—porque tengo un hermano en Grecia, y quisiera preguntarle si le conocía; ¿trae algún criado?

—No trae criado—le dije yo—sino una mula, griega también, y nos ha certificado que habla tan buen griego como él, por ser costumbre de Grecia enseñar á hablar á los animales como si fueran papagayos.

—¿Es posible—me respondió—que habla griego la mula?

—Sí—dije—y dan la razón diciendo que la burra de Balán aportó al país de Grecia, y dejó esta especie de animales. Si usted, señor licenciado, sabe algo de griego, éntre la caballeriza y llámela, que á buen seguro le responda.

—Si ella supiera latín, yo entrara—me respondió—pero de griego sé poco, y temo que mis frasis no los entienda la mula; pero con licencia de usted quiero entrar á verla.

—No tiene que tomarse este trabajo—dije yo—que ya la saca el mozo del mesón á darla de beber.

No bien habían salido todas, cuando me preguntó cuál era; yo le dije:

—Aquella rucia postrera.

Él quiso hablarla en italiano, y respondióle en gallego; pero si como sonó la voz de la herradura en la pared, sonara en la cabeza, brevemente le metiera el griego en los cascos, y le sacara el latín. Fuésele al pobre toda la sangre al corazón, y yo le dije:

—Señor licenciado, no se admire de la respuesta de la mula, que como no le habló en griego, se picó de la mano como otros del pié.

No me respondió palabra, antes saliéndose de la posada haciendo cruces, iba diciendo:

—Jesús mil veces, hoy es el día de mi nacimiento; no más burlas con mulas griegas, que hablan por detrás.

Apenas hubo salido, pues llevaba hartas, cuando se apeó en el mesón por la posta un correo de Madrid; salió á reconocerlo nuestro alguacil, y los dos se abrazaron

estrechamente. Preguntó el llegado por el juez; salió al punto del aposento, y el correo le presentó un pliego del Consejo, abrióle y vió que le ordenaba se viniese á Carmona á prender dos caballeros, de los cuales haremos mención adelante, que importaba al servicio del Rey; diónos parte á mí y al letrado de su detención, y que le pesaba mucho no poder ir en nuestra compañía sirviéndonos hasta Madrid. Yo le respondí que de ninguna manera le había de dejar, aunque la comisión durase un año; el licenciado dijo lo propio, y él nos aseguró después de muchos cumplimientos, que no tardaría seis días en Carmona.

Poco le faltó al mesonero para ahorcarse antes de tiempo, cuando oyó que el juez se le quedaba en casa; la huéspeda se desmayó de mal de justicia, la moza solamente se alegraba de ver gente de pelo en casa, á quien ella imaginaba quitar algunas motas; tomamos posesión en lo mejor de aquel palacio, y no tardó mucho que no llegasen á él dos coches de camino, con gente pasajera para Madrid; el uno de ellos venía vacío con pacto hecho de parar en Carmona seis días para llenarse.

El primero que salió del coche fué un fraile de San Jerónimo, tan parecido á la huéspeda en lo grueso, que no dijeran sino que los dos se habían amasado en una artesa; el segundo fué un mal soldado, tan hermanísimo del huésped, que dudé si era lo mismo; el tercero era un estadista, hombre de capricho y de consejo; el cuarto un filósofo, el mayor orate que oró á la naturaleza en esta vida y en la otra; la quinta era una vieja, y la sexta (número peligroso para tales sujetos) una niña al uso con más hermosura que años, y más experiencia que días. Dióle la mano al bajar del coche el estadista, y ella le dijo:

—Señor don Crisóstomo, mejor materia de estado es subir que bajar.

—Mi señora doña Beatriz—le respondió—esa regla no toca á las damas, pues más son las que suben que las que bajan.

El filósofo dijo:

—Ese argumento defenderé yo, siendo las mujeres de naturaleza del fuego, que siempre buscan lo más alto.

El soldado iba á dar su razón, pero estorbósela el fraile, diciendo:

—No se trate de caídas, que vamos en coche y tenemos que pasar á Sierra Morena.

La vieja era tía de la niña, y nunca ví sol con tan mala aurora; díjola cuando se apeó del coche:

—Beatricica, mira cómo andas por estas piedras, no caigas.

—Calle, tía—dijo ella—¿cómo puede la república de mi cuerpo caer con tan buen estadista como llevo al lado?

—No te fíes en eso—respondió la vieja—niña, que hay estadista que en aprovechándose de la república, la deja luego.

Yo estaba notando los sujetos que salían del coche, y ví que se venían dando la mano la naturaleza, el mundo, el cielo, Marte y Venus. Salió nuestro tribunal á recibirlos, hubo ceremonias, preguntas y besamanos, servicios y cumplimientos cortesanos; pero la niña llevó la gala á todos en ser cortesana. Era una perla pendiente de la oreja de su tía, ojos negros, cejas grandes, dientes de marfil, boca pequeña, gentil cuerpo, mejor donaire, y sobre todo linda voz, por entonces, pues no pedía; jugaba con armas dobles, y podía vender destreza á cuantas se armaron en la calle Mayor de corsarias. Cenamos todos juntos aquella noche, y antes de poner la mesa se llegó á mí la tía rezando en una camándula, y díjome:

—¿De dónde es usted, que lo quiero conocer?

Yo le respondí que de Sevilla. Luego lo dije, me respondió ella:

—¿Irá usted á Madrid?

—Sí, señora—le repliqué—voy á la corte á pretender un hábito de Santiago, ó por mejor decir á ponérmelo en los pechos.

— Honrarse puede el hábito de estar en ellos — dijo la vieja: — ¡qué buen talle! Bendígate Dios el mozo, y ¡qué galán eres! Toma una higa.

Esto decía despeñando una cuenta en señal de haber rezado á mi devoción.

— ¿Qué le parece de mi sobrinica? — respondió.

Yo la dije que era un prodigio de hermosura; ella me fué á la mano ó á la boca, que es más propio, y dijo:

—Está flaquita la pobre de dos meses á esta parte, pero sus carnes son el ampo de la nieve. Mas á todo esto, ¿cómo es su nombre?

—Don Gregorio Guadaña—respondí—para servirla.

—Para servir á mi sobrinica le guarde Dios—me dijo—que á mí no me está bien criado de tan poca edad.

Volvióse para ella y díjola:

— Niña Beatricica, habla al señor don Gregorio que le debe tu hermosura mil alabanzas.

— Quiéreme creer, señora tía — le respondió la niña;— desde la hora que me apeé del coche puse los ojos en este caballero por simpatía: ¡oh si yo fuera tan dichosa que le llevase á usted en mi compañía, daría por feliz mi viaje! asegurándose que en mí hallaría la correspondencia que se debe á tan noble persona en irle sirviendo.

— Señora mía—le respondí — yo nací solamente para ir sirviendo á usted, y dejaré no sólo la compañía que traigo, pero lo más importante, que es la vida, perderé por entregarle el alma; disponga de una y otra á su voluntad, que las hallará prontas para seguir su gusto.

Pasara más adelante la plática, si no lo estorbara el estado, quiero decir, el estadista, el cual llegó diciendo:

— Señora doña Beatriz, cuando una provincia se rebela á otro dueño, necesita de castigo.

— Señor don Crisóstomo — respondió la vieja — no hay reino sin posesión.

El soldado dijo:

—Muchos he conquistado yo á coces y á bofetadas, juro á Dios.

El filósofo salió con la suya, diciendo:

—No hay monarquía sin influencia de los astros.

El fraile respondió:

—Es gran príncipe el diablo, y no me admiro que tenga tantos vasallos y que los aliente con semejantes monarquías.

Yo que ví el mundo, la naturaleza, el cielo y Marte contra mí, diciendo con temor aquí de la justicia, llamé á mis amigos, escribano, alguacil y letrado, los cuales salieron á darme favor, con achaque de tragar. La niña se sentó junto á mí, y la vieja á su lado; si yo pudiera hacer un seguro sobre mi vida, lo hiciera, porque me parecía que cada uno de mis émulos me comía el primer bocado; dió en regalarme la sobrina, y entendí enfermar de la tía. Mi juez no quitaba los ojos de su hermosura, ni ella se los dejaría quitar; cuando se descuidaba, proveía en auto de revista, y paseábala de arriba abajo. El escribano la trazaba con los ojos una causa, el letrado la defendía, y el alguacil la estafaba; sólo yo la quería sin interés. Acabóse la cena, quitaron las mesas, y rodeamos todos, como abejas, aquella colmena de miel; lo de virgen se quede para los mártires, que sólo el fraile era confesor; tan propiamente era colmena la niña, que lo conocería un ciego, por el zángano de la tía, y como había tantos tábanos, tenía la vieja algunas picadas sin fruto.

CAPÍTULO IV

Lo que le sucedió á don Gregorio, saliendo á rondar con el juez en Carmona

RECOGIÉRONSE todos, excepto nuestra compañía; llegóse el juez á mí y al letrado, y díjonos si gustábamos de ir á rondar. Yo bien excusara la ronda por tener otra en diferente parte, pero no pude. Salimos con todo secreto á prender los dos caballeros que ordenaba el Consejo. Sería la una de la noche cuando á guisa de ronda llegamos á la casa de los agresores. Llevaba el juez tres cañutos del lugar que conocían los dos caballeros, que habían dado muerte alevosamente, si hay muerte que no lo sea, al hidalgo de que hicimos mención en el antecedente capítulo. Llamaron los malsines; y como los conocían por amigos, siendo traidores, abrieron luego. Entramos todos con aquella espantosa palabra: «Deténganse á la justicia.» Los corchetes agarraron de la moza, y cerraron la puerta. El escribano y alguacil, siguiendo al juez, subieron la escalera con tanto ánimo como si fueran á ganar la casa santa. Llevaba el alguacil una linterna, dió luz á una sala, no halló persona; dió luz á una alcoba, hija de la sala, no halló alma; hizo oriente á otra, no halló

cuerpo; y con la priesa que llevaban todos, se dejaron por mirar un aposento cuya ventana daba en otra calle. Ellos iban coléricos, yo no llevaba sino admiración, cuando siento abrir el aposento, y salir un hombre con una espada en la mano y una vela en la otra. Conocíle sin haberle visto en mi vida por el agresor, y díjele:

—Caballero, mirad por vos, que os viene á prender un juez de su majestad, y le teneis en vuestra casa.

En breves palabras me respondió:

—Conozco que sois noble; hacedme gusto de guardar este anillo, que será lazo de eterna amistad entre los dos.

Tomé el anillo, cerró el aposento á tiempo que colaba un soplo de mal aire por la escalera. Veníale siguiendo el juez y demás tropa. Llegó el malsín al aposento, y dijo:

—Pecador de mí, decía verdad; ¿á dónde van vuesas mercedes? ¿Aquí duerme en este aposento el señor don Juan?

Comenzaron á llamar de parte del Rey, y como no respondían, dieron con la puerta en el suelo, á tiempo que mi don Juan había dado con su cuerpo en la calle: poco le faltó al juez para hacer lo mismo; pero contentóse con poner en la cárcel los criados y embargar los bienes, que aunque pocos, por no ser casado el caballero, eran buenos. Hubo tres depositarios: el escribano, el alguacil y un vecino, que se llamó en lo último del depósito, para las alhajas de más peso; que los ministros de justicia no se entregaron de cosa que no pudiese ir en la faltriquera. Á mi letrado le daban un libro de Bártulo y otro de Baldo, y respondió que no quería llevar consigo sus mortales enemigos. Dió fe el escribano de haber visto saltar por la ventana á don Juan, y el alguacil juró haberle tirado una estocada al juez.

Alborotóse la vecindad y prendimos diez y seis inocentes visitando tres casas; en la última vivía una dama entre corte y ciudad, con cierto galán que la hacía compañía de noche.

Llegóse al juez un hombre rebozado, pues no hay celos que no traigan su rebozo, y díjole:

—Si usted quiere prender un cómplice en la muerte de ese caballero, en esta casa vive una dama, visítela usted, que dentro de una alacena hallará lo que desea; advirtiendo que está cubierta con un retablo en la segunda sala.

Mi juez se azoró con la mina, y subiendo todos á la primera sala, dimos en la China, quiero decir, en sus damascos, propias colgaduras de damas; entramos en la segunda, adonde tenía la vista que admirar, y el buen gusto que sentir. Rasos de nácar con cenefa de oro adornaban sala y alcoba; sillas de lo mismo, escritorios de ébano y marfil, sacados á las mil maravillas de poder de sus dueños. Los escritorios hacían correspondencia con sus pirámides, tan célebres por su camino como las de Egipto. El estrado turco, el suelo arábigo, y la cama de damasco sobre un catre de la India. Olía toda la casa á vísperas solemnes; tales santos se guardaban en ella.

Salió á recibir al juez una vieja, de estas que mudan caras todas las noches, y nunca aciertan con la que solían tener. Como no lo conocía, le dijo:

—¿Eres tú don Alonso?

El juez respondió:

—Sosiéguese usted, que es la justicia.

—¡La justicia en mi casa y á estas horas!—dijo la vieja.

El juez inadvertidamente se salió de la sala primera, y mandó cerrar las puertas de la calle. No bien se puso por obra, cuando la vieja cerró la sala y nos dejó á oscuras; enojóse el juez, comenzó á varear la puerta, y respondió la vieja:

—Espere si es servido, que estamos en camisa.

En fin, ellas acomodaron su galán, en tanto que nosotros nos acomodábamos á reir la sutileza del juez.

Abrió la vieja, y entramos hasta la alcoba, admirados de ver un brazo que corría la cortina haciendo plaza á su dueño; era una dama tan hija de Venus, que parecía haber salido de la espuma en aquel instante. Abrió los dor-

midos ojos con tal gracia, que nos llenó de luz á modo de relámpago que pasa presto. Sentóse en la cama, arqueó las cejas, tendió los brazos, aderezó la holanda, alentó la vista, armó los ojos, y púsose á matar vidas, diciendo:

—¡La justicia en mi casa! Téngolo por imposible, siendo ella el tribunal de los justos, y no de los gustos, y cuando lo sea, retírese la justicia en tanto que me armo de vestidos, y no será fuerza que la acuchille con las armas del tercer planeta.

—No tiene usted que levantarse—dijo el juez—sino decir en qué parte acomodó su galán el cuerpo, que importa al servicio del Rey.

—¡Jesús, señor!—respondió ella.—Mi esposo há quince años que acomodó su cuerpo en el Perú, dejando el alma por estas partes; si su espíritu importa al servicio de su majestad, abra mi corazón, y sáquele, que á buen seguro le hallará en él.

—¿Casada es usted?—le replicó el juez.

—Sí, señor—respondió la dama;—casada y mal casada, pues me dejó mi esposo por las minas del Perú, concubinas de los ambiciosos.

—En verdad—dijo el juez—que no son malas minas sus niñas de usted.

—Otras habrá peores—respondió ella—pero los hombres aborrecen las nuestras, porque en vez de dar oro se le sacamos, y están engañados, porque nosotras no tenemos otras mejores minas que las de los hombres.

—Pues suplícola—dijo el juez—nos enseñe la que está escondida, que la trataremos con el decoro que se debe á su belleza.

—Señor mío—dijo ella—la mina que naturaleza me dió no es para todos.

—No me entiende—respondió el juez algo sentido;—lo que yo vengo á buscar es su amante, su galán ó su diablo.

— Su qué?—dijo la dama;—¿su diablo? Pues ¿tiéneme por endemoniada ó por hechicera? ¡Jesús mil veces! Ma-

dre, madre, la pila del agua bendita; presto, presto, que hay diablos en casa.

—Arredro vayas, Satanás—dijo la vieja, llenándonos de agua;—¡diablos aquí! *¡abrenuntio, libera nos, Domine!*

Poco le faltó á mi juez para desesperarse, y sin más dilación comenzó á pasear la vista por los cuadros en achaque de alacenas.

La dama le dijo:

—Si usted es inclinado á la pintura, mire esa cabeza de san Juan Bautista, que fué del Ticiano.

Él respondió:

—Retratos vivos busco yo, señora mía; sosiéguese, que la justicia tiene los pinceles en casa del verdugo para retocarlos cuando se le antoja.

Súpole mal á la dama esta respuesta, y levantándose en unas enaguas de cristal que se podían beber en ayunas, le dijo:

—¿Qué busca el señor juez en mis cuadros, mirándolos por detrás?

—Busco—le respondió—una cierta alacena que ha de tener esta sala; la cual, si no me engaño, tiene por defensa aquel san Miguel con su diablo á los piés.

Alzó el cuadro mi juez, y dimos con ella. Estaba cerrada, y pidió el escribano la llave para dar fe de lo que tenía dentro.

—Llamen un cerrajero—dijo la vieja—que há seis días que se perdió la llave.

—¡Ah, madre—dijo el juez—cómo me parece que habeis de pasear las calles antes de tiempo! Mirad dónde está la llave, ó caerá la alacena en el suelo.

—No hará—respondió la dama—que tiene búcaros de Lisboa y vidrios de Venecia; yo tengo la segunda, abra usted, y si viere alguna sabandija nocturna, no se espante.

Entre tanto que el juez procuraba abrir la alacena, apartó la dama al escribano y alguacil, y puso en sus manos un bolsillo con veinte doblones; el escribano dijo:

—Está bien, no se hable más en esto.

No bien había mi juez abierto la alacena cuando el galán, que estaba como galápago dentro, dió un soplo á la luz, y dejándonos á oscuras, se abalanzó al suelo, dando encima de mi juez. Acudieron el alguacil y escribano, diciendo:

—¡Resistencia! ¡aquí de la justicia!

Y como la sala había quedado en tinieblas, andábamos todos barajados unos con otros dando voces, como si tuviéramos un ejército de enemigos encima. El escribano, con más ligereza que su pluma, abriendo la puerta de la calle, puso al galán en ella. El juez pedía luz, la dama misericordia, la vieja agua bendita, el escribano doblones, el alguacil resistencia, mi letrado calle, y yo de risa pedía silla para sentarme, porque no la podía tener en pié.

—Hola—decía el juez—prended esa vieja hechicera.

Ella respondió:

—Hable como ha de hablar, señor juez de la langosta, que ahora todos somos de un color.

—Venga luz—decía el escribano.

—¿Luz?—replicó la vieja;—la que salió por boca del ángel puede buscar, que aquí no se vive sino en tinieblas.

—Por vida del Rey, que las he de meter en un calabozo, decía el juez.

La dama entonando su voz jacarandina, dijo:

Zampuzado en un banasto
me tiene su majestad,
en un callejón Noruega
aprendiendo á gavilán.

Aseguro á ustedes que cantó los cuatro versos con tal gracia, que si yo fuera el juez, le perdonara el delito por toda la jácara.

—¿No hay quien pida luz en casa de algún vecino?—dijo el juez.

El escribano respondió:

—Yo no acertaré con la escalera (decía verdad; con los doblones sí.)

El juez no había soltado la vela de la mano; llegóse á la cocina, y empezó á soplar un tizón con lumbre; la vieja, que estaba sobre una silla, le dejó caer un caldero de agua sobre la cabeza, y puso á mi juez como un palomino. Dió voces el ministro abadejo, llamando al escribano para que diese fe del diluvio.

Él respondió:

—¿Cómo quiere que dé fe del diluvio, si há más de cuatro mil años que pasó y no ante mí?

—Que no le digo eso—replicó el juez—sino que dé fe del agua que estas perras me han echado encima.

—Sí la doy—respondió el escribano—testimonio será verdadero, pues no lo ví.

—Por vida del Rey, seor Arenillas—replicó el juez—que tan untadas tiene usted las manos de unto de Méjico como yo el cuerpo de agua; pero á todo esto, ¿el galán de estas ninfas, está asido?

—¿Qué galán?—dijo el alguacil—¿el de la membrilla?

—Por Dios, que si no lo vamos á prender á Manzanares, que aquí le veo mala orden.

—Ah, señor licenciado—dijo el juez;—¿no dará un parecer sobre el derecho de la escalera?

—Pecador de mí—respondió el letrado—yo traigo en mi faltriquera eslabón, yesca y pajuela.

—Hablara yo para el día de la Candelaria; lléguese á mí, y nos veremos las caras—dijo el juez.

Apenas mi letrado empezó á caminar por el tacto adonde estaba mi juez, cuando la dama le puso delante un taburete; fué tal la caída que dió abrazándose con él, que en vez de hacerse las narices se las deshizo, y dijo con voz dolorosa:

—En toda mi vida he dado peor parecer que esta noche, y si dijera caída, acertara.

Con todo se levantó, y encendió luz, que no fué poco haber aclarado el derecho de su justicia. Ya la dama tenía en sus blancas manos una camisa de holanda para mi juez, y llegándose á él, le dijo:

—Desnude usted el pellejo de la culebra, y vístase de mi mano este lienzo hereje, labrado con estas manos cristianas, aunque pecadoras.

El juez quedó admirado de la hermosura y gracia de la dama, y como estaba tan propiamente río, quiso dar corriente á las aguas, que dádivas quebrantan peñas, cuanto más varas, pero no olvidó al galán ni la vieja, dando su palabra de no hacer agravio á ninguno. Descubrió entonces la dama otra alacena, diciendo:

—Salga usted, señor don Pedro.

Salió otro galán; y el escribano entendió que á la dama se le deslizasen otros veinte doblones, pero en fe de la palabra, no se trató sino de solemnizar su cordura.

Yo pregunté á la dama si había más alacenas, y respondióme que volviese otra noche, y me pondría en la tercera: pasóse en silencio la vieja, porque mi juez estaba ya derretido á la luz de la ninfa; dimos fin á la visita y salimos del palacio encantado, dando con nuestros cuerpos en la posada, tan cansados de la ronda como del sueño.

CAPÍTULO V

Lo que le sucedió á don Gregorio hasta salir de Carmona

SERÍAN las cinco de la mañana cuando nos recogimos, y á las seis me vino á dar los buenos días la tía de doña Beatriz, en achaque de la mala noche. Venía rezando en una camándula, y díjome corriendo la cortina:

—Buenas y frescas rondas dé Dios á usted, señor don Gregorio. En verdad que mi sobrinica no ha podido dormir en toda la noche, con el cuidado que ha tenido de su persona. Dígame, pecador, qué gusto saca de rondar al lado de la justicia; merecía un gran castigo quien deja los favores de Venus por los de Júpiter.

Yo le conté el suceso de la dama con sus alacenas, y ella me respondió:

—En verdad, señor don Gregorio, que todos esos armarios ó alacenas son necesarias para guardar ó encerrar las almas de los inocentes; piensan los amantes de poquito que su dama está obligada á ser Lucrecia á pié quedo; andan los favores á millares, y el señor dinero se está donde mi Dios es servido. No, amigo, todas las mujeres son de tomar, y en no siendo los hombres de Daroca, no alcanzarán un gusto perfecto, aunque se vuelvan Adonis, y se transformen en Narcisos. Los amantes de Durango son

buenos para vivir en Valdeinfierno; pero los que asisten en Ciudad-Real, continuamente gozarán de Valparaíso. Mucha gala y poco dinero, no es galán al uso; ¿piensa por su vida que una dama tiene más gracia que dame, ni más donaire que da más? Déla por perdida si no funda sobre estos dos ejes el cielo de su hermosura. Los necios piden belleza, gala, discreción, casa, colgaduras, sillas, escritorios, bufetes, camas, joyas y otras galas, y no miran que todo esto cuesta lo que ellos no dan. En mi tiempo las mujeres no pedían, porque los hombres daban; pero ahora es necesario ser campanas, para despertarlos. Mi sobrinica, Dios la guarde, es una boba; no pedirá un cuarto si la quemaren; y yo la digo:

—Niña, no está el tiempo para usar de esas galanterías; pide, aunque te despidan. Díme, tonta, ¿puede el mundo conservarse sin pedir? La tierra pide agua y sol, el cielo pide almas, el limbo inocentes, y todos nos pedimos los unos á los otros. La justicia se pide, la gloria se pide, y la muerte piden muchos; ya que tú no pides la muerte, pide hasta la muerte, pues te piden á ti. Si la fortuna te deparare un hombre como el señor don Gregorio, y se enamorare de ti, en tal caso no le pidas, que él te dará el tesoro de su mayorazgo; que si lo tiene, es más seguro que el de Venecia; pero á los demás despídelos á letra vista, y pídeles de contado.

Ella me suele responder:

—Calle, tía; reniegue de mujer que pide y de hombre que aguarda que le pidan.

—Señor don Gregorio, es una perdida, no tiene cosa suya.

—Yo lo creo—la dije;—pero usted debe moderar esas liberalidades.

—Imagina—me respondió—que no hay hombre que la contente; cincuenta me la han pedido, y cincuenta mil veces ha dicho que no; en esta parte la debe usted lo que es justo la pague, pues toda esta noche se le fué en alabar su talle, cordura, ingenio, discreción y prudencia, diciendo:

—¡Ay, tía, si le habrá sucedido alguna desgracia á aquel caballero! Cuando usted vino, que serían las cinco de la mañana, me quería hacer levantar de la cama para que supiese de su salud.

—Estas finezas—la dije—más nacen de su mucha discreción, que de mis cortos merecimientos.

En esto estábamos, cuando entró la niña echando rayos al aposento. Veníala siguiendo el estadista, á quien ella había dejado por su materia de estado: llegaron los dos á darme los buenos días, y como hay días para todos, les repartí los que pude.

El estadista me dijo:

—Señor don Gregorio, no es buena razón de estado rondar por amistad, siendo curiosidad del gobierno, y no razón moral. Yo soy estadista, pero nunca condeno el día por salvar la noche; no siendo gala del juicio vestirle de tinieblas á costa del sueño, pues nuestra vida consiste en la conservación del individuo, y más cuando usted deja sus servidores pendientes de su fortuna. Si está mal con el día, no tiene razón, siendo mi señora doña Beatriz tan propiamente sol.

La niña respondió:

—Señor don Crisóstomo, crea que el sol no se levanta por costumbre, sino por naturaleza.

La vieja dijo:

—El señor don Crisóstomo vive por razón de estado, pero las mujeres por orden natural; más precia su merced gobernar las repúblicas de su bolsa, que la de su cuerpo. Los estadistas, amigo y señor, son como los relojes, que en dejando de dar, mueren; pero usted quiere gobernar y no dar. Pues sepa que no hay estado que dé, que no guste recibir primero.

—Yo, señora mía—replicó el estadista—me atrevo con mi poco juicio, á gobernar una monarquía, pero no una mujer.

—Tiene razón—dijo la vieja;—porque nosotras lo desgobernamos todo, y así no se fíe de ninguna.

—¿Quiere un ejemplo?—dijo don Crisóstomo: —Adán fué el primer estadista, y le derribó una mujer.

—Engáñase—respondió la vieja.

—Pues ¿quién fué?—replicó don Crisóstomo.

—El diablo—dijo ella;—pues no contento con el gobierno de su jerarquía, se opuso al gobierno de Dios, y luego al del hombre, engañando primero una simple mujer, y desde entonces no fiaremos las mujeres de ningún estadista una república de alacranes. Linda gente, almas de leones, y cuerpos de corderos; todo lo saben, todo lo ignoran, todo lo gobiernan, y todo lo destruyen. Perdóneme, señor don Crisóstomo; solamente los reyes son estadistas, pues les dió Dios dos ángeles de guarda para que acierten, pero usted solo es de guarda para sí solo.

Aquí llegaba el discurso de Celestina cuando entró el soldado: yo como le ví empecé á levantarme á toda priesa, pidiendo de vestir á mi criado; la niña quiso serlo; pero yo la dije que conservase la compañía si no quería perderme. Llegó el soldado arqueando cejas y engomando bigotes, y dijo:

—Esta niña, señor don Crisóstomo, ha rondado con el señor don Gregorio.

Yo respondí que si había puesto él alguna en lugar de ronda por irse á dormir; no se dió por entendido, que no lo era.

Llegóse á la vieja y díjola:

—¡Ah, madre, qué preparada estais para salir á fiestas populares!

—Como vos—respondió la vieja—salgais á ellas, sea luego.

El soldado replicó:

—Si la bajada del gran Turco fuera tan cierta como la de vuestra sobrina á esta sala, trabajo tenía Italia.

—En verdad—respondió la vieja—que más trabajo tendría el castillo de Milán si á escala vista le hubiérades vos de asaltar.

Llegó á la plática el filósofo, diciendo:

—Mi señora doña Beatriz, la cosa más necesaria para la conservación del mundo es la privación, y la que más se siente es ella misma; si usted nos priva de su vista, forzosamente mudaremos forma, y no dudo que la del señor don Gregorio sirva de materia á la de usted; pero conviene no mudar muchas por no hacer verdadera la opinión de Pitágoras, que dice se pasean las almas de cuerpo en cuerpo como de flor en flor.

La niña respondió:

—No reprueban las damas esa opinión, pues cada día mudan galanes; pero yo, señor mío, no la he seguido hasta ahora, porque mi forma está intacta, y aborrece las materias corpóreas como apostemas.

—Ya yo sé—dijo el filósofo—que usted es hecha de la materia prima, y que su composición es celeste y angélica.

Oyólo el fraile, que entró en este punto, y dijo:

—Bien digo yo, que no hay filósofo que no toque en hereje. Angélica será el alma cuando esté en compañía de los ángeles, que en cuanto está en el cuerpo de esta señora, aunque lo es, no lo es; y en lo que toca á ser de la materia prima, no es sino de materia corruptible, y mire lo que habla, que soy calificador del santo Oficio; yo no sufriré una herejía á mi padre que venga del otro mundo.

—De tal mundo puede venir—respondió el filósofo—que no diga una, sino mil y una; lo que yo digo sustentaré con Aristóteles, que dice ser hechos los cielos de la materia prima ó quinta esencia; esta señora es todo cielo, luego es compuesta de lo mismo. Que su alma es angélica, nadie lo duda, siendo la naturaleza intelectiva; y habiéndola criado Dios inteligencia separada de la materia, y aunque ahora tiene por enemigos el mundo y la carne, líbrela Dios del demonio, que de los demás pocos se han librado.

Pasara más adelante el argumento si no entrara mi juez haciendo gala de la camisa, quiero decir, abotonándose las mangas holandesas con sus puntas de Flandes, á quien servía de encaje él mismo. Veníale siguiendo mi letrado,

y detrás de ellos el alguacil y escribano; los que hallaron asiento se sentaron, los demás de sentidos se quedaron en pié, diciendo que así se hallaban mejor. Mi letrado levantó la plática, pero dejóla caer: preguntóle á la niña qué edad tenía.

Ella le respondió:

—¿Qué edad me juzga el señor licenciado?

—En verdad, — replicó él, — que cuando ande la señora doña Beatriz sobre sus cuarenta y ocho es todo lo del mundo.

La vieja respondió:

—Mi sobrina anda en dos, pero son piés, no puedo sufrir letradurías anales, que son peores que asnales. ¿Han visto al señor letrado de Matusalén y qué buena vista tiene? Pues por el siglo de mi abuela, que no tengo yo cincuenta cumplidos. Justicia de Dios venga sobre todos los que levantan falsos testimonios; digo que si no es un letrado, otro en el mundo no podía hacer tan grande tuerto. ¡Cuarenta y ocho! ¡Una muchacha que anda en tutela y no puede por falta de edad usar de los bienes que heredó de naturaleza! Vuélvala á mirar, señor licenciado, y retráctese de lo que ha dicho, que es herejía cometida contra la diosa Venus; desdígase que no le absolverá de este pecado un impotente.

Púsose colorado el juriscolsulto, y dijo:

—En tanto que la señora Matorralba—que así se llamaba la vieja—no me mostrare el libro del bautismo, no me apearé de mi opinión.

—¿Cómo se puede apear—replicó la vieja—quien anda en sí mismo? Por vida del señor licenciado, me diga qué edad tiene.

—Póngame número—respondió el abogado.

—Juzgo yo—dijo la vieja—que habrá enfadado al tiempo sus noventa y seis años, y á las gentes sus noventa y seis mil.

—Ese sí que es testimonio verdadero—respondió el letrado; noventa y seis cardenales tenga en la cara quien tal dice.

El filósofo metió el montante, diciendo:

—No se trate de años, que ninguno los tiene, pues se pasan y deshacen como la niebla á los rayos del sol. Nuestra vida no consta de años, sino de sombra, que en faltando la luz de la respiración, falta ella. La edad del hombre es flor de almendro, que á la primer luz visita el sepulcro. Los años se hicieron para los cursos celestes, que acabados, vuelven; pero no para el hombre, que se va y no vuelve á tener parte en el siglo. No es bien contar los años cuando se pueden contar los alientos; los primeros no faltan, los segundos sí. No se tiene lo que no se posee; no en vivir mucho consiste la felicidad del hombre, sino en saber cómo se vive. Nuestra vida es un día de veinte y cuatro horas; en una salimos al mundo, y en otra le hemos de dejar. No por tener menos años se aumenta la vida, los dolores, sí; pues siendo los días mares de nuestra vanidad y corriendo tormenta en ellos, el que estuviere más cerca de la muerte, estará más pronto de llegar al puerto. No caducan los ancianos, los mancebos sí; pues los unos saben que han de morir, y los otros aspiran á vivir, y más juicio tiene el que se pone con experiencia que el que sale sin ella. No por quitarse los años se vive más, antes menos, pues pensando engañar al tiempo, nos engañamos á nosotros mismos. El principio del nacer es geroglífico del morir; todos nos vamos, y la tierra permanece; salimos como flor, y luego somos cortados del campo de la vida. Los que se quitan los años se quitan las armas de la sabiduría. Más vale contar más que menos, pues no hurta quien gasta de sí mismo los días de su vanidad. Los filósofos antiguos trabajaron por llegar á la edad perfecta, pero nosotros trabajamos por llegar á la edad de la ignorancia. Los cuatro humores llevan la carroza de nuestra vida sobre las alas del tiempo; pretender dejar atrás las ruedas de este triunfal edificio es querer retroceder el curso y velocidad de los planetas. No es bien que los años vivan con cuenta y la virtud sin ella. El caballo más diestro cae en el principio de su carrera. Tan presto se atreve la muerte á de-

rribar un mancebo de veinte y cuatro como un viejo de ciento. Ninguno se agravie de serlo, pues no hay mayor afrenta que infamar el tiempo y la naturaleza. Tiempo hay para todo; pero no goza el hombre sino su parte, y no podemos, siendo mundo pequeño, abrazar con la vida el mundo mayor, y así nos dieron la parte conforme la capacidad de nuestro sujeto. La sustancia de la forma y fuerza de la materia nunca se atrevieron á nuestra privación. El gusano que deshace nuestra vida no se cría de los años; críase de nuestro apetito, que los años no tocan lo que no criaron, sino dan lugar á que se críe. El daño no viene de la luz de afuera, viene de las tinieblas de adentro; en rebelándose la república de nuestro cuerpo, somos todos perdidos, unos hoy, y otros mañana. No somos señores de nosotros mismos, pues á físicas medicinas nos gastamos, y cuando esperamos vida, entonces nos rodea la muerte. ¡Qué aguardamos de fábrica amasada con agua y polvo y alentada con fuego y aire! Cuatro simples hicieron un simple, tan sujeto á los accidentes de la ignorancia, que cada hora sabe más de esta ciencia: vivimos entre muertos, comemos muertos, vestimos muertos, visitamos muertos, lisonjeamos muertos, y con tener á nuestra vista tanto cadáver, queremos vivir para siempre. En verdad que venimos al mundo para merecer, pero no para valer, y no puedo creer sino que antes de nacer cometimos algún delito, pues nos condenaron á semejante destierro. Yo no alcanzo el secreto, pero sospécholo; y de no, ¿qué razón hay para que el hombre llore cuando nace? ¿No fuera más puesto en razón que guardara los lloros para la muerte? Antes de cometer el delito le llora: ¡notable error, ay de mí! Sin duda le había cometido antes, y pues le viene á pagar, justo es que guarde la risa para la muerte y las lágrimas para la vida.

El fraile, que le había escuchado atentamente, le dijo:

—Usted es filósofo moral, pero quisiera que fuera más espiritual; los años no se pueden despreciar, siendo escalas por donde el alma por su merecimiento sube al trono

angélico. Los virtuosos, aunque se quiten los años, no se quitan las virtudes, ni es justo atropellar la vida con la continua memoria de la muerte, sino emplearla en saber morir. Si la forma asiste en la materia y no la gobierna como debe, justo es que de la culpa salga la pena. Las constelaciones de los planetas inclinan, pero no fuerzan; porque el libre albedrío del espíritu es más firme que los mismos cielos, y no lo fuerzan las impresiones celestes, por ser compuesto de más dignidad cuanto va del ángel á la esfera. La privación toca á la materia, pero no á la forma; y si la forma no puede eternizar la materia, no es defecto suyo, sino orden del Altísimo y primer entendimiento, que es Dios. Los años no acaban al hombre, antes le hacen más perfecto, subiendo el temperamento desde la humedad al calor, y del calor á la sequedad, y con ella el anciano obra bien conociéndose á sí mismo, si no en todo, en parte, y con este arbitrio de los años pasa el hombre á mejor vida, y no mereciera tanta posesión si los años no le dieran á conocer lo infinito de una inmortalidad; de modo que este plazo finito no quita el infinito. En vano despreciaron la vida los filósofos, siendo ella una escala por donde se sube á la inmortalidad. Si piensa que los justos hacen penitencia por despreciar la materia, se engaña, que los actos de virtud son los alientos de la misma vida; saber vivir es saber obrar; retirarse del mundo por buscar la quietud será prudencia, pero no sabiduría, porque la contemplación del espíritu sin obras más viene á ser vicio de la potencia que virtud del acto. No cometimos delito antes de haber nacido, pero la culpa del primer hombre causó este delito, amagado en el individuo; mi alma libre estaba por creación, pero no por generación, pues vino al cuerpo, de modo que el secreto no es grande si se cree por fe. La verdad es que cuatro simples hicieron un simple, pero el Señor del mundo sopló en él espíritu de vida intelectual, sustancia incorpórea, llena de sabiduría angélica; y bien puede la fábrica amasada con tierra y agua ser ruina de sí propia, pero el dueño que la habita, aunque

caigan las columnas del templo, no morirá como Sansón. Si comemos muertos y vestimos muertos, no lo somos, que Salomón, príncipe de la sabiduría, igualó la materia corporal con la del bruto en cuanto á volver á la tierra, donde fué formada; pero en la resurrección de los muertos volverá á ser juzgada, pues todos hemos de resucitar en el valle de Josafat. De modo, señor mío, que su doctrina de usted sin la mía será sembrar en tierra donde no cayó rocío del cielo y labrar un palacio sobre la región del aire.

El estadista tomó la política en la boca, y dijo:

—Cuando la monarquía del orbe se hizo, tuvo principio para tener fin, y este fin y principio consiste en el gobierno y conservación de los años, que hacen con sus muchas partes el todo, siendo ellos y cuanto se ve visible y invisible, gobernados por la suma sabiduría de aquella causa primera, luz y ser de todas las demás causas. Pero la fábrica humana, torcida en parte por el pecado, no pudo ser hecha en mejor forma; esta es de años, y si muchos no son nada, menos fueran si el gobierno no los alentara con el estado. Necesario es que para castigar á muchos malos peligren algunos buenos, pues muchas veces paga el inocente brazo el delito que cometió la cabeza. La república del hombre tiene para su conservación la materia, compuesta de cuatro cualidades; trepan por ella los años; si se acaban en medio de la agitación ó el accidente mal gobernado, la medicina los arruinó, ó la poca fuerza del húmedo los acabó. Los años deben ser gobernados con una mediocridad de estado; y si por sustentar el todo de la virtud peligrare alguna parte, no se escandalice el necio, que, como nuestra vida es una continua guerra, no se puede hacer sin escándalo de la salud y falta de muchas fuerzas. Por ensanchar la monarquía del cuerpo se pone á riesgo la del alma, que es tan horrible el estado del linaje humano, que atropella el divino. ¿Qué importa que sea la potencia señora si el acto predomina sobre ella cuanto va del pensamiento á la obra? Muchos reinos se conquistaron con la imaginación sin riesgo de un soldado, pero no con

las armas sin riesgo de muchos. ¿Quién duda que el retirarse del bullicio del mundo no sea materia de estado de la prudencia? Pero ¿quién podrá dudar que no es cobardía del ánimo huir de su semejante? No dudo que la suma felicidad consista en la moralidad de la vida y gloria intelectual; pero ¿quién podrá alcanzar el triunfo soberano sin muchos peligros? Y cuando lo alcance, ¿quién duda haberle dado el perdón mayor parte que el arrepentimiento? Los necios no consideran que el estado consta de años, y los años de experiencia y tiempo; no reparan en las obras buenas, sino en las malas, como si para vencer un ejército de enemigos se pudiera conseguir sin robos, muertes y escándalos. ¡Oh si la guerra se pudiera hacer sin tributos! ¿Qué culpa tenían los inocentes niños que se hallaron en tiempo del diluvio, los que acabaron en la derrota de Madián, y otros infinitos? Por cierto, estado divino es atropellar con justicia los unos y los otros. Cuando las monarquías se declaran guerra, cada una tira á su conservación, aunque se arruine la parte inocente; no hay regla sin excepción, como lo es querer guardar un general sin riesgo de un particular. No se gana el cielo sin buenas obras; pero ¿quién no habrá maltratado infinitas virtudes primero que lo consiga? Pues para ganar una fortaleza se pelea con los buenos y malos sucesos, y entre ellos peligra el justo y el injusto. Concluyo con decir que los años no se pueden conservar sin peligro de vida, y á veces los mejores son de contraria fortuna para el hombre, y cuando se quita los años, se los aumenta de ignorancia, y al contrario, cuando sube de punto la edad, los llena de sabiduría y gobierno.

El soldado se levantó, diciendo:

—¡Oh pesia mí con tanto argumento! ¡Oh bien haya la guerra donde la verdadera ciencia es estudiar en el libro de la muerte, si nos dan lugar para ello! Los orates filósofos, que despreciaban la vida, fuéranse á la guerra, que allí hallaran la verdadera privación. Si querían abandonar la materia, fuéranse á sufrir el cerco de un año, y para li-

brarse de las tentaciones de la carne, tentaran una ó dos picas de nieve en medio de los Alpes, como yo he tentado, vive Dios; y si los años son escalas para subir al cielo, fuéranse á escala vista paseando de tiro en tiro; andaos á justificar albedríos, á salvar inocentes y castigar culpados, cuando la guerra no repara en muertes, robos, latrocinios y otros delitos de esta clase. Entrad saqueando un lugar, preguntando por los buenos para salvarlos, y por los malos para castigarlos; juro á Dios que si los santos se pusieran delante, los desnudáramos, cuanto y más los hombres. Los argumentos de los filósofos y teólogos se escriben con tinta, pero los nuestros con sangre; y pocos se libraron de la guerra dos veces sin dejar los ojos, las orejas, los brazos y la vida, que es lo más seguro. Aténgome á la ciencia del señor licenciado, que á pura petición pide para sí el dinero, y da la justicia á quien la desea. ¿Hay mayor felicidad que dar parecer á la parte que saque el dinero de su faltriquera y lo ponga en la mía? Esta sí que es materia para reir, forma para llorar, y privación para sentir. Dice el señor filósofo: Saber vivir es saber obrar; pues ¿hay obra más cierta que la del derecho? Los letrados juegan al hombre, dejan á las partes que lo sean; báldanles los reales, que son los reyes de la baraja de Baldo, y no hay pleito que no se lleven de codillo. ¡Ah, señor licenciado! como gustara yo de que usted diera un parecer sobre un tiro de artillería, para que caminase por derecho al enemigo!

Mi letrado no respondió palabra, por ser hombre pacífico, y nunca hablaba solo, acompañado de los suyos sí. Yo celebré la academia, haciendo juicio conmigo de los muchos que habían hecho ellos encontrados. Empecé á abrir los ojos del entendimiento, noté la moral doctrina del filósofo, la intelectual del teólogo, y sobre las dos la del estadista, á quien acuchillaba el soldado con la suya; y siendo cada una de por sí buena, nunca se pudieron acordar. Eché de ver entonces que la sabiduría era un instrumento acordado, cuyas cuerdas sutiles los músicos humanos to-

can á tiento, y de aquí me pareció nacía la desigualdad de voces en los maestros, porque cada uno tocaba como le sonaba mejor al entendimiento; sola la música de mi letrado me pareció que totalmente desacordaba todas, y aun las tenía sujetas, pues ninguna dejaba de entrar en su jurisdicción. Dióse fin á la academia, y cada uno se fué á prevenir su viaje para la corte.

CAPÍTULO VI

Sale de Carmona don Gregorio, y cuenta lo que le sucedió en una venta de Sierra Morena

Seis días estuvimos en Carmona, y en ellos mi juez averiguó causas á puro sacar efectos, soltando presos sobre fianza, y haciendo otras diligencias, que omito por no embarazar mi historia. Parecióle á mi juez y letrado que ocupásemos el coche que venía vacío, y que los criados fuesen en nuestras mulas; pagamos la posada, y salimos todos juntos con harto gusto de los del lugar, que rogaban á Dios los sacase de tanta justicia. La niña pretendió pasarse á nuestra carroza, pero yo la dije no era tiempo, respecto de la compañía. Llegamos por nuestras jornadas reales, pues ellos nos llevaban á una venta que saltea en Sierra Morena; saliónos á recibir ó á robar, que todo es uno, el ventero, descendiente por línea recta del mal ladrón, pero él era el mayor y mejor de su linaje. Traía por barba un bosque etíope, y cazaba con los ojos vidas, sirviéndole el sobrecejo de arcabuz, con que tiraba á matar al vuelo. Serviale de montera un paso de cuenca, y por capote traía una docena de palmillas; era tan alto como seco, y tan moreno como la sierra; con un ojo miraba al sur, y con otro al norte, y atravesaba con ellos del

este al oeste. Era príncipe de los salteadores, pues venía de caza con su arcabuz en la mano, y en la pretina una docena de perdices ganadas para él. Al primero que saludó fué al escribano, y no sé si se conocían, ellos lo saben, y yo también. Doña Beatriz se desmayó de verle; el juez dijo:

—De buena gana mandara yo colgar este ladrón.

El arbitrista respondió:

—El mundo se ha de perder por un ventero, si el estado no los quita del mundo.

El filósofo replicó:

—Si nació debajo del signo de Mercurio, déjenlo.

El soldado dijo:

—Por vida del diablo, que estoy por hacer una buena obra al alma de este ventero, sacándola de su mal cuerpo.

El fraile respondió:

—Nadie condene lo que no crió; este se puede salvar en su oficio si obra bien; cristiano es, y su libre albedrío se tiene como el más pintado.

—Hecho salvados—dijo el soldado—bien puede ser, padre mío, pero no de otra manera.

Ellos estaban en esta plática, cuando se apeó de un caballo un mancebo de buen talle, si bien su vestido, aunque mostraba reirse por una parte, por otras lloraba; era, como pareció después, poeta de los que hacen versos á costa del sexo. Apartóme á un lado, y pidióme relación de toda la compañía; yo se la dí brevemente, y él quedó tan capaz de todo, que hablaba con mis amigos de la misma forma que si hubiera venido en su compañía mucho tiempo. Llegóse al escribano, y díjole:

—Señor secretario, déle con la pluma á las perdices, volarán al asador.

Dicho y hecho, ya la huéspeda las ponía á perdigar; calificaron todos á nuestro poeta por hombre de buen humor, como lo son todos, y prosiguió diciendo:

—Pluma de escribano es pluma de ave imperial, que en tocando á las demás, se consumen todas, y ella queda libre.

El ventero puso una mesa triangular, y en ella unos manteles de Etiopía. El poeta no pudo creer sino que habían desollado algún negro, y nos le vendían por tela. En medio de la mesa puso por salero un pedazo de medellín, salado á las mil maravillas. Un jifero, que podía desjarretar un toro, ocupaba la mejor parte de la mesa, y á su lado tres platos, tan faltos como quebrados, y con gran devoción en el suelo estaba un jarro ahogado en mosto. El vaso era primo hermano del salero, pero tan hondo, que el bajel que nadaba en él iba seguro de bajío, pero no de tormenta. Alumbraba la mesa un candil, tan cansado de vivir, que daba parasismos á cada instante. Gruñía de cuando en cuando un animal de bellota, y debajo de la mesa andaban dos hijuelos suyos por derribarla. Tres galgos y un mastín estaban de rodillas por los piés aguardando con gran devoción las reliquias de la cena. Gato no ví, porque el amo lo era.

Distaba la mesa de la caballeriza cosa de una cuarta, y en ella estaban dos músicos apuleyos, entonando un rebuzno tan bien como dos necios la risa cuando las carcajadas vienen de golpe y con rocío. Estaba colgada la cuadra de una colgadura de humo, labrada en los países del infierno. Tocaron á cenar con el cabo del jifero, de la librea del vaso, y entonces salió á vistas la ventera. Era la madre de los pigmeos, engerta en Galicia; yo entendí que venía de rodillas por servirnos con más devoción; pero como ví que pedía favor para subir el plato á la mesa, la tuve lástima, pero no cuando nos miró de trino con una cara de pellejo ahumado y una alquitara por nariz; los ojos parecían espirituales, porque miraban hacia dentro. Por dedos traía unos palos de escorzonera por mondar, y por cabello un vellón de lana churra. Doña Beatriz sacó un pañuelo de holanda, y dijo:

—Tía, lléguese al norte y deje la Noruega.

—Crítica es usted, mi señora doña Beatriz—dijo el poeta—bien hace de hablar culto, que la posada no es muy clara.

—No sacaremos esta mesa á campaña—dijo el soldado.

—No será malo—le respondí—que nos ahogamos de calor.

— Padre mío— dijo la vieja— sáquenos de este purgatorio.

—No puedo, señoras, que es el infierno—respondió el fraile.

El soldado alzó la mesa en alto como bandera, y dió con ella en el portal de la venta, cubierto con el manto azul. Empezamos á trinchar con los dientes las perdices; el poeta se puso á mi lado, y como si hubiera salido de un pesado cerco, así despachaba las inocentes aves; el ventero nos echaba de beber, y con una pierna de perdiz hizo la razón seis veces, no habiéndola tenido en su vida sino cuando bebía.

—Por cierto—dijo el filósofo—que están sazonadas las perdices, y que merecía el ventero ser cazador de un príncipe.

—Si yo supiera—dijo él—que había de tener tan honrados huéspedes, yo trasladara la sierra á la venta.

—Bien áspera y espesa es ella—dijo el poeta;—la voluntad le agradecemos.

La niña no hacía sino regalarme á vista de mis competidores, y el soldado la dijo:

—No regale usted al señor don Gregorio en público, pudiendo en secreto.

Yo le respondí que un favorecido podía favorecer ó convidar muchos, que recibiese de mi mano la parte que le concedía mi cortesía. Él me respondió que no gustaba de favores por segunda mano. Yo le dije que pues no los recibía, que callase cuando los viese en poder de su dueño.

—Eso será si yo quisiere—replicó él echando mano á la daga.

Yo levanté el plato, y sin ser platina, quise ser coronista de su vida, escribiendo con sangre su misma descortesía. Alborotáronse todos, y cada uno fué á tomar su espada, unos por vía de paz, otros por vía de guerra. Pero como el

escribano se levantase á buscar sus armas, tinta y papel digo, y diese en el candil y nos dejase á oscuras, cada uno daba tajos y reveses sobre la mesa, llevándose el jifero, salero y demás sabandijas.

—Ténganse al Rey—decía el juez.

Y la vieja:

—¡Ay, que se matan sobre mi sobrinica! Acudan antes que ranquen y pidan suelo.

El fraile con voz majestuosa, orgánica y grave, dijo que no se pudo hacer el mundo sin mujeres, notable sexo. El soldado daba voces, diciendo:

—Huésped, encienda luz, buscaré á moco de candil á mi enemigo.

La niña se abrazó conmigo, diciendo:

—¿Qué es esto, señor don Gregorio, adónde está su prudencia de usted? Si quiere quitarme la vida, máteme á pesadumbre.

Y diciendo y haciendo, se quedó desmayada en mis brazos, á tiempo que el mesonero y su mujer se pusieron á mi lado, uno con el candil, y otro con una tea ardiendo. Yo estuve por desmayarme de verlos, porque me parecieron dos demonios que venían á tentar á doña Beatriz ó á llevársela antes de tiempo. Acudió la vieja con un jarro de agua, roció la dama, y volvió en sí, á tiempo que el poeta acababa de pintar su desmayo en un soneto, y dijo que le pesaba hubiese vuelto tan presto, porque había empezado una canción. Ya mi juez, letrado, fraile, filósofo y estadista habían sacado fuera de la venta al soldado y reducídole á que fuera mi amigo. Yo lo rehusé, pero hube de casar mi amistad por fuerza, con intención de pedir divorcio cuando me pareciese. Salimos fuera de la venta, y cada uno tomó asiento sobre su capa. Pidieron al poeta dijese el soneto, que fué el que se sigue:

Desmayábase el sol porque su tía
le puso en venta los divinos ojos,
y si fueran fingidos sus enojos,
desmayarse pudiera cada día.

Lo colorido entre la nieve ardía,
y dando amor en su coral de ojos,
bebió ciego los líquidos despojos,
que Dafne se perdió por bobería.
Marte celoso esgrime su cuchilla,
no carta de la muerte, pero rayo
de las nubes morenas de Sevilla.
Adonis pide con la silla el Bayo;
y se duda, picando á cordobilla,
cuál será jabalí de este desmayo.

Celebramos los versos, acomodóse cada uno sobre su ropa para dormir en el portal de la venta, bien que en ella había dos camas, la caballeriza y el pajar, pero las dejamos para la chusma. El poeta dijo:

—No son estos colchones á propósito para las musas.

—Parécense á los de mi celda—respondió el fraile.

—De poco se espantan—dijo el soldado;—bien se ve que no han dormido en campaña.

—¿Qué mayor campaña ó guerra—replicó el poeta—que dormir en una venta en medio de Sierra Morena?

—Durmamos—dijo el juez—que son las noches cortas.

La vieja y la niña se acomodaron junto á mí por huir del soldado. Empezaron algunos á roncar, digo, á tocar el clarín de bellota, y el que lo hacía infernalmente era el alguacil; podía ser chirimía de Lucifer. El poeta dijo:

—Mal año para el órgano de Apuleyo; ¿quién ha de dormir oyendo esta música?

—¿De esta se admira?—respondió el escribano;—si el juez entonare la suya oirá maravillas.

Empezó el ministro á llevar el contrabajo al alguacil, y por más que nos tapábamos las orejas, no podíamos divertir el ruido; y sin duda nos sirvió de agüero, pues dentro de una hora dieron sobre nosotros treinta bandoleros, hermanos del ventero; los dormidos recordaron, y aun los dispiertos, á tiempo que tenían atadas las manos, y aun los piés, y no tuvimos lugar de tomar armas ni de ponernos en defensa. Apartáronnos fuera de la venta un cuarto de legua del camino; doña Beatriz lloraba, la vieja gruñía, el poeta

glosaba, el soldado juraba, y todos íbamos como ovejas al matadero.

Empezaron los ladrones á limpiarnos la ropa, y por hacerlo con más comodidad nos la quitaron del cuerpo, y nos fueron atando uno á uno á su árbol, haciendo una alameda de penitentes en camisa. Doña Beatriz quedó en enaguas, y la vieja en manteo; hubo pareceres de llevarse la niña, pero por no llevar la tía, la dejaron. Apartáronse un poco de nosotros para hacer junta sobre nuestras vidas; entre tanto estaba la justicia pidiendo misericordia, mejor allí que en la jácara; fueron poco á poco desviándose más, cosa de cuatro tiros de mosquete, y aun de allí temíamos los suyos. Doña Beatriz y la vieja se deshacían á lágrimas; yo las consolaba, como amante que aguardaba, sin coronarme de favores, las flechas de la hermandad. El escribano decía que un astrólogo alzó figura sobre él, y le dijo que había de morir en un palo, y que sin duda se llegaba la hora.

—Mire lo que habla, Arenillas—dijo el juez—que si saben los bandoleros que hay en la compañía alguacil, escribano y juez, acabarán con todos.

El fraile dijo:

—No nos podía suceder menos con tantos votos, tantos reniegos, tantas ninfas, tantos versos, tanta justicia, tanto estadista, y sobre todo tanto baldo, escribano y alguacil. En fin, cada uno se encomiende á Dios, y si los bandoleros volvieren, no serán tan crueles que no me concedan confesarlos.

Los cocheros y nuestros criados estaban atados criminalmente, y renegaban á pesar de la doctrina del fraile. Quien más se quejaba era nuestro abogado por haberle dado garrote en una pierna; entendí que diera su alma al derecho, según alegaba de su justicia. Como la noche estaba algo oscura, parecíamos encamisada de difuntos; y si como era verano fuera invierno, lo fuéramos de veras. No obstante, se le antojó al señor cielo relampaguear, y poco á poco empezó la artillería celeste á hacer su oficio, dándonos una

carga de granizo y agua tan fuerte, que nos puso como ánades sobre estanque, pero no tan libres.

—¡Válgame nuestra Señora de las Aguas—decía el fraile—y qué nublado tan cruel ha caído sobre nosotros!

El soldado respondió:

—Calle, padre, no se enoje, llévelo con paciencia, ganará el cielo.

La vieja empezó á quejarse de su madre, que la traía consigo desde que nació.

—¿Vienen esos bandoleros?—dijo el juez.

—No parecen—respondió el escribano.

—¿No hay alguno que se pueda desatar á sí mismo?—replicó el fraile.

—Desata por ahí—respondió el cochero:—No trate de eso, padre mío, que los bandoleros nos ataron á prueba, y estése.

—Hermano, ¿quién os mete en puntos legales?—dijo el letrado;—tratad de vuestro oficio, y no os metais en términos de justicia.

Amaneció el Señor con su luz, y cuando nos vimos los rostros, reíamos y rabiábamos á una; estábamos perdidos, con unas caras deslavádas, dando diente con diente como si fuera en diciembre. El alguacil tendió la vista por un ribazo, y entre unos jarales divisó un bulto; empezó á darle voces, y respondió el eco lo que bastó para consolar la compañía. Íbase llegando á nosotros un zagalejo, que guardaba unas yeguas en lo alto de la sierra, y admirado de ver tanto bulto blanco, se detuvo, pero asegurándose de nuestra desgracia, nos desató á todos y guió á la venta, donde llegamos sin aliento.

Hallamos al ventero y su mujer llorando nuestra fortuna; reparámonos lo mejor que pudimos con la poca ropa que dejaron en la venta los bandoleros en el coche olvidada, en tanto que llegábamos á parte donde pudiéramos vestirnos. Dióle á la vieja su mal tan fuertemente, que se ahogaba; acudí á su remedio, y la maldita madre quería dar cuenta de la hija. Ella me dijo:

—Hijo mío, yo me muero; pregunte si hay una ventosa, que en el ombligo es todo mi remedio; de no, mi hora es llegada.

Yo pregunté á la ventera si la tenía; díjome que no, pero que podía servirme de un orinal; yo con la priesa no reparé si le sería á propósito; pedí estopas, metíle cantidad, y dí con mi orinal en la barriga de la vieja. Dios nos libre; tiró tan fuertemente, que se llevó tras sí las entrañas de la pobre Matorralba; yo que ví el vidrio lleno de tripas, eché á correr dando voces, llamando al fraile que la confesase. Acudió él, y como vió el espectáculo, llamó á la ventera, diciéndole que le quitase la ventosa.

—¡Ay, señor!—dijo—esa le ha dado la vida; déjela su merced sosegar con ella una hora.

Entró doña Beatriz, y con diligencia arrancó el orinal rellenado, y dijo la vieja:

—No hagan burla, por vida de Beatricica, que si el señor don Gregorio no me socorre con la ventosilla, me muero.

Salimos de la venta tan vestidos como desnudos. Llegamos á Juan Abad, y el cochero tomó sobre su crédito el dinero que fué menester para reparar nuestra desgracia. Lo que nos sucedió hasta llegar á Toledo, y de allí á la corte, pretendo pasar en silencio por ser coronista de mayor, que no todo se puede escribir, ni menos oir.

CAPÍTULO VII

Llega don Gregorio á Madrid y da cuenta de lo que le sucedió con un pariente suyo y con un alguacil de corte, y otros sucesos.

LLEGAMOS á Madrid, en cuyo océano tomó cada bajel diferente rumbo; doña Beatriz y la vieja dijeron que traían cartas de Sevilla para cierta amiga suya que vivía en el Avapiés, que fuese con ellas para saber su posada; hícelo así, y después tomé la mía en la calle del Príncipe por gozar del nombre. Diéronme un cuarto bajo, tan pariente de la calle, que más compañía tenía con ella que conmigo; no salí de casa en dos días, procurando acomodarme á uso de corte. Al tercero, estando el sastre vistiéndome, entró en mi cuarto un hombre de buen talle, vestido de terciopelo liso, un candil por sombrero, y con los brazos abiertos se vino á mí diciendo:

—Señor don Gregorio, don Gregorio y señor, primo de mi alma, don Gregorio de mi vida, don Gregorio de mis entrañas, ¡es posible que os veo, don Gregorio! No lo puedo creer.

Yo quedé espantado de tanto Gregorio y de tan prima amistad; preguntóme si le conocía; yo le respondí que no me acordaba haberle visto en mi vida, y era verdad.

—Yo lo creo — me dijo; — pero yo conozco muy bien á

vuestro padre el doctor Guadaña, á la comadre Luz, á Ambrosio Jeringa y á Quiterio Ventosilla.

Yo, que oí desensartar mi honrada genealogía, le dije:

—¿Quién es usted, que le quiero conocer?

Y él respondió santiguándose:

—Yo soy... ¡válgate Dios y lo que ha crecido!, don Cosme Longobardo, hijo de Longobardo Paulín, primo hermano de don Carlino Montiel, pariente en cuarto grado de su padre el doctor Guadaña: ¿no me conoce?

Yo le dije:

—Señor mío, los parientes están disculpados cuando por flaqueza de memoria no se acuerdan ó no conocen á sus deudos; si yo lo soy de usted me tengo por venturoso en haberlo conocido.

—Vístase—me dijo—que como nuevo en la corte tiene necesidad de padrino.

Hícelo así, y entre tanto todo se le iba en admiraciones, diciendo que era un vivo retrato de mi padre. Entró la huéspeda en esta pintura descubriendo la suya, tal, que solo le faltaba estar revuelta al árbol del Paraíso engañando á Eva, por ser la carita engerta en serpiente. Díjole á mi nuevo primo:

—Señor don Cosme, ¿conoce usted á este caballero?

—Señora Mari-Alfonso — respondió él — conozco al señor mi primo don Gregorio Guadaña, y por cartas que tengo de Sevilla sé que venía su merced á esta corte.

—¿Qué su primo es?—dijo la huéspeda:—séale por muchos años.

Dió una vuelta al aposento y fuése.

Salimos á dar el primer chasco á la corte; díjome mi nuevo pariente:

—Oiga, primo, los galanes no deben vivir sin amor; si quiere galantear una de las más hermosas damas de Madrid, véngase conmigo.

Dicho y hecho; llevóme á una casa donde vivían tres doncellas, una más firme que otra; dos madres, tres tías y cuatro criadas; llamábase la más hermosa doña Ángela

Serafina de Bracamonte, y celebraba los dos nombres soberanamente por lo ángel y serafín. No ví en mi vida tan aseada ninfa de Manzanares, emulación del Tajo, con licencia de las señoras toledanas. Mi primo sirvió de relator en el consejo de Venus, informándola de mi calidad y persona en el pleito de pretendiente. Inclinóse el tercer planeta á dar oídos á mi justicia, y preguntóme si tenía más probanza que dar. Díjele que no; pedí libertad, pues me hallaba preso, y respondióme;

—Por ahora, señor mío, á prueba, y estése.

Entró una criada al dar la sentencia con otra peor, y dijo:

—Señora, el platero trae aquella sortija de diamantes: ¿entrará, ó no?

—No éntre—respondió la madre;—bastan las que tienes, niña, sin empeñarme ahora en cincuenta ducados.

Parecióme que sería descortesía no pagarlos, y dije:

—Si mi señora doña Ángela quiere favorecerme con ponerse en mi nombre la sortija, me tendré por venturoso haber llegado en esta ocasión.

Mi primo dijo:

—Éntre el platero, que yo la suplicaré ciña una de sus diez azucenas con los tres diamantes.

Saqué de un bolsillo los cincuenta ducados, pagué al platero, y fuése, dándome mi dueño un listón verde en pago de la sortija. No tardó mucho en entrar otra criada, diciendo que el lencero traía la pieza de holanda que le habían pedido; la tía dijo que de ninguna suerte la había de comprar á diez y seis reales la vara, que era muy cara. Yo la dije que tenía necesidad de unas camisas, y gustaría se labrasen en casa. Mi serafín dijo:

—Si el señor don Gregorio gusta de ello, suba el lencero norabuena.

Entró con cuatro piezas, pero salió sin ninguna, pagándole por ellas más de cien ducados.

—Ya yo me tomara en la calle—dije á mi primo—que temo éntre otra moza con toda la puerta de Guadalajara.

—Bien decís—me dijo;—basta por ahora.

—Y sobra—dije yo, acordándome de mi doña Beatriz, que en todo el camino de Sevilla á Madrid, no me pidió un jarro de agua, con tener al lado la Matorralba, que quitara los dientes á diez ahorcados.

Salí tan sin dinero como enamorado, y acordándome del refrán que dice «tanto te quiero cuanto me cuestas,» le dije á mi primo si era pretensión aquella de muchos días, y respondióme que no se alcanzaban tan brevemente aquellas conquistas, que la fuerte batería del tiempo todo lo rendía con el oro, sin embargo que aquellas damas aspiraban á matrimonio.

Yo le dije:

—Si el señor mi primo me hubiera dicho antes de hacer la visita la palabra del esposo y la esposa, yo me hubiera desposado con mi cordura, y no desposeído de mi dinero.

—No lo digo por eso—dijo él—dígolo porque estime el señor Guadaña, cuando gozare tanta hermosura, mi cuidado y diligencia.

Llegamos á mi posada, comimos juntos, y sin apartarse de mí, sino cuando dormía, me siguió quince días, mucho más que mi sombra. En ellos asenté plaza de verdadero amante, galanteando mi nuevo serafín de día y de noche. Pidióme música, encargando el secreto, que debía de importar no lo supiese don Cosme, y díjome que fuese única; parecióme que la pedía de una voz. Púseme de ronda aquella misma noche, compré una buena guitarra en casa del Capón, y sin llevar conmigo amigo ni criado, dí con mi cuerpo gentil en la idolatría de mi dama, quiero decir en la calle de los Jardines, donde ella vivía. Hacía la noche oscura, y convidándome el silencio, empecé á rascar la guitarra y entonar la voz. Yo estaba enamorado, no podía cantar mal: no hube bien ó mal empezado á decir *Malograda fuentecilla*, cuando un alguacil de corte, que venía de ronda con su escriba al lado, se llegó á mí, diciendo con voz espantosa:

—¿Quién va á la justicia?

—¿Quién va á la justicia? Señor mío—le respondí—la justicia se viene á mí, que yo no voy á ella.

—¿Quién es—me dijo—qué hace aquí, dónde vive, qué oficio tiene, y de dónde viene?

Esto dijo, quitándome la guitarra. Yo le respondí:

—De Sevilla soy, canto aquí, vivo aquí, y estoy aquí.

Púsome la mano en los pechos, diciendo:

—¿Sabe que está hablando con un alguacil de corte? ¿Qué armas trae?

Yo le dije que no traía sino mi espada; parecióle que la llevaría como la guitarra, y quiso quitármela; yo me retiré dos pasos atrás, diciendo:

—Señor, téngase á la justicia, téngase á la razón, y pida con cortesía la capa, pero no la espada; y suplícole me vuelva la guitarra, que yo la rescataré á peso de plata.

—Esa no llevará—me respondió—recójase á su posada, y agradezca que no le meto en un calabozo.

Ellos se fueron la calle abajo, que esta gente no va calle arriba y yo quedé hecho músico de la legua, sin cantar en el teatro de mi dama.

Fuíme á mi posada, dormí lo poco que había de la noche, y á la siguiente, habiendo comprado nuevo instrumento, determiné, á pesar de la justicia, dar mi música. Aguardé á la una de la noche, y sentí que mi Ángela se ponía al balcón; empecé á andar en punto con mi guitarra, cuando al primer verso dieron conmigo alguacil y escribano, diciendo:

—¿Quién va á la justicia? Téngase á la justicia, y aquí de la justicia.

La de Dios venga sobre ti—dije entre mí—y levantando la voz le respondí:

—Señor Téngase á la justicia, ¿quién ha de ir sino un hombre á quien quitó anoche una guitarra?

—Con esta serán dos—me dijo.

Yo quise sacar la espada, pero no pude, porque sin sentir me rodearon tres corchetes, y el escribano cuatro, y

me quitaron guitarra, espada y broquel, diciendo el alguacil:

—Por vida del Rey, que si le hallo otra noche alborotando la calle, que ha de dormir en un cepo.

Fuéronse, y quedé tan corrido y afrentado, que no tuve aliento para disculparme con mi dama, que estaba viviendo, como otras muriendo de risa; y al cerrar el balcón dijo:

—Superior música—y entróse, dejándome, no á la luna, que no había salido, pero sin ella, que era peor.

Fuí á hablar con mi pariente y otros amigos suyos, que vivían seis casas más arriba de la de mi dama; contéles mi desgracia, y díjeles que deseara vengarme del alguacil aunque me costase una vara. En el mismo instante que miré la casa, tracé mi venganza: tenía un medio patio con tres altos; compré una garrucha y una maroma fuerte, y de lo alto de la casa, que caía al patio y á la calle, le pusimos yo y mis camaradas cosa de cien quintales de peso; en el remate de la cuerda, que había de caer á la calle, pusimos un fuerte hierro volteado; éste entraba en una argolla, que yo había de llevar asida en la pretina por las espaldas, de modo que estando asido uno de otro y soltando el peso de lo alto como tramoya de comedia, volaría una casa. Compré una guitarrilla ó un tiple pequeño, y púsele una cinta con un alfiler de á blanca, de modo que asida á las espaldas y dejándola de la mano quedaba colgada en la cintura. Con esta célebre invención llegó la hora de ponerme asido de la argolla y cordel, y mis amigos en lo alto de la casa para soltar el peso.

Empecé á la una de la noche á tocar el tiple, abrí mi boca para beber en mi *fuentecilla*, y al primer cristal, sentí venir mi alguacil y escribano; Dios nos libre, arremetió á mí el ministro envarado, diciendo:

—Por vida del Rey, que ha de dormir con los galeotes el pícaro bribón.

Yo solté la guitarrilla, y como mi alguacil me visitase las manos y no la hallase, empezó con las suyas á abrazarme, por ver si traía armas dobles.

—¿Dónde tiene la guitarra?—me dijo.

—¿Qué guitarra?—le respondí—¿viene loco usted?

Yo, que sentí el estrecho abrazo que me daba, apretándole fuertemente, dije:

—Tira.

Soltaron mis amigos el peso, y fuímos volando yo y mi alguacil por la región del aire. El pobre, que se vió levantar del suelo, empezó á decir:

—¡Jesús mil veces, que me llevan los diablos!

El escribano entendió que se lo llevaban, y fué corriendo como un galgo á la calle de Alcalá á dar testimonio que al alguacil N. se lo habían llevado los demonios. Yo, que había subido á lo alto con mi alguacil, le dije:

—Hermano, téngase á la justicia si puede, y por ahora apéese de aquí abajo.

Soltéle; y dió con su cuerpo y aun con su alma en el jardín de la calle, ó por mejor decir, en la calle de los Jardines, y quedóse sin decir: Dios, valme. Yo entendí que le había despachado de esta vida para la otra, pero no fué así. Quitamos luego la tramoya, dejando raneando á Téngase á la justicia.

Fuímos á casa de doña Beatriz, á quien no había visitado por los nuevos amores de mi Ángel, y ella, en pago de la rebeldía, estaba con mi juez tomándole residencia; llamamos á la puerta cuatro ó cinco veces, y no respondieron. Yo adiviné la causa, y dije á mi primo y á sus amigos:

—Esta ninfa está ocupada, si no me engaño; démosle un chasco, y sea luego.

Fuímos á casa de dos albañiles amigos, y pagándoselo muy bien, les hicimos tapiar la puerta de la calle con yeso y ladrillo, y quedó de piedra y cal, cuanto más de ladrillo y yeso. Fuéronse los oficiales, y pusímonos frontero de la puerta rebozados para ver por dónde salía el galán de mi doña Beatriz. Amaneció su excelencia la señora Aurora, cuando vimos llegar al escribano y alguacil en busca del juez, y dijo el alguacil Arenillas:

—No es esta la puerta.

—¿Cómo no?—respondió el escribano—esta ha de ser.

—Vive Dios—dijo él—que estamos dormidos ó que hemos errado la calle.

Dieron la vuelta seis ó siete veces, y por más que el alguacil afirmaba ser aquella la misma calle, no quería el escribano dar fe y verdadero testimonio que era ella. Abrió la ventana la vieja Matorralba, saludó á los dos y díjoles:

—Éntre el señor Arenillas y el señor Torote, que la moza fué á abrir la puerta.

Fué así, abrió la criada, y dijo de adentro:

—¿Quién nos ha calafateado el ojo de nuestra casa? ¿Quién nos ha cubierto y tapiado la delantera de nuestro albergue?

Al ruido se asomó mi juez en camisa, y á su lado doña Beatriz.

—Que me maten—dijo la Matorralba en alta voz—si el soldado no nos ha hecho esta burla.

Salimos donde estábamos escondidos, y dando vuelta á la calle llegamos al cerrado albergue; la Matorralba, que me conoció de la ventana, dió aviso al juez. La niña se desmayó, y el escribano y el alguacil nos dieron parte de la bellaquería que habían hecho á la ninfa. Yo les pregunté quién estaba dentro, y respondió el escribano que no podía dar fe de lo interior de aquel cerrado alcázar. Alborotóse la vecindad, y algunos vecinos mal intencionados llamaron la justicia para prender la justicia. Vino un alguacil de corte con su escribano; echó la tapia abajo, y por favor me dejaron entrar dentro por pariente de la niña; hallaron al juez perdido de vergüenza, á la ninfa ganada, y á la vieja sin ella; dieran por no haberme visto lo que yo diera por verlos como los ví. El juez habló con el alguacil de corte, y como se entiende esta gente por señas, todo se hizo á gusto de la niña.

CAPÍTULO VIII

Cuenta don Gregorio la desgracia que le sucedió con el alguacil Torote, por cuya causa le prendieron

PARECIÓME que había tomado satisfacción bastante de doña Beatriz y el alguacil de corte, de quien supimos aquel día que estaba para dar su alma al Criador. No me dejó de dar cuidado por los muchos testigos que había sobre el caso; pero en fe de ser cómplices todos, se sosegó mi espíritu.

Sucedióme un día en la calle Mayor que ví en una de sus tiendas una dama de tan buen talle, que me llevó los ojos. Estaba comprando niñerías de cabeza, que no son pocas, y alzando el manto, vino de repente un relámpago de luz tan fuerte, que me turbó la vista. Yo había menester poco para olvidar una y querer otra, gala de que se visten los buenos cortesanos, cuando empecé á ofrecerla toda la calle Mayor, cuanto más la tienda menor. Hízose de rogar; pero como no hay mujer que no guste de recibir, y todas son de tomar, bastó el ofrecimiento para empeñarme en treinta escudos, que se iban á las mil maravillas, y las letras cobradas mejor. Supliquéla me dijese su casa, y díjome que era casada y no convenía: eché de ver entonces que era desgraciado en no preguntar primero; sin embargo, no quise perder ocasión de verla; pedíle

me señalase sitio, y concedióme el Prado; bien le merecia por ser tan liberal; no dí parte á don Cosme de mi nuevo empleo, y no pasaba día que no tuviese dos querellas, una de doña Beatriz, y otra de mi Angel, á quien iba á visitar por cumplimiento, por parecerme larga la pretensión, y lo peor por haberme pedido por esposo, cosa que yo aborrecía tanto.

Llamábase mi tercera dama doña Lucrecia Luzán, y su criada me aseguraba, á pesar del marido, todo buen pasaje; porque su señora, decía ella, se había enamorado de mi talle, liberalidad y cortesía. Preguntéle qué oficio tenía su amo, y respondióme:

—¿Usted pretende el oficio, ó la señora del oficio? Calle por su vida, pretenda para alcanzar, y pregunte para ignorar, que le conviene; ponga esta fortaleza en mis manos, que yo daré con ella en suelo.

Paguéla la buena esperanza, que así se llamaba, y no reparé en mi locura, pues á lo que pareció después, el marido de la señora Lucrecia era, no Tarquino, sino el alguacil Torote, ministro de mi juez.

Continué quince días en mi pretensión, sin ir á su casa por no encontrar con Tácito; hablála en la calle, rondábala de noche, sin música, acordándome de Téngase á la justicia, si bien estaba cada día mejor. Llegó la hora de rendirse este fuerte, y díjome que no podía verla en su casa á causa de su marido, á quien, como dicho tengo, no conocía, ni quería conocer, por lo bien ó mal que me dijo la criada. Díjela que en mi posada la podía hablar seguramente; parecióle bien, y una tarde con todo secreto la coloqué en mi cuarto. No bien había entrado, cuando mi criado me dijo que mi primo me venía á ver; cerré la dama por defuera con intención de volver luego, cuando veo mi Ángela y sus hermanas tirarme de la capa, diciendo:

—Oye, galán, véngase por aquí arriba, que tenemos que hablarle.

Llegó mi primo, y dijo:

—Estas damas os acusaban la rebeldía, adiós.

Fuése, y dejóme entre ellas, que fué lo mismo que entre dueñas. Una me decía: Es un ingrato; otra: Es un vil caballero; otra: Es un fementido galán; y entre aquella, esta y la otra me llevaban poco menos que á galeras, pues iba forzado.

Parecióme que sería imposible volver á mi posada, y dábame mucho cuidado la ausencia que hacía doña Lucrecia de su casa, que me certificaba ser el marido el celoso extremeño, y le temía como el diablo, y aun mucho más. Con este pensamiento busqué mi criado para darle la llave, y no le hallé; pedí licencia para irlas siguiendo á la deshilada, y no fué posible; deparóme la fortuna, al llegar al corral del Príncipe, al alguacil Torote, marido de mi encerrada dama; como no le conocía por tal, apartéle á un lado, y contéle mi desgracia, suplicándole fuese á mi posada para sacar de ella á mi dama, por lo que importaba á su honor y el mío, disculpándome de no volver á ella, por ocasión de cierto embargo que la justicia había hecho en mi persona. Él me dijo:

—Ya entiendo; descuide el señor don Gregorio, que todo se hará como dice.

Fuése en mala hora á poner por obra su desgracia y la mía, pues abriendo mi cuarto y viendo dentro su propia mujer, la dió cuatro puñaladas celosas, y dejándola por muerta, se salió de la posada, y me fué á buscar para hacer lo mismo.

Alborotóse la casa, y juntamente la vecindad, y hallando el horrible espectáculo, se dió parte á la justicia; escapóse mi criado de ella, y vino á buscarme á casa de doña Angela; yo cuando lo supe quedé sin juicio, no pudiendo adivinar lo cierto del caso; salí sin dar parte al origen de mi daño, y fuí á buscar á mi primo; no lo hallé, y como todo el mundo está lleno de soplones, y los malsines son cañutos de mayor esfera, no faltó quien me llevó la justicia á casa de don Cosme. Pusiéronme en la cárcel á mí y á mi criado, adonde pagamos, yo lo que no había comido, y él lo que no había solicitado.

CAPÍTULO IX

De lo que le sucedió á don Gregorio hasta salir de la cárcel

VÍNOME á visitar á la cárcel el juez y dióme cuenta de toda mi desgracia, que aún yo no la sabía: díjome como su alguacil Torote era marido de mi dama, pero que estaba con esperanzas de vida, y cómo mi amigo venía á solicitar mi libertad. Echóse de ver, porque á otro día de mi prisión, el primero que ví en ella fué mi juez. Agradecíle con grande afecto el celo que tenía de noble, como lo era, y dándole parte de mi inocencia, empezó á tomar la mano en el negocio, y como persona que entendía tan bien las criminales causas, hizo la mía tan civil, que á no meterse de por medio vacaciones, me dieran en fiado los señores de las garnachas. Doña Lucrecia, aunque del todo no estaba fuera de peligro, estaba fuera de alguacil, que no era poco. No pareció Torote en dos meses por más diligencias que hizo mi juez en buscarlo para acomodar el negocio y hacer las amistades. Vínome á visitar doña Beatriz, la Matorralba, el escribano y toda la compañía que vino conmigo de Sevilla. Mi buen primo mostró serlo, porque me comía un lado aun en la misma cárcel. Quien no hizo caso de mí fué doña Angela Serafina de Bracamonte, y estando un día paseándome con mi juez, vino su cria-

da, y dióme un papel, escrito de la mano de su señora; abríle y ví que venía armado de los versos siguientes:

Mi don Gregorio Guadaña,
falso Tarquino andaluz,
que por gozar á Lucrecia,
fuiste romano gazul;
Dícenme que la señora
en tu cuarto, á poca luz,
de cuatro puñaladitas
no pudo decir Jesús.
Si el señor Tácito andaba
caminando con su cruz,
dejárasle descansar
á sombra de su salud.
Si la señora Lucrecia,
tendida como un atún,
por dar Torote á Jarama,
la dió Torote capuz,
Sepa que todo instrumento,
matrimoniado laúd,
no canta todas las veces,
el tono del ave cú.
Cerrar ninfas y dar llave,
sólo un guadaño avestruz,
hijo de la misma Parca,
puede ejercerlo en Tolú.
Fuiste malsín declarado
de un serafín Boquirú,
violando con la justicia
todas las perlas del sur.
Lindo alcaide nos ha dado
la comadre de la Luz,
pues dió la llave del fuerte
al brazo de Bercebú.
Por tu vida, dueño mío,
que te vuelvas á Adamuz
á ser médico, pues eres
examinado en Corfú.
No son celos por tus ojos,
uno pardo y otro azul,
sino amor, porque me fino
por galanes como tú.
Avísame si á Lucrecia
se le ha restañado el fluz,
y si se pasa Torote
por el vado del Perú.
Camisa tienes, mi alma,
si has de aforrar el baúl,
el jinete de gaznates
te la vista con salud.
Dios te libre de las cuerdas
de ese músico tahur,
y si las tocares, canta
milagros de tu virtud.

Díjele á la criada:

—Amiga, dile á tus señoras que estimo el favor de las musas; si quieres llevar la respuesta, aguarda, que brevemente te despacharé.

Hízolo así, y despidiéndome del juez, la dije la respuesta en estos versos, que leyó su ama en presencia de mi primo:

Mi doña Angela del Monte,
no braca, más serafín;
primera estafa de Venus,
segundo logro de abril.
Hechizo de Manzanares,
y no de Guadalquivir;
dulce emulación del Tajo,
ninfa en sus aguas gentil,
Si Tarquino de la legua
por ver á Lucrecia fuí,
más vale perder un reino,
que serlo de Medellín.
Tu celestial hermosura
para matrimonio ví;
mucho signo en poco dote
no ha de pasar ante mí.

Soy mucho para marido,
y no he de poder sufrir
una visita del Pardo
en fiesta de Balsaín.
Por tu vida, mi señora,
que marides por ahí
un boquirubio de sienes,
pues hay en la corte mil.
Dale la holanda, mis ojos,
en mi nombre á Juan Paulín,
y matízala primero
de algún palomo turquín.
No me quieras por esposo,
que descubro zahorí
á cuarenta y nueve estados
un perro de un florentín.
Soy Guadaña, y soy Torote
el extremeño alguacil,
y te dejaré sin alma,
mi doña Angela, en un tris.
Todo lo que no es marido
me puedes, mi bien, pedir;
porque tu mina merece
la plata del Potosí.
Aconséjate con mama
y mira si podré ir
por galán de Meliona
á la corte de Madrid.
Si me coges entre puertas,
he de ser, si digo sí,
un conde de Carrión,
infausto yerno del Cid.
Holguémonos como manda
el arancel de Merlín,
tú pidiendo á todas horas,
y yo dando sin pedir.

Díjome mi primo que apenas acabó de leer doña Ángela los versos, cuando dijo la madre:

—¿Qué quería el bribón de don Gregorio? ¿Gozarte y dejarte? ¡Malos años para él! En verdad que si pretende llevar la flor de tu hermosura, que ha de ser con título de esposa y esposo al uso. ¡Oh qué lindo descanso! ¿Quería llevarse lo más precioso de una doncella por cuatro varas de holanda y tres diamantes? No se verá en eso; amanse la cólera, ó váyase á galantear las señoras sevillanas, que las de Madrid más ganan con un marido que con una docena de galanes; por vida de don Cosme, que diga á ese pícaro de don Guadaña que no me éntre por estas puertas, porque si entra, por vida de Angélica, que lo mande cargar de leña sin ir al monte. Qué ¿pensaba holgarse sin matrimonio? Está engañado; no merece descalzar á doña Ángela, cuanto y más calzarla.

Yo le dije que tratásemos de mi libertad, y luego hablaríamos sobre aquella materia, tan postema para mí. Estando en esta plática, entró el alguacil Téngase á la justicia, arrimado á un báculo, tan flaco y amarillo, que parecía la muerte. Todos empezaron á decir:

—Hola, aquí viene el alguacil á quien llevaban los dia-

blos la otra noche, y le soltaron por haber dicho Jesús en la media región del aire.

Otro decía que no es eso, sino que por tiempos está endemoniado este alguacil, y juegan con él á la pelota los diablos. Otro decía:

—Callad por vida vuestra, que nada de eso pasó, sino que unos enemigos suyos lo volaron por tramoya y lo soltaron sin ella.

Yo entendí que me venía á embargar, pero engañéme; habló con el alcaide, y fuése. Perdonéle el susto por la brevedad con que se volvió á su casa en una silla de manos, y ganéme un millón de bendiciones, porque al entrar en ella decían los presos:

—Bien haya el alma que te mancó, verdugo de los pobres y estafador de los ricos.

Otros decían:

—Si fueron diablos, tuvieron buen gusto, y si hombres, lindo entretenimiento.

Entró en este estado mi juez con el mandamiento de soltura, por estar doña Lucrecia fuera de todo peligro; echéme á sus piés, en señal del ordinario agradecimiento; pagué mi prisión, que hasta el tormento se paga, y salí de la cárcel con no poco recelo del alguacil Torote, que no parecía en toda la corte, por más diligencias que se habían hecho. Dieron por libres á mi huéspeda y otros criados de su casa, que andaban á monte, constándoles á los señores de la sala estar inocentes, y habiéndose presentado el mismo día. Costóme la burla más de doscientos escudos, y si no estuviera el juez de por medio, me costara dos mil.

Mudé posada por parecerme conveniente, y llevóme mi primo á la suya, entre tanto que se buscaba otra con más comodidad. Halló en ella á la Matorralba y doña Beatriz, y entró luego mi Serafina de Bracamonte. Miráronse las dos á orza, y dijo doña Angela:

—Reina mía, ¿es vuesa merced hermana del señor don Gregorio, porque se parecen?

—No, señora—respondió doña Beatriz—soy su cercana deuda por parte de Venus, y vengo á saber de su salud.

—Pues excúselo por ahora—dijo mi Angel—que está el señor don Gregorio tomado para palacio.

—¿Cierto?—replicó doña Beatriz riéndose.

—Ciertísimo—respondió doña Angela.

Y mi sevillana dijo:

—Pues crea la señora cortesana tendrá el palacio tan lleno de gente, que no quepa don Gregorio en él.

Parecióme que aquellas señoras me armaban otra para dar conmigo otra vez en la trena; metí paz, y cada una se fué á su casa, favorecida de mi cordura, que aunque no la tenía, me preciaba de tenerla, y el daño estaba en la confianza que yo tenía de mi persona, tanto de galán como de discreto, virtudes que no conocí en mi vida.

CAPÍTULO X

De lo que le sucedió á don Gregorio con los amigos de don Cosme y el juez

PARECIÓME andar acompañado por asegurarme de Torote. Visité á doña Lucrecia, y díle bastantemente con que reparase su desgracia, que siempre me precié de agradecido. Busqué los amigos de don Cosme, y el uno de ellos, llamado Pablillos, por mal nombre, había reñido con otro de la misma cuadrilla, á quien llamaban Sebastianillo el Malo, medio rufián, y caco por naturaleza; si bien, por no tener que hurtar, andaba con la boca abierta robando el aire. Díjome Pablillos que lo había de matar, aunque supiese pernear en la de palo; vile tan rematado, que me obligó á decirle que yo le daría de palos una noche por despicarle; otorgó el partido, y otro día por la mañana saqué mano á mano á Sebastianillo por la calle de Atocha, y díjele como su enemigo estaba resuelto á matarle por cierto agravio que había recibido por su mano; pero que por excusar una desgracia, le había reducido á que fuese su amigo, con calidad que yo le había de dar de palos en su nombre; que se sirviese de aguardarme aquella noche á la puerta de su casa, que yo haría la plataforma de Palermo, con lo cual él quedaría sin palos, Pablillos venga-

do, y yo gustoso de haberlos hecho amigos. Estuvo un poco suspenso antes de soltar el sí, pero en fe de nuestra amistad, dijo que recibiría los palos de veras, cuanto más de burlas. Despedíme de él, y dí cuenta á Pablillos de cómo aquella noche sacaría á limpio su honra.

Busqué un garrote acomodado, púseme de ronda, y fuí á las nueve de la noche con Pablillos á dar fin al duelo. Había mi Sebastián mudado de parecer, y en lugar del beneficio que le quería hacer, me tenía la justicia en su casa, para salir al primer golpe y prenderme. Fué así, llegué á levantar el palo, y dió conmigo un primo hermano de Téngase á la justicia, con su escribano, diciendo á voces que venía á matar á Sebastianillo á su casa. Agarróme un corchete, y el alguacil dos, y como si fuera el mayor ladrón del mundo, así me llevaban por la calle, quitándome la espada, y llevándose el garrote por testigo. Al llegar á la de Toledo, procuré ser Sansón contra aquellos filisteos, dí dos golpes al escribano en la boca del estómago, y vino á tierra; al alguacil le solté la capa, y al corchete la pretina, y con más ligereza que ellos diligencia, me puse en mi posada. Salió mi criado á recibirme, y admirado de verme gentil hombre de á pié, me preguntó si me habían capeado algunos ladrones; yo le dije que sí, y era verdad. Púseme nueva librea, y llevéme debajo de la capa un garrote de tres palmos y medio, algo más seguro que el primero, con intención de suplicar á mi Sebastianillo que pues no había querido recibir los palos de burlas, los recibiese de veras. Tomé la espada y daga de mi criado, y con más cólera que atrevimiento, me fuí á su casa. Hacía la noche calurosa, y estaba el pícaro sentado en una silla á la puerta, tomando el fresco; pero como le faltaba abanico, llegué con el de encina que traía en la mano, y díle una docena de palos, salvo error de cuenta, tales, que bastaron á tenderle en el suelo, y sacando la daga le dí un chirlo de cosa de diez puntos cirujanos tan malos, que ninguno se los quitara por el tanto. El quedó como merecía, y yo me fuí como deseaba, quedándome tan liviana la mano, que podía volar con

ella. Encontré con mi Pablillos, que había puesto piés en polvorosa cuando vió la justicia, y dándole parte de su desagravio y el mío, empezó á danzar de alegría, y canonizóme por uno de los más valientes hombres del mundo, y yo me lo creí por la vanidad que traía en los cascos de haber salido tan bien del suceso referido. Fué conmigo hasta dejarme en casa de mi primo, y fuése.

Dentro de una hora vino á buscarme el juez con un hermano suyo, algo turbados y aun demudados de color, y dijo el juez que le importaba mi persona aquella noche para un caso de honra, que le hiciese gusto de ir en su compañía. Hícelo así, y díjome saliendo á la calle, cómo por aquella parte solía venir la comadre de la Reina, á quien venían á buscar para un lance forzoso. Yo entendí que estaba doña Beatriz reventando por parir, y díjome:

—No es eso, amigo, es negocio de honra.

¿Honra dijiste? Enmudecí, y él prosiguió diciendo:

—Es necesario que los tres nos pongamos estas máscaras, para no ser conocidos; por vida del señor don Gregorio, que calle á todo lo que viere, que no estoy para darle cuenta de mi desgracia.

Pusímonos las tres carántulas, y quedamos matachines de honra. Serían las dos de la noche, cuando por la Red de San Luís vimos venir hacia la Puerta del Sol la comadre de la Reina en un machuelo con su criado detrás. Acordóseme de mi madre, por las muchas veces que solía venir á tales horas de la misma manera. Llegamos á ella, y díjola el juez:

—Apéese usted y véngase con nosotros, que le importa la vida.

La pobre quedó muerta cuando la bajamos del machuelo y lo entregamos al criado, diciéndole que se fuese á su casa, lo que él hizo de buena gana.

—Señores—dijo la comadre—¿dónde me llevan?

El juez respondió:

—No tema, que no ha de recibir agravio de ninguno, sino mucho beneficio y provecho.

Vendámosla los ojos, y quedó la pobre verdadera comadre del tacto. Yo la dije:

—Madre mía, aquí lleva el amparo de todas las comadres del orbe; sosiegue su espíritu, y crea que la fuerza de la honra nos obliga á ser descorteses.

—Ya estoy en el caso—dijo ella—entendí diferente; guíen donde llevaren gusto, que las mujeres de mi oficio están sujetas á semejantes fortunas.

Anduvimos con ella rodeando catorce calles, y llegamos á una casa principal, cuya escalera subimos, y dimos en una sala, aderezada á lo grave, y tanto, que levanté dos puntos al instrumento de la honra.

Quitamos el velo á la comadre, y llevónos el juez á una alcoba, donde estaba recostada sobre un riquísimo catre de la India una dama cubierta con un cendal blanco, dando unos dolorosos suspiros, tan bajos como altos los pensamientos de donde salían. Las blancas manos parecían grupos de blanca cera, y de los rayos que salían por el velo se podía bien colegir el sol que se ocultaba en lo diáfano de aquella nube. El juez dijo á la comadre:

—Amiga, haced vuestro oficio; mirad si esta mujer está pronta al parto que se espera.

Salímonos los dos á la sala y quedó el hermano de mi juez con la comadre, la cual salió luego, y dijo á nuestras máscaras, que nunca nos las quitamos hasta que se fué, que aquella señora estaba despacio, y que á su parecer no podía parir en dos horas; que trujesen ciertos medicinales ungüentos que había menester, y sin salir de casa ya los tenía en la sala. Volvió á tentar el puerto de la humana generación, y dentro de una hora llegó á salvamento un bajel, no galera, tan hermoso, que parecía no haber tenido tormenta en el mar de la vida. Fajó la comadre la dolorosa hermosura, y oíle decir:

—Amiga, encomiéndeme á Dios, que estoy en grandísimo peligro; lastimóme el corazón, y determiné poner remedio en la desorden que sospechaba.

Serían las cuatro de la mañana, cuando por los mismos

pasos que habíamos traído la comadre la volvimos á llevar, después de haber puesto el infante como manda la ley de naturaleza. El juez la dió en un bolsillo veinte doblones, encargándole el secreto, que aunque no sabía la ocasión, conocía la parte; quiso ser diligente en la inteligencia; ella se fué á su casa, y nosotros nos volvimos á la de la parida, donde me sucedió lo que se verá en el capítulo siguiente.

CAPÍTULO XI

De lo que le sucedió á don Gregorio con el juez sobre el suceso del antecedente capítulo

LLEVÓME el juez á una sala con grande secreto y díjome:

—Amigo y señor, las leyes de la honra son difíciles de guardar, aunque los honrados se desvelen por su verdadero cumplimiento, pues mal puede un noble gobernar las acciones que no penden de su albedrío; pero el mundo, que puso el meromisto imperio del honor en una mujer, nos obliga á que pasemos por este errado camino, en cuyo áspero monte tantos se perdieron ó despeñaron. Esta señora, que habeis visto ser horrible esperanza de la muerte, es una infeliz hermana mía, á quien por su flaqueza salteó la amorosa llama de la tercera estrella, abrasando con ella todo el lustre de su honrado nacimiento. En ella puso el cielo el gusano y polilla de nuestro linaje, pues con no vista libertad, enamorándose de un criado suyo, le entregó las llaves de su honor, sin reparar en la deshonra que podía venir á sus deudos. La desigualdad es tanta, que me corro de decirla; y así basta entre los diestros señalar la herida, si bien yo la he descubierto tanto, que solo nuestra amistad puede ser fiadora de su secreto. Considero que os

parecerá rigor ajar en su verdor esta rosa; pero ¿quién podrá perdonar por una vida tantas como han de morir, viviendo la que fué causa de su muerte? ¿Quién duda que saliendo á la plaza del mundo mi infamia, me murmuren de poco cuerdo y me noten de menos avisado? ¿Quién duda que sea esta mujer una ruina de mi honrado pundonor? Pues cuando no case con el agresor del delito, que es el menor daño que me puede venir, quedo sujeto á otro mayor, que cuando una noble mujer se pierde á sí el decoro, no hay riesgo que no atropelle, ni infamia que no ejecute. Si lo callo, me pierdo; si lo digo, me afrento; si la caso, me deshonro; si la olvido, me acobardo; si la guardo, me engaño; si la ausento, me arruino; si la perdono, me ofendo; y no menos que con su muerte sepulto su flaqueza y remedio mi honra. Por otra parte, considero que no me concedió poder el derecho divino sobre una fragilidad tan común como tiene el sexo femenil, y que no puedo ni debo, por una vanidad de la honra, quitar la vida á quien puede repararla con el matrimonio. Mas esta bien fundada razón la derriba el honor del siglo, pues se ha tomado tanta licencia, que predomina sobre las leyes justas de la naturaleza. Concluyo, amigo, con decir que si el amor me detiene, el honor me irrita; si el cielo me amenaza, el mundo me defiende; si la sangre me ata, el agravio me suelta; si el rigor me persigue, la honra me atormenta; y finalmente, que su pecado y el mío luchan el uno con el otro por subir á lo eminente del delito, ó para bajar al abismo de la culpa á recibir el debido castigo que merecen.

Díjele antes que alegase más razones en favor de la venganza:

—Señor don Fernando de Salcedo (este era su nombre), pésame que para una trágica acción os hayais valido de mí, porque os quisiera lisonjear la pena con el olvido, anteponiendo á vuestro honor todo secreto; pero considerando que me trujistes como parte interesada en vuestra reputación, aunque no me pidais consejo, os advierto que

los más discretos se pierden en estas materias, por la violencia con que la ira enciende la imaginativa, oscurece la memoria y daña el entendimiento. Confieso que el yerro de vuestra hermana ha sido costoso para vuestra sangre; mas ¿quién se puede librar de la mancha común del pecado, ora sea por flaqueza de fe, ora por anticipación de la Venus ó por codicia de los humanos bienes? La tela frágil de naturaleza se salpica aun de los más castos pensamientos, y no tiene tantas partes de armiño cuanto su ámbito ocupa de lunares feos. No apruebo, amigo y señor, á sangre fría la muerte, en quien os ha de llevar la mejor parte del corazón. Si este delito estuviera en los vulgares aplausos, en las maldicientes lenguas de los enemigos, aun tenía el duelo de la honra más fuertes razones con que atropellar el derecho divino; pero cuando no ha salido la culpa de los umbrales de vuestra casa, es razón que le valga el arrepentimiento, es justo que le ampare el secreto, notando que si con la vida no se guarda, menos se guardará con la muerte; pues es cierto que la sangre de esta inocente, que sí lo es quien se dejó llevar de los engaños de amor, clama contra su misma sangre; y si con la vida la honra había de blasonar de la duda, con la muerte no podrá alentar de la venganza. En vano la desigualdad que decís impone tributos á la prudencia, si el agresor del delito natural es digno de la nobleza de vuestra casa; advertid que no será ese el primer golpe que ha recibido el cuerpo de la nobleza, y en los que le puede dar la fortuna, ninguno puede ser más leve que el vuestro. No ajeis con los pálidos movimientos de la muerte esta rosa; no arranqueis al primer fruto este árbol; no derribeis á la primera vista este edificio; no mateis al primer vuelo del nido esta paloma; no sepulteis en el abismo de la crueldad esta hermosura. No seais homicida de vos mismo; no alcanceis nombre de cruel en vuestra misma sangre, que más vale errar por piadoso que acertar por riguroso. Cuerdo sois; las leyes del mundo no han de poder más que las divinas. Vuestra hermana no es vuestra esposa, para que os obligue la verdadera honra á

lavar con sangre el agravio cometido. Conventos hay donde toman puerto divino estas borrascas, olvidos donde se aseguran estos objetos, casamientos donde se cubren estas faltas, y tierras donde se mudan estos delitos. No podeis negar que el infante recién nacido no sea vuestra sangre; aborrecerle por la culpa de su madre no es de nobles, es de fieras; pues ¿cómo quedará vuestro corazón cuando vea el retrato del original que rasgastes? No hay duda que os consuma los vitales espíritus aquella fuerza de imaginación agitada de la ira y alentada de la venganza.

Algo se templó mi juez con las piadosas razones que le dije, encaminadas á la defensa de su hermana, y resolvióse á poner por obra mi consejo, anteponiéndole á las rigurosas leyes de la honra, materia que pedía mayor retórica y más tiempo. Agradecíle con un estrecho lazo de amistad el honor que me hacía, y dando á criar el infante recién nacido, se puso el debido secreto á su desgracia.

Diez ó doce días anduve en compañía de mi juez, y llevóme á una academia, cuyos ingenios admiraban el mundo con sus locuras. Yo me preciaba de poeta culto, lírico, cómico y heróico, los cuatro vientos de las musas. Había todas las noches nuevos asuntos, y entre los ingenios había uno tan preciado de ridículo como de loco. Servía de entremés á las burlas, y de farsa á las veras. Dióse un asunto celebrado por nuevo, si bien todos lo son cuando se aciertan á escribir. Este fué que una dama sentada en su cama, queriendo dar á sus blancos piés el velo de nácar, ó hablando culto, calzarse los coturnos, se desmayó de ver su amante, que impensadamente la cogió con el hurto en los piés, como otros en las manos, á cuya desmayada hermosura se dijeron los sonetos siguientes:

En un catre de nieve colocada
con sus diez azucenas Amariles,
nevando mayos, floreciendo abriles,
Flora viviente fué sobre la almohada.
La nieve en los coturnos abrasada,
adorada por términos gentiles,

ardía en sacrificios juveniles,
sobre el ara de Venus consagrada.
Pisaba Apolo la luciente esfera
por gozar los descuidos de su dama,
haciendo de sus rayos vidriera;
Viólo el hónor, y por guardar su fama,
transformando la diosa en blanca cera,
fué el desmayo laurel, Dafne la llama.

Nuestro ridículo poeta dijo el que sigue:

Calzábase Amariles los coturnos,
y amor que los miró por alambique,
más tierno y derretido que alfeñique,
los ojazos abrió casi diurnos.
Iba el ladrón cantando por sus turnos
desde el dedo mayor hasta el meñique,
y si otro fuera, me la diera á pique;
que amor sabe jugar cientos nocturnos.
Viólo la ninfa, y disparando un rayo,
délfico sol, tercero de un canuto,
la dió sin más ni más cierto desmayo;
pero el cobarde amante hijo de un puto,
saliéndose, mirándola al soslayo,
no quiso hacerla Porcia, siendo Bruto.

Yo, que me preciaba de poeta medio culto, dije:

La diurna Amariles, por el rumbo
fatal del venatorio bamboleo,
donde el fogoso campo de Himeneo
sirve palestra al palpitante tumbo,
El coturno de nieve, no de chumbo,
derrite en el Vulcano giganteo,
y si amor se preciara de pigmeo,
Titere pareciera en el columbo.
Venus, que en tales actos no se zumba,
en lengua erasma, articulando á Erasmo,
habló la gatomaquia gatatumba.
Dióle al hijo de Chipre el asma ó asmo;
y ella, revuelta en holandesa tumba,
tuvo gota coral de pasmo á pasmo.

Como no faltan poetas ridículos, otro académico dijo el que se sigue:

En Tirias tersas de purpúrea pompa
Amariles deidad colura campa,
y unos talares de cristal se zampa,
de Venus alma, de Mercurio trompa.
Sin temer que un mosquito la interrompa,
en fuegos sulfureantes ampos ampa;
cuando su ninfo su coturno estampa
en el que Adonis, jabalí se rompa.
Colúmbralo la diosa medio zamba,
y queriendo imitar á la hecatomba,
extiende helante la cerúlea gamba;
Suspiros gira por luciente bomba,
y el hijo propio del nocturno Bamba,
cuadrupedantes rayos le rimbomba.

Otro poeta dijo al mismo asunto este romance:

Calzábase los coturnos
con mucho descuido el sol,
que también se calza el día
sus dos medias de color.
Cuando la bella Amariles
de su oriente despertó,
y con la luz de sus ojos
sus nevados piés calzó.
Colocada en una almohada,
con diez azucenas dió
sepultura á diez jazmines,
rayos sí, del niño Dios.
Su descuido dió cuidado
á un nuevo Adonis poltrón,
que viendo abrasarse el día,
con mucha flema se heló.
Divisó por las columnas
donde Hércules no llegó,
todo el imperio de Venus,
de quien pudo ser arpón.
Miró en dos ejes partido
todo Chipre, donde amor
jugó cañas tantas veces
en torcido caracol.
Parecióle al pobre amante
que aquel jardín se cerró,
y ni aun con llave maestra
á abrirlo no se atrevió.
Como un amante de plomo
paso á paso se llegó,
á ver trozos de cristal
arder en fuego menor.
Alzó Amariles aquellos,
soles sí, luceros no,
y en un eclipse templado
todo el orbe sepultó.

Volvióse la academia capítulo de jácaras, adonde los senadores de las musas jacarandinas se ponían á jugar los pleitos de la vida rufiana. Entre ellos había dos hijos de esta ciencia; el uno se llamaba Añasquillo de Toledo, y el otro Ectongo el de Talavera, y contábase el uno al otro su vida y milagros en estos versos:

Contando está sus arañas,
como si fuera moneda,
Añasquillo el de Toledo
á Ectongo el de Talavera:
Escúchame, amigo mio,
confesaréte mis rentas;
y si no absolvieres dudas,
óyeme de penitencia.
Seis años há que me puse
á garduño en esta tierra,
examinado de caco
en la Vera de Plasencia.
Yo y Colmenar competimos
en ajustar una reja,
multiplicando guarismos
sobre el libro de una puerta:
En menos de cuatro mayos,
como si fueran ovejas,
trasquilamos en camino
muchas personas de cuenta.
Saqueamos en la Palma
poco menos de doscientas,
que para reses perdidas
se hicieron nuestras tijeras.
Partimos esta ganancia
en la vega de Antequera,
y si no fuera por mí
la partimos en galeras.
Con todo nos dieron caza,
y fuimos sobre conciencia
presentados en la cárcel
sin bendición de la Iglesia.
Allí conocí tus mañas
apretándote las cuerdas,
siendo confesor de azote,
por ser mártir de la penca.
Dícenme que tu gaznate
ha probado á la jineta
muchos hombres de dos caras,
testigos de tu destreza.
En la selva Caledonia
y laberinto de Creta
fuiste robador de Europa
y otro Páris de tu Elena.
Acogístete á sagrado,
al pié de Sierra Morena,
con la Julia á la italiana
y la Octavia á la francesa.
Ya te conocen en Flandes,
en Corfú y en Inglaterra
por soldado del araño,
pues como gato peleas.
Pareciéramos los dos
colgados en una entena
fruta de pagar delitos,
que madura estando seca.

Dieron fin á la jácara, por gozar de la comodidad de cierta carroza, que nos aguardaba á mí y al juez, con dos amigos que en ella venían para ir á cierta casa, de que haré mención adelante. Yo dije entrando en ella que no había descanso y comodidad mayor para la vida humana como la de un coche, y respondió mi juez:

—Por cierto, señor don Gregorio, que tuvo poca razón Demócrito en poner la felicidad del hombre en reir, Heráclito en llorar, Platón en la virtud, Aristóteles en el honor, Filón en el amor, y otros muchos en diferentes acciones y virtudes. Si ellos dijeran que no la hay mayor que la comodidad de cada uno, anduvieran acertados; y no niego haber en el mundo verdad, justicia, razón, virtud, misericordia, amistad, limosna, honra, caridad, templanza, fortaleza, prudencia y sabiduría; pero antes que se ejecuten

todas estas morales y políticas virtudes, entra primero la comodidad de cada uno. Porque el hipócrita adquiere santidad por malos medios, siendo mártir del demonio; pero toda esta santidad fingida no es ejecutada sin que primero la comodidad tenga su imperio en la misma hipocresía. En el vientre de la madre la busca el hombre, pues después de haberse hallado nueve meses en el albergue natural, rompiendo las túnicas que le cubrían, sale á buscar la comodidad del aire. La madre hace lo mismo, pues para eximirse del dolor que la oprime, arroja el hijo por su comodidad á los umbrales de este siglo, y apenas respira, cuando la busca con los labios, y obrando con la razón, no hay deleite que no anteponga á toda virtud. Si está enfermo, no hay doctor que no busque, remedio que no tome, pesar que no advierta, dolor que no reprima, tirando al remedio hasta alcanzarlo, y cuando no lo puede conseguir, busca la muerte, la cual sirve de comodidad al hombre, cuando los dolores no admiten humano remedio. Los jueces, primero que lo seamos, buscamos no ser juzgados de otros, y primero adquirimos comodidad propia que busquemos á la justicia la suya. Los señores de título primero la buscan para la conservación de su estado y personas, después entra la liberalidad y la nobleza. Hasta el culto divino la tiene para ejercer sus oficios espirituales en sus primicias y rentas eclesiásticas; después entran el amor, la caridad, la doctrina, el celo y fervor espiritual. El hombre más amigo de la honra mira primero el provecho que ha de sacar de ella, y á veces no es todo virtud el conseguirla, porque la honra sin comodidad propia nunca fué buena, aunque lo sea. Todos los oficios de la república procuran la perfección de la obra, pero primero su comodidad; después entran el trabajo, la manufactura y la perfección del arte. El que se halla incapaz del siglo, busca su comodidad primero, y aunque sea para servir á Dios, pone la mira en su comodidad; después entran la abstinencia, la disciplina y la obediencia. El que nació de ánimo humilde, hallándose incapaz para la guerra, procura su comodidad, buscando

los oficios que tienen menos riesgo de la vida; después entra el agradar á los superiores. El que salió al mundo con muchos espíritus vitales busca la comodidad de la guerra para su descanso, y antes de pelear mira si puede hacer presa en el amigo ó enemigo, si le pagan ó no le pagan, si le honran ó no le honran; después entran el valor, la valentía, el ánimo y el esfuerzo militar. El amor del padre para con el hijo la busca en engendrarle, y el amor del hijo para con el padre en heredarle. La mujer que más ama y quiere á su marido mira primero su comodidad en la dote, por ser los bienes de fortuna en la mujer de más amparo que en el hombre. El sabio la busca en la adulación, el mercader en la usura, el escribano en la pluma, el labrador en la nube, el tahur en la flor, el cortesano en la lisonja, el malsín en la traición, el ladrón en la noche, el homicida en la sangre, la doncella en la esperanza, la viuda en el monjil; y todos, antes de ejercer lo útil de su estado, le tienen librado en la comodidad y conservación del individuo.

Aquí llegaba el juez con su discurso cuando se apearon los tres, y me dijeron no saliese del coche porque iban á ver si yo podía gozar de la conversación de ciertas ninfas. Hícelo así, y apenas entraron en la casa donde paró el coche, cuando cercaron la carroza tres hombres, diciéndome el uno que saliese de ella si no quería morir; yo lo hice por la parte más flaca del estribo con tanta ligereza, que tuve lugar de sacar la espada y ponerme en defensa. El cochero dió voces á mis amigos, y saliendo todos se pusieron á mi lado. Reñimos valerosamente más de un cuarto de hora sin conocerse ventaja, hasta que el juez conoció á su alguacil Torote por la pinta; yo me sentí herido en el brazo izquierdo, y acordándome de mi tío el cirujano, dí conmigo en casa de Tamayo, adonde recibí en cuatro días absolución de mi culpa. No paró aquí la indignación y cólera de Torote, porque me buscó varias veces en la academia, hasta que una noche me sucedió la fortuna que se sigue.

CAPÍTULO XII

De lo que le sucedió á don Gregorio con el alguacil Torote y sus amigos

SERÍAN las diez de la noche cuando salimos segunda vez de la academia; despedí á mi primo, que estuvo en ella, por ir más ligero, y á mi juez, por ir más seguro de honra, que cada día quería volver atrás la palabra que me había dado. Fuíme por la calle de las Carretas, y dí en la Puerta del Sol, y al querer subir por la Red de San Luís oí que me llamaba una mujer tapada, diciéndome:

—Ah, señor don Guadaña, váyase despacio, que allá vamos todos.

Detúveme, y conocí á mi doña Angela de Bracamonte por la pinta de la voz, que pintaba serafines de oro. Luégo me ofrecí, como amante, á irla acompañando, y díjome que no vivía donde solía, por cuanto se había mudado á cierto barrio; quise saberlo, y no hubo orden. Parecióme que venía á tentarme de matrimonio; pero engañéme, que no habló en él. Dimos en el Prado, adonde me despidió, diciendo que de ninguna manera la había de acompañar ni saber su casa. Extrañé el modo con que me despedía, y con intento de irla siguiendo la dejé algo sentido de su

descortesía. Tomó el camino, y á la deshilada la fuí siguiendo hasta que se detuvo y sentó junto á una fuente del Prado, y sacando una vihuela pequeña, que yo no ví con haber hecho las ceremonias de amante que acompaña de noche á su dama, empezó á cantar con tan suave voz, que admiró los galanes y damas de la carrera. ¡Válgate el mismo Orfeo por sabandija! ¿Quién te armó de vihuela, no habiéndola traído ni habiéndotela dado? Con esta admiración estuve hasta que dió fin á su música, diferente de la que yo la dí con Téngase á la justicia. Serían las doce de la noche cuando por el Prado arriba iba mi doña Serafina sola, y yo siguiéndola; empezó á menudear el paso, y como la luna daba bastante luz para no perderla de vista, determiné saber su casa y ver en qué parte podía aquella mujer llevar la vihuela.

Al llegar á lo último del Prado, junto á un álamo estaba durmiendo un hombre; llegóse á él mi Angel, tiróle de los piés, y sacólo á campaña; él recordó á tiempo que la ninfa había pasado de largo; no sospechó el dormido que podía ser otro que yo el que le había hecho aquella burla, y sacando la espada que traía al lado, embistió como un león á matarme. Ella que vió la impensada batalla, dijo en alta voz:

—¡Ah, señor don Gregorio Guadaña, apriete los puños, que le va la vida! ¡Dios nos libre!

Apenas oyó mi nombre el que reñía conmigo, cuando como un desesperado se arrojó con tres estocadas sobre mí, y de la menor me hubiera muerto, á no hallar su espada resistencia en una cota de malla que llevaba. Conocíle luégo por el alguacil Torote, porque me dijo:

—Traidor, con tu sangre se sacará la mancha de mi afrenta.

—Esto es hecho—dije entre mí—sin duda que mi sangre es sacamanchas de honras, y me la quieren quitar; y lo hicieran á no venir de ronda el mismo alguacil Téngase á la justicia, que se puso á mi lado en agradecimiento de haberle hecho volatín. Torote dejó el Prado por no visitar

la cárcel, y yo sin duda fuera á dormir á ella si no llevara cuatro reales de á ocho que lo estorbaron, asegurándole al ministro que sólo había querido defenderme de aquel hombre que me había salido al camino á quitar la capa. Creyéronlo así, y dejáronme, llevando mi dinero á la cárcel de su bolsa. Yo quedé dando al diablo á mi Angela, y tomando mi camino por la calle de Alcalá, con intento de irme á mi posada.

Hallé á la puerta á mi primo y sus camaradas, que me estaban aguardando para ir á rondar; contéles el suceso y lo bien que había salido de las aguas de Torote, y calificáronme por el Cid Rui-Díaz. Sólo sintieron que no hubiese sido el conde de Carrión con doña Angela. Serían las dos de la noche, y la señora Diana las había afufado á los antípodas; no se hallara un rayo de su luz por un ojo de la cara. Vivía un boticario recién casado en la Carrera de San Jerónimo; ordenamos de darle un chasco. Llegué yo, como más atrevido, y empecé con el pomo de la espada á llamar á la puerta; él dormía en un cuarto bajo, y respondió lo acostumbrado:

—¿Quién está ahí?

—Abra usted—le respondí—que cierta necesidad precisa nos obliga á llamar á estas horas.

—No abro yo mi botica—dijo—á las dos de la noche á ninguna persona; venga mañana.

Sosegámonos un poco, y con un canto razonable llamé otra vez, á cuyo alboroto, algo alterado, dijo:

—¿Quién es, quién es?

—Suplico á usted—le respondí—abra, que es lance preciso y obra de caridad.

—Hermano—replicó—ya os he dicho que vengais mañana, porque mi botica no se abre de media noche arriba.

Estuvímonos quedos otro cuarto de hora, y con otro pelado mayor que el primero á manteniente llamé tercera vez, á cuyo golpe temblaron las redomas, y el boticario dijo:

—Por vida de doña Lucrecia Bampulla, que si me levanto que ha de costar triunfo el llamamiento.

Yo le respondí:

—Abra usted y sabrá lo que quiero, y después me disculpará.

No lo hizo, y yo á dos manos entendí romper la puerta á golpes.

—Aguarden con los diablos—respondió—que ya me levanto.

Hízolo así, y abriendo su botica, dijo:

—Hombre del demonio, ¿qué me quieres?

Yo le respondí:

—Suplico á usted sea servido decirme si este cuarto es falso.

Él quedó con él en la mano, y nosotros nos fuímos por la calle abajo solemnizando la burla.

Llevaba mi primo un dominguillo de paja, vestido de colorado, espantosa figura, en un palo alto, bastante para el intento que diré. Vivía junto al Caballero de Gracia, un doctor de medicina, el cual tenía una mujer algo medrosilla; llegamos á su puerta y llamamos; él respondió del primer cuarto que caía á la calle, diciendo:

—¿Quién llama?

—Suplico al señor doctor—respondí—se asome á la ventana, que le quiero hablar dos palabras de parte del Conde, mi señor.

—¿Qué conde ni qué acá?—replicó él—id con Dios, hermano, vuelva mañana.

—¿Cómo vuelva mañana?—dije yo—llamando otra vez; asómese á esa ventana el señor físico, que importa la vida de un príncipe.

—Vete á echar, hermano—respondió—que yo no me levanto á estas horas.

—Serále fuerza,—dije apedreando la puerta, á cuyos golpes se levantó, y como tenía luz, y su mujer le rogara que se asomase á la ventana, la abrió á tiempo que mi primo metió por ella el dominguillo, y dándole con él en las barbas, oímos que dijo la doctora:

—¡Ay, hermano, que se nos entra el diablo por la ventana!

Él conoció la burla, y tomando su espada y broquel, salió á la calle. Mi primo tenía ya un pellejo de agua para reparar el golpe, y como el doctor le tirase una estocada, á un mismo punto empezó mi primo á pedir confesión. El físico, entendiendo que le había muerto, se entró en su casa, y por librarse de la justicia, que presumía había llegado á socorrer el herido, empezó á saltear tejados y alborotar la vecindad. Como iba en camisa, ningún vecino le quería recibir, entendiendo ser algún espíritu ó fantasma venida del otro mundo.

Levantamos el difunto pellejo, y dimos con nuestro cuerpo en la calle de Toledo, y por ella venía una ronda. Iba en nuestra compañía un sastre, llamado Juan Grande; nosotros nos detuvimos, y él se adelantó y paró en una esquina rebozado con su capa. Llegaron los porteros, y dijeron:

—El señor cabo de ronda pregunta quién es usted.

Nuestro camarada respondió muy á lo grave:

—Decid que un grande de España.

Los porteros volvieron atrás, y dijeron al cabo:

—Señor, es un grande de España.

Alborotóse el cabo, y díjoles:

—Apartaos á un lado, apartaos presto; y llegándose con mucha cortesía, el sombrero en la mano, y la ceremonia política en los piés, le dijo:

—¿Quién es vuecelencia, quién es vueseñoría? para que le vamos sirviendo.

Él respondió:

—Señor, soy Juan Grande, el sastre.

Esto dijo valiéndose de los piés, y nosotros hicimos lo mismo por escapar nuestros cuerpos de tanto corchete cómo le acompañaba.

Venía mi señora la alba llorando auroras cuando nos apartamos de la noche, y cada uno fué á su posada á dar su tributo al sueño, como dicen los asentistas de Morfeo. Yo dormí dos horas, y á las siete de la mañana estaba en casa de mi doña Angela, preguntándole por la vihuela con

que cantó en el Prado. La niña me respondió si venía loco. Señaléle la hora, y respondióme:

—Por vida de mi madre, señor Guadaña, que anoche á la hora que usted dice estaba yo en mi cama tan señora de mí, cuanto agena de usted.

—¿Es chasco?—la dije yo—porque los dimos anoche mi primo y yo tales, que no tendrá lugar el que usted me quiere dar ahora, negándome que la señora doña Angela no fué conmigo anoche al Prado; conmigo estuvo, diciéndome se había mudado de esta casa, cosa que yo no creí, por cuya causa la fuí siguiendo, y no tan sin cuidado que no me le diese mayor verla sacar una vihuela y cantar con extremada gracia:

En los ojos de Amariles
Madrugaba un claro sol.

—En verdad, señor don Gregorio—dijo la vieja—que no madrugaban los de usted, que debían de dormir; pues ¿no se acuerda, diga, pecador, que anoche á las diez estuvo en esta casa dando muchas satisfacciones, y no pagando ninguna, de que no había venido á ella por haber tenido un pleito sobre su mayorazgo?

—¿Yo pleito?—dije—¿yo mayorazgo, yo satisfacción? Buena está la burla.

—¿Qué burla?—dijo doña Angela. ¿Viene loco? ¿No se acuerda que después de mil promesas que anoche me hizo, la postrera fué darme palabra de casamiento?

—De todo me acuerdo—la dije—sino de la palabra de esposo, y niego haber estado anoche en el Prado, y que la señora doña Ángela fuese conmigo, y niego lo de la vihuela, lo de la ronda, y sobre todo lo del casamiento.

—Eso será si pudiere—dijo la vieja;—pero no podrá, que hay Dios en el cielo y justicia en la tierra.

Yo quise salir de aquella maldita casa, cuando agarraron de mí las hermanas de la moza de golpe, y dando voces en favor de su honra, la vino á socorrer un notario, un al-

gracil, un escribano, tres malsines y mi primo Longobardo, los cuales me cercaron, aconsejándome que cumpliese la palabra dada á la señora doña Ángela, pagándole su virginidad, si no quería dormir muchos días en la cárcel, y al cabo casarme por fuerza y con mala reputación.

—¡Ay!—dijo la vieja llorando—no crean ustedes á ese Páris traidor con esta inocente Elena, que los engañará como engañó esta casa, deshonrando el antiguo blasón y ilustre sangre de los Bracamontes, solar bien conocido en las montañas de Jaca. Antes que viniese á este albergue estaban estas niñas doncellas en conserva, tan recogidas, que ni aun el sol las miraba; era un monasterio, y ahora por mis pecados lo es de arrepentidas. No le dejen ustedes de la mano hasta que la honra de mi Ángel esté satisfecha, pues con la guadaña de ese mal hombre está derramando sangre, pidiendo venganza contra el homicida que la degolló. Testigos tengo; aún vive el himeneo que profanó; no dirá que fué fingido estando tan reciente; ténganle, señores, y consideren que los corales de la honra que esta niña guardó veinte y dos años, este ladrón se los robó en un abrir y cerrar de ojos; si no hay justicia en la tierra, la pediré al cielo. Mucha honra le hace esta niña en casarse con él, y si no se la hubiera quitado, primero cegara que tal viera; pero este negro amor, este negro querer bien ciega á las mujeres y da vista á los hombres; ellas quedan cargadas en el duelo del honor, y ellos descargados en el del amor; últimamente, ó se case con mi Ángel, ó vaya condenado al infierno de un calabozo.

Yo estaba tan fuera de mí, cuanto ella dentro de su casa y su bellaquería. Mi buen primo decía que la vieja tenía razón; los ministros de justicia que era justo que yo casase sin pleito; los malsines aseguraban y juraban que me habían oído lo de palabra de esposo, y algunos que había hecho vida matrimonial ó añal. En fin, yo dije que fuésemos á la cárcel norabuena, que más quería acabar con honra en ella que vivir con deshonra toda mi vida en aquella casa.

LOS

TRES HERMANOS

NOVELA ESCRITA SIN EL USO DE LA **A**

POR

FRANCISCO NAVARRETE Y RIBERA

LOS TRES HERMANOS

Premio el lector llevará,
cuando el discurso leyere,
si en alguna línea viere
razón escrita con A.

En Toledo, pueblo insigne por quien le dió principio, que fué Ptolomeo, eminentísimo estrellero, por su suelo y cielo, por su sitio, como por su célebre río, sus dulces y melosos frutos, por su rico y suntuoso templo, por sus bellos rostros de mujeres en visos del sol, esculpidos entre crepúsculos de nieve, por sus eternos edificios, propios de sus ilustres vecinos, por el entendimiento de sus hijos, que son robo de los estudios, por el orgullo invencible de muchos que siguieron pendones, y con gusto oyeron el rumor del bélico instrumento, y en nombre de su rey rindieron fuertes, pendieron triunfos, y fueron dignos merecedores de mercedes y privilegios que hoy hinchen sus honorosos escudos; este pues Toledo, como digo, en el principio que reinó el prudentísimo y temido rey don Felipe II hubo un buen clérigo con el beneficio del templo del glorioso Isidoro, con cuyos frutos y los derechos de sus obvenciones, se gobernó bien regido, sin deseos del propio ministerio. Este pues crió un bello mozo, por nombre don Pedro Osorio, en el título de sobrino,

que es el deudo común de estos señores, con todos los propios que el tesoro de los hombres contiene; fué bien entendido como brioso, de lindo cuerpo, y mejor condición; crióse con el motivo de sí solo, porque muchos se perdieron por otros, y no por sí; exentóse de los desvelos del ciego dios, y recogido en virtud, cuidó siempre el ejercicio de leer curiosos libros y de buen ejemplo; en fin, quitó y hurtó el vicio de su juventud. Y en medio de este sosiego, bien seguro de su perdición, un domingo del fogoso julio, en el festín del río deleitoso, vió en un coche un hermoso prodigio, un espíritu del sol en vestido de mujer, el pelo en rizos de oro, sus ojos dos luceros, verde el color, tesoro prometido, si bien difícil por lo severo y poco divertido.

Puso los ojos el cuerdo mozo en el bellísimo y hermoso rostro, en cuyos divinos reflejos se entregó vencido y sin el uso de su condición; fué cortés del sombrero, y en lo recíproco vió su cortejo bien recibido; llegóse, y vió un gentilhombre, si no es que fuese hombre gentil, que muchos lo son en el conocimiento de lo que deben donde tienen honores, y todo el beneficio de su común ministerio, pues por pequeño interés venden lo que no tiene conocido precio, que es el crédito y opinión de sus dueños fingidos en veces, y en veces solícitos corredores de su conocido interés, con que son inquietud y perdición de los hijos de sus señores. Díjole: Señor mío, por conocerle le pido quién es este portento hermoso. Respondió el buen escudero, de nombre Monzón: Este querubín divino lo engendró don Rodrigo Ponce de León, de noble estirpe, rico y muy poderoso, pues tiene en censos y tributos tres mil escudos por tercio de bueno y seguro cobro; es viudo de diez meses; tiene otro hijo, que por inquieto no vive en Toledo, y en su olvido es el disgusto de don Rodrigo mi señor, que siempre lo tiene por muerto ó perdido, por su mucho brío y poco temor.

Don Pedro quedó gustoso del informe, y dijo: Yo estimo lo referido, y quedo reconocido deudor. Despidióse: que-

dó confuso como inquieto, y como le cogió en los principios, fué un improviso que le privó de su entendimiento, y solo con el distinto de hombre siguió el coche, supo el nido de su hermoso dueño, de quien desde el mismo punto que le vió se reconoció preso en el brete de sus ojos. Recogióse, oscureció, y quedó en silencio el tropel confuso de los vivientes; pensó desvelos sin ser vencido del sueño, y con deseo de ver luces del sol, como de los divinos luceros dueños de su inquietud, dejó el lecho, vistióse presuroso, y fué donde dejó su entendimiento. Estuvo poco tiempo, y vió el escudero, en quien puso el punto fijo de su norte: díjole: Señor, yo soy el pedidor del informe y vuestro conocido deudor; yo peno, yo estoy vencido de los bellos ojos de vuestro dueño; en vos espero remedio, que siendo honesto, como lo es, el intento mío, bien podeis sin escrúpulo ser el temple de mi sosiego, que os prometo servir en mucho. Monzón respondió: Bien he conocido, señor, vuestro fuego, que yo soy hombre, y mozo tuve esos impulsos de incendios; decid lo que quereis, que os prometo ser vuestro fiel servidor. Don Pedro tomó nuevo brío, y con diferente sosiego dijo: Yo pretendo por un billete que mi dueño esté entendido del violento fuego que en mí obró el ver sus divinos ojos. Monzón respondió: Yo me obligo en corto tiempo que el billete esté leído y respondido; porque, decirlo quiero, que ví no sé qué correspondiente en los ojos que vos visteis, en que juzgo no muy dificultoso el leer y recibir; bien podeis escribir, y si fueren versos, mucho mejor, con un poquito de culto, que es el sobrescrito del buen ingenio; de noche espero, que yo pondré el pecho en vuestro servicio. Con este ofrecimiento se despidió Monzón, y don Pedro le envió contento con el cortejo de seis doblones que le dió. Fuése don Pedro con el gusto diferente, lo que entre muerto y vivo, recogióse en su retrete, y escribió estos versos:

Vuestros bellos ojos vi,
que divinos como bellos

estoy perdido por ellos,
si en verlos no me perdí.
Yo me considero en mí
confuso entre muerto y vivo;
dolor y gusto recibo,
tengo temor, bien espero,
y en fin, dicen lo que os quiero
estos versos que os escribo.

Escrito, cerró el pliego, siendo su deseo prevenido; correo fué el sol en su curso con piés de plomo, sintió mucho lo prolijo de su luz, oscureció y fué presuroso, y vió en el puesto de su prevención que Monzón estuvo en los puntos del reloj de oro; hízole solemne recibimiento, cortés como humilde, y dijo: Señor don Pedro, yo estoy en el puesto donde espero orden de vuestros preceptos. Don Pedro le dió el billete con otros dobloncillos, y dijo: Yo espero por medio vuestro el remedio y gusto mío. Despidióse, y Monzón hizo como bueno y solícito confidente, diciendo: Este es un hombre muy nobilísimo, muy poderoso, de lindo entendimiento, modesto, y en resolución del mejor crédito de los hombres; su intento es en buen fin, pues solo pretende desposorio. Esto se escuchó con gusto, que es el tiempo en que se corre el riesgo, que quien escuchó siempre estuvo en vehemente peligro. Cobró Monzón un billete, que don Pedro recibió, perdido el seso de gusto, y leyólo y vió su estilo, que es este:

«Los dudosos conceptos, el tener y no tener fe, bien creo »que son justos temores. Lo tierno estimo, lo fino quiero, »mujer soy y noble, honesto es mi pretexto, mucho os es»timo.»

Leyó el billete, y quedó don Pedro gustoso; consideró en su breve compendio lo mucho que en él se le dice; y perdiendo el temor, poniendo en olvido todos los riesgos y peligros que le pueden venir, se resolvió y escribió en otro, que dice su resolución. Monzón, correo diligente, codicioso, como lleno de embustes, fingiendo ruegos y conceptos no oídos, yendo y viniendo, y bien encendido el fuego en sus deseos, tuvieron los dos queridos por bue-

no y seguro medio el verse juntos, porque después de sucedido no tuviese remedio ni fuese disuelto su intento; en cuyo pretexto estuvieron conformes, no viendo ni temiendo el brío y rigor de don Rodrigo, y que suele ser el fin muy diferente de lo prevenido. En fin, Monzón dispuso el negocio en que los juntó en un retrete suyo, en medio del silencio.

Entró don Pedro en el retrete, donde estuvo prevenido su hermoso dueño; y Monzón lo cerró sin ver lo enorme de su delito, pues recibiendo beneficio de su señor, fué el vendedor del tesoro rico de su honor, que es en los nobles de excesivo precio en este tiempo. Don Rodrigo, inquieto y medroso con los justos temores que se deben tener, por ser viudo y solo, viendo y conociendo el poco crédito de los sirvientes, que son enemigos de dentro del muro con sueldo conocido, preguntó por su empeño querido, último engendro de su juventud; no le respondió, dió voces, púsose en un corredor, eminente puesto de su edificio, donde oyó entre un rumor ledo, como quien temeroso huye, que Monzón en este tiempo lo hizo como delincuente. Con estos incitos don Rodrigo tomó un estoque y un broquel, pidió luz, y hecho perdiguero de su honor, buscó rincones y retretes, y vió el de Monzón sin luz, hecho muro el postigo, dió golpes, vuelto el celo en celos. Don Pedro que oyó el ruido, temiendo el peligro, se determinó en poner cobro en su querido dueño, y bien prevenido en lo diestro como en lo discreto, sin perder punto, en tiempo que don Rodrigo furioso, como ofendido, de un golpe rompió el sepulcro ó entierro de su honor, siendo menos dichoso que brioso, recibió un golpe que don Pedro le dió, con que dió en el suelo, pidiendo confesión. Don Pedro como pudo y con invencible denuedo puso cobro en su dueño y lo entregó en el convento de Siliceo, donde por el nombre de su tío le conocieron é hicieron lo que pidió. El buen don Rodrigo quedó en el suelo; hubo inquieto ruido por ser hombre de mucho bulto; confesóse y curóse.

Vino el corregidor, y de oficio inquirió quién fuese el delincuente. Monzón, escondido en el hueco de un pesebre, fué descubierto de un perro de monte, en otro nombre corchete, fué preso, y temiendo el burro, dijo el negocio, cómo y con quién, propio motivo de hombre vil. Don Pedro, que conoció el delito cometido, cuidó de ponerse en cobro; fuése de Toledo con el cómodo del silencio y el socorro de su bolsillo, prevención de hombres de bien. Fué en lo oscuro por el uso del comercio, y con luz por los montes, y no viéndose muy seguro en todo el reino, tocó en Bejel, puerto del Estrecho, donde vió un esquife surto con dos remos, en que se entró y remó con mucho esfuerzo. Tomó puerto en el Peñón, presidio de su Rey, donde fué bien recibido, que en su modo le vieron hombre lucido y en visos de muy noble.

Don Rodrigo en menos tiempo de un mes estuvo muy bueno, y quedó el buen señor con justo sentimiento en verse sin sus dos hijos, lo perdido del uno sin remedio; porque supo cómo don Pedro, hijo suyo, cometió el incesto, si bien no entendido, y temeroso del confuso contingente del pueblo, y por el otro, que no volviendo, ó siendo muerto sin sucesión, se pierde un vínculo como el suyo; con estos dolores y sentimientos estuvo don Rodrigo el tiempo que duró sin ver su querido hijo don Diego.

Don Pedro sirvió en el Peñón mucho, y estuvo poco, porque teniendo con los moros muchos encuentros, en uno de ellos fué preso, y por ser hombre de precio, fué presente del rey de Fez, donde puesto en hierros, consideró el suyo, y con esto muy confuso, temiendo lo enorme de su delito, en que juzgó redimirse primero de los moros que de negocio del peso suyo. Diéronle por oficio el sustento de unos perros lebreles, entretenimiento y gusto del Rey, en cuyo poder fué preso don Diego Ponce, que de este nombre fué el hijo de don Rodrigo, y preso tuvo el de Luís por encubrirse y redimir lo excesivo de su precio; tuvo suerte con los moros por los buenos propios que en él vieron, por ser discreto y muy diestro jinete, por lo

que todos le quisieron bien, y uno de ellos, que siendo preso en Toledo se huyó con otros, le encontró en Fez, y conociéndole, le prometió mucho bien y tener secreto, sin descubrir quién fuese, con que don Diego hizo leve su prisión.

Viéronse juntos Luís y don Pedro, y Luís le preguntó su nombre y dónde fué preso. Don Pedro respondió lleno de dolor y con muchos suspiros: Yo soy de Toledo; sucedióme un negocio confuso en Bejel, tomé un esquife, toqué el Peñón, donde tuve en diferentes tiempos muchos encuentros con los moros, y fué Dios servido que en uno de ellos fuí preso, y estoy donde me veis, y no espero remedio, porque no lo es mío el redimirme de los moros, sino de un delito enormísimo que he cometido en Toledo, con que me puedo despedir de él todo el tiempo que viviere. Luís le respondió: Tened consuelo y no desespereis, que Dios puede ofrecer remedio, que yo le espero, preso como vos, y con muchos inconvenientes. Yo soy del reino de Toledo, no muy lejos de él, hijo de un hombre muy rico; mi nombre es Luís, y bien sé que si supiesen de mí, que brevemente seré redimido si fuese en peso de oro; decidme vuestro dolor y sentimiento con el seguro de mi secreto, que os prometo como noble socorreros y ser vuestro remedio en todo lo que se ofreciere y poner el hombro en el beneficio y servicio vuestro, no siendo el suceso en oprobio de nuestro divino precepto ni en perjuicio del Rey nuestro señor, y podeis tener por cierto que lo cumpliré siendo vivo, sin excepción de lo muy dificultoso. Con esto recibió don Pedro mucho consuelo, y se determinó y descubrió su pecho, en que dijo: Crióme un tío mío siempre con el silencio de quien me engendró, porque ni él me lo dijo, ni yo lo pregunté; tuve lo menesteroso, espléndido el sustento, copioso el vestido, bien corregido, con introducción en lo político, y en lo menesteroso en el preciso cortejo, con que mi tío vivió gustoso, y yo muy quieto. Y este postrero julio, que fué el mes en que hizo curso mi suerte y volvió en diminución su creciente, ví un espíritu

del sol en un cuerpo de mujer; quitóme el sentido, robó mi entendimiento, supe cómo don Rodrigo Ponce de León fué quien engendró este hermoso portento. Como Luis oyese el nombre de quien le dió el sér, encendió el fuego de los ojos, turbó el color, é hizo mucho sentimiento, por lo que don Pedro dijo: Señor, yo he visto en vos muy diferente modo del que tuvisteis en los principios; si os doy disgusto en mi digresión, decidlo, y si os mueve mi dolor ó despierto el vuestro, que bien creo de un hombre mozo y de vuestro sujeto que con este recuerdo sentireis lo que en gustos ó disgustos os hubiere sucedido. Luis, con severo rostro, respondió: Decís bien, que el puesto y prisión en que estoy me sobrevino por mujer que yo quise bien; decid vuestro suceso, que con gusto le escucho. Prosiguió don Pedro y dijo: Un escudero, que fué el piloto de mi perdición, fué el medio con que tuve modo en que se entendiese mi deseo; fueron y vinieron correos, escribí muchos billetes, cuyo estudio me dió versos; dispúsome de ingenio, perfilé mi estilo, dije conceptos, efectos precedidos del incendio que el dios desnudo infunde; en fin, el buen escudero nos juntó donde tuve el premio de mis honrosos deseos, en tiempo que don Rodrigo, con el celo de quien es, nos cogió juntos en el retrete, donde yo dichoso, y él menos prevenido, quedó en el suelo por muerto; puse cobro en mi dueño, vine donde me veis. Este es mi suceso, de vos me fío, y espero que me cumplireis lo prometido.

Luís, si en el principio del cuento hizo sentimiento, de modo que no lo pudo encubrir, entonces escupió fuego entre inquieto y prudente, perdió el sosiego, confuso y medio resuelto el sufrimiento en el postrero punto, consideró lo que después puso en ejecución por conveniente de su honor mismo, quedó un poco suspenso, y tomó por remedio despedirse, diciendo: Mi ejercicio es preciso, yo me voy, después nos veremos. Fuése, y don Pedro no supo qué le sucedió en ver que Luís le dejó en confuso silencio sin responderle, y muy triste pensó si el negocio referido

tocó en hombre ó mujer que fuese deudo de Luís, porque en el discurso suyo vió en él diferente modo que tuvo en los principios de sus ofrecimientos. Con esto don Pedro se fué, y cuidó de su ejercicio por no perder el crédito de buen sirviente. Luís, con el sentimiento de lo que oyó, entre resuelto y prudente, estuvo previniendo en el cómputo de su honor qué medio pudo tener y cómo tuviese remedio lo perdido. Vió lo primero en don Pedro un sugeto de lindo modo, bien entendido y muy posible el ser noble. Consideró el yerro, que es de los que tienen el perdón consigo, y que don Pedro, con sencillo pecho, se le descubrió, porque le ofreció y prometió mucho, y que lo prometido se debe como por escrito, que es ley entre nobles. Estuvo lleno de confusiones, tuvo estímulo de homicidio. Vióse preso; en fin, pensólo bien, y determinóse en lo mejor, que fué poner cobro en lo perdido, y que don Pedro fuese esposo de quien fué el instrumento de su confusión. Buscólo, y viéndole, le dijo:

Don Pedro, yo soy hijo legítimo de don Rodrigo Ponce de León; mi nombre es don Diego Ponce; por inquieto é inobediente he venido y estoy en el mísero puesto en que me veis; bien visteis mi sentimiento en vuestro discurso, y no sé si de prudente ó de clemente os perdoné; después que os ví tuve deseos íntimos de vuestro bien; el motivo ignoro, que no es de mí comprendido, y os prometí socorrer, y lo he de cumplir ó morir por ello, que el ser quien soy me dice que cuide mi empeño en lo prometido, y que olvide el sucedido oprobio. Yo os he de poner libre en Toledo, donde sereis esposo de quien con extremo quereis; el dolor y desconsuelo que yo tengo es en si fuese muerto don Rodrigo, mi señor y querido principio mío. Tened consuelo, que siendo muerto ó vivo, sereis deudo mío y dueño de mi vínculo, y todo esto brevemente lo vereis cumplido. Yo tengo un confidente moro, que con otros se huyó de Toledo, siendo preso, y hoy es vecino de Fez, que luego que vine preso, conociéndome, tiene conocimiento de un poco bien que de mí recibió, y he visto en

él fe siendo moro, pues me tiene secreto de quien soy, y me prometió poner en puesto seguro donde yo quede libre; los dos tendremos este indulto, que por mis ruegos bien sé que ireis conmigo.

Esto dicho, don Pedro se postró en el suelo, los ojos en los piés de Luís, y dijo: Dichoso yo mil veces, pues en medio de mi perdición, y teniendo el remedio solo en morir, veo el trueque que mi suerte hizo en ponerme de muerto vivo, de perdido en mucho cobro; en fin, hoy soy hijo vuestro, y yo quien por vos vivo. Luís le puso en pié y consoló mucho, y con el concierto hecho se despidió. Don Pedro quedó como el que despertó de un penoso sueño, que en mucho susto se vió en los colmillos de un león ó en los cuernos de un toro, y se ve en su lecho libre y quieto.

Luís estuvo con su confidente moro, le pidió cumpliese lo prometido; el moro lo cumplió con el cortejo de hombre muy noble, y en tiempo oportuno los llevó y puso en seguro puerto, de donde en breve tiempo estuvieron en el Peñón, en cuyo fuerte los recibieron bien, y les previnieron esquife que les puso en Bejel, desde donde fueron en un coche bien entretenidos, confiriendo en veces su negocio, en que don Diego, restituído en su nombre, dijo: Don Pedro, si Dios fuese servido que estuviese vivo el que vos heristeis, ¡qué dos gustos considero! El uno, de quien me tuvo por muerto; el otro, en que yo le viese vivo. ¡Dichoso yo si llego donde deseo! ¡Qué festines y gustos miro en vuestro desposorio! No sé qué teneis, que miro en vos un medio hechizo que me hurtó el deseo y me inclinó mucho en vuestro beneficio.

En esto sintieron que el coche entró por el puente de Toledo muy de noche, en cuyo silencio se fueron donde don Pedro se crió, porque don Diego no quiso beber de un golpe el bebedizo del triste fin de quien le engendró, sino divertirlo en correos, que es fingido consuelo de los tristes; dieron golpes, y el buen clérigo, que recogido y en mucho olvido de que en el tiempo del sueño hubiese

quien lo inquiete y busque, respondió y preguntó: ¿Quién es? Don Pedro dijo: Vuestro sobrino es, querido señor mío. Oído el eco de sus deseos, corrió el cerrojo, y bien incrédulo de su gusto, vió lo que no pensó ver en lo poco de su discurso. Dijo don Pedro, porque su tío supiese y estuviese en el cortejo debido: El señor don Diego Ponce es hijo del señor don Rodrigo y redentor mío y quien me libró de muchos infortunios, que en breve tiempo fueron prodigiosos, y es quien compone mi sosiego y quietud, y tiene donde me veis libre de mis delitos; solo os ruego que de presente nos entereis en si es vivo ó muerto el señor don Rodrigo, que siendo vivo, es en lo que consiste nuestro gusto y cumplido bien. El buen clérigo, muy gustoso, como entendido del negocio, viendo juntos los dos, dijo con descuido, siendo dueño del misterio y secreto de todo: El señor don Rodrigo vive, sí, con mucho dolor y sentimiento por vuestro olvido, siendo único y muy querido hijo, que siempre tuvo por muerto. Don Diego, puesto en el suelo, dijo: No pretendo otro bien sino los que os he oído, que con eso quedo quieto, gustoso en mis desvelos, y cumpliré con don Pedro lo prometido. El clérigo lo puso en pié con muchos ofrecimientos y muy reconocido del bien recibido de don Pedro. Con esto don Diego se despidió, y dejó juntos tío y sobrino; fuése, y vió cierto el informe. Vió vivo el tronco de quien procedió noble y rico; fué recibido como el perdido joyel que el inquieto y deseoso dueño encontró.

Don Rodrigo, enternecido de ver un hijo querido y que tuvo por muerto, como de lo sucedido, en que vió su honor en opinión contingente del vulgo, le dijo: Don Diego, hijo mío, tú eres único heredero de mi vínculo y de los ilustres privilegios de nuestros progenitores, y eres quien por ti mismo debes tener vigilo en el oro precioso del honor. Yo, como solo y viudo, he tenido mucho descuido en mi gobierno, y no he puesto el celo en el punto que el honor pide, por lo que te ruego, y te lo doy por precepto, que mires de quién te sirves, que es de mucho peligro el

sirviente, no siendo bien entendido y virtuoso; porque en el uso y ejercicio en los hijos, hombre ó mujer, es muy posible el imprimirse el motivo y condición de los continuos con quien se vive, y es cierto que por un ruín sirviente tengo perdido el sosiego y gusto, y no espero tenerle el tiempo que viviere. Don Diego dijo: Señor, bien entendido estoy de vuestro dolor y justo sentimiento, que como vuestro es mío. En mi prisión de los moros bien por extenso supe lo sucedido del mismo delincuente, que preso en Fez, sin conocerme se descubrió; y yo en tiempo le prometí socorrer y poner el pecho en todo su remedio y redención. Supe después cómo vos y yo somos ofendidos, y siendo el negocio del peso que es, tengo por bien y mucho mejor el cumplir lo que prometí que otro estímulo, que si en vos me miro, me veo noble, que es preciso el cumplir lo prometido; con que vengo resuelto, si vos, señor, teneis por bien, en poner remedio en lo perdido y que se junten en uno. Don Pedro es muy lindo mozo y de perfectos propios; el perdón es propio vuestro; por quien sois os lo ruego, querido señor mío. Don Rodrigo, enternecido y prudente, le respondió: Hijo mio don Diego, mucho estimo ver en ti esos visos de noble con los deseos de cumplir lo prometido; pero su pretensión no es posible ni puede tener efecto, porque ese mozo don Pedro es mi hijo, que siendo soltero lo engendré en un bello prodigio de mujer del suelo ilustre de los Osorios; el celo tuyo y vehementes deseos proceden del mucho deudo que contigo tiene, pues como tú eres mi hijo, lo es don Pedro Osorio; el remedio es que quien fué motivo de todos estos disgustos se quede en el convento donde delincuente se entró.

Don Diego hizo mucho sentimiento y se enterneció de modo, que fué menester que don Rodrigo le pidiese y divirtiese é hiciese su trueco en los consuelos. Sosegóse don Diego por los ruegos y el debido respeto, y don Rodrigo envió por el buen clérigo y por don Pedro, su hijo. Vinieron, y todos juntos confiriendo en el confuso negocio,

se resolvieron en que don Pedro fuese religioso, y él vino en ello con mucho gusto, y escogió un convento de Recoletos, con que se celebró en un mismo tiempo profesión de uno y religión de otro, donde recogidos vivieron, siendo ejemplo de virtud, y murieron reducidos y penitentes, reconocidos de los muchos beneficios que recibieron de Dios nuestro Señor.

EDUARDO

REY DE INGLATERRA

POR D. DIEGO DE AGREDA Y VARGAS

EDUARDO

REY DE INGLATERRA

EDUARDO, rey de Inglaterra, tan cruel enemigo de la corona de Francia, como las crónicas publican, tuvo reñida guerra con los escoceses, retirándolos y restringiéndoles en lo más íntimo de su reino; ésta tuvo fin, como otras suelen, con el casamiento del Rey con la hija del de Escocia, de quien tuvo algunos hijos, y entre ellos el primogénito, que del nombre del padre se llamó Eduardo, segundo príncipe de Gales, que reinó después de sus días, tan belicoso, que no cedió en las armas á ninguno de su tiempo, y aventajó á muchos de los más famosos capitanes del pasado. Tuvo éste un vasallo, cuyo nombre era Guillermo de la Roca, tan valeroso y práctico capitán, que por su consejo, como por su valor, llevó al deseado fin las más dificultosas empresas, que le dieron honroso lugar en el inmortal templo de la fama. Á éste, después que el valeroso Príncipe, por la muerte de su padre, heredó el reino, en pago de sus servicios le dió el condado de Salveri, en el confín de Escocia, y casóle con una nobilísima dama, hija del marqués de Belflor, cuya belleza entre las de aquel reino era juzgada por más que humana; y á

pocos días pasados de los alegres desposorios, como hombres necesarios para negocios importantes del servicio de su rey, fué forzoso que el Marqués y Conde hiciesen ausencia tan sentida en el alma de sus esposas, cuanto disimuladas de las muestras exteriores; despidiéronse, no dando aun en el último trance muestra de que se les pudiese conocer menos que un ánimo varonil. El Conde, que sumamente amaba su nuevo empleo, tanto por su hermosura como por sus merecimientos, partió atravesada el alma, anteponiendo, como los nobles deben, el servicio de su rey á sus mayores comodidades. No hubieron pasado veinte días de su ausencia, cuando vino nueva que el rey de Francia, émulo antiguo de la corona de Inglaterra, por trato que tuvo, como á hombres tan importantes, porque no le fuesen de impedimento á sus designios, los puso en una cuidadosa prisión, cosa que igualmente fué de la madre é hija sentida, y también del Rey, á quien hacían notable falta; y así como se publicó, los escoceses con furioso ímpetu asaltaron el castillo de Salveri, donde la Condesa vivía, por ser fuerza muy importante de sus confines y parecerles que estaba falta de defensa. Ella, olvidando la femenil flaqueza, se mostró en su defensa una valerosa Camila, una valiente Pantasilea, capitaneando con mucho valor y gobierno sus soldados, proveyendo lo que juzgaba más forzoso, y avisando al Rey del peligro en que se hallaba, que como agradecido, viendo el gran riesgo que corría por la falta de los que por venir á servirle estaban en prisión, acudió á socorrer ocasión tan forzosa como lo deben hacer los buenos reyes, repartiendo sus favores y mercedes con los que los sirven apartados de su presencia, más beneméritos que los que inútilmente en sus cortes los lisonjean. Los escoceses, conociendo la infructuosa batería por el visible daño, junto con estar avisados de sus espías de la venida del Rey, como del intento que traía de hacer jornada, con poca ganancia y menos reputación se retiraron, de que avisado el Rey, y asimismo de la batería que el enemigo había hecho, prueba de la obstinada de-

terminación de su voluntad, como de la defensa que se le opuso, admirado del valor de una mujer, quiso ver por sus ojos lo que á sus oídos parecía increíble, y hallándose cerca, prosiguió su camino, de que avisada la Condesa en el pequeño espacio que la breve dilación concedía, hizo la prevención posible, porque la Marquesa se había retirado, por hallarse indispuesta, á otro lugar suyo á gozar de más saludables aires; y teniendo aviso de que ya llegaba, le salió á recibir, haciendo abrir todas las puertas de la ciudad y castillo, dejando prevenido para su entrada que á un tiempo se hiciese una salva real, para que el violentado plomo, impelido del fuego por el instrumento del temeroso metal, avisase de la venida de su dueño.

Era la Condesa la más hermosa y gentil dama de toda la isla, y tanto, que á todas las señoras de ella excedía en hermosura, honestidad, recato y gentileza.

Como el Rey la vió tan ricamente aderezada, dando luz, sér y maravilla á su natural compostura, y la belleza incomparable de que estaba dotada, hicieron en él suspensión sus sentidos, y admirando tanta gentileza, quedó tan enamorado, que inclinándose ella para besarle la mano con la debida reverencia, él con mucha humanidad y con sobrado amor la recogió en los brazos, y levantándola del suelo, valiéndose de la usanza de la tierra, la besó en el rostro. Los caballeros que le acompañaban, admirados y suspensos, no apartaban de ella la vista, y el Rey, fijos en ella los ojos sin desviarlos un punto, con evidentes muestras las daba de su ánimo apasionado; y ella, que gozaba de igual discreción que de donaire, con discretas palabras y conocidas lisonjas dió gracias al Rey del socorro, diciendo que los escoceses con sola la certidumbre de su venida, sin osar esperarle, no solo habían dejado el cerco, mas desampararon los últimos términos de la tierra, amedrentados de solo el glorioso nombre de su valor; y prosiguiendo para entremeterle en la plática de lo sucedido en el cerco, entraron en el castillo como triunfantes, donde el Rey se hospedó, y mientras se aprestaban las mesas, el

que vino á ver enemigas baterías, de los poderosos rayos de sus hermosos ojos se halló tan cautivo, que cuanto más procuró valerse de los reparos de su autoridad y obligación, se hallaba con menos defensa, y ya en su determinada voluntad, expuesto al albedrío de tan agradable enemigo y dueño, pensando solo en el aquisto de la voluntad, arrimado el brazo á una ventana, sobre la mano reclinado el rostro, y señales ciertas de no fingida melancolía. Cuando la Condesa le vió tan triste y pensativo, llegando á él con el debido respeto é igual gracia, acompañada de un atractivo donaire, le dijo: Señor, en el tiempo que es razón mostraros tan alegre á vuestros vasallos, cuando, sin sacar la espada, solo con la sombra de vuestro valor se confiesan vuestros enemigos vencidos, muestra cierta de que aquí no tiene lugar la lisonja, que no es poco que por breve término huya de los palacios, cuando debieran alegrarse vuestros soldados y pueblo, que depende de vuestras acciones estarlo, ¿es cuando vos, que sois su padre y cabeza, les mostrais el rostro triste? El Rey, más obstinado en su propósito y al encanto de las suaves palabras, pareciéndole la presente buena ocasión de descubrirle el penetrante veneno de su hermosura y las abrasadoras llamas que le atormentaban... ¡Oh portentosos efectos de aquella ciega, si poderosa deidad! Que el que preso de tu poder noche y día, con impetuoso corriente de palabras en sus ojos y boca, se queja de su mal, determinado de pedir su justicia en el tribunal que le agravia, teme delante de la causa del modo que el discípulo de pocos años en la presencia del riguroso maestro, el que delante de los más valientes enemigos atrevidamente sabe defender lo que le toca, teme y enmudece de una mujer; otros, así como sienten el peligroso veneno, descubriéndole previenen remedio. De este modo, como fluctuante bajel impelido de dos contrarios vientos, estaba Eduardo, que el que sin impedimento puede decir lo que siente, no es verdadero rigor el que padece, sino inflamado deseo de lo que espera... Advirtiendo que la Condesa callando daba muestras de es-

perar su respuesta, los ojos hechos lenguas del alma, le dijo: ¡Ay, hermosa Condesa, prenda inestimable del venturoso que puede alcanzar el poder de vuestros merecimientos! ¡Mísero yo, cuán apartados están mis pensamientos de aquello que vos podeis imaginar! Yo tengo en el alma un cruel enemigo que me atormenta, y no es posible apartarle de ella; nació después que llegué aquí, y no acierto á resolverme. Callaba la Condesa viendo en el Rey semejantes rodeos de sus conocidos pensamientos, cuando él, prosiguiendo con un piadoso suspiro, la dijo: ¿Qué decís, señora? ¿No sabreis darme algún alivio á tanta pena? Ella disimulando dijo: Señor, mal podré dar remedio ignorando el daño. Y desviándose de quererse dar por entendida, prosiguió: Si estais triste porque el enemigo ha talado la tierra, el daño no es tan grande que sea capaz de tanto sentimiento como el vuestro, y á Dios gracias, que estais en estado que con muchas ventajas podeis tomar la debida satisfacción de su atrevimiento, pues tantas veces la habeis tomado con mucho honor vuestro. El Rey, algo más alentado, replicó: ¡Ah, señora mía! Si es que estimo mi vida, es forzoso que os manifieste la ocasión de mi mal; supla vuestra discreción las faltas de mi atrevimiento, pues nació de la honrosa causa de vuestro respeto, porque me pareció conveniente que nadie, sino es vos y yo, sepa este secreto. Así como llegué á vuestra casa y os ví acompañada de tal belleza, de tan prudentes y honestos modos, de tanta gracia, gentileza y valor, que como piedras preciosas engastadas en oro finísimo resplandecen en el amable engaste de vuestra hermosura, de modo me abrasaron los rayos hermosos de vuestros ojos, tiranía agradable de los más libres pensamientos, que para disponer de mí no estoy en mi poder; todo depende del vuestro, y es de suerte, que mi vida ó mi muerte está en vuestra mano; y si agradecida á mi amor, teniendo compasión de mí me recibiéreis por vuestro, viviré el más contento del mundo, y si, como lo creo de vos, ingrata á tanta afición, negáreis el socorro al inmenso dolor que como cera al fuego me consume, bre-

vemente fenecerán mis días, que del mismo modo puedo vivir sin vos que un cuerpo sin alma. Con esto dió fin á su razonamiento, y con el temor que el reo espera la última sentencia, suspenso en las palabras del que la pronuncia, de quien depende su vida ó muerte, con esta misma suspensión aguardaba el Rey la respuesta de la Condesa, que como vió que esperaba, con grave y honesto rostro, á quien los más encendidos claveles pudieran envidiar, que su vergüenza depositó en sus hermosas mejillas, con una majestuosa y respetable severidad respondió: Señor, si las razones que me habeis dicho entendiera que no eran más que por aliviar en parte los trabajos del pasado camino, como me las habeis significado, la más cortés respuesta que pudiera dar era no responderos; mas oblígame á creer lo que digo pensar que tan católico y generoso príncipe en todas las ocasiones gustará, conforme á su grandeza, dar antes honor que quitarle, y mas cuando se os representen los muchos servicios de mi padre y esposo, hechos en tan importantes ocasiones contra el mayor de vuestros enemigos. Lo que os suplico es que quede aquí sepultado este injusto como licencioso deseo, no porque puede padecer detrimento mi reputación, que en todo tiempo vivirá segura con los que conocieron así mis obligaciones como la puntualidad con que yo acudo á su cumplimiento, sino por el peligro que puede correr vuestra opinión en el juicio de los que no os son muy afectos, cuando se alcanzase á saber lo que me habeis significado, que no solo se usaba de sinrazón conmigo, quebrantando la ley del hospedaje, mas de ingratitud con las prendas mías, que por vuestro servicio están presos en Francia; y pues os hizo Dios tan valeroso que sabeis sojuzgar poderosos enemigos, venced los más importantes, que son vuestros mal regidos deseos, atendiendo solo, como es justo, á nuestro amparo y al gobierno del reino. En esto avisaron al Rey que la comida le aguardaba; sentóse, comió poco, pensativo y melancólico, procurando con recato cuidadosamente no apartar la vista de su daño, como el enfermo que ordinariamente apetece

lo que le causa la dilación de su enfermedad, y tal vez el fin miserable de su vida. Estuvo aquel día en Salveri considerando la batería, de que con los suyos habló largamente, más por satisfacerlos que por su satisfacción; que los príncipes como son de todos más que propios, es forzoso que á todos satisfagan, y más á la gente de la milicia, dueños de los más poderosos imperios en ocasiones, que en esto hacen conocida ventaja á los profesores de letras, pues dan las leyes que ellos ejecutan, y para mandar y gobernar en la paz sobran hombres, mas para conquistar y defender las monarquías se hallan muy pocos, y son menester muchos.

No apartaba un punto de su consideración el Rey la respuesta de la Condesa, que cuanto más la consideraba imposible, más le atormentaba su resistencia. Es ordinario en los amantes alabar la honestidad y recato en las mujeres, virtud en ellas tan dignamente estimada; pero si en las que aman conocen ánimo casto, voluntad firme, dales notable disgusto, dándoles nombres de ásperas é intratables, como las querrían con los otros, mas para sí fáciles, blandas y amorosas, pareciéndoles que con ellos son crueles, soberbias é inhumanas. Tal estaba Eduardo, que viendo que su dama como incontrastable roca á las furiosas olas de sus persuasiones perseveraba firme, mostrando con sus desprecios notable valor, la culpaba junto con su fortuna. Al fin, por no dar sospechas, como por forzosos negocios que le ocurrían, remitiendo para mejor ocasión la prosecución de sus pensamientos, el día siguiente se despidió cortésmente de la Condesa, dejándola largos recados y cumplimientos para su madre, y suplicándola que pensase con más acuerdo su remedio. Ella le respondió con mucha gentileza, agradeciendo la recibida merced, y suplicando á Dios que le diese victoria contra sus enemigos. Fuése el Rey, y de allí á dos días vino su madre, á quien dió larga cuenta de todo el suceso, y ella como prudente, previniendo los futuros daños, como otros por el contrario los desean, temía semejante favor.

En este tiempo el rey de Francia dió licencia de que el marqués de Belflor fuése á Londres á tratar ciertos acuerdos con el Rey, y no teniendo efecto, volviese á la prisión, de que habiendo mandado que hiciese pleito homenaje, hizo su camino, llegó á la corte de Inglaterra, y escribiendo á su mujer y hija su llegada, dándoles larga cuenta de sus trabajos y peregrinaciones, consolándolas con que presto iría en persona á darlas más amplia relación. Fué para ellas de notable alegría la carta, pareciéndoles que se iba facilitando camino para que sus deseos con la libertad de sus dueños tuviesen buen suceso, y aunque sabían por las cartas que esta dependía de la voluntad del Rey, jamás le quisieron escribir suplicándoselo, cosa que él deseó, y no viendo el efecto, no le causó pequeño disgusto su entereza. Respondieron al Marqués, acompañando las cartas con algunos regalos mujeriles en tal ocasión, que más es prueba de amor que remedio de necesidad de quien no la padecía. Fué el Marqués muy bien recibido del Rey, dándole muy buenas esperanzas de los acuerdos que venía á tratar, en que consistía la libertad de su yerno, junto con la relación del aprieto en que se había visto aquella fuerza, la puntualidad de su socorro, como el valor de la Condesa. Él le dió por tantas mercedes infinitas gracias, dando por bien empleados los trabajos que en su prisión había padecido por su servicio, y por bien remunerados con los favores en su ausencia recibidos; y pidiéndole licencia para ir á ver su casa, le pareció á Eduardo que la fortuna le favorecía y ayudaba su intento, facilitándole la vista de la que tanto amaba, y honrándole de palabras, que lo saben hacer muy ampliamente los poderosos cuando les importa, respondió así: Marqués, ya sabeis la mucha estimación que el Rey, mi señor y padre, que esté en el cielo, hizo de vos, y que yo que heredé sus obligaciones os tengo en la misma; la falta que me ha hecho vuestra ausencia, solo la dejo al tiempo, que con la prosperidad de mis sucesos acreditará mis palabras. Yo trato al presente en mi consejo la más importante resolución que por ventura haya tenido, ni

pienso que podrá ofrecérsele á esta corona. Esto ha de durar muchos días; y así, estoy determinado, por ser tan conforme á razón el agradecimiento, particularmente en los príncipes, que los trabajos que por mi causa ha padecido vuestra casa tengan fin con la libertad del Conde; y pues vos sois de mi consejo, y vuestra persona tan importante á la mía, como os he significado, y la causa de que hubiere desamparado vuestra casa la corte, y hallaros ausente, paréceme que vencida esta dificultad con que hayais venido, con su venida podrían excusaros de trabajosos caminos, y á mí de la incomodidad que en una apretada ocasión podría causarme el hallarme ausente. Fué tanto el contento que el Marqués recibió de las engañosas palabras, que con el cebo de la lisonja traían escondido el mortal anzuelo de su pretensión, que creyendo que todos aquellos favores fuesen dignos de sus méritos, porque el amor propio raras veces deja de juzgar apasionadamente; y así, le pidió licencia para ir por su casa, y él, pareciéndole que con la comunicación sería fácil que se descubriese su engaño, con más apretados encaremientos comenzó á poner las mismas dificultades, y el Conde agradecido envió al punto cartas con orden de que su casa se viniese luego á Londres con la mayor brevedad posible. Aunque fueron al punto obedecidas, fué con evidentes sospechas, como encarecía en ellas tanto el favor del Rey, de que semejante jornada fuese trazada por orden suya.

En este tiempo llegaron al Marqués cartas de Francia, dándole cuenta cómo en breves días el conde de Salveri había pasado á mejor vida, y con ellas su testamento, en que dejaba heredero al Rey del condado que le había hecho merced, encargándole que por sus servicios amparase á la Condesa, queriendo obligarle por este camino para que le hiciese merced de él. Venían asimismo cartas del Rey, que conmovido á lástima del suceso, le daba por libre del pleito homenaje con que había salido de la prisión, ya tuviese ó no el esperado suceso el negocio que venía á tratar, á que el Marqués respondió con el agradecimiento que de-

bía á tan no esperada merced; y dándole cuenta de todo al Rey, que aunque fingió tristeza de semejante desgracia, sumamente alegre por parecerle que ya tenía su pretensión segura, ó por lo menos en mejor estado, deseando granjear la gracia del Conde, le envió á visitar, y junto con el pésame la merced del estado que por el testamento le tocaba para la viuda Condesa, con largas promesas de mayores mercedes, y después fué él en persona con muchas muestras de sentimiento, vestido de luto, procurando consolarle; de que el Marqués, dando las debidas gracias á tan particulares mercedes como las recibidas, se sintió tan favorecido, que templó en parte el suceso del yerno, pareciéndole tal merced pronóstico de más grandioso empleo en su hija, que avisada una jornada de Londres del lastimoso suceso, no obstante el grande sentimiento, mostró en las públicas acciones el invencible ánimo de su corazón. Entró de noche en su casa, que era muy cerca de palacio, y avisado el Rey de un camarero suyo, con quien solo descansaba de su amorosa pena, trazó de ir á verla, que para facilitar esta visita había hecho la de su padre, y comunicándolo con él, le besó la mano, así por la pasada merced como por el presente favor, y disponiendo las cosas de su casa, fué á acompañar al que con el cólor de honrarle daba ya que decir, viendo tantas mercedes donde había tan hermosa causa.

Llegó el Rey, y fué recibido de la Condesa y su madre con humildes cortesías, y después de las palabras de cumplimiento que de una parte á otra pasaron, estando algo apartado con la viuda Condesa, en sumisa voz la dijo: El presente suceso nos muestra que como justo parece que favorece el cielo el deseo que en vos tengo tan bien empleado; pues habiendo procurado contenerme de amaros, no porque yo lo deseo, pues fuera desear el fin de mi vida, sino por obedecer la primera cosa que quisisteis mandarme, pues tengo con vos tan poca fortuna, que en ella parece que cifrasteis toda vuestra voluntad, más me abraso mientras más diligencias intento por serviros; y os doy mi

palabra que en lo que padezco por mis pasiones, todos conocen que amo, pero todos ignoran la causa. Al punto que os veo, de nuevo os adoro y os estimo por única señora mía. Ella respondió agradecida que hacía la debida estimación de la recibida merced como de su rey y señor, pero que entendiese que en ningún tiempo la estimaría de otra manera; que si fuera verdadero su amor, como decía, llevara solo por fin el de su honor; pero que el que en algo excediese en esto, ni podía tener buen suceso, ni en su pecho ni voluntad tendría jamás estimable correspondencia. Despidióse muy desconsolado el Rey, haciendo las mayores diligencias que en un hombre muy enamorado y poderoso pueden imaginarse; y después que madre y hija vieron que el mal del Rey era irremediable, por no dar alguna ocasión en que el poder violentase el respeto y su determinación, procuraban con mucha instancia que el Marqués las volviese á su tierra; y viendo que anhelante y engañado con el favor del Rey, no solo no condescendía con ellas, mas le disgustaba el oirlo, no osaban declararse; y así, tomaron por remedio el que suele ser en este caso el más importante, que era el evitar todas las ocasiones que se le pudiesen dar al Rey de amarla, excusando el salir de casa, el gozar de las ventanas y aderezarse con poco cuidado, que pudiese en parte disminuir su hermosura. Todas estas cosas encendían más el ánimo del apasionado Rey; y vióse tan apretado de la desesperación, que alentado de su poder admitió por último remedio el de la violencia; mas como el que de veras está enamorado es como el delincuente que con el más grave delito jamás desespera de su vida, antes con astucias y diligencias procura prevenir su remedio, tantas hizo el enamorado Eduardo, que aunque fueron con el mayor secreto que le era posible, y ellas con el mismo salían muy pocas veces de su casa, tenía aviso de todas, y poniéndose dos ó tres veces delante, alimentaba la vista de aquel amable cuanto deseado veneno, con ser su hábito más conforme al de monja que de viuda, cuyo monjil negro y largas tocas, en

las que se usan, cubren el día de hoy una florida primavera de colores, que generalmente disculpan todas con el humor melancólico, aunque conocidamente se sabe que nace del alegre. El Rey estaba de modo, que todas estas diligencias eran para él infructuosas, y en la verdad comunmente lo son; porque el diamante engastado en plomo no pierde un punto los brillantes rayos de su resplandor, que antes sale más por la poca contradición que halla en el bajo metal, como se mostró en el presente. No le aprovecharon á Eduardo promesas, dejando el cumplimiento de ellas en su voluntad buenas palabras, favores ni humana diligencia para que ella perdiese de vista su primer propósito, que cuando las mujeres vienen á volver la primera voluntad en obstinación, ni hay peligro que las espante, ni beneficio que las obligue. Pues el Rey, como enamorado, que quien lo está raras veces deja de ser sospechoso, parecióle que aunque el padre disimulaba, que no fuese él la ocasión de tanto desdén, juzgando por imposible que en el pecho de una mujer cupiese tanto rigor si no fuese alimentado de persona que con autoridad pudiese obligar á la observancia de sus documentos. Esta sospecha le causaba una profunda melancolía, porque es al poderoso cruel injuria el defenderse de la injusta voluntad que desea con justa y cortés resistencia. Combatido de varios pensamientos, después de mil imaginarios discursos, llevado de la ceguedad y furia de su mal gobernado deseo, se resolvió en uno, el más inaudito é inhumano que puede creerse, y tal, que por castigo venía á ser en persona tan calificada cruelísimo, y fué en hablar al Marqués libremente, acompañando sus razones de favores, caricias y promesas, aunque aventurase en la conquista de la deseada posesión su estado, pues con la dilación de su deseo aventuraba lo más importante, que era su vida; y habiendo pensado muy despacio un cumplido razonamiento, y comunicándole con su camarero, le pidió su parecer, y él le dijo que parecía cosa fuera de toda razón que con persona de tanta autoridad y servicios como el Marqués se le perdiese tan conocida-

mente el respeto; y que á lo que entendía, no podía creer que él supiese que los favores hasta allí recibidos corriesen por semejante camino, porque los excusara; y que era bien advertir que al mismo punto que alcanzasen semejantes deseos se tendría en él un poderoso contrario, y que también se debía mirar que era un hombre valeroso, y que él y su padre se habían criado en la corte, donde siempre habían tenido honrosa reputación y habían salido bien de dificultosas empresas, y que era amado el Marqués, y respetado generalmente. Todo esto fué de poco provecho para el Rey, que determinado de poner en ejecución su intento, le envió á llamar diciendo que tenía que conferir con él cosas importantes; el Marqués vino al punto, y halló que el Rey le esperaba en un secreto camarín, donde así como entró le mandó que cerrase la puerta.

Estuvo Eduardo sobre una camilla de campo, y quiso que junto á él se sentase en ella el Marqués, que por el debido respeto no obedecía; viendo que el Rey le obligaba, se sentó, aguardando lo que le mandase, y él se estuvo un pequeño espacio sin hacer movimiento; y después, los ojos con infinitas señales de lágrimas, con profundos suspiros interrumpidos de las palabras, le habló así: Marqués, padre y amigo, hiceos llamar á mi presencia para comunicar con vos el más importante negocio que jamás ha ocurrido, pues no me importa menos que la propia vida, y en muchos que se me han ofrecido peligrosos no me he visto nunca en tan gran peligro, porque me siento combatido de mortales congojas, tan vencido de mis propias pasiones, que sin duda, si con la brevedad que tanta pena pide no se me aplica el conveniente remedio, vendré á padecer la más desesperada muerte que el más miserable de los humanos hasta hoy ha padecido.

Dichoso puede llamarse solo aquel que con el freno de la razón puede gobernar sus apetitos, y con la justa medida de la justicia regular sus acciones, que esta es solo lo que de brutos nos diferencia, que ellos, siguiendo su natural instinto, corren tras su apetito, y nosotros con la ra-

zón podemos elegir y escoger justamente, y cuando nos apartamos del verdadero y derecho camino, la culpa es nuestra, pues dejándonos llevar de una falsa y aparente delectación, nos dejamos precipitar en los abismos profundos de los vicios. Mísero yo, que todas estas cosas comprendo y veo, y conociendo cuán violentamente me lleva fuera de camino mi propia pasión, ni puedo ni me atrevo á retirarme al verdadero amparo, que conozco ser el que me conviene; digo que puedo, y más propiamente podría decir que no quiero, pues me dejo arrastrar de mis pasiones. Soy como el cazador que llevado de la codicia de seguir una fiera por un intrincado y espeso bosque, se halla tan adelante en su seguimiento, que cuando quiere dejarla, no halla el camino, y mientras más porfía buscarle, más se imposibilita de lo que desea. Todo esto os he dicho, Marqués, no porque no conozco mi error, mas porque conociendo vos que no soy mío, que carezco de libertad, y no está en mi mano el prevalerme, tengais de mí compasión. Yo, que gloriosamente por mar y tierra vencí mis enemigos, y en Francia hice el nombre inglés respetable y temido, me siento tan rendido y ligado de una depravada voluntad, de un desordenado deseo, que no me puedo desatar ni contenerme; y mi vida, que mejor puedo llamar muerte, la veo tan acompañada de penas y angustias, que soy el verdadero receptáculo de las miserias y desdichas. ¿Qué excusas tendrá mi yerro que disculpen mis obligaciones, pues compensándolas, no hallaré ninguna que no sea frívola y de poco fundamento? Sola una hallo, que es el ser viudo y mozo, causa que parece que la misma naturaleza defiende, y haber hecho de mi parte los posibles esfuerzos, y habiéndolos hallado todos inútiles remedios á tan desesperado accidente, el último que me queda ya como desconfiado de mi salud es rogaros que me digais á qué está obligado un vasallo cuando la vida de su rey depende de su mano. El Marqués le dijo: Corrido estoy de que me pregunteis eso, pues su obligación es poner por su salud, no solo su hacienda y vida, sino lo más impor-

tante, que es su honor. Y si voluntad de vasallo os tiene en tal punto, no dudeis que más importa vuestra vida que todo lo referido; y esto se entienda empezando de mí al primero. ¡Oh fuerza de la adulación! ¡Oh consejo injusto! ¡Oh bien merecido castigo de quien un punto se aparta de la verdad, pues nadie debe ser obedecido sino en lo justo y honesto! Quedó suspenso Eduardo, y al fin de un pequeño espacio dijo: ¡Ay, Marqués amigo, cuán alentado me dejan vuestras honrosas razones! Ya no dudo de ponerme en vuestras manos, porque ¿quién mejor que yo sabe que en el tiempo de mi padre y mío habeis sabido derramar vuestra noble sangre y mucha de los enemigos en nuestro servicio, y en las más peligrosas ocasiones nos habeis ayudado con prudentes consejos, no menos convenientes para conseguir las dificultosas empresas que los valerosos hechos de ese invicto brazo, y no una vez, sino infinitas, no solo os he hallado incansable, sino siempre que se me ha ofrecido, con nuevo aliento y fuerzas de servirme? ¿Por qué en mi mayor necesidad no esperaré de vos todo el favor y ayuda que un hombre de otro esperar pueda? ¿Cómo creeré que me pueda negar sus palabras el que no ha sabido negarme las obras más importantes, su propia sangre? Solo de ellas tengo ahora necesidad, Marqués; porque sé con certidumbre que si de veras quereis servirme, ellas solas harán el fruto que deseo.

En cambio de lo que os ruego, porque no penseis que servís á un señor ingrato, os ofrezco que partiré con vos mi reino; y si lo que yo os pidiere os parece difícil de poner en ejecución, considerad que si se ofreciera, lo hiciera yo por vos, y que el servicio tanto es más agradecido cuanto tiene en sí más dificultad; mayor prueba hace el amigo de voluntad cuanto más aventura por su amigo, porque las que sólo se hacen con las palabras, con ellas mismas tienen condigna satisfacción. Considerad, os ruego, lo que es disgustar un rey, de quien haciendo lo contrario, podreis disponer á vuestra buena voluntad; si me dejó vuestro yerno por heredero del condado de Salveri,

me dejó mi padre por señor de este reino, y con la liberalidad con que os dí aquél, os ruego que dispongais de este. Vos teneis cuatro hijos varones, á quien es imposible dar el estado que vuestra calidad pide; yo os doy la palabra de dársele tal, que no les quede ocasión de envidiar al más poderoso; ya vos sabeis cómo sé gratificar á quien me sirve; y así, pareciéndoos condescender con mi deseo, vereis en breve el fruto que os sigue; que si á los que con pequeños servicios me obligaron no he sido ingrato, menos lo seré con vos, en cuyas manos pongo mi vida. Aquí los profundos suspiros y lágrimas que procuraron, queriendo mostrarse, aprobar por verdadero el sentimiento del Rey, suspendieron sus palabras, y el Marqués, que le amaba, viendo las evidentes señales de la pasión que tenía, ignorando la causa de verse rogar con tanta instancia, y deseando el aumento de sus hijos, conmovido de piedad, hizo una grande oferta, prosiguiendo: Señor, empleadme sin respeto ninguno, que empeño de nuevo mi palabra que desde que os juré por rey y señor os tengo por pleito homenaje empeñada, que en todo aquello que con mi entendimiento, fuerzas y lengua valiere para serviros, sereis de mí con la debida fidelidad servido; y si fuere conveniente, no sólo la vida que tengo, mil que tuviéramos yo y mis hijos, las emplearemos en serviros. ¿Quién con semejantes ruegos á un rey poderoso que le tenía obligado con sus favores, respondiera al contrario? ¿Cómo tan honrado vasallo pudiera creer que se le propusiera semejante demanda? Mas en toda ocasión los hombres deben ser cuerdos en lo que prometen, que si el Marqués midiera sus pocas fuerzas con el poder de quien le rogaba, con pequeño acuerdo pudiera sospechar que sólo el tesoro de su sangre depositado en el frágil vidrio de una hermosura corría peligro en tan fuerte ocasión.

Las palabras del Marqués cubrieron el rostro del Rey de mil colores, y animado de amor, con temerosa voz le dijo: La Condesa, vuestra hija, es quien me tiene en el estado que os digo; ella sola me aborrece porque la adoro; sin

ella ni puedo vivir ni quiero; si deseais servirme, si deseais que viva, haced que me ame. ¿Creeis vos que á tan leal vasallo, á tan verdadero amigo sin mucha fuerza de pasión me atreviera á lo que os ruego? Mi yerro es inexcusable, discúlpeme con vos amor; que si habeis en algún tiempo pasado por el rigor de su tiranía, bastantemente pienso que estoy disculpado. Acuérdeseos cuántas veces vos y el Duque, mi primo, me habeis reprendido lo mucho que ocupaba el tiempo en la caza, advirtiéndome el daño que podría causarme el viento, lluvias y vigilias, nieve y hielo; no por mi gusto, como ajeno de juicio, corrí los montes y los valles, sino con intento de sujetar mis pasiones, ó por lo menos tener con ellas alguna tregua; y viendo que nada me aprovechaba, acudí al último socorro; tened lástima de mí, y si castillos, villas, tierras, tesoros quereis, ú otra cosa que en mi poder sea, aquí teneis en blanco mi firma, disponed á vuestra voluntad. El Marqués como noble habló lo que se le ofrecía, diciendo: Señor, yo me hallo reducido al más estrecho paso que pudo verse hombre de mi calidad, porque cualquiera resolución que tome ha de ser en mi daño; hállome obligado por el vínculo de mi promesa, si agraviado de que con dádivas y promesas me trateis como á hombre bajo. Yo estoy determinado, porque primero que falte mi palabra, querría que falte mi vida, no obstante que no ignoro que no debe quedar obligada sino en lo que fuere justo; pero veo de por medio vuestra vida. Yo le diré á mi hija cuanto me habeis pedido, como de vos lo entiendo, advirtiendo que puedo rogar y no obligarla con la fuerza; basta que de mí entienda vuestro deseo cuando yo os tuviera muy ofendido; mas, señor, antes que me ausente os quiero suplicar que ante vos me sea lícito el deciros mi sentimiento antes que formar quejas ante otro. ¿Es posible que en vos haya cabido pensamiento de manchar sangre que para vuestro servicio y acrecentamiento jamás excusó el derramarse? ¿Este es el premio que yo y mi casa esperamos de nuestros servicios? ¿Qué pudiéramos esperar del más ofendido

enemigo? ¿Vos, señor, á mi hija el honor, á mí el alegría, á mis hijos la libertad de poderse dejar ver en público, y el mayor de los agravios, pues quereis que sea el ministro de mi vituperio? Advertid que os toca, cuando otro intentara agraviarme, salir á mi defensa: si vos me ofendeis, ¿á quién podré quejarme? Solo á vuestra prudencia constituyo por juez de mi agravio; que tengo de vos tal confianza, que si os juzgo parte en este caso, no creeré jamás que apasionado juzgueis tanta desdicha. Estas son las gracias que rendís al cielo por vuestras victorias, volviendo el reino que Dios os encargó, con semejantes excesos, un peligroso bosque de latrocinios; que donde falta la justicia y asiste la violencia, ¿qué puede hallarse que no sea confusión? Si vos con promesas, caricias y dádivas podeis vencer la firme voluntad de mi hija, ¿podréme quejar de ella? Mas si la solicitais, con más razón me podré quejar de que el cielo la dotó de más prudencia y obligaciones: la mayor merced que de vos puedo recibir es que no me hagais ninguna, que mientras más alto lugar ocupare seré con más irrisión y venganza señalado de mis enemigos; y si lo que he dicho pareciere demasía, atribuidlo más á mi voluntad que á poco deseo de serviros; y con vuestra licencia voy á poner en ejecución lo que me habeis mandado. Y sin aguardar otra respuesta se fué.

De modo obraron en el Rey las prudentes razones del Marqués, que rompiendo la poderosa fuerza de la verdad los velos de tanta pasión, conoció su injusta demanda, y estuvo para desasirse de tan penosa prisión; mas volviendo la consideración á su empleo, mudaba de opinión, diciendo: ¿Cómo inconsideradamente procuro romper tan indisoluble lazo? Si nació para que la amase, estimaréla siempre. El Marqués es su padre, y habló como le tocaba; soy su rey, él mi vasallo; ni soy el primero ni seré el último. Pero después, alumbrado de algún rayo de razón, dificultaba y reprimía sus pasiones, y combatido de mil contrarios pensamientos, se mostró á los suyos con alegre rostro, encubriendo la pasión del ánimo, acción de las más

penosas que los hombres hacen, y el Marqués llegó á su casa pensando en lo que el Rey le había dicho; y después que consigo mismo discurrió del caso, por no ser comunicable, envió á llamar á la Condesa, que vino luego á su presencia, y haciendo que se sentase á su lado, la dijo: Qué cierto estoy, amada hija mía, que lo que ahora os dijere os ha de causar notable admiración, y más cuando juzgueis con vuestro raro entendimiento, acompañado de vuestro recato, lo poco que á mí me toca: mas que de dos males que forzosamente se haya de padecer el uno, es cordura elegir el menos dañoso, no tiene duda; y así, no dudo yo que vos como discreta, valiéndoos de lo que digo, aprobeis la elección que yo tengo hecha. Yo desde el tiempo que alcancé uso de razón hasta el presente estimé siempre más el honor que la vida, porque según mi opinión, es mejor morir inocente que vivir culpado hecho fábula del vulgo, juez severo de las humanas acciones; el trabajo de vivir debajo de ajeno imperio, no sólo obliga, mas en muchas ocasiones fuerza á ejecutar lo contrario que los hombres desean, atendiendo á la calidad de los tiempos y á la voluntad de los que gobiernan, vistiéndose forzosamente el hábito de sus deseos; digo pues que hoy me llamó el Rey, y así como llegué á su presencia, despues de largos preámbulos, poniendo en mi mano la conservación de su reino y vida, me pidió favor. Nací su vasallo, y prometí de hacer cuanto me mandase, y él, valiéndose de mi liberal cuanto inadvertida promesa, acompañando sus palabras de ardientes suspiros y de copiosas lágrimas, me contó cuán sin remedio os amaba: ¿quién imaginara jamás que á mí podía comunicarse caso semejante? Y prosiguió contando todo lo que con él había pasado: aquí vereis, dijo, á qué términos me han reducido una oferta indiscreta, una depravada voluntad; respondíle, como es verdad, que puedo rogaros, forzaros no; yo os ruego que ameis á nuestro Rey, que con esto ocasionareis que sean vuestros hermanos poderosos señores en esta isla. Yo he dicho lo que habeis oído por no faltar á mi

palabra; pues sois prudente, no dudo que, considerado lo referido, hagais elección de lo más conveniente. Calló el Marqués, y la Condesa, lo que duraron sus palabras, de honesto desdén y vergüenza tenía de modo encendido el rostro, que no dudo que á los que en tal punto la miraran pareciera más hermosa, y al fin de una breve suspensión respondió:

Padre y señor, si por largas experiencias no conociera vuestro valor, acompañado de la mucha merced que me habeis hecho, y el amor que siempre me habeis tenido, con justa razón me admiraran vuestras palabras. Por excusaros el enojo que era forzoso que os causasen semejantes desvaríos, procuré siempre apartarlos de vos, como de mí la voluntad de quien tan injustamente me persigue, haciendo todas las diligencias que á mis fuerzas han sido posibles. Si como el Rey lo es de este limitado reino lo fuera del mundo, tuvieran el mismo efecto sus deseos, porque más que el humano imperio estimo vuestra honra, la de mis hermanos y mis obligaciones; y esto es lo de menos estima á quien se debe guardar respeto. Que más se le debe á aquel señor á quien nuestras obligaciones son infinitas, y se deben anteponer las primeras. Es verdad que nacimos sujetos; pero el albedrío tan libre, que aun el mismo que nos le dió le dejó á nuestra disposición; pues ¿qué cosa sería sujetarle á un hombre humano contra el precepto de quien nos comunicó tanto beneficio, el poder, las riquezas y señoríos que me ofrece? Yo confieso que adquiridas por justo medio son estimables, cuanto por el contrario aborrecibles; porque aquel á quien faltase la vida, ¿qué le podrían aprovechar los humanos tesoros? Pues al que le faltase la más importante, que es el honor, cosa vana y de poco fundamento se le ofrecería. Yo estimo vuestros mandamientos en lo que debo, y tengo tomada firme resolución de ofrecer mil vidas que tuviera primero que dejar la más pequeña mancha en mis obligaciones.

Conmovido el padre, lleno el venerable rostro de piado-

sas lágrimas, la abrazó, alabando la discreta y magnánima respuesta de su hija, loando consigo mismo tal valor y grandeza de ánimo, dando gracias al cielo por tanto beneficio, despidióse de ella, que dió larga cuenta á su madre de lo referido, y entre las dos alabaron la prudencia del viejo, dando la Marquesa á su hija muchas gracias por tan honrosa determinación; y el Marqués, consultando consigo mismo lo que al Rey debía responder, fué á palacio, y con él á solas, le dijo: Señor, en cumplimiento de lo que os prometí, os juro por la fe que á Dios y á vos debo, que hablé con la Condesa declarándola vuestra voluntad; y rogándola que la cumpliese, se resolvió, después de largos razonamientos, á que perdería antes la vida que tal le pasase por el pensamiento. Al principio advertí que podía rogarla y no serviros con la fuerza; ya hice lo que me mandasteis, cumplí con lo que os he prometido, y para que conozcais en mí hay mayores muestras que me acrediten, con vuestra licencia querría retirarme á mi tierra para prevenir, como quien por mi larga edad está tan de camino, algunas cosas importantes para mi jornada. El Rey, conociendo el yerro de haberse declarado, mal satisfecho, se la concedió, quedando melancólico, revolviendo varias cosas en su imaginación.

El día siguiente el Marqués salió de Londres acompañado de sus hijos varones, y se fué á sus castillos triste y pensativo, considerando su desgracia, junto con el perdido respeto, tan indigno de su lealtad y servicios, sin atreverse á llevar á la hija, por no disgustar al Rey; y así, fué forzoso quedar su madre en su compañía, no más que por buenos respetos, que su honesto recato y entereza podía dar segura confianza en caso que por su misma seguridad, del Rey no podía temerse violencia, que así como entendió la partida del Marqués y que había dejado la hija, se enteró en lo que sospechaba de la diligencia del padre. Llegó á tanta desesperación con el impedimento y resistencia de su voluntad, que en él los días y las noches eran iguales, pues siempre carecía de reposo, comía poco, y con suspi-

ros continuos huía la compañía de sus más familiares con la aprensión de la constante crueldad de la Condesa, mudando con la mudanza del ánimo de modo las costumbres, que de tres días que daba en la semana audiencia pública, sin dejarse ver, la daba por sus ministros, cosa que con los príncipes destruyen las provincias; porque importa todo el buen gobierno de ellas que todo pase por su mano, que entiendan las quejas y súplicas de sus súbditos y la vida de sus ministros; que si en esta parte sienten descuido, se hacen públicos tiranos de los oficios que administran. Y digo, en fin, que á los reinos es más conveniente tolerar los yerros de su natural señor que gobernarse por los más conocidos aciertos de los vasallos; porque cuando yerra el príncipe, ¿quién hay tan mal intencionado que dude que fué con buena intención y deseo de acertar, yerro que no es digno de juzgarse por agravio? Y por el contrario, el que está puesto en su lugar y en sus más loables resoluciones mira siempre al norte de sus particulares intereses; y si yerra, raras veces deja de ser de malicia, llevado del deseo de venganza ó de codicia, ó por adelantarse á sus iguales, ó por oprimir á sus inferiores, y ninguno puede ser tan amado como el príncipe, á quien Dios adelantó. Naturalmente los hombres aborrecen que se les oponga ó aventaje el más amigo, el más amable y propincuo deudo: pues ¿qué sentirán de ver que se les adelante el que no nació, ó no juzgan su igual, ó el que si les es superior desaman y aborrecen por la propia tiranía ó por la que usan aquellos que dependen por varios caminos de su poder? Porque raras veces suelen ser los mejores los que alcanzan las privanzas de los reyes; y así no caminan por el camino real de la virtud, porque el propio natural los guía por los atajos de la inclinación del príncipe, de la adulación, del interés, de la hipocresía, hasta verse tan apoderados de lo que desean, que llegados á conocer sus defectos, hay dificultad en el deshacerse de ellos, por el peligro que tienen los desaciertos de los que de nuevo se han de hacer capaces, aunque tengan buena intención; y

así, la piedra fundamental del gobierno es examinar con cuidado la vida de aquellos con quien se ha de comunicar, porque es forzoso ser todo gobierno comunicable.

Todas las cosas que al Rey solían ser de gusto le disgustaban, como eran justas, tirar bohordos, ejercitar las armas y la caza. Tenía cerca de su palacio una casa de recreación sobre el Támesis, famoso río de Londres, y habiendo de ir á ella por tierra ó por agua, que por las dos partes se podía ir, era forzoso pasar por la casa de la Condesa, que advertida de que por su ocasión frecuentaba más que debiera este camino, excusándole ella cuidadosamente todas las ocasiones, él la veía raras veces, de que notablemente se entristecía, sin dejar de proseguir su camino, contentándose con solo ver las paredes que ocultaban su tesoro; y como la privación enciende el deseo, comenzó á continuar de manera su viaje, que lo que á todos era oculto, fué en muy breves días público á toda la ciudad, que sabiendo la entereza de la Condesa, que ellos llamaban rigor, y lo que el Rey padecía, la culparon de ingratitud, y la aborrecían, deseando que remediase tantas penas por su causa padecidas, que generalmente son todos liberales de aquello que no les importa, que siempre el vulgo está pronto en vituperar la virtud, como en aprobar lo que no lo es; y puede tanto la lisonja, que muchos hicieron grandes diligencias, solo á fin de mostrarse favorecidos; y viendo la invencible constancia de la Condesa, aconsejaron al Rey que usase de su poder, valiéndose de la violencia, ofreciéndose á ser los ejecutores de traer á efecto semejante tiranía. Quiso el Rey primero ver el ánimo de la Marquesa antes que se valiese de los consejos, que no le parecían mal; y así, la envió á hablar con su camarero, que instruido de todo, después de haber ido á su casa y hecho las cortesías que se pueden imaginar que haría quien iba á rogar cosa tan deseada, la dijo: Señora Marquesa, el Rey os besa las manos, y de su parte os asegura que os desea todo bien, y de la mía os certifico que más que otra cosa en el mundo deseo el buen suceso de estos negocios, no

tanto por su gusto como por ver que contra toda razón, de donde podía esperarse premio, se puede temer una desdicha. Digo pues que dice que él ha hecho todo lo posible, y aun lo no conveniente á su decoro, por aquistar la gracia de mi señora la Condesa con el secreto y reputación que se debe á tantas prendas y á tanto amor, cuyas vanas demostraciones puso en boca del vulgo lo que estuviera excusado, pues no será este el primero ni último suceso que en este caso haya sucedido, que también sabe que esto ha sido tal vez ocasión de muchas muertes de príncipes, desolación de imperios, y que tendría por más piadoso que llegase la suya que padecer lo que injustamente por vuestra causa padece, pues gustais de tenerle por enemigo. Usando de su poder públicamente llevará á palacio lo que desea con poco honor vuestro y menos estimación suya, y en lugar de mostrarse amigo del Marqués y de su casa y hacerle merced, hará que con su destrucción conozcan en él obras de capital enemigo, efectos de su ira y justo rigor; porque tiene deliberado, no solo por su parecer, sino por muchos, tan doctos como desapasionados, que no es bien que él muera por una obstinación mal fundada de una mujer, poniendo con la falta de su persona en evidente peligro sus estados; y en caso semejante debe prevaler la causa pública, aunque peligre cualquiera particular, y de dos daños con evidencia forzosos, es puesto en razón elegir el que pareciere menos dañoso, y con esto quedad con Dios, que ocasión es esta de valeros de vuestra prudencia. La Marquesa, oyendo la no esperada propuesta acompañada de tan injusta y tiránica resolución, oprimida del temor, le parecía que ya á sus ojos veía la violencia de su hija, y que sus oídos oían las lastimosas quejas de sus agravios; y ocupada de copiosos diluvios de lágrimas, temblando suplicó al camarero que la conservase en la buena gracia del Rey, y de su parte le suplicase la suspensión de tal desdicha hasta que ella, advirtiendo á su hija de las obligaciones con que todos habían nacido de servirle, procurase conservarle en la primera resolución, y desviarle en

todo de la segunda. Él prometió servirla, y partió alegre con tal respuesta á ganar en albricias la gracia de su dueño, que incrédulo dudaba de cuanto le decía, y haciendo mayores extremos que le habían costado sus desdenes, esperaba la deseada respuesta, midiendo el tiempo por minutos, y haciéndosele cada uno siglos de dilación. En este tiempo la Marquesa fué al cuarto de su hija, á quién halló entretenida con sus criadas en su labor, cosa en nuestros tiempos conveniente, muy lícita y forzosa, no solo en las más comunes mujeres, sino en las mayores señoras, que no es excusa la grandeza para gastar mal el tiempo, cosa de que nacen las dificultades y desórdenes que se saben, y quedándose con ella á solas, le contó todo lo que con el camarero la había pasado, acompañando sus razones de copiosas lágrimas, y abrazándola tiernamente prosiguió de esta suerte:

Amada hija mía, ya alcancé tiempo en que, viéndote la más hermosa y recatada de nuestro reino, me juzgué por madre felicísima, creyendo que los rarísimos dotes de que te adornó naturaleza nos fueran causa de honrosos acrecentamientos. ¡Mas ay, cuán raras veces aciertan los juicios humanos, pues pienso que naciste para nuestra universal destrucción! Vence en algo la dureza de tu condición, no en nada que no sea lícito y honesto, que esto más vale padecer mil muertes que exceder un punto de las honrosas obligaciones con que naciste, sino templando el rigor de modo que la justa defensa no se juzgue desprecio; porque si como te digo te dejas gobernar de la ocasión y el tiempo, trocarás mi dolor en alegría. No sabes que más que á todos tus hermanos te amo, y que las obras pueden contigo haber acreditado mis palabras. Déjate guiar de tu madre, que te estima y adora, y piensa que el Rey es poderoso y que, no solo está enamorado, sino loco; que tu virtud, indignamente juzgada crueldad, le tiene puesto á peligro de perder la vida, y que somos aborrecibles á todos los que desean su salud, y que sola tú no la deseas. Acuérdesete las injurias y maldiciones que hemos oído del igno-

rante vulgo y del adulador cortesano. Si esto es verdad, en pago de la deuda natural que nos debes, no quieras ser nuestra destrucción, pues puede remediarse valiéndose de una honesta prudencia, de un agrado cuidadoso. Los reyes, cuando ven despreciados sus ruegos de aquellos á quien pueden mandar, válense del poder. No quieras que la última cuanto injusta resolución de un poderoso ocasione nuestro vituperio. Mira tus hermanos y padre desterrados, yo viuda, porque todos temen al Rey, y más á ti, que has de ser causa de su afrenta, á que es forzoso que se siga la venganza que ha de ocasionar su destrucción. Dichosa yo si el primero día de tu vida fuera el último ó el postrero mío, ó si en lugar de tu esposo ocuparas un mármol. No dés ocasión á que justamente me queje, que te dé nombre de cruel, de ingrata, y sobre todo de descortés, contra tu propia sangre.

Cesó con esto oprimida de un mortal desmayo que la dejó tan helada é inmóvil, que se tuviese por cierto que la hubiesen desamparado los vitales espíritus. Lloraba la Condesa amargamente tanta desventura, enternecida del maternal afecto y oprimida de tantas persecuciones, pues las padecía aun de los mismos obligados á su defensa, si bien no se podían llamar tales, por ser siempre debajo del pretexto de su honrosa defensión, mas nunca su invicto ánimo dudó de proseguir en su determinada voluntad. En mano de tantos contrarios, combatida como peñasco en medio del mar, firme al continuo contraste del fluctuante cristal, mas movida á compasión, determinó de librar á los suyos de tantos trabajos con la más valerosa determinación que se ha visto en los presentes siglos, ni se oyó en las más celebradas matronas de la antigüedad, ni podrán esperarse de los venideros; que una alma generosa, cuando injustamente se conoce ofendida y estimulada de la ira, de tal modo se enciende en la venganza, que aunque conozca su total ruina, produce furiosos efectos; y las mujeres en toda determinación son más fáciles, intrépidas é invencibles, una vez determinadas; pues con la última determi-

nación, siendo solo de sí misma, que importa mucho para que las que se desean tengan efecto en no comunicarlas; después que con los remedios y caricias vió libre del peligroso desmayo á la Marquesa, enviando á las criadas fuera, á quien para ayuda del remedio del inopinado accidente había llamado, y consolándola, respondió: Amada señora y madre, á quien por tantas mercedes recibidas tan justamente debo este título, enjugad las piadosas lágrimas, bastantes á ablandar el corazón más fiero, el más inaccesible peñasco y el más firme diamante, que ya mi ánimo está dispuesto á que no se le dé nombre de cruel ni á ser causa de vuestros disgustos, como de la calamidad de mi padre y hermanos, pues si careciera de remedio, con mi muerte procurara su vida. Sabe el cielo que la que intento por serviros es para mí la más penosa; pero con vuestros consejos, salvo mis obligaciones, que conservaré antes que mi vida, podremos remediar nuestro daño, sin recibir el que más debe temerse. Cesen las lágrimas, y sin que intervenga más que vos y yo, como á quien les importa, quiero que veamos al Rey y que acaben tantos inconvenientes.

La madre, con la no esperada respuesta, tan fuera de sí de contento como antes la había tenido el pesar, dudaba de haber oído semejantes palabras, dando gracias al cielo por tan grande beneficio, como muchos ignorantes que de los mismos sucesos con que le ofenden por propia malicia le dan agradecimiento, como si él fuese inspirador de maldades, sino fuente abundante y perenne de donde procede todo bien, y abrazando á la hija lloraba de contento: tal es la locura de los mortales que solemnizan su propia desventura como en otros sujetos la fuerza de la codicia, que no perdona la propia sangre, tan imitado en nuestra miserable edad, donde, sin ser solicitadas, se solicita el precio miserable de propias y agenas culpas.

Era esto por la mitad de julio, cuando el Padre universal de los mortales, en el medio día, con las furiosas saetas de sus rayos obligaba á los humanos á general sosiego, en

cuyo tiempo la Marquesa hizo prevenir un pequeño batel para ir al jardín ó casa de placer donde el Rey estaba por gozar de más sosiego, que, como está dicho, era cerca de su casa. La Condesa mientras esto se previno se retiró á su oratorio, y sin valerse de otros preciosos adornos que de un cerrado cuchillo para la más apretada ocasión, considerando que en las últimas y forzosas por flacas manos de mujeres había Dios confundido la obstinación de más pertinaces y feroces enemigos, llena de confianza del feliz suceso por las dos causas que ocurrían en el presente caso, que eran la defensa del divino precepto y su honor, se puso de rodillas delante de una devotísima efigie de aquella Señora que antes de los siglos en la mente divina fué preservada de la original culpa para que gozase de la dignidad de su madre. Tenía asimismo en sus santísimos brazos la imagen de su santísimo Hijo y señor nuestro, ante quien con devoto y humilde corazón dijo: Señora mía, hija del Padre, madre del Verbo, y esposa del Espíritu Santo, que os escogió para tan alto ministerio: Cosa es cierta que si pudiera ser que fuérais madre de tan inaccesible Señor, menos que con el dón inestimable y precioso de vuestra santísima pureza, no admitiérais tan grandiosa dignidad; y siendo esto tan cierto como es, las causas que piden la conservación de castos deseos, como madre piadosa de los mortales, os toca su defensa. Esta parece, Señora, que más propiamente os incumbe su patrocinio. Ya os consta de la presente necesidad, y asimismo como quien de tan cerca mira la divina Esencia, en quien se ven todas las cosas, lo más oculto de mi corazón, favoreced delante de aquel Señor, ante quien hallasteis tanto favor, lo que os suplico y veis que esta ocasión pide, sin permitir que por mis culpas prevalezca la parte injusta y depravada de las mortales pasiones de nuestra fragilidad. Acabado este breve razonamiento, confiada en la que pueden confiar el remedio todos los que le pidieren para las cosas justas, salió donde la Marquesa su madre la aguardaba, y las dos, cortando la plata del caudaloso Támesis con el

pequeño esquife, llegaron á las riberas del deleitoso jardín, que estaba de tal modo fabricado, que por sola una puerta podía entrarse en él, porque todo lo demás lo circundaba un altísimo muro en torno. La puerta estaba acaso abierta, porque el Rey, como estaba melancólico, se entretenía en las riberas de aquellos cristales, y el camarero algo desviado no perdía de vista la puerta, sentado debajo del dosel que fabricaban las copadas ramas entretejidas de unos ancianos robles, gozando de la fresca respiración de las crespas olas, y también por evitar que nadie entrase, advirtiendo de la ocupación del Rey.

Llegaron madre y hija, ordenando al que guiaba el pequeño barco que de allí no le moviese, y pisando las doradas arenas del caudaloso corriente, las ninfas sacaron las hermosas cabezas coronadas de ovas, espadañas y lirios, admirando con particular suspensión tanta belleza; ellas pisaron las gradas de la puerta, vistiendo de nueva luz los deshabitados pórticos. Como el camarero las vió, desengañado de su vista, lleno de notable espanto, recibiéndolas con la debida cortesía, con mil caricias las saludó, preguntándolas qué mandaban. Respondió la Marquesa: Venimos á ver y hacer reverencia á nuestro natural señor, como há poco que os dije que lo procuraría. Él con suma alegría hizo meter el estrecho leño en que venían en un pequeño escaño, que hecho á mano, servía de guardar los que el Rey tenía para su recreación y servicio; cerró la puerta, y entreteniéndolas con la vista de las curiosidades que allí había, las fué guiando hasta donde el Rey estaba, no considerando la crueldad de su dama, que cuando le informaron de lo que pasaba, salió alegre sobremanera á recibirlas, dudando de su vista, pareciéndole ilusión de su fantástica imaginación lo que tenía presente. Recibiólas con las muestras de voluntad y agradecimiento que pedía semejante visita, y la Condesa, así como vió al Rey, discurrió por sus venas un improviso hielo; á un mismo tiempo se le encendió el rostro de un modo, que se le acrecentó hermosura, si más era posible de la que antes tenía; y él, sin

haber podido hasta entonces hablar palabra, ocupándole el repentino accidente los sentidos; y cuando volvió en sí con mucha humanidad las dijo que fuesen muy bien venidas, prosiguiendo: ¿Qué buena estrella mía, qué suceso feliz os ha traído con esta siesta á que goce yo la vista de esta deseada presencia? Y entonces la Marquesa, haciéndole la debida cortesía, que la Condesa, ocupada de la vergüenza y temor, no pudo hablar palabra, le dijo: Señor, viene mi hija con deseo de serviros, como disgustada de haberse mostrado rigurosa y de haber perdido un instante vuestra gracia. Mostróse el Rey sumamente agradecido, y haciendo las honestas caricias á la Condesa que la presencia de su madre pedía, á que ella se mostró siempre desdeñosa, no levantando los ojos del suelo; eran iguales el contento en el Rey y el disgusto en la Condesa, que no pienso que puedan de otro modo encarecerse tan contrarios afectos.

Juzgando el Rey á vergonzoso encogimiento su desvío, ordenó al camarero que entretuviese á la Marquesa, y él con varias pláticas se retiró á su cuarto, y llegando á su mismo aposento con la Condesa, cerró las puertas, y ella, así como las vió cerradas, temiendo alguna violencia, viéndose inadvertidamente en el lugar que jamás pensó y desamparada, arrojóse de rodillas á sus piés, y le dijo: Señor, nuevo intento del que habeis imaginado me ha conducido al término en que me veis; pero pues solo vuestra salud me ha obligado á serviros, como mujer deseo saber si son hijas del alma tan exquisitas diligencias, suplicándoos una merced, que para vos será fácil, y para mí me obligará eternamente. El Rey, que con la congoja y afecto le pareciera más hermosa, juzgó por tanta ventura que le pidiese algo, como la del fin de su pretensión, y con los más execrables juramentos que pudo confirmó su palabra de cumplir todo aquello en que le emplease, como no fuese dejar de amarla, porque eso sabía que no había de poder cumplirlo; y queriéndola levantar del suelo, no lo consintió, antes besando sus manos por el prometido favor, sacó el

cuchillo, y con piadosas lágrimas que adornaban sus hermosas mejillas dijo: Señor, la merced que yo os suplico es que me ameis lo que os durare la vida, y que con este instrumento acabeis la mía antes que yo vea mi afrenta, pues tengo parte de vuestra sangre; y si no cumpliéredes lo que prometisteis, delante de vos llegará mi muerte, y el cuerpo sin el vital aliento podrá quedar en vuestro poder; pero no el alma, que mientras le animare, ¿cómo podrá consentir hacer caricias á su mayor enemigo? Cesó con esto inundando por los hermosos soles de su rostro dos océanos; y el Rey con nueva admiración de tanta y tan hermosa resistencia, más perdido mientras más la miraba, nuevamente enamorado de tan piadosa acción, y enternecido, como quien la amaba, de sus trabajos, viendo que sin ella no podía vivir, resuelto en su última determinación, considerando que, como decía, era su sangre, y los grandes servicios de sus pasados, con la debida cortesía la levantó, diciendo:

Señora, no quiera Dios que yo quiebre mi palabra y que agravie á la prenda que más que á mí mismo quiero; pues antes al que conociese, no digo deseoso de tal ejecución, sino solo con el intento de ella, procuraría yo acabar la vida como á mi mortal enemigo. Cesen ya las honrosas resistencias de vuestro valor, y venzan, que es justo, las injustas diligencias de mis deseos, porque yo quedaré muy consolado con que me hayais dejado la libertad de amaros, que tanta es la obligación en que me tiene puesto vuestra virtud, que sin ella, aunque sé que había de ser á costa de mi vida, no me atreviera á disgustaros; pero yo pienso hacer de modo, con vuestra licencia, que seais un vivo ejemplo al mundo de lo que debe estimarse la honra, pues por la justa estimación que habeis tenido y teneis de la vuestra, quiero que alcanceis diferente fin del que todos podían esperar de mi locura; y creed que el indigno amor que os tuve está ya tan fuera de mi alma, que aun del tiempo que señoreó mi pecho estoy corrido, y que ha entrado en su lugar el justo y verdadero.

La Condesa entonces, dando infinitas gracias á aquella Señora, por cuyo medio es de creer que en tan breve tiempo hubo tal mudanza de voluntad, abrió la puerta, y entrando el camarero y la Marquesa, que estaba con la pena que puede imaginarse, viendo cómo su hija se la habían apartado de sí, temerosa de alguna desgracia, si confiada de su valor, hizo que las dos se sentasen, y habló con él en secreto, dándole la orden conforme al intento que tenía, y él partió á ejecutarla, y entreteniéndose el Rey con ellas en varias pláticas, en breve espacio entraron todas sus criadas, y luego la nobleza de las damas de la corte, y después el obispo evoracense, hombre docto, y por cuyo expediente pasaban los más graves y arduos negocios, y en su acompañamiento los más importantes señores del reino, todos admirados de ver sentadas al lado del Rey aquellas señoras, y que la viuda tenía los ojos no en todo libres de los copiosos diluvios que la pasada ocasión le había causado. Callaban todos esperando el fin para que fuesen llamados, cuando el Rey, interrumpiendo el confuso silencio, dijo: Nobles y fidelísimos vasallos míos, aquí os he juntado para que veais que puede alabarse mi reino que posee más valerosas damas que cuantas nos celebra la antigüedad, como lo dirá la historia que hoy tenemos presente. Y contando por extenso toda la referida hasta el estado presente, prosiguió: Y también quiero que conozcais que si hay valor, virtud en ellas tan digna de que ciña sus hermosas frentes el lauro de la inmortalidad, digno premio de sus hazañas, es justo que sepais que teneis Rey que sabe premiar en algo, ya que en todo es imposible, alguna parte de ánimo tan valeroso, de constancia tan invencible como os lo ha dicho el presente suceso, que por notorio no refiero. Hoy teneís delante vuestra reina y mi esposa, como la que mejor lo merece. Á que todos respondieron con una profunda cortesía, y llamando al obispo que se acercase, hizo que hiciese la forma del sacramento; y acabado con alegres parabienes y aclamaciones, la besaron todos la mano, y Eduardo hizo algunas mercedes. El

contento de la Condesa fué grande, como quien había llegado á tal dignidad por los propios méritos y virtud; que los que las alcanzan por otros caminos no gozan de la verdadera posesión de ellas, sino de la injusta tiranía con que las usurpan. En poco espacio la fama de tanta novedad se había extendido por la corte, que con suma alegría la recibieron todos generalmente, alabando la prudente resolución del Rey.

El Marqués y sus hijos habían venido á Londres, deseosos, el uno de ver á su mujer é hija, y los demás á su madre y hermana; y apenas entraron por la puerta de la ciudad, cuando la nueva, como si fuera mala, salió á recibirlos, y sin ser conocidos, se informaron del confuso tropel del vulgo, y llegando á su casa ciertos de la verdad, y dejando el de camino, se pusieron en hábito decente, y con uno de sus hijos envió el Marqués á dar aviso al Rey de su venida, suplicándole que le diese licencia de besarle la mano, cuya respuesta fué enviar al príncipe de Gales, su primogénito, acompañado de los infantes y nobleza que ya habían besado la mano á la Reina para que le acompañasen, y él con igual contento que en otra ocasión tuvo pesar tan sin culpa suya, porque no hay persecución que, como no proceda de propias culpas, no la compense el cielo con la suma liberalidad que paga buenos intentos, que no quiere con los sucesos prósperos ó adversos sino encaminar lo que no nos conviene, que cuando sucede al contrario, en nosotros está la culpa, porque no usamos como debemos de sus favores. Después de las forzosas cortesías y alegres parabienes que de una parte á otra pasaron, con excesivos favores fué del Príncipe, infantes y caballeros llevado á palacio, donde le salió á recibir el Rey, y honrándole le hizo sentar al lado de su hija, y le mandó que la hablase. Él llegó á quererla besar la mano, y ella no lo consintió, y se abrazaron tiernamente; y como estaban en el referido acompañamiento, salieron en público por toda la ciudad, donde con mil bendiciones y muestras de amor fueron nuevamente aclamados, y se hi-

cieron las más grandiosas fiestas que jamás se vieron, acompañadas de infinitas mercedes y perdón general de todos los delitos que sin parte dependían de la voluntad real; toda la nobleza del reino procuró mostrarse liberal, haciendo increíbles gastos por el gusto y servicio de su Rey, que dió grandiosos premios á los que los ganaron en las justas, honrando particularmente á los extranjeros, que á la novedad del caso, de diversas partes acudieron muchos. Ocupó el Rey á su suegro y cuñados en los más preeminentes oficios, y con el tiempo él y todo su reino conocieron la acertada elección, siendo la Reina un verdadero ejemplo de aquistar la verdadera fama, donde sólo se llega por el camino de la virtud, como ella llegó; de modo que cuando no sea por el eterno premio que con certeza se espera, digno de tanta estimación en quien alcanza el verdadero conocimiento, por los buenos sucesos y felicidades presentes se debe vivir bien, creyendo con certeza que aquel Señor que tanto nos ama, si tal vez consiente la persecución de los suyos, no les pone lazos, sino ocasiones, deseoso de que se aprovechen de ellas como deben para que ganen el premio de la inmortal corona.

En Eduardo se nos muestra un rey agradecido, pero demasiadamente curioso, pues el suceso de su amor procedió de ir donde no importara su presencia; nos enseña con cuánto cuidado deben los reyes huir las visitas de las mujeres hermosas, y particularmente de las casadas; la prudencia con que procuró encubrir su grande pasión, la obligación que los superiores tienen á no dar el mal ejemplo. El declararse á la Condesa, teniendo á su padre y esposo tantas obligaciones, la fuerza de esta pasión. Hablar el Rey sin su voluntad con los suyos en la batería, y otras materias de milicia, la satisfacción que deben dar á todos los reyes, porque generalmente son de todos. Los favores del Marqués para facilitar su pretensión hasta llegarse á valer de él mismo y de la Marquesa, y del propio poder para usar de violencia, perdiendo el respeto á su obligación y decoro, la furia con que las propias pasiones

señorean los poderosos á quien todos sus deseos y acciones parecen y juzgan lícitos. El verse vencido y obligado de tan honrosa resistencia, después de recibirla por mujer, nos enseña que así como el amor que consigue el ilícito fin suele siempre tener mal suceso, así la que sólo permitió el lícito abrió los ojos de la razón y conocimiento en el Rey, de modo que le llegó el debido premio á la virtud.

Partirse el Conde dejando á su esposa moza y recién casada, nos avisa que no es cuerda resolución casarse los que están sujetos á ausencias que dependen de ajena voluntad.

Recibir la Condesa al Rey sin la compañía de su madre y esposo, avisa á las mujeres casadas que huyan la vista de los hombres, particularmente la de los poderosos, en toda ocasión, pues se gana más honra con el huir de ser vistas que con la más honrosa resistencia. Las diligencias que hizo para desviar la voluntad del Rey, las persecuciones que tuvo mostrándose á todas firme, enseña las obligaciones que las mujeres nobles tienen de estimar en más el honor que la vida. Acudir por remedio á Dios por la intercesión de su santísima Madre, nos avisa que quien se valiere de tan poderosos como justos medios, si le conviniere, tendrán sus deseos feliz suceso, como este le tuvo.

Las diligencias de los vasallos, el deseo del vulgo nos enseña la fuerza de la adulación y cuán liberales son todos de lo que no les importa.

Dejar la Marquesa sola á la Condesa cuando el Rey vino, advierte á las madres el cuidado que deben tener, pues muchas veces en unas el descuido, y en otras el mucho cuidado es causa de los infelices sucesos de la juventud, de que darán estrecha cuenta y recibirán riguroso castigo.

El Marqués, que ignoró tantos favores y apretados ruegos, denota los imprudentes que, no midiendo sus pocas fuerzas, como ignorantes, todo les parece que se debe á su

ingenio, prudencia y merecimientos. Prometer sin saber lo que se le pedía es cosa inexcusable é indigna, y más el hacer caso de honra el cumplir la promesa cuando no es justa, pues no sólo no obliga, sino que es bajeza de ánimo su cumplimiento. Dejar él y sus hijos la corte cuando se ven ofendidos del mismo á quien tocaba su amparo, nos enseña que, ya tengamos ó no razón, es cordura huir el rostro á los poderosos. Volver á su casa y hallar tan impensadamente tan alegre suceso, de donde podía esperarse tan infeliz, nos advierte que muchas veces se guían las cosas tan diferentes del juicio humano, que tal vez los más encumbrados sin saber cómo se hallan en mil penosas calamidades, y otros, sin alcanzar por dónde, de en medio de las persecuciones y trabajos, se ven exaltados y favorecidos en el más sublime grado de la fortuna.

NADIE CREA DE LIGERO

POR

D. BALTASAR MATEO VELAZQUEZ

NADIE CREA DE LIGERO

Nadie crea de ligero,
ó por locura ó ignorancia,
que el mirarlo es de importancia.

VIVÍA en una aldea de aquellas sierras de la montaña de Buitrago un labrador ó serrano, que todo podemos decírselo, mozo en edad, pero casado con mujer de años mayores. La desigualdad de las edades, y aun de las condiciones, causaba entre ellos una lastimosa y bien inquieta vida, especialmente en la mujer, que como el casamiento hubiese sido de su parte de ella por enamorada del buen talle del mozo, y de la parte de él por gozar de la mucha hacienda que poseía, y él diese en gastar y en aborrecerla, y ella en lastimarse de la pérdida de su hacienda y en celarle de otras mujeres mozas á quien él visitaba, verdaderamente su modo de cohabitar y estar juntos era una perpetua guerra y continuada discordia; pero nada de esto era poderoso, aunque la pobre vieja veía desengaños notables á sus ojos, para que dejase de amar al marido tierna y entrañablemente.

Cierto que la filosofía amorosa, que enseña que cada igual ame á su igual y semejante, y que esta pasión de amar que se apoya y asienta mejor en la sangre hirviendo

y en los años mozos que no en las personas y corazones quebrantados con los trabajos y rendidos con los muchos años y tiempos que ya pasaron por ellos, que dijo bien, porque la mocedad toda es amar y hervir, toda es enloquecerse y pretender; pero como esto es verdad, también lo es que si en un viejo de años decrépitos, ó en una mujer ciega de alguna pasión entra esta del amor y se arraiga de veras, peores son de curar estos locos que los otros, porque si hemos de defender la opinión del otro poeta y filósofo que quería que consistiese el amar en apetecer lo que no tiene quien ama, como la ancianidad no tiene lo que halla en la juventud, fáltale brío, y hállalo; busca hermosura, y alcánzala; quiere deleite, y consíguelo; apetece regalo y ternura, y descúbrelo. Con eso no le sacarán á la vejez de esas Indias con que se ha encontrado en la mocedad, los mayores desengaños ni los peores escarmientos. De aquí pienso que nacía que nuestra casada, que se llamaba Polonia, estuviese tan enamorada de su velado y marido, cuyo nombre era Pascual; pero él se daba por tan poco obligado del desvelo de Polonia, con que en su vestir y comer cuidaba tanto, que se olvidaba de sí propia, por acudir al olvidado dueño de su vida y hacienda. Él, como villano y bárbaro, áspero en la condición, y rústico en la correspondencia, porque entre esta manera de gente el agradecimiento no es moneda que corre, ni saben qué es deber, ni se lès acuerda qué es pagar; aquella su bestialidad y bruta conservación los entontece aun más con el uso que con la naturaleza, y por donde fueron los padres corren los hijos; y como lo que oyen es bestias, y á lo que hablan bestias, y con quien comunican bestias, pégaseles el trato como de bestias; y cuando alguno sobresale de aquí, en vez de dar en saber, da en temer y sospechar, porque su prudencia no es sino astucia, y su sabiduría malicia. De todo tenía Pascual, bien comido y más regalado, querido de su mujer, y envidiado de sus vecinas. Dió en quererle una de ellas, llamada Brígida, moza rolliza, gruesa de facciones, de ojos grandes, y tez morena, que

para alabarla á fuer de su territorio era mujer que amasaba tres hanegas de pan en un día, y se comía la una. Esta acudía á los prados adonde llevaba Pascual sus bueyes á llevar sus vacas; allí se decían motes, se referían consejas. Esto de la mucha conversación aun en los muy cortesanos ahorra de cortesías, y hace desenvueltos á los cobardes, y no perdona á los labradores y aldeanos toscos; si por acá regala carne, por allá piedras, y el mucho fuego tan bien arde en la estopa por hilar como en el hilado. Pascual y Brígida vinieron á quererse, y si la seda y el brocado no saben encubrir al amor, ¿qué ha de hacer el sayal, que tiene menos perejiles con que disfrazarlo? Y aun el amor urbano va por sus términos á la larga, como la ejecución en bienes raíces; pero el amor del aldea es con resolución como quínola al primer descarte. Llegó este negocio á tanto rompimiento que Polonia vino á entenderlo, y fué tal la desesperación y rabia que causó en ella, que la puso casi en el extremo de la vida. Convaleció de la enfermedad, digo de la del cuerpo, que del rabioso accidente de celos siempre padecía, porque tenía la causa presente en Brígida, y á Pascual tan enamorado como siempre. Esto llevó Polonia á no poder más, ya con pesadumbre, ya sin ella, unas veces usando de medios suaves, regalando al marido y haciéndole los mejores tratamientos que ella alcanzaba; y aun llegó á tanto el desear la pobre casada el asiento de este negocio, que se hizo amiga de Brígida, y le pidió le dejase á su marido en paz, mezclando algunas lágrimas que derramó en su presencia: promesas de consideración como cumpliese lo que ya Brígida le había prometido, que era de no oir ni ver más á Pascual; pero á la verdad, ni del jugador que lo tiene por vicio, ni á persona amante que ha hecho hábito á estar ciego, ni se puede creer palabra, ni afianzar seguro que dé ni prometa.

La buena de la Brígida cumplió tan mal lo que puso con Polonia, que antes se quejó al marido ajeno y galán propio, y le pidió venganza del agravio: que tenía por tal de haber venido su mujer á su casa á darle quejas y pedirle celos.

De donde resultó que, indignado de nuevo Pascual con Polonia, la dió no sé qué torniscones y empezó á desvergonzarse y á poner las manos en ella á menudo, que cuando llega sin ocasión la libertad y poder del marido á tanto rompimiento, ni hay que esperar de su cortesía, ni con qué asegurarse de sus obligaciones. Tal estaba la pobre Polonia de rendida y acabada con tantos repasos de aporreos y malos tratamientos, que, si no estuviera tan ciega de enamorada de su marido, hubiera tratado, como ya se lo aconsejaron, de apartarse de él, á lo menos de la cohabitación, que es lo que le permitía el derecho; pero ni para la necesidad bastan leyes, ni para el amor cuando es de veras causas razonables; y así, la triste vivía muriendo, teniendo por alivio cualquiera palabra oída de la boca de su Pascual, como no fuese para maldecirla. Unas veces se volvía contra sí misma, diciendo que si no se casara tan vieja y con hombre tan mozo, que pudiera ser que no llevara tan mala vida; pero pues que ella lo buscó y lo quiso, que se tomase lo que se tenía, pues quiso y gustó de ser casada cuando estaba más para la sepultura que para el tálamo, y para acabar de consolarse, una vez, remataba esta relación de desdichas y este proceso de desengaños con el fin del pregón de los ahorcados: quien tal hizo que tal pague.

Muchos días y meses vivió engolfada en este mar de pesadumbres la pobre Polonia, y jamás acabó de dar con todo el juicio al traste, hasta que pasando un día por delante la puerta de Brígida, que era fiesta, y ella salía para ir al baile, como dicen, de veinte y cinco alfileres, volviendo á mirarla con atención, la vió al cuello, entre otras cosas de plata, un joyel que Pascual había dado á Polonia el día que se casaron; y habiéndole echado menos los días atrás, por haber sido dádiva de su esposo, y en semejante ocasión no osaba decir que le faltaba, pero viéndole sobre los pechos de Brígida, aquí se le acabó toda la paciencia y el seso, y mas cuando se acordó que cada día iba echando muchas cosas menos en su casa y hacienda; y con este testigo, aunque singular, dió por verdadera la información de que

todo cuanto en su casa se desparecía iba á la de Brígida. Con esto Polonia se fué á la suya, y hallando al marido en ella, empezó á dar tan grandes gritos y voces, y él á responderla con tanta ira y cólera, que de las palabras vinieron á las manos y alborotaron, no solo la vecindad, pero todo el pueblo; y aunque á Pascual le obligaron los vecinos á sosegarse, reprendiéndole sus desórdenes y amenazándole la justicia, como el negocio era público, con la pena y castigo de los adúlteros; pero á Polonia no había hacerla callar ni sosegarse, porque tras del mal de los celos se juntaba en ella otro, que es intolerable en los viejos, como dijo Aristóteles en el libro IV de sus *Eticas,* que es el de la avaricia, porque ver ella gastar y disipar su hacienda con aquella mozuela, la había trastornado todo el juicio, de suerte que decía desatinos extraordinarios contra el marido, y entre otras plegarias y súplicas que hizo al cielo empezó á decir: Justicia venga por este traidor, que si yo fuera ruín mujer como él es mal hombre, ya no me pudiera sufrir el mundo; desdicha es esta grande para las mujeres casadas, que siendo en razón de pecado tan grave el que comete el marido que es adúltero, como la mujer que es adúltera, no solo las leyes humanas hayan establecido tan desiguales y diferentes penas para el uno que para el otro, sino que también en la opinión de los hombres y del mundo es tenido por infame y afrentado el marido que tiene mujer adúltera, y no lo es la mujer que tiene el marido adúltero, tanto, que á ella se contenta el vulgo con llamarla desdichada y mal casada, pero á él le llaman ciervo, buey, venado y otros nombres ridículos é indignos de un hombre que sabe qué es honra. Justicia del cielo y castigo venga de arriba para este traidor; y plega á Dios, enemigo, que pues tú me haces padecer tanto, que los cuernos que yo había de tener los tengas tú, y que como por tus deshonestidades adúlteras yo vengo á ser la vaca, el venado y el buey, que por milagro y justo castigo del cielo antes que Dios amanezca te conviertas en venado y en ciervo, y que lo vean mis ojos.

Pascual, oyéndola tantas locuras y desatinos, unas veces reía, y otras rabiaba, hasta que, cansada Polonia de dar voces y llorar, se quedó dormida sobre una mala camilla en que se había echado. El marido enfadado y aun corrido de lo que había sucedido el día antes, presente todo el pueblo, y viendo que ya no podía entrar en casa de Brígida si no era á mucho peligro y riesgo de ser castigado por la justicia, y aun perseguido de sus parientes, tomó una resolución propia de un hombre tan apasionado como mal entendido, que fué irse y perder la tierra, pues le obligaban á perder el gusto; y reconociendo que su mujer dormía profundamente, quitándola las llaves sin que lo sintiese, le abrió las arcas y le sacó unos realejos que ella tenía guardados, y se fué como á la mitad de la noche, dejándose la puerta de la casa de par en par abierta, porque al cerrarla hacía ruido, y no despertase Polonia y le estorbase el emprendido viaje, con que tuvo lugar para irse y desaparecerse.

Es aquella tierra de suyo frigidísima, y suele hacer unos inviernos terribilísimos de nieves y hielos, y era esta noche una de las del mes de diciembre, y habían caído y caían tantas nieves, que no solo los animales domésticos, pero las fieras campesinas y las aves de rapiña se suelen acoger á las casas de las aldeas y encerrarse debajo de los cobertizos de ellas, porque en lo despoblado se caen muertas á manadas. Habíase venido hacia lo poblado una bandada de venados y ciervos á valerse del amparo de las casas del aldea; y uno de ellos, de unas astas y cuernos bien grandes, como halló aquella puerta abierta, entróse á la cocina y echóse sobre la ceniza de la lumbre. Á este tiempo ó poco después de como el ciervo entró, despertó Polonia, y como amaba tan tiernamente al desagradecido Pascual, quisiera que le hiciera alguna caricia, porque con cualquiera se desenojara; pero conociendo su desgracia, y estando cierta de que si ella no empezaba á ablandarse él no se humanaría, empezó á llamarle y á decirle: Ea, hermano, seamos amigos; perdóname, que como es tanto el

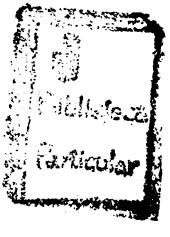
amor que te tengo, han sido tantas las locuras que he dicho y hecho. Pero como no le respondiese, toda alborotada y asustada se levantó, y acudiendo á la puerta, y hallándola abierta, juzgó lo que era verdad, que se había ido, y persuadiéndose á que por ventura estaría en casa de Brígida, la volvió á cerrar con ánimo de encender luz, y no hallando al marido, llamar á la justicia y cogerlos juntos; con esto se fué derecha al fuego para encenderla, y la bestia que estaba allí echada, sintiendo pasos se levantó, y por salirse la dió dos ó tres vueltas muy bien dadas. Ella, que al tocar los cuernos vió y conoció que eran de ciervo, empezó á dar gritos y á pedir á Dios misericordia, creyendo que su maldición se había cumplido y que su marido verdaderamente se había convertido en ciervo, no pudiendo caer en que realmente lo fuese ni el modo y causa de haberse entrado allí; y así, teniéndolo por milagro, arrepentida de las maldiciones que había echado á su marido, desasiéndose como pudo del ciervo, bien aporreada de él, huyó hacia la puerta y le abrió, y salió dando gritos. El animal que vió luz por la puerta, para salirse de la casa salió tras de ella; aquí fué donde á Polonia se le acabó el ánimo, y pareciéndole que era el marido que la perseguía en aquella figura y forma, se cayó desmayada sobre la nieve sin género de sentido, y como la frialdad era tanta y ella estuviese tan descalabrada y maltratada con los muchos años, poco fué menester para que se le acabase la vida; con todo eso, los vecinos, que habían despertado al ruido y voces, salieron de sus casas, y llegaron á tiempo que, haciéndola los remedios imaginables, le ayudaron á volver algo en sí, con que pudo contar su desgracia; pero estaba tal, que solo vivió lo que fué forzoso y necesario para acabar como cristiana. Al fin murió Polonia, muerte que muchos la lloraron, aunque la malicia humana es tal, que si bien lloraron la muerte, no faltó quien riese el suceso; del cual siendo buscado su marido y avisado de él, no quiso volver jamás á su tierra, juzgándose por tan aborrecido como malquisto de los herederos de Polonia y

de los parientes de Brígida, que desengañada de su olvidadizo amante, por quitarse de malas lenguas y pagarle en la propia moneda, se casó con un boyerizo ó guardavacas, que vengó á Polonia, porque era el villanzote tan celoso y tan lleno de malicias, que como le eran notorias las flaquezas pasadas de Brígida, no venía fiesta á mudar camisa que por hazte allá las pajas, como dicen, no la mudase á ella el pellejo de las espaldas á puros palos, tanto que sobreviniéndole sobre una paliza un calenturón desaforado, acabó de repente siguiendo los pasos de la celosa Polonia, todo originado y nacido del ruín principio de aquel desigual casamiento, aunque los mayores daños los trajo la facilidad en el creer Polonia tan fácilmente que su maldición se había cumplido y Pascual se había convertido en ciervo.

LOS PRIMOS AMANTES

POR EL DOCTOR

D. JUAN PÉREZ DE MONTALVÁN



LOS PRIMOS AMANTES

En la ciudad de Ávila, edificio que en grandezas y antigüedad no debe nada á cuantos se alistan en la jurisdicción de España, nació Laura de padres nobles (porque como las armas suelen dar principio á la nobleza, y en aquella ciudad ha florecido tanto la milicia, tuvieron sus pasados ocasiones bastantes para ilustrar con su propia sangre la que había de proceder en sus descendientes). Eran moderadamente ricos, y amaban á Laura con extremo, por ser única prenda suya, y porque sus muchas partes merecían cualquier afecto. Tenía una hermosura tan honesta, que á un mismo tiempo se dejaba querer con la belleza, y se hacía respetar con la compostura. Era tan bien entendida, que pudiera preciarse de fea, á no desmentirla las perfecciones de su cara. Mirábanla muchos con intento de merecerla por esposa, unos fiados en su fortuna, otros en su gallardía, y algunos en su riqueza; que si hay confianza discreta, esta pudiera tener el primer lugar en la disculpa; pero Laura ofendíase de escuchar alabanzas suyas, si se encaminaban á que reconociese alguna voluntad. No le sonaban bien conversaciones de casamiento, que no es poco milagro en mujer hermosa y que tenía cumplidos diez y seis años. Aumentábanse con su

resistencia los extremos de sus amantes; que el desdén nacido del recato, y más en la que ha de ser mujer propia, en lugar de entibiar el deseo, pone espuelas á la voluntad. No era de las doncellas que al caer el sol dejan la almohadilla, visitan la ventana, y á media noche aguardan la música, y reciben el papel, que suele ser el primer escalón de su deshonra. Laura ni escuchaba ni apetecía, pero ¿qué mucho si tenía en el alma quien se lo estorbase? Laura amaba, Laura estaba perdida, y Laura era principal; que bastaba para no admitir nuevos empleos, habiendo puesto ojos en quien la merecía. Tenía su padre un hermano recién viudo, que de muy rico pasó al extremo de la necesidad, y para dar á entender su pobreza, baste decir que casó con mujer gastadora, que era noble y hacía fianzas. Vióse tan alcanzado, que con una licencia para las Indias desamparó su casa, pensando mejorase en donde no le conociesen; y para hacerlo mejor dejó un hijo que tenía, llamado Lisardo, encomendado á su hermano; el cual le recibió como á sangre tan suya, haciendo cuenta que le había dado el cielo un hijo para que después de dar estado á Laura quedase en su compañía y le consolase en los trabajos que suelen seguir á la senectud. Tendría Lisardo cuando se ausentó su padre la misma edad que Laura; era hermoso, bien criado, de ingenio vivo, y tan gracioso en las travesuras, que ya su tío apenas le diferenciaba en el amor que tenía á su hija, con la cual se crió en igualdad de hermanos y con amor de primos. Queríanse los dos con aquella voluntad que permite la inocencia; no hacía Laura cosa sin gusto de Lisardo, ni Lisardo tenía pensamiento que no comunicase con ella, y en los dos parecía que se ensayaba la voluntad para mayores finezas. Dejó de ser niña Laura, y Lisardo empezó á descubrir su divino ingenio, aventajándose á todos, así en las bizarrías de caballero como en las acciones de entendido. Era galán y brioso, y tan cortés y bien hablado, que se hacía querer aun de los mismos que le envidiaban. Amaba á su prima más de lo que pedía su cordura; mirábala ya con otros ojos, atre-

viansele los deseos, dábale voces la voluntad, y finalmente, la pasión iba creciendo al paso de los años. Laura también, por otra parte, se dejaba llevar de su natural inclinación, vivía con esperanza de gozarle, aunque tenía miedo á su padre, porque era viejo y estaba cerca de codicioso, y sobre todo tenía un amigo y el más poderoso de aquella tierra, el cual procuraba que un hijo suyo gozase la hermosura de Laura, porque era su amor tan demasiado, que se recelaba algún peligro en su salud. Su padre hacía buena cara á esta pretensión, porque Octavio, que este era el nombre del enfermo amante, era hombre de conocida nobleza, y cuando le faltara esta calidad, se pudiera suplir fácilmente con dos mil ducados de renta. Temía Laura no le venciese á su padre el oro, que es peligroso su poder, y tiene particular imperio en todos. Decía ella que harto rico era quien no deseaba riquezas y se contentaba con su fortuna; pero estas filosofías no hallan acogida en las personas que con los muchos años se han olvidado de amar. Á Laura la movía la voluntad, y á su padre le desvelaba la ambición. Á ella quitaban el sueño cuidados de Lisardo, y á él le inquietaba el verse con mayores aumentos. Oíale hablar muchas veces en su remedio, si se llama con este nombre quitar á una mujer el gusto, y aunque no se lo decía á Lisardo, por no darle pesadumbre, en viéndose á solas lloraba como amante. En efecto, después de pasados algunos días, se determinó el viejo en darla á Octavio, que para ella fuera más apacible á un sepulcro, y viendo en su sobrino tantas muestras de prudente, quiso primero aconsejarse con su entendimiento, y una vez que estaban los dos en el campo, sin más testigos que los árboles y el agua, le dijo desta suerte:

Bien sabes, Lisardo, la grande voluntad que me debes; pues, ya que no eres mi hijo en la naturaleza, yo he sido tu padre en la crianza; en mi casa quedaste de pocos años, y en ella has vivido con el respeto y regalo que todos saben, pues nadie te juzga sino por hijo propio, y sabe el cielo que me tengo por dichoso en esta imaginación, por-

que todos conocen tu ingenio, alaban tu virtud, y estiman tu persona. Dígote todo esto para que adviertas lo mucho que me ha obligado tu cordura, pues no me he querido fiar de mis años, y me dejo aconsejar de tu discreción; siéntome viejo y con achaques, esperando por puntos el último término de mis días; desvélame el ver sin estado á tu prima, y quisiera que no me hallara la muerte en tiempo que fuera forzoso dejarla sin dueño, y muriera con escrúpulo de no haberla remediado pudiendo. No tengo tan sobrada hacienda que pueda descuidarme con seguridad de su ventura: el dote que tiene es moderado, si bien su mucha virtud es bastante crédito de su remedio; pero en este tiempo anda tan poco válida, que suele ser en un casamiento lo postrero que se pregunta.

Así discurría el padre de Laura, y Lisardo escuchaba la tragedia lastimosa de su voluntad, sin poder responderle como quisiera; retiró algunas lágrimas que había llamado el sentimiento, y calló algunos suspiros, guardándolo todo para que en mejor ocasión Laura lo viniese á saber, y los dos se ayudasen á llorar: disimuló cuanto pudo, y luego su tío ó su homicida prosiguió diciendo: Has de saber pues que há muchos días que Octavio quiere á Laura, esto con tanto extremo, que su mismo padre con ruegos y regalos me alienta para que se efectúe: tiene la riqueza que sabes, y hágole pocas ventajas en la nobleza; no quisiera perder esta ocasión, por que no tengo de hallar otra tan á propósito. Yo pienso hacer mañana las escrituras, que bien tengo entendido de la obediencia de Laura que no tiene más gusto que mi albedrío, ni más ley en su pecho que mi voluntad; pero primero he querido comunicarlo contigo, porque aunque sé que acierto, por lo menos tendré más seguridad de mi elección.

Tan lastimado escuchaba Lisardo á su tío, que apenas tenía aliento para apelar de su sentencia. Quisiera dar voces y llamar al cielo, que es el último alivio que tiene un desdichado, pero no le dejaba ni su obligación ni su desdicha; veíase morir, y sin poder quejarse, pues le cerraba

la boca el mismo que le ofendía en el alma. Pero aprovechándose de su buen juicio, le respondió con la mayor blandura que pudo, advirtiéndole los daños que suelen traer consigo las repentinas resoluciones, que parecía temeridad dar un hombre palabra que no estaba en sus manos el cumplirla, pues aunque Laura tenía tan de su parte la obediencia, muchas veces no puede una mujer conformarse con lo que contradice el cielo, y pues era ella la que había de hacer vida con él, lo mejor era darle parte, saber su pensamiento, entender su gusto, y prevenirla del aumento que se le seguía.

Decía esto Lisardo con ánimo de fiar en la dilación el remedio de la desdicha que le aguardaba. No le desagradó á su tío el parecer, y así se resolvió á declararse con Laura, aunque haciendo de manera que en el proponer y el ejecutar no se gastase más de un tiempo. Quedó Lisardo tan confuso, que le parecía que cuanto había oído era ilusión de su descuido ó sueño de su fantasía: fuése á casa batallando con sus pensamientos, y recibióle Laura con los brazos; pero estaba de suerte, que no le agradó el favor, por parecerle que tenía algo de despedida; solían hablarse por el aposento de una criada, la cual en viendo á sus señores dormidos, avisaba á los dos amantes, y se gozaban hasta que llegaba el día, sin que Lisardo tomase en sus amores más licencia de la que le permitía una voluntad honesta y un amor desinteresado. Dijo Lisardo á su prima que aquella noche quería verse con ella, y cuando lo hizo, pensando que ya la tenía perdida, y considerándola en otros brazos, sin poder hablarla, porque el dolor no se lo consentía, la empezó á decir con infinitas lágrimas la determinación de sus padres, y antes que él acabase, le salió ella al camino y dijo todo lo que sabía. Sintiéronlo entrambos justamente, porque es un tormento sin piedad dividir dos almas que nacieron para un lazo. Pero corrida Laura de haber dudado lo que era imposible á su voluntad, consoló á Lisardo, y le aseguró que primero se dejaría quitar aquella triste vida que consentirlo. Despidiéronse los dos

llevando el dolor más templado; llegó la mañana, y sus padres la llamaron, porque casi toda la noche se habían entretenido en dar trazas contra la voluntad de la pobre Laura. Empezaron á obligarla, diciendo el cuidado y solicitud que tenían de darla estado; dijéronla también que la tenían casada con Octavio, hombre que la merecía por muchas causas. Oyólo Laura, y procuró desviarlos de aquel intento diciendo que por ningún marido se aventuraría á dejarlos; fuera de que su edad era muy poca, y quería servirlos y gozar de su juventud, sin tener que contentar á un hombre que no conocía, y sin entregarse á tantos desvelos como siguen al matrimonio, donde los cuidados de los hijos, el amor del esposo y el gobierno de una casa la habían de obligar á no gozarlos como quisiera, porque en casándose una mujer, aun con sus mismos padres es ingrata, y más si el marido sale á gusto. Bien quisiera decirles la principal ocasión que la movía, pero temía que atribuyesen á liviandad lo que había sido fuerza de inclinación, y temía también no les enojase su resolución y le quitasen de los ojos á Lisardo. En fin, lo dispuso con tal ingenio, que sus padres la dejaron por entonces, y ella quedó satisfecha de su amor y pagada de lo bien que se había defendido. Contóselo á su primo, el cual pagó en abrazos la honrada resistencia; pero apenas se había levantado el viejo, cuando vieron entrar al padre de Octavio quejoso y determinado, diciendo que su hijo estaba loco, y se temía de su desesperación su muerte.

Disculpa tenía Octavio, que amaba donde no le admitían, y parecíale demasiado rigor del cielo que para un hombre rico hubiese imposibles; tuvo por cierto el padre de Laura que el haberse excusado ella sería vergüenza de su recato, no verdad de su disgusto, y fiado en la obediencia y virtud de su hija, le dió palabra de que al otro día habían de quedar hechas las escrituras. Erró como ambicioso, pues no hay ley que obligue á obedecer en las cosas que tiene peligro el gusto. ¡Oh codicia indigna del corazón de un hombre noble, qué de disgustos has causado! Bien te llama

Séneca enfermedad fuerte y peligrosa, que no tiene remedio ni admite yerbas para curarse. Yo quisiera saber qué pretende un padre necio que dispone de la voluntad que ignora. ¿Acaso esta potencia del albedrío sufre violencias? ¿Hay ingenio que baste para obligar á que parezca bien lo que se aborrece? ¿Por ventura las inclinaciones sujétanse á más dueños que al cielo y á quien las ejercita? Y cuando no hubiera otra información, ¿no bastaba mirar que el mismo Dios, con ser absoluto dueño de todo, parece que en el albedrío del hombre se limitó el poder, pues nunca le fuerza, aunque siempre le inclina? Volvió pues el desconsiderado padre á tratar con mayor fuerza destas cosas, y Laura volvió á defenderse con palabras y razones, que el amor suele enseñar retórica. Túvose fuerte, y su padre se mostró àlgo enojado, aunque lo procuró desmentir, por no disgustar á quien había menester. Parecióle que sería mejor camino hablar á Lisardo, que como discreto y que podía tanto con Laura, sería fácil alcanzarlo de su terrible condición; llamóle aparte y contóle la necedad de su prima, aunque era tal, que á Lisardo le parecía de perlas. Rogóle que la fuese á ver y riñese, trazándolo de modo, que no hubiese menester usar de otras diligencias y rigores, porque á todo estaba dispuesto. Prometióle Lisardo hacer cuanto pudiese por reducirla, mas no se contentó con esta promesa, sino que quiso dos cosas: la primera, que lo pusiese luego á ejecución, y la segunda, que él mismo lo había de oir para ver el cuidado que ponía en sus cosas y el intento que tenía Laura; y para esto imaginó un engaño discreto, aunque peligroso, y fué hacer que una criada la llamase diciendo que su primo la quería hablar, y él se escondiera detrás de las cortinas de una cama para oirlos y salir de sus dudas. Replicó Lisardo como corrido de que hiciese dél tan poca confianza; pero el viejo porfió como tal, y sin escuchar respuesta envió á llamar á Laura, la cual vino bien ajena de aquel engaño, y Lisardo empezó á volverse loco, viéndose tan confuso, que no hallaba salida conveniente á su amor y á sus obligaciones. Con el silencio

se hacía sospechoso; con la obediencia se daba la muerte; dar á entender su voluntad era perder á Laura; pues decirla que diese la mano á otro dueño ¿quién lo pudiera acabar consigo queriendo bien y sabiendo sentir? Quisiera avisar á su prima con alguna seña hurtada, y no era posible, porque su padre le estaba notando las acciones. Espantóse Laura de aquella novedad, y ofendida de su silencio, le iba á decir algunas injurias, que entre amantes suelen pasar por requiebros, y Lisardo, mirando lo que podía resultar, la estorbó diciendo:

Ya sabes, hermosa Laura, de cuánta importancia es en los hijos para que se logren la obediencia y el agradecimiento, particularmente cuando los padres les procuran estado conveniente á su calidad. Yo he sabido de los tuyos el deseo que tienen de remediar tus años, para que, faltando ellos, como es fuerza, ya que sientas su muerte, no eches menos la falta de su amparo, sustituyendo á sus canas el amor de un marido que te estime. Quéjanse de que respondes con alguna tibieza á sus intentos, y yerras verdaderamente, porque Octavio te ama y te merece; toda esta ciudad le mira con particular amor; tu edad no es muy desigual á la suya; su entendimiento respetan cuantos le tratan, y su grande hacienda le acredita más: partes todas que le hacen digno de ti; y cuando no hubiera de por medio ninguna destas razones, basta ser gusto de quien te ha dado el sér. Tu padre te casa, tu padre ha dado la palabra á Octavio, y quiere darte un estado tan venturoso, que pueda una vez la belleza desmentir á la desdicha. Esto ha de ser, y esto te conviene; toda la ciudad espera el día de mañana, y yo con las mayores veras que puedo te suplico dés este gusto á tus padres, que para mí será la mayor lisonja que puedes hacerme. Todo esto decía Lisardo tan fuera de sí, que cada palabra era veneno, y con cada razón se daba la muerte; pero ¿qué mucho si está pidiendo y aconsejando lo que había de costarle la vida? Mirábale Laura tan confusa, que le parecía que cuanto escuchaba era sueño, porque había creído que su primo la amaba, y

amarla y rogar que quisiese á otro, no parece que se conciertan. Sosegóse Laura, y volvió á pensar en lo que había oído; dió mil vueltas á las palabras de Lisardo, y decía consigo misma: Pues ¿cómo, cuando yo atropello el respeto de mis padres y paso por el martirio de tantas amenazas, Lisardo habla tan libre y me pide que ame á otro? Pues esto ¿qué puede ser sino poca estimación mía? Quien tiene ánimo para decirme que me deje gozar de Octavio, no se mata demasiado por perderme. Quien me aconseja que le olvide, claro está que se ofende de que le ame. Pues ¿cómo una mujer principal y de entendimiento se ha de morir por quien tiene ánimo de vivir sin ella? ¿Quién duda que Lisardo se habrá cansado de mis finezas? Que cuando un hombre está seguro de que le estiman, como tiene el temor dormido, procede en sus amores menos galán y más descuidado. Los hombres se mudan, la voluntad se resfría, y todo vive sujeto en su género á la variedad y á la inconstancia; Lisardo es hombre, vese querido, y habrá hecho como los demás; sabe que le adoro y que estoy loca, y prueba mi paciencia con desprecios y pesadumbres; y lo peor es que sin duda debo de tener poco lugar en su memoria, porque hombre que habla tan cuerdo y me consuela tan prudente, claro está que se sabrá consolar á sí propio. Pues viven los cielos, que esta vez me he de vengar de su ingratitud, y le han de salir los consejos á los ojos; yo haré verdad lo que no imaginé posible, que las mujeres principales nunca se olvidan de lo que son. Esto es sin duda dársele poco de mí, esto es despreciarme conocidamente; mal haya yo si no me lo pagare. Góceme Octavio, góceme un enemigo, que por lo menos quedaré vengada, aunque á costa mía. ¡Oh pobre Laura! detente y mira que te pierdes, y pierdes á quien te ha obligado con lo propio que te ha ofendido. ¿Quién pudiera decirte lo que padece Lisardo y avisarte de que te está escuchando tu padre ó tu verdugo? Laura, vete á la mano; Lisardo es firme, Lisardo te adora; pero ¿quién podrá meter por camino á una mujer enojada y que se le había puesto en la

cabeza aquella injusta imaginación? Y para acreditarla más sucedió haber sabido que una dama de aquella ciudad, no de las menos hermosas, quería bien á Lisardo, porque ella misma la había comunicado su deseo, pareciéndola que como amiga suya y prima de Lisardo alcanzaría cualquiera cosa de su amante. Bien conocía Laura que Lisardo, aunque sabía esta voluntad, no había tenido primero movimiento de agradecerla; pero coligió que pues él mismo la persuadía á que diese la mano á Octavio, sería la causa haber visto alguna cosa en la otra que le agradase, y así deseaba verse libre para gozarla. Vinieron estos celos en ocasión fuerte, confirmaron las sospechas, é hicieron verdad lo que hasta entonces apenas tenía opinión de apariencia. Echólo todo á la peor parte, y atropellando su mismo gusto, negando los oídos á cualquier desengaño, sin más interés que su venganza, le dijo á Lisardo que estaba muy pagada del nuevo empleo, que bastaba quererlo él para allanar el mayor inconveniente, que á Octavio quería, que á Octavio estimaba; y así, les dijese á sus padres que se daba por muy contenta de aquel amor, pues aunque le había resistido, no era por no quererle, sino por el sentimiento que había de tener de verse sin ellos. Y despidiéndose de Lisardo, sin esperar respuesta, se retiró á llorar su poca ventura, unas veces pagada de lo que había hecho, y otras arrepentida por haberse hecho á sí misma la ofensa, pues había de entrar en poder de un hombre que, aunque no le aborrecía, bastaba para vivir muriendo querer á otro y no gozarle. Salió su padre dando mil abrazos á Lisardo, y partióse al punto á referir aquestas nuevas á sus deudos y á los de Octavio; previniéronse fiestas y galas, y Lisardo quedó como se puede imaginar de un hombre que quería bien y miraba perdido en una hora lo que había granjeado en tantos años. Parecióle facilidad en Laura haberse determinado tan presto, pero bien conoció que fué más cólera de su pasión que fuerza de su voluntad. Quisiera ir á hablarla y á decirle la causa que le había movido para rogar lo que había de ser espada rigurosa contra su triste vida,

mas ya era tarde; fuése al campo á llorar, que es el sitio más acomodado para sentir bien una tristeza; vino el padre de Laura á su casa, loco de contento, y con el novio á gozar de la divina presencia de su esposa. Recibióle Laura con los ojos en el suelo; Octavio entendió que era honesta vergüenza; pero los ojos de Laura no decían eso, porque estaban disimulando algunas perlas que, ya que no salían, por lo menos asomaban. Alegróse Octavio con que á otro día quedaría su esperanza en brazos de la posesión, y Laura, llevando adelante su enojo, huía de Lisardo, no porque no le amaba, sino porque estaba corrida de su ingratitud. Mil veces se dispuso Lisardo á hablarla, pero no se lo consentía ni su sentimiento ni la entereza de su prima. Pasóseles la noche á los dos amantes, como á quien miraba tan cerca su desdicha, y en tres días de fiesta, que parece que la desgracia los había traído juntos para acabar más brevemente á Lisardo, se hicieron las publicaciones. En este tiempo Lisardo y Laura apenas se habían hablado, si no es tal vez que los ojos se tomaban alguna licencia. Laura disimulaba, y Lisardo padecía; los dos callaban, y los dos reventaban por decir su tormento: acercábase el desposorio, murmurábanse los regocijos, y todos andaban inquietos con la prevención de las galas, si no es Lisardo que llamaba á la muerte, que no venía porque la llamaba; y hallándose una tarde á solas con ella, dejándose llevar de la corriente de sus ansias y de la fuerza de sus penas, la refirió en breves palabras la firmeza de su amor y el engaño que trazó su rigoroso tío para que él mismo fuese procurador de su muerte, y esto con tantas lágrimas y verdaderos suspiros, que cuando no fuera tan verdad, lo creyera Laura. Luego empezó á estar su dolor más vivo viendo cuán injustamente le perdía; disculpáronse los dos, y repasaron algunos gustos que habían tenido; que cuando se pierden siempre se acuerdan. Abrazóse Laura de Lisardo, pareciéndola que era sagrado para defenderse de un padre que la perseguía y de un marido que no la agradaba; despidiéronse casi sin hablarse, porque las muchas visitas y

el demasiado alboroto no les dejaba lugar aun para sentir lo que habían de perder. Llegó el día más infeliz para Lisardo, y reparó en que aquella noche había de merecer Octavio los brazos de Laura: consideración que fué milagro dejarle vivo; salióse de casa, y fuése á la de un amigo, llamado Alejandro, que era secretario de sus desdichas, y refiriéndole aquella desgracia, le pidió un caballo, de algunos que tenía, para huir del golpe, diciendo que quería sentir la herida, pero no ver la mano que se la daba, y que estaba determinado de irse á Sevilla para negociar alguna orden de embarcarse, y llegar á la ciudad de los Reyes, en donde había sabido que su padre asistía; porque un hombre noble y que amaba no había de mirar en otros brazos prendas que habían merecido los suyos. Parecióle á Alejandro que no erraba en ausentarse, pues la ausencia suele ser el común remedio contra la memoria; y antes que se partiese, porque le quedase á Laura alguna de quien había querido tanto, la envió una banda negra que tenía, con cifras de su nombre, y para darla á entender cómo quedaba, y sin decir que se partía, tomó la pluma, y le escribió estos versos, que para más crédito de su desdicha los sabía hacer con algún acierto; el caso los pedía más tiernos que cultos, y así decían:

Recibid, hermosa Laura,
En este triste color
De mi esperanza la muerte,
De mi muerte la ocasión.
Negro el favor os ofrezco,
Para que os diga el favor
Que el alma se viste luto
Porque su dueño murió.
Si lo negro penas dice
De negro sale mi amor,
Porque es la mayor librea
Para un triste corazón.
Yo quedo sin vos, bien mío,
Porque mi suerte gustó
Que otros brazos os merezcan,
Que no hay desdicha mayor.
Y así mi nombre os envío
En ese triste blasón,
Pues que ya de lo que he sido
Sólo el nombre me quedó.
Tristes los dos viviremos,
Pues esperamos los dos,
Vos el veros sin ser mía,
Y el estar sin veros yo.
Mas consuélame, bien mío,
Ver que puede tal rigor
Obligarme á no gozaros,
Pero á no quereros no.
No nacistes para mí,
Que era, Laura, mucho error
Pensar que merezca un ángel
Quien tan poco mereció.

Y así dice el alma mía,
Viéndose morir sin vos,
Que la ha costado bien caro
El teneros tanto amor.
Dícenme que algún disgusto
Recebís por mi ocasión,
Y deso me pesa más
Que de mi propio dolor.
No tengáis vos pesadumbre,
Mi bien, aunque muera yo,
Porque me veré sin vida
Si con pena os miro á vos.
No lloréis, señora mía,
Que matáis al corazón,
Y le bastan sus desdichas
Sin que sienta las de vos.
Vos no perdéis en perderme,
Pues tendréis dueño mejor,
Yo sí, que pierdo la vida
Á manos de mi pasión.
Más os quisiera decir,
Pero las lágrimas son
Tantas, que las letras borran,
Y no puedo más: adios.

Diéronle á Laura el recaudo de su primo, y leyó el papel enternecida, que bien lo merecían las verdades con que venía escrito; reparó de espacio en la triste vida que la aguardaba sin Lisardo; consideró que amarle y estar en ajeno poder era peligroso en su recato; acordóse de la dama que le quería, y echó de ver que si ella se casaba, era fuerza que Lisardo pagase su cuidado, ó movido de amor, ó con intento de darla pesadumbre; cogióla con estos pensamientos la noche; miró la casa llena de ruido y de infinita gente; sus deudos eran muchos, porque era noble, y los de Octavio más, porque era rico; preguntó por Lisardo, y dijéronla que estaba en casa de aquel amigo que ella conocía; apretósele el corazón, y parecióle imposible aventurarse á querer á un hombre que no fuese Lisardo; dió en este pensamiento, aconsejóse con su deseo, que la decía se pusiese en manos de su primo, pues de aquí se seguía vivir con gusto, gozar de su primo, huir de la muerte, y pagar con una mano tantos años de buena voluntad. No le desagradaba á Laura lo que le prometía su esperanza; pero temía el rigor de sus padres y el escándalo que suelen causar sucesos semejantes; mas luégo volvía en sí, diciendo: Yo soy hija única, y no hay padre tan cruel que con el tiempo no se deje vencer de la piedad y ruegos: ¿qué puede decir el vulgo viéndome en poder de quien es mi esposo? Por ventura, ¿no será peor ponerme á riesgo de que me murmure después de casada? Porque una mujer sin gusto está muy cerca de hacer cualquier

locura; ánimo pues, corazón, que no tengo de consentir otro dueño en tu monarquía; de Lisardo eres, para Lisardo naciste, y no han de ser bastantes respetos necios á quitarme de una vez la vida y el gusto. Y resuelta gallardamente á morir con Lisardo, primero que vivir con el tirano que la esperaba, viendo que la gente que había acudido era mucha, tomó de prestó su manto, y recogiendo en un pañuelo las joyas que tenía, sin ser vista de alguna persona, se metió entre las disfrazadas que habían venido, y casi sin imaginarlo se halló en la calle, y fué á la casa de Alejandro, al cual halló más triste que quisiera; preguntóle por su esposo, que ya no le llamaba primo, porque quien venía á buscarle y con alguna muestra de facilidad había menester otro nombre que la disculpase más. Respondióle Alejandro que había tres horas que en un caballo, hijo del viento, se había partido á Sevilla, huyendo de su patria y desconfiando de tanta ventura. Oyólo Laura, y fué mucho que la dejasen con vida nuevas que de justicia pedían cualquiera desesperación; hurtó un desmayo algunas rosas á su cara, que se preciaron de azucenas, habiendo pasado opinión de claveles. Quiso Alejandro remitir á dos caballos el consuelo de Laura, pero no se atrevió porque á ella le faltaba poco para difunta, y había menester más repararse de aquella pesadumbre que poner en contingencia su vida, fuera de que en conociéndose la falta, era forzoso acudir á los caminos, y sería muy posible caer en manos de sus enemigos; y así, le pareció más seguro llevar á Laura, como lo hizo, á casa de una parienta suya, que por su prudencia merecía confianza, la cual la recibió y regaló con infinito gusto, porque era muy grande amiga suya, y cuando no lo fuera, su cara aún tenía jurisdicción en las mujeres para mover á voluntad. Hizo esta diligencia Alejandro con intento de partirse de allí á dos días en busca de Lisardo, para que no prosiguiese su viaje y volviese á conocer que no era tan desgraciado como presumía. Á este tiempo ya la casa de Laura estaba toda revuelta, Octavio loco, sus deudos corridos, los padres de Laura

confusos, y todos haciendo diligencias sin provecho; mas advirtiendo en que faltaba también Lisardo, lo atribuyeron á traición suya, y confirmaron que era la principal ocasión de aquella desdicha. Determinóse el padre de Laura de vengarse, buscándole para hacerle castigar rigurosamente, conforme á la gravedad de su delito. Quiso acompañarle Octavio, por ver si su amor se debaja vencer de desengaños tan manifiestos, y porque había dicho Lisardo que tenía gran deseo de ver á la insigne villa de Madrid, corte de Felipe IV, dignísimo monarca de las Españas, se resolvieron de venirle á buscar en ella, cuando á él le llevaban sus ansias á la muerte, y sus pensamientos á Sevilla. Holgóse en extremo Alejandro de que fuesen tan encontrados, y despidiéndose de Laura, la dijo que quería ir á buscarle, porque tenía por cierto que si se detenía sería posible no hallarle adonde imaginaba. Parecióle á Laura muy bien la fineza de Alejandro, pero no quedarse ella sin acompañarle; y así, concertaron salir de la ciudad, como lo hicieron, caminando de noche por el riesgo que había en ser conocidos. Llevaba Alejandro un criado solo de quien se fiaba, y bien prevenido de dinero, por si acaso la jornada no se acabase con la brevedad que quisieran.

Bien lejos estaba Lisardo desta gloria, porque iba tan cansado de su vida, que parece que el cielo, movido de sus ruegos, se la quiso quitar, pues á la entrada de un lugar pequeño tropezó el caballo tan desgraciadamente, que cogiéndole descuidado, cayó sobre una pierna, y se la atormentó de manera, que receló alguna notable desdicha, porque fué imposible poderse menear, hasta que unos labradores, compadecidos de sus muchas quejas, desampararon el trabajo, y le llevaron en los brazos á sólo un mesón que había, en el cual se curó, y fué tan riguroso el golpe, que en más de ocho días no se pudo poner en camino, hasta que sintiéndose con fuerzas bastantes, volvió á proseguirle á tiempo que ya Laura y Alejandro le llevabas dos jornadas de ventaja, y aun habían pasado por el mismo lugar en que se quedaba curando; y estando cierta

noche en una posada, tan triste como la causa lo pedía, tomó una guitarra, y refiriendo su historia á las paredes de su aposento, comenzó á cantar aquestos versos:

Á llorar su amarga ausencia
Salió Lisardo una tarde,
Enamorado y celoso,
Dos desdichas harto grandes.
Y viendo que ya le espera
El tormento de ausentarse
De aquel bien que tanto quiso,
Y es fuerza siempre adorarle,
Adiós, patria, dice á voces,
Que madrastra es bien llamarte,
Pues después de veinte abriles
Como á extraño me trataste.
Adiós, campos, en quien Flora
Viste perlas y corales,
Espira olores y aromas,
Brota claveles y azares.
Adiós, deudos, que del alma
Alcanzastes tanta parte,
Que en mí tuvistes amigo,
Y en vosotros hallé padre.
Adiós, divinos ingenios,
Sin fortuna que os levante,
Que es maldición de discretos
No tenerla de su parte.
Adiós, bellísimas damas,
Ante cuya hermosa imagen
Fea parece la diosa
Que en Chipre adornan altares.
Adiós, academia ilustre,
Fénix de aquestas edades,
Á quien debe mi ignorancia
El no parecer tan grande.
Adiós, calles apacibles,
Donde Narcisos galanes
La noche pasan y el día
Por bellezas Anaxartes.
Adiós, estrecho aposento,
Que tantas veces me hallaste
Llorando esperanzas vivas,
Que murieron sin gozarse.
Adiós, queridos amigos,
Que la fortuna inconstante
Quiere por matarme presto
De vosotros desterrarme.
Adiós, pasados placeres,

Que vivis para matarme,
Pues sólo de tantos gustos
La memoria me dejastes.
  Y en fin, patria, campos, deudos,
Academia, ingenios, calles,
Damas, aposento, amigos,
Y gustos que ya pasastes,
Sentid mis penas y llorad mis males,
Pues muero ausente cuando adoro un ángel.
  Y tú, Laura, Laura mia,
Aunque no es razón te llame
Mia, sabiendo que ya
Goza tu cielo otro Atlante.
  Adiós, que ya me dividen
De tus ojos celestiales
Mis desdichas, envidiosas
Quizá de que los gozase.
  Yo muero, aunque no quisiera,
Porque temo que te mate
La muerte, si muero yo,
Que en mi estás y ha de toparte.
  Huye del pecho, bien mio,
Vive tú, muera quien nace
Indigno de tanta luz,
Incapaz de glorias tales.
  Yo moriré porque pongan
En mi sepulcro: Aquí yace
Un hombre que supo amar,
Aunque á costa de su sangre.
  Nadie culpará mis penas,
Y más, Laura, los que saben
Que me voy para no verte
Cuando vivo con mirarte.
  Y por si acaso, señora,
Mis desdichas son tan grandes
Que sea esta vez la postrera
Que en tus ojos me mirare,
  Abrázame, Laura mia,
Y á Dios, que mil años guarde
Tu vida porque yo viva,
Si puedo ausente y amante.

No podía Lisardo acabar con su memoria que le dejase de atormentar un instante; acordábase de Laura (¿quién lo duda?); considerábala en brazos de Octavio, y sin hacer memoria de su amor, que al más fuerte, en habiendo ausencia de por medio, se le atreve cualquier olvido, llegó á Adamuz una tarde temprano, y no quiso acostarse, aun-

que lo había menester, que no hay descanso para quien tiene siempre vivas sus congojas. Salió del lugar en la mitad de la noche, la cual era tan demasiado oscura, que aún no permitía á los ojos que conociesen distintamente la tierra por donde caminaba; la luna se había recogido con vergüenza de una nube que se quiso oponer á su resplandor, que á la misma luz se atreven las tinieblas, mas no sin castigo, pues luego conocen, aunque á costa de su menoscabo, que son vapores de la tierra y que se opusieron á la claridad del cielo; pero ¿qué no intentará la ignorancia apasionada de su misma idea, ó lo que es más cierto, envidiosa de los méritos que no alcanza? ¿Quién no se ríe de ver á un hombre (que porque no sabe más de un poco de gramática, se puede llamar gramático simple) satisfecho de su buen juicio, y pagado de sus buenas letras, hablar y tomar la pluma contra quien alaban todos? Hombre ó gramático, ó lo que fueres, que bien poco puede ser quien se deja vencer de su envidia, ¿de qué te sirve deslucir al sol y oponerte á sus divinos rayos, si naciste nube, y es fuerza que su mismo calor te venga á deshacer? ¿Qué importa que se atreva tu ingenio, si acaso le tienes, á vituperar los escritos que todo el mundo estima, si nadie te escucha, porque no tienes autoridad sino para contigo? Escribe algo; intenta algún poema, que no se gana la opinión propia sólo con censurar los trabajos ajenos; pero Séneca te disculpa, porque un envidioso ¿qué ha de hacer sino consumirse y ladrar, porque le falta á él lo que mira en otros?

Mas dejemos esto, que los desengaños por lo que tienen de verdades no agradan todas veces. La noche, finalmente, era tan oscura, que Lisardo se halló con algún recelo por saber que aquella tierra era peligrosa; y estando en esta confusión, sintió cerca de sí ruido que, por ser á tal hora, le alteró el ánimo, y obligó á que arrojándose del caballo, se previniese de la espada, y en breve espacio descubrió un bulto que con el favor de la noche se pudo ocultar más cautelosamente entre unas ramas; y preguntarle

quién era y ponerle la espada á los pechos fué en Lisardo una misma acción; pero el hombre sin alterarse le dijo que si quería conservar la vida, se dejase quitar cuanto llevaba, porque hacer otra cosa era perderse y dar ocasión á que le hiciesen pedazos sus compañeros, que eran más de los que imaginaba; parecióle á Lisardo que podía ser estratagema del ladrón la amenaza de ser muchos para hacer su hecho, y remitiendo la respuesta á su espada y á su valiente corazón, le empezó á tirar con tan gallardo brío, que le fué forzoso retirarse para defenderse, y en poco tiempo á la seña de un silbo y al ruido de las espadas se juntaron más enemigos que presumía. Acudieron todos á ofenderle, y el pobre caballero empezó á resistir sus intentos retirándose y defendiéndose con la destreza que la necesidad le enseñaba; y uno de sus mismos enemigos, viendo en Lisardo tantas muestras de valor, y pareciéndole que era lástima que muriese violentamente quien tan bien sabía defender su vida, se puso á su lado, deteniendo con la espada y las voces á sus compañeros; y volviéndose á Lisardo, le dijo que el intento principal de todos los que miraba era robar la hacienda, pero no quitar la vida, aunque cuando la resistencia era con exceso, la codicia se convertía en venganza, y la ambición en declarada injuria; y así, le suplicaba, porque le había aficionado su generoso ánimo, no se precipitase á su muerte, y se viniese con ellos aquella noche, siquiera por huir de las amenazas del cielo, y porque le curasen una pequeña herida que en la propia mano de la espada le habían dado. Lisardo entonces le respondió que no estimaba la vida tanto que tuviese á demasiada suerte que se la dejasen, pero que por no acreditarse de ingrato con quien se la daba tan noblemente, recebía por infinita merced el partido, y rindiéndole su espada y señalando hacia la parte en que dejó el caballo, se fué con ellos considerando los lances en que su contraria estrella le iba poniendo, aunque como estaba acostumbrado á pasar por la desdicha de perder lo que amaba, todo le parecía breve tormento. Llega-

ron á unas secretas cuevas, edificio que había labrado la misma naturaleza para casa de algunos pastores que por diciembre son blanco de los diluvios del cielo, y por julio se consienten abrasar del sol, y metiéndole en una dellas, aplicaron á la herida un poco de bálsamo, remedio general y saludable para todas las ocasiones repentinas. Quitáronle también cuanto tenía, que la piedad de un ladrón llega á permitir la vida, pero no á descuidarse con la hacienda. Quedó el pobre Lisardo solo y acompañado de sus continuos pensamientos, y viendo tantas desdichas juntas, decía: ¡Ay Laura! ¿quién pensara que no sólo me había de ver sin la gloria de merecerte, sino que me había de perseguir tan rigurosamente mi fortuna? Yo me ví en tus brazos, yo escuché de tu boca mil ternuras, yo gocé tus favores, y fuí sin duda el primero que estuvo contento con su estado, aunque me quiera contradecir Ovidio diciendo que la voluntad del hombre no quiere consentir sosiego, porque siempre le falta qué alcanzar, y le sobra qué apetecer. Enterneciase con esto Lisardo, y llamaba á Laura diciendo: Deja, prima querida, esta vez los regalos de tu esposo; excúsate á los amorosos lazos de quien te merece; olvida el blando sueño, y ven á consolar á un hombre que fué desgraciado aun en merecerte; porque gozar la dicha para perderla es vincular un sentimiento para toda la vida. Así llamaba Lisardo á Laura, aunque la consideraba bien lejos, mas no erraba mucho en llamarla, porque estaba tan cerca, que pudiera escuchar sus quejas y responder á sus voces, pues entre los dos no había más distancia que el pedazo de una peña que los dividía. Á los dos había seguido una misma fortuna, que como las dos almas vivían en su voluntad, no podía el cielo injuriar á Laura sin ofender á Lisardo, ni atreverse á Lisardo sin enojar á Laura, la cual pasando la noche antes por aquel mismo sitio en compañía de Alejandro, con el ansia de llegar á verle, les salieron seis hombres al paso, y sin poder Alejandro revolverse para dar á entender que había nacido caballero, aunque en tales casos la defensa es temeridad y no valentía, le quita-

ron la espada y lo demás que llevaba, y cuando pensó que hicieran lo mismo con Laura, sucedió que uno de los que les acometieron y el más alentado de todos puso los ojos en ella, y pareciéndole que era obligarla no usar con ella la violencia que se podía temer de su codicia, no consintió que ninguno se atreviese á quitarla ninguna cosa, y volviéndola á poner en la mula, guió hacia su sitio con intento de gozar aquella noche su belleza, la cual viéndose sin su Lisardo y en poder de aquella infame gente, llamó con más veras á la muerte, y volviendo los ojos al cielo, decía locuras, haciendo tantas lástimas y llorando tan graciosamente, que viendo su enemigo que aun estando enojada no había perdonado el ser hermosa, se encendió con más fuerza y se previno de su impiedad para cualquier injusto atrevimiento. Llegaron al desabrido albergue, que era el que estaba vecino á la prisión de Lisardo, y luego el lascivo amante la empezó á regalar con algunas cosas que á costa de los vecinos lugares tenían sobradas; vínose Alejandro con ellos, que aunque pudo tener libertad, no la quiso, viendo á Laura de la manera que quedaba; tratáronle con alguna cortesía por no disgustarla á ella, que había dicho que era su hermano. Temblaba la hermosa doncella de verse en poder de tiranos, y que si aquel hombre intentaba alguna violencia, era forzoso matarse ó perderse; pero tuvo tanta dicha, si acaso la podía tener quien se vía de aquella suerte, que el capitán de todos ellos, hombre de resolución y de muchas manos, se aficionó tanto de su cara, que viéndose envidioso y que no podía merecerla, por no haber sido presa suya, y porque el que la tenía consigo era casi tan poderoso como él, se dispuso á defenderla, para estorbar que la gozase otro, ya que él no podía, atribuyendo á piedad de ánimo lo que era envidia ó celos de su camarada. Holgóse Laura desta competencia, porque el uno la defendería del otro, hasta que el cielo trazase por algún camino el remedio de su libertad; y estando los dos cosarios de aquella tierra procurando alegrar y divertir sus divinos ojos la llevaron á ver sus ranchos,

asegurándola primero el capitán de cualquier miedo en cosa que no fuese mucho gusto suyo; llegaron á la parte en que estaba Lisardo, que vencido de un piadoso sueño, daba licencia al descanso forzoso, y estando la cobarde dama atendiendo á algunas cosas que la enseñaban, más por contentar á los dos amantes que por tener gusto en lo que miraba, les vino nueva de que la justicia de un lugar, que no les debía ninguna buena obra, procuraba su destruición. Alborotáronse todos, y acudiendo á la defensa, olvidaron el amor, y fueron á reconocer el campo, que donde tiene riesgo el honor ó la vida, pocas veces persevera la voluntad, y más cuando no tiene echadas raíces con el trato, aunque en habiendo de por medio amor de años ó de obligaciones, no hay imposible que no intente, ni temeridad á que no se oponga. Quedó Laura sola, aunque no tanto que á pocos pasos no pudiera hallar cuanto quisiera pedirle su deseo; entró más adentro, considerando la miserable vida de aquellos hombres, pues libraban su felicidad en la desventura ajena, parecidos en esto á los envidiosos, de quien solo se libran los desdichados, porque no tienen fortuna que los dé pesadumbre, aunque no debe de ser mala, pues viven seguros de sus dañadas entrañas. Así estaba discurriendo, cuando sintió junto á los piés un bulto que la hizo tropezar, aunque pienso no era la primera vez. Reparó Laura, y vió un hombre que pagaba el necesario tributo á su cansado cuerpo; bajó la luz para reconocerle, que el pecado de la curiosidad jamás deja á una mujer, aunque se mire en el extremo de sus pesares; miróle y alteróse, volvió á mirarle con más atención, y hallóle en las manos un pequeño retrato; quitósele dellas, y llevóle á los ojos, los cuales hallaron á su mismo dueño; dióle mil vueltas, pensando que el naipe tenía por encima algún pedazo de cristal que la retrataba. Volvióse al que dormía para que le dijese la verdad, reconoció su prenda, halló á Lisardo. Pidióse albricias, y temió por sospechoso el nuevo contento, acordándose de las veces que ha quitado la vida un placer ni esperado ni prevenido.

Sentóse junto á su primo, el cual, al ruido de algunos abrazos mezclados con suspiros de alegría, despertó, y tuvo por novedad el ver luz en parte que pocas veces se comunicaba el sol. No había reparado Lisardo en Laura, que si esto dijera después de verla, fuera agraviar sus ojos; cubrióse ella el rostro con una toca, que era velo de plata para su hermosura, y nube de seda para su resplandor, por darle el contento menos repentino. Extrañó Lisardo la nueva compañía, y advirtiendo en que el traje y los adornos prometían alguna nobleza oculta, la rogó que se descubriese, ó por lo menos le contase el rigor de fortuna que la había puesto en tan miserable estado, que él se obligaba á satisfacerla el favor, refiriendo, si ella gustase, el infinito número de desdichas que le atormentaban, que eran tantas, que la menor le parecía verse en poder de aquellos bárbaros, teniendo la vida al albedrío de su voluntad. Entonces ella por no deberle el contento que podía darle, se descubrió y abrazó dél; y Lisardo quedó mirándola tan suspenso, que se puso á imaginar si era cierto que había despertado. Unas veces daba crédito á los ojos, y otras no se podía persuadir aun á lo mismo que tocaba; pero venciendo la verdad sus discretas dudas, estuvieron los dos muy gran rato, sin que el contento les diese licencia para preguntar la causa de verse en aquel lugar, y después de haber hecho cada uno memoria de sus trabajos, dijo Lisardo que pues estaban solos, sería acertado huir de tan conocido peligro; y cuando empezaban á salir de la cueva para avisar á su amigo Alejandro, que estaba bien ajeno de aquella novedad, volvieron los temerosos ladrones asegurados de que el aviso había sido incierto, aunque se engañaron, porque la justicia de Córdoba los había buscado toda la noche, y por ser tan oscura y espantosa, se habían perdido sin poderse encontrar los unos ni los otros, hasta que con el día dieron la vuelta, y llegando hacia la parte que estaban informados, oyeron ruido, y conocieron que allí era sin duda la defensa de los atrevidos salteadores, y cercándolos, los prendieron, sin que pudie-

sen huir ni ampararse de la menor defensa. Á este tiempo ya el uno de los amantes de la infelice Laura, que era el capitán, vencido de su apetito y confiado en su mucho imperio, la había llevado á la cueva donde estaba Alejandro, poniendo primero una pistola al pecho de Lisardo, que como galán la amaba, y como honrado la defendía. Pero viendo el tirano capitán que le amenazaba una desastrada muerte si se dejaba poner en manos de la justicia, tomó una yegua que tenía prevenida para semejante fortuna, y saliendo por una secreta parte de la misma cueva que hacía correspondencia á un valle, cogió á Laura, que por estar sin sentido y haber visto á Lisardo en tan manifiesto peligro, aun no tenía ánimo para defenderse, y corriendo por el campo dejaba burlados á los que le seguían. Lisardo fué tan desgraciado, que iba en el número de los presos, sin que aprovechase decir su nobleza, porque algunos de los delincuentes procuraron defenderse, diciendo que no eran ellos de los ofensores, sino de los desdichados á quien habían quitado la hacienda y tenían en aquellas cuevas para quitar la vida; y la justicia, por no poner en contingencia la verdad de los unos y la culpa de los otros, haciéndolos iguales, los llevó al primer lugar, y de allí á la cárcel pública de la ciudad de Córdoba, en la cual se vió el pobre Lisardo disculpando su inocencia y dando voces por su justicia; pero como no tenía ni amigos que le acreditasen ni dineros que le favoreciesen, su pleito estaba mudo, los procuradores sordos, y los jueces mal informados. Afligíale también el no tener nuevas de su amada Laura ni de su fiel amigo Alejandro, tan amigo en todo, que viendo al atrevido bandolero llevar con tan resuelta tiranía á la hermosa Laura, movido de su nobleza y sufriendo mal que un infame profanase su hermosura, tomó el mismo caballo que había quitado á Lisardo, y por la propia parte que vió salir al codicioso ladrón le empezó á seguir tan bizarro como animoso, y como llevaba de su parte la razón, y á los ladrones sigue siempre el temor y la cobardía, le alcanzó aún con más brevedad que él imaginaba. Y apenas el in-

justo Atlante de aquel cielo con alma vió que Alejandro venía en su seguimiento, cuando advirtiendo que si se detenía á defender el hermoso tesoro era dar lugar á que la justicia le alcanzase y lograse su deseo, para poder huir con más comodidad, arrojó de sí á Laura, como suele el castor que advertidamente se hace pedazos, lisonjeando á los cazadores con lo que desean para que no le persigan; mas no le aprovechó, porque á pocos pasos le cogieron unos labradores, y llevaron con los demás compañeros para que con una muerte satisficiese tantas.

Imposible será decir los encarecimientos con que Laura agradeció al animoso Alejandro aquella gallardía, mas baste saber que era discreta y que no sabía ser ingrata. Llegaron los dos al lugar, é informándose de cómo Lisardo iba con los demás culpados, tomaron el camino de Córdoba, y estando Lisardo una mañana discurriendo sobre sus desdichas, que eran tantas, que ya tenía por novedad el no tenerlas, y pensando el día en que la fortuna se cansase, vió que un hombre y una mujer tapada se llegaron con voluntad igual á darle infinitos abrazos; conoció á Alejandro, y después coligió fácilmente quién podía ser la que le acompañaba; echóse á los piés de entrambos, que los hombres en las desdichas suelen estimar mejor los beneficios, y hablando los tres largamente, trataron de la soltura de Lisardo, para lo cual y para otras cosas necesarias dió Laura á Alejandro algunas joyas de las que traía, rogándole procurase venderlas. Hízolo así Alejandro, aunque perdiendo mucho del precio en que se habían comprado, pensión de quien vende con necesidad y en la platería; la información quedó hecha aquella noche, por ser cosa tan conocida y haber dinero, que es la mejor espuela para los que escriben; y cuando Lisardo estaba ya para salir de la cárcel, porque los jueces advirtieron la bellaquería de tener afrentosamente á un caballero en la cárcel pública, vino un auto en que le mandaban embargar por otras causas. Admiróse Lisardo, lloró Laura de nuevo, afligióse Alejandro, y quedaron todos confusos y temerosos; pero sacólos desta duda

Lisardo, que reparando en dos hombres que entraban por la puerta, conoció que eran Octavio y el riguroso padre de Laura, la cual rindiéndose á un temor justo, nacido de su respeto y vergüenza, quedó difunta, pero de mucho si vía presentes tantos males: por una parte á Lisardo con más prisiones, en tierra ajena, y sin más favor que la disculpa de su voluntad; por otra á su padre, que con el enojo que vendría era fuerza atropellar las honradas disculpas de Lisardo, y lo que más la afligía era ver á Octavio, por haber sido el principio de su desventura; dudaba del intento que les traía, aunque bien echaba ver que como los dos faltaron en un día, colegirían que Lisardo la traía robada. Lo cierto es que el viejo, tanto por el amor de su hija como por la venganza de su sobrino, en compañía de Octavio los había ido á buscar á la corte, y no hallando aun señas de ninguno, quiso acercarse á la Andalucía, buscándole por las principales ciudades della; y entrando aquel mismo día en Córdoba, y hallando en ella á un grande amigo suyo, que en sus tiernos años vieron á Flandes juntos, le preguntó por algunas novedades de aquella ciudad, y entre otras le dijo que estaba en la cárcel un caballero á quien unos salteadores habían robado, y que sería fuerza conocerle porque en sus confesiones decía que era natural de la ciudad de Ávila. Alteróse el viejo, é informándose más particularmente, supo que el caballero preso era el enemigo que buscaba, y sabiendo que estaba ya para salir de la cárcel, habló á los jueces, querellándose de su sobrino, y contando la traición que había cometido contra su sangre, y así mandaron luego, no solo qué no le diesen libertad, sino que le pusiesen en parte que estuviese más seguro. Y después de haber hecho esta diligencia, venía con Octavio á visitarle para saber lo que respondía; y Laura, aprovechándose de su discreción, si acaso la hay cuando vienen las desdichas tan aprisa, se encubrió lo más que pudo, y Alejandro hizo lo mismo apartándose de Lisardo, y poniéndose á conversar con otros presos. Llegaron los dos, y después de saludarle, le preguntaron por Laura, y él respondió

que no solo no la había traído, pero que en su vida se había atrevido á tal imaginación, y decía bien, porque aunque la quiso siempre con tanto amor, nunca tuvo ánimo de anteponer su gusto á su respeto, huyendo de parecerse á muchos que se precian de querer á una mujer, y por lograr su gusto intentan cosas en que es forzozo aventurar con su vida su reputación. Decía Lisardo que estos tales no atienden al honor de la dama, sino á la comodidad de su gusto; y así, no pueden tener amor verdadero, porque amar tan inconsideradamente que por gozar de una mujer atropellen su opinión y consientan en su deshonra, no es estimarla, sino aborrecerla. Finalmente, Lisardo negó, porque en todo caso es lo más seguro, y mientras se prueba se gana tiempo. Encolerizóse el viejo pareciéndole que aquello era preciarse de darle pesadumbre, y Octavio le dijo algunas injurias, porque los celos, el amor y el ver á su enemigo de manera que no se podía defender, le daba ánimo y aun disculpa; y remitiendo entrambos á la fuerza de la justicia la confesión de lo que negaba, se fueron, y Lisardo contó lo que le había sucedido, y Alejandro les aconsejó que se resolviesen á desposarse, pues así cesarían las pretensiones de Octavio y enojos de su padre; parecióles bien á los dos, pero dificultaron el estorbo de la sangre y la falta de las diligencias. Mas Alejandro dijo que se animasen, que todo había de tener feliz suceso, porque aquel día era de ordinario, y él tenía en Madrid un tío que era oidor del Real Consejo de su majestad, al cual escribiría hiciese la diligencia de la dispensación con brevedad. Hízolo así Alejandro, encareciendo á su tío el peligro en que estaban los dueños de aquella causa. Luego el padre de Laura empezó el pleito bien solicitado de entrambas partes, porque en cualquiera sobraba el dinero. Dejó Alejandro á Laura en casa de una señora principal, que por forastera y por dama le favoreció, y tomando una mula, se partió al lugar en que Lisardo había estado tan peligroso de la caída, y haciendo una información muy honrada, en que juraban todos el tiempo que estuvo indispuesto sin

traer en su compañía más de su persona, se vino, y la entregó al procurador, el cual aconsejó á Alejandro que se escondiese, porque los salteadores en sus dichos habían declarado que ellos cogieron una noche á una mujer que se llamaba Laura, pero no en compañía de Lisardo, sino de un caballero cuyo nombre no sabían, porque siempre se había recatado de decirle. Parecióle á Alejandro que corría peligro su persona, y escondióse en un monasterio, porque de la amistad que tenía con Lisardo fuera fácil colegir que él era el dueño de aquella empresa. Duró el pleito algunos meses, y viendo el padre de Laura tan resuelto á Lisardo en negar aquello que en su opinión era cierto, se determinó á que confesase en el tormento lo que con engaños y traiciones disimulaba. Tenía el viejo más autoridad con los jueces, y no faltó quien por debajo de la cuerda informase contra Lisardo, y como los indicios eran grandes, se determinaron, Dios sabe si con justicia, á darle tormento ó dársele á Laura, que deshaciéndose en lágrimas, la faltaba paciencia para sufrir tantos rigores, y así se resolvió, antes que llegase la ejecución injusta, á manifestarse, diciendo que ella sola, sin más favor que su voluntad y sin más causa que la de huir de un marido que aborrecía, se había ausentado de su casa, teniendo á más fortuna dejar su opinión al albedrío del vulgo que vivir con quien era forzoso desearse la muerte para tener algún descanso, y que el hombre con quien la toparon no le conocía de más que haberla amparado por mujer y sola.

Así estaba Laura contando los instantes de las horas con el temor de ver injuriado por su causa á Lisardo, y él con los bríos del valor que tenía heredado dispuesto á cualquier exceso de desdicha; pero el cielo tuvo lástima de tan justo amor, y lo dispuso de otra suerte, porque Alejandro envió un recaudo con su procurador avisando á Laura de que la dispensación había venido con los demás papeles, y dando Lisardo un poder, le desposaron, y luego se notificó á la parte contraria cómo Lisardo era marido de Laura, y así la podía tener donde le pareciese, y llevando un escribano

consigo, que daba fe de que la había visto, y enseñando juntamente la dispensación y lo demás, se quedó el viejo tan corrido y afrentado, que negándose á la piedad que debía tener con su propia sangre, y considerando la riqueza que perdía en Octavio por su sobrino, le empezó á seguir con mayores veras, encareciendo á los jueces la ofensa que su casa había recebido, aunque fuese con intento de ser su esposo; y entonces Alejandro, presumiendo que ya no tendría peligro, pues Lisardo había confesado que la tenía y el desposorio estaba concluído, salió públicamente, y fué á contradecir la nueva acusación del vengativo viejo, el cual apenas lo supo, cuando le hizo una causa criminal, que le obligó á quedarse con Lisardo, porque luego trujo información de que había él sido el instrumento principal que ayudó al escalamiento de su casa, y él fué á quien toparon con su hija, y esto encareciéndolo con tantos accidentes y palabras, que lo que había sido fuerza de amistad hicieron delito de traición; que la calidad de las culpas suele consistir en las circunstancias con que se acusan, porque hay palabras que las hacen mayores.

Quedóse Alejandro con su amigo, casi agradecido á la nueva ofensa, por mostrar más bien lo que le estimaba: los dos lo pasaban mejor, porque Laura también parecía presa, y en todo el día no salía de la cárcel, que la voluntad la había enseñado esta fineza, que no es pequeña para una mujer de sus años, de su hermosura y de su modestia; pero quien tiene amor, poco se debe en las cosas fáciles. Crecieron los pleitos y los gastos, acabáronse las joyas de Laura, con ser muchas, y descuidáronse los parientes de Alejandro, pareciéndoles que más tenía de locura que de amistad gastar su hacienda con quien no podía pagarle aquella liberalidad. Vióse Lisardo perseguido de quien pensaba ser amparado, en la cárcel y pobre, tres cosas que cualquiera basta para quitar la vida: miraba á su amigo Alejandro en tan diversas fortunas por su causa, y no sentía menos el ver á su esposa llena de trabajos, aborrecida de su padre y sin más regalo que pesadumbres, y en fin,

había llegado á tiempo que fué necesario quitarse ella las galas que traía, vistiéndose más humildemente para defenderse de la mala intención de su padre. Todo lo miraba Lisardo, y todo lo remitía á su sentimiento. Laura le consolaba, y aun se ofendía de verle tan apasionado, diciéndole que no se afligiese por ella, porque no podían ser sus desdichas más que su voluntad, y que la quedaba ánimo para sufrir aun mayores rigores, como fuesen enderezados á servirle.

Escuchóla Lisardo y dióla infinitos abrazos; alabó su hermosura, encareció su firmeza, y confirmó á las mujeres por agradecidas y constantes; y si se ha de decir verdad, no les neguemos que en determinándose á querer bien, son ellas las que olvidan con más dificultad; á lo menos Laura mucho acreditó esta verdad, porque amar á un hombre cuando le persiguen trabajos, prisiones y pobreza, es un milagro que pocas veces se ve en el mundo.

Así lo pasaban los amantes primos, y una tarde quiso Laura probar por todos caminos á conocer si era tan desdichada como hermosa, y con el deseo que tenía de que tuviesen remedio las temeridades de su padre, rogó á una señora que se había dado por amiga suya que enviase á decir á Octavio que en una parte determinada del campo lo esperaba una mujer, que aficionada de su gallardía quería saber si el alma correspondía al talle, y la lengua á la persona. Quiso Laura con esto tener ocasión de hablar á Octavio y obligarle por el atajo de la cortesía para que se cansase de perseguirla. Parecióle buen medio á la amiga, y le envió con una criada un papel muy á propósito. Leyóle Octavio, y juzgó que sería aquel favor verdad infalible, que las desconfianzas, y más en esta materia, no tienen entrada con un hombre que se apreciaba de galán y tenía opinión de rico; fueron las dos en un coche, y Octavio contó su buena suerte al padre de Laura, y aun lo llevó consigo para que le acompañase, por si acaso no venían, y había sido engaño de alguna dama que quería burlarse dél por forastero, pero presto conoció que era él que ha-

bía tardado; y viendo ellas que llegaba solo, le rogaron se entrase en el coche, y luégo Laura con suspiros y razones le encareció los trabajos y disgustos que padecía por su causa, advirtiéndole que no le había ofendido en no quererle, por haber días y aun años que tenía dueño, y que á no tenerle, le confesaba que fuera cierto ser suya, porque sus partes merecían mayor empleo. Díjole también el extremo á que había venido de necesidad, pues si no fuera por aquella dama y las joyas que había traído, aun no hubiera sido posible sustentarse, y que actualmente Lisardo estaba preso, pobre y sin más esperanza que su piedad, y así se lastimase de su amor, y mostrase lo que había querido en no ayudar á su ingrato padre, el cual, viendo que tardaba Octavio, se acercó al coche, y conociendo á su hija y acordándose de las pesadumbres que le costaban sus infamias, que así llaman los viejos lo que en otro tiempo atribuían á mocedades, que como no hay espejos que representen lo pasado, suelen juzgar de los delitos temerariamente; y acordándose también de lo mucho que perdía en Octavio, que éste era el paradero de sus cóleras, que la ambición de la hacienda suele venir con los muchos años, quiso atreverse á su hija, remitiendo á las manos la venganza que no había conseguido con pleitos y prisiones; dió voces Laura, amparóla Octavio, y la señora en cuya compañía venía se ofendió justamente del poco respeto que la había tenido; y en fin, era tanto el ruido que hacían todos, que obligó á un caballero que pasaba en un coche de camino con su esposa á que se apease, y con él algunos criados que acudieron á saber la causa de aquella discordia. Llegó el caballero, que era hombre de gentil presencia, y con alguna libertad de soldado, viendo las demasías que hacía el padre de Laura, y con mujeres, que es cosa tan aborrecible para los hombres que nacen con términos honrados, se abrazó con él para que no pasasen adelante. Volvió el viejo á conocer quién le detenía, y volvieron todos, porque su disposición gallarda podía mover á respeto, y suspenso el padre de Laura, le miró

con algún sobresalto; pero el caballero, que como estaba sin cólera tenía obligación á conocerle mejor, echó de ver que el que miraba era su hermano, y la que tenía presente Laura, su sobrina; y con un rendimiento noble, efecto de su amor, viendo sangre, que lo era tan suya, los abrazó á los dos, aunque el viejo no lo recibió muy apacible; y entonces el padre de Lisardo le preguntó qué causa podía ser bastante á recibirle con aquel desabrimiento después de tantos años de ausencia y en tiempo que de tantas leguas le venía buscando, que no era poco para un hombre que venía rico. Llegóse Laura á su tío y refirióle todo lo que había sucedido, y cómo ella, por haberse criado con su primo, le había querido con tanto extremo, que le obligó á lo que hemos visto. Entonces el piadoso tío con mil abrazos agradeció tan honrada voluntad, y contó brevemente cómo él se fué á la ciudad que en las Indias llaman de los Reyes, porque ciudad de plata bien merece tan ilustre nombre, y que allí sirvió á un cacique de agente de su hacienda, que pasaba de ochenta mil ducados, con fidelidad, que suele ser el mejor caudal de los que no tienen, y después muriendo él y quedando su esposa viuda y con alguna afición á su persona, se determinó á que ocupase el lugar del difunto esposo, y viéndole con deseo de volverse á España, dejó patria y parientes para venir con su esposo, y que pasando su coche con alguna prisa para llegar á Córdoba, oyeron el ruido, y había salido á ver lo que no imaginaba. Volviéronse todos á abrazar, y bajando á su sobrina del coche, fué con los demás á ver á la hermosa indiana, que lo era en demasía, que los muchos regalos y la vida descansada disimulan muchas veces los años. Vieron también un hijo que traía, que había nacido para aumentar aquella tan justa correspondencia; luego la pasaron al coche de la amiga de Laura, la cual los llevó á su casa, y contenta de su buena suerte, quiso gozarla, regalando tan honrados huéspedes. Todos iban contentos, y solo el padre de Laura corrido de que su hermano hubiese reparado en la tiranía que usaba con su sobrino, y ape-

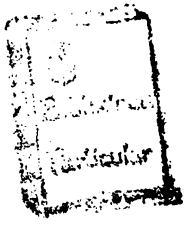
nas se apearon, cuando fueron á avisar á Lisardo de la venida de su padre. Agradeció al cielo tan nuevo beneficio, advirtiendo la ventura tan grande que había tenido, pues cuando menos lo esperaba se compadecía de sus desdichas. Vino á verle su padre, y lastimado de mirarle en tanta miseria, aunque tan hombre y de las partes y gracias que ya le habían informado, sin detenerse á contarle nada de sus cosas hasta verle libre de la cárcel, fué al momento con los demás, é hicieron tan buena diligencia, que saliendo por fiador su mismo padre, le dieron libertad aquella misma noche, en compañía de su amigo Alejandro; y en viéndose libre, fué á ver á Laura y á su nueva madre, la cual, mirando la nobleza de todos, no estaba arrepentida de haber dejado su propia patria. Gozó Lisardo de su amada prima, pues le costaba llegar á sus brazos tantos disgustos. Consolóse Octavio viendo que el no gozar de aquella dicha no era falta de méritos, sino voluntad ajena. El padre de Laura quedó contento por haber salido todo tan á gusto de su deseo, y advirtiendo Lisardo las obligaciones que tenía á su amigo, y sabiendo que venía en compañía de su padre una hermana de su esposa, á quien miraba Alejandro con algún cuidado, trató de casarle con ella, que por ser hermosa, y su dote de más de treinta mil ducados, fué amistad, y no castigo. Tomaron el camino de Ávila, en donde vivió Lisardo con su prima tan amante como pagado, dándoles á entrambos el amor hermosos hijos, y teniendo á ventura haber pasado tantos trabajos, llegando á gozar tan felizmente el fin que deseaban, porque cuando lo que se intenta se alcanza, todo viene á parar en aumento del gusto, confirmación del deseo y descanso de la voluntad.

LA
VENGADA Á SU PESAR

POR

DON ANDRÉS DE PRADO

natural de Sigüenza



LA VENGADA Á SU PESAR

UNA noche de las tenebrosas de invierno, que con horrores de densas nubes y fúnebres sombras causaba espanto al más denodado pecho, ocasionadas de lo proceloso de una deshecha tempestad que con torbellinos de truenos y borrasca de relámpagos obligaba á temor y anunciaba tímidas aventuras, caminaba Periandro por lo encumbrado de una montaña en el reino de León, en un lucido hijo de Erbonas, tan noche en la color, que parece esta le tomó por dechado para parecer más lúgubre. Solo caminaba, mas no tanto que sus pensamientos no le sirvieran de crueles camaradas en su nunca imaginada partida: digo no imaginada por haber sucedido el caso que á esto le obligaba tan repentino. Bajaba pues por lo angosto de una senda, deseoso de hallar algún pobre albergue para guarecerse de tan impesado suceso, á tiempo que oyó una voz que de lo oculto de unas intrincadas matas le decía: Si hay piedad en los cristianos pechos, y tú, cualquiera que seas, la tienes, socorre á una desdichada y congojada mujer, que este nombre te puede obligar cuando no te mueva mi voz, que desfallecida te avisa de la pena que mi cuerpo padece. Desmontó apresurado el

valeroso joven, y desnudando la luciente cuchilla, terciando al brazo la capa, fué siguiendo estos últimos ecos; mas llegando al puesto de donde la voz salía, vió en él un bulto que con diversos vuelços daba muestras de su ahogado espíritu; procuró levantarle, y viendo no ser posible, lo acomodó para que tomara algún aliento; pero quiso el cielo, que siempre socorre á los que afligidos le invocan, divisase algo lejos una pajiza choza, de la cual salían muchos resplandores de encendidas teas; parecióle que para descanso de aquel fatigado cuerpo sería mejor llevarle adonde la luz se divisaba; y tomando su caballo, acudió al referido puesto con la diligencia que fué posible; dió cuenta á los rústicos habitadores de la presente desdicha, los cuales vinieron al ya dicho sitio, y acomodando en sus fornidos brazos á la lastimada señora, la llevaron á ella, con cuya diligencia cobró algunos alientos su fatigado espíritu, dando muestras de agradecida con humildes señas, por tener la lengua ocupada de la modestia que la causaban tres penetrantes heridas que en su rostro y gallardo cuerpo por las manchas de la sangre mostraba. Acudieron piadosos á su cura; y habiendo cocido salutíferas plantas en mediano, si no acendrado vino, se las lavaron y aplicaron las yerbas, dándole alguna aunque rústica refección á su postrada persona, dejándola quieta para que pasara sosegada lo que de la noche restaba. Recogióse nuestro Periandro, y los rústicos algo retirados para hacer lo mismo hasta que el día, bien deseado de todos, les diera luz para buscar el conveniente remedio para aquella afligida señora.

Amaneció lucido el príncipe de los astros y padre de las luces, siendo hora para que nuestro caballero, que cuidadoso había estado de saber cómo se hallaba la herida, se levantase, y llegando adonde la había dejado la noche antes, la halló, viendo en su rostro un prodigio de perfección; y habiéndola saludado cortés, á que correspondió agradecida, la preguntó cómo se hallaba de sus heridas; á que respondió que con mucho alivio por la diligencia de su amparo, cura y asilo. Quisieron los rústicos dar cuenta al

lugar cercano de esta desgracia, mas no lo consintió Periandro, pareciéndole que con el movimiento se le podían nuevamente alterar las heridas á la dama; y á la verdad no era sino pena de que se apartase de su vista aquella que con la suya le había hecho de libre esclavo de sus lucientes rayos.

¡Oh, amor, de cuántos ardides te vales y vales por ardid! Á piedad mueves cauteloso, y es cautela para precipitar el corazón incauto á que ame y pretenda atrevido: tal era la centella que se había introducido en el pecho de este caballero así que vió la beldad de la herida dama. Fueron los villanos á su cuotidiano ejercicio, y en el interín pidió Periandro á su nuevo empeño le diera noticia de su patria, estado y nombre; á que se excusó diciendo era aumentar su achaque referir lo que le pedía; y por no disgustarla, remitió el saberlo para mejor ocasión. Á esta sazón pasaba un cirujano del lugar vecino á otro á cierta cura, y avisado de los pastores, Periandro le suplicó viese las heridas á la dama, ofreciéndole satisfacer, á que el cirujano se ofreció con mucho gusto, por haber visto en nuestro héroe un no sé qué de autoridad oculta. Visitóla, y viendo las heridas, dijo no ser de cuidado, cuya alegre nueva satisfizo este caballero con una rica sortija que en su mano traía; y habiéndole aplicado nuevos remedios, se despidió, ofreciendo volver otro día, y otros si fuese menester hasta dejar del todo sana á esta señora, con que siguió su camino.

Gustoso quedó Periandro viendo había hallado el remedio á su deseo sin entrar en poblado, y enviando á uno de los pastores, que esta era su ocupación, al pueblo, dándole dineros suficientes, mandó le trajeran los regalos necesarios para la asistencia de la enferma, á que ella correspondió con muchas gracias del cuidado que su valedor le mostraba en su regalo y cura. Aquí entre las corteses razones vino á descubrir nuestro héroe un más que mediano ingenio, acompañado de modestos y finos agasajos, incentivos de la voluntad, y redes del albedrío, que sirvieron de ali-

mentar la nueva afición y recién nacida voluntad, para que llegara á crecer gigante y conservarse firme, como se verá.

Ocho días pasaron, en los cuales no sucedió accidente alguno, hallándose muy mejorada esta dama con las visitas del cirujano, que las hizo con mucho cuidado, bien gratificadas de nuestro Periandro, al cual un día que se halló á solas le dijo esta dama cómo era forzosa su ausencia; mas viendo el sentimiento que por ello hacía, le consintió que la acompañara, si bien con el pretexto que no había de pasar de los límites de la cortesía, que nuestro caballero ofreció con juramento. Satisficiéronles la buena obra á los pastores, con lo cual se partieron por una inculta senda, yendo la dama á las ancas, y Periandro gobernando su orgulloso caballo en la silla. Bien habían andado más de tres leguas, cuando Periandro le pidió á su ya mejorado dueño le refiriese la causa de haberla hallado en aquel sitio, á tales horas, tan herida y lastimada; á que la dama satisfizo diciendo:

Cuatro leguas poco más de aquí dista, oh noble caballero, la siempre ilustre Segovia, ciudad rica y abundante, habitada de nobles y ricos caballeros como de discretas y bellísimas damas: esta es mi patria; mi nombre Anarda, tan desgraciada, que pudiera por antonomasia llamarme la propia infelicidad. Nací hija única de heróicos y ricos ascendientes; pero ¡qué le importa la riqueza á la que nació sin dicha! Criéme de tiernos años con mis padres, que en breve pasaron de este á mejor siglo, heredando yo, junto con la calidad, un cuantioso mayorazgo, que pasa de seis mil ducados de renta; quedé sujeta á una hermana de mi difunto padre, señora ya mayor, ejemplo de virtud y archivo de perfección. De este modo lo pasé hasta los tres lustros de mi edad, que trató esta señora darme estado, viendo los muchos pretendientes que me salían, ya movidos de mi hermosura, ó ya de mi hacienda, como ellos decían.

Habitaba pared en medio de mi cuarto un caballero,

mozo en la edad, galán en la persona, y rico en los bienes de naturaleza, si bien en los de fortuna muy pobre, recién venido de Indias á ciertas pretensiones: á éste un día ví entrar en su posada desde unas celosías, y os aseguro me aficionó su talle y gallarda presencia, porque luégo sentí dentro del pecho un volcán en que el corazón dulcemente se abrasaba, víctima que en holocausto ofrecía el alma á su gentileza; reprimí mis deseos, recogí mis pensamientos, y á mí misma me dije libre, desordenada y otras razones para moderarme; pero ¡qué vale la corrección donde está la fuerza del hado! Propuse el no salir á mis ventanas, juré no abrirlas, y traté á mi memoria condenarla á perpetuo olvido; pero ¡ah inconstante oferta! pues ella misma me inclinaba y excitaba á hacer lo contrario. Pasé algunos días hasta que uno festivo salí acompañada de mi tía y un gentilhombre, criado antiguo de mis padres, á cumplir con las obligaciones de cristiana, á tiempo que don Antonio, que este es el nombre del forastero, estaba acabándose de vestir en un cuarto bajo, cuyas celosías salían á la principal calle por donde habíamos de pasar; fué fuerza vernos, y, ó ya sea curioso, ó ya motivado de nuestra vista, salió en breve siguiéndonos hasta la iglesia, en la cual todo el tiempo que estuvimos no apartó un punto los ojos de mi persona, diciéndome con ellos su deseo; los míos os aseguro que, aunque cubiertos del sutil manto, deseaban, por más que los apartaba, hacer lo mismo.

Acabóse la fiesta y con ella esta amorosa batalla; siguiónos don Antonio, y sabiendo nuestra casa, fué vigilante centinela en inquirir quién yo era, mi calidad y estado; fué informado, muy á su satisfacción, por una criada mía, la más allegada; trató declararse por un papel que llegó á mi mano por las de mi sirviente, y aunque al principio la reprendí y rehusé, fueron tantas sus persuasiones, que me obligaron á tomarle; mas con el presupuesto de no responder, y abriéndole, ví que decía:

«Quién padece sin declarar su mal, no busca el reme-

»dio á su dolencia; yo, hermosísima Anarda, os adoro con »tan casto amor, que solo se dirige á haceros dueño de mi »persona, pues lo sois de mi alma; atrevido juzgaréis mi »pensamiento si reparáis en vuestros méritos; pero ellos »mismos disulpan mi arrojo, por haber sido el motivo, que »quien busca lo mejor no es digno de castigo, sino de pre»mio; este esperaré yo de vuestra mano, pues ella podrá »premiar mi esperanza, si la consigo, para que os merezca »esposa quien os venera esclavo.

»DON ANTONIO.»

Leí este papel delante de Leonisa, que este es el nombre de mi criada, la cual me exageró las prendas, condición y calidad de este caballero con tantos hipérboles, que pudiera tenerla celos, á no ver la desigualdad que había entre las dos. Hice desprecio del papel, y mandéle no me tratara más de esta materia, si quería estar en mi compañía, á lo cual se disculpó ofreciendo no darme enfado. Acertó á venir á visitarme una amiga, por lo cual, dejando á Leonisa, salí á mi estrado á cumplir con aquella obligación forzosa; llegó doña Juana, que este era el nombre de mi amiga, algo melancólica, y después de haber pasado los corteses cumplimientos, la pregunté la causa de su tristeza, ofreciéndole, ya que no del todo el alivio, al menos lo que yo pudiese hacer para sublevarle en parte su fatiga; á que respondió agradecida dándome cuenta de su pasión con algunos sollozos, sobre las siguientes razones:

Dos años há, discreta Anarda, que como sabes mudó su casa mi padre de la gran Sevilla á esta ciudad, en los cuales no ignoras la amistad que las dos hemos profesado; también tienes noticias, amiga mía, y has visto en mí el recogimiento que siempre he guardado. Pues has de saber que habrá como tres meses vino á sus pretensiones don Antonio de Leiba, vecino tuyo, el cual en Sevilla me miró con las atenciones debidas á las mujeres de mi calidad; este pues há como algunos días que se ha entibiado en su amor, tanto, que me ha movido á saber por tu medio, si

es posible, la causa de que nacen estos desvíos; por lo cual estimaría que Leonisa le llevase un papel de mi parte, para entender el origen de su olvido. Esto es lo que me tiene sin gusto, esto es lo que me aqueja, y esta, en fin, es la inquietud que el alma padece; y pues me ofreciste remedio, ese te pido.

Cuál yo quedé, bien lo podeis colegir de quien estaba tan á los principios de su voluntad, y aunque tan arraigada, disimulé mi pena, ofreciendo hacer lo que me pedía; y llamando á Leonisa, hice llevase el papel de doña Juana á don Antonio, que ella llevó muy contenta, imaginando ser mío; mas luego salió de esta duda, como vereis, porque habiéndosele dado y conocido la letra, la despidió desabrido, diciéndola respondiera á doña Juana no estaba para obedecerla por cierta ocupación; y de paso le dijo: Advertid á la señora Anarda no se emplee más en estas diligencias, pues no conoce los sujetos que las piden, que no hablan verdad en lo que informan, ni tienen razón de lo que se quejan.

Esta fué la respuesta de don Antonio, y aunque yo, viendo el desaire, pude quedar satisfecha, no obstante, siempre tuve algún recelo de si me trataba con verdad. Cesó la visita con el día, yéndose doña Juana con la misma tristeza, á mi parecer, del desprecio referido. Pasamos Leonisa y yo lo que de él restaba en ponderar el desaire hecho, y ella de su parte me encareció lo que don Antonio le había dicho á la despedida. Al cabo de algunos días volvió mi amante á insistir en su pretensión, y viendo mi desprecio, me envió unas décimas glosando esta cuartilla, que se había hecho á una dama de palacio del propio nombre:

Pues es ya mi vida Anarda,
y ella no quiere que viva,
yo me muero porque estoy
sin esperanza de vida.

Salamandra mi afición
porque ve cuánto interesa,
se solicita pavesa
en tan rara perfección;
y alegre mi corazón,
que al mirarla se acobarda,
dice (con ansia gallarda,
que ánimos puede infundir):
no temas, que he de morir,
pues es ya mi vida Anarda.
Amoroso me importuna
á que os adore rendido,
porque siémpre al atrevido
favorece la fortuna;
todo mi valor se aúna
para adoraros esquiva;
y con esta llama activa
que me llega á persuadir
vuelvo, señora, á vivir,
y ella no quiere que viva.

Yo estoy herido con gusto
del arpón de vuestros ojos,
y entre tan dulces enojos,
me parece el rigor justo;
no espereis que llame injusto
este ceño desde hoy,
que á vuestra presencia voy,
donde podré blasonar,
si otros mueren por no estar
yo me muero porque estoy.
No espero, no, mejor suerte,
sino que logreis el tiro,
pues que con ansias aspiro
á tener vida en tal muerte;
dulce fin mi amor advierte
en dicha tan conocida,
de mi fe bien merecida,
pues podrá blasón tener,
que por vos se llegó á ver
sin esperanza de vida.

Estas décimas, junto con su retrato, llegaron á mi poder por orden de Leonisa, que me dijo que, aunque perdía mi casa, no había de pasar en silencio las penas que yo le causaba á don Antonio, pues por mis desvíos había estado casi en los umbrales de la muerte. Asegúroos, señor Periandro, que lo sentí, y que me pareció no era razón dejar de aplicar el remedio sabiendo el achaque, y que se originaba por mi desprecio. Obligóme por esto á favorecerle, enviándole una banda verde con puntas de oro, para que con su color cobrara esperanza y sustentara el brazo, por estar sangrado, y las puntas para asegurarle de mi firmeza, juntamente con un papel respondiendo al primero.

Aquí le pidió nuestro caballero lo refiriese, á que con algunos colores lo hizo, que le ocasionaron sus memorias y recato natural, diciendo:

«Arrojo os parecerá, señor don Antonio, el escribir una »doncella á un caballero libre; pero no lo juzgueis, sino »entended que, movida de la pena que referís, lo hago solo »para que no me noteis cruel, dándoos licencia para que »me veais, con el respeto debido á las mujeres como yo;

»ahí os envío esta banda para el descanso de vuestro bra-
»zo; yo le tendré si tratais de pedirme á mi tía por esposa;
»pues no siendo así vuestro intento, dudaré de la verdad
»que acreditais por el vuestro. Dios os guarde.

»ANARDA.»

Este papel llevó Leonisa muy contenta, por haber alcanzado lo que le pareció imposible de mi condición, y más por las albricias que don Antonio le dió, que fueron algunos doblones, que no es pobre amor favorecido en sujeto deseoso de alcanzar lo que pretende. Hizo extremos de alegría viendo le daba licencia para verme; y concertando con Leonisa la hora, la despidió, previniéndose para el día siguiente de una costosa gala, que lo bien tallado de su persona le daba nuevos realces al adorno. Volvió Leonisa con tanto alborozo, que dudé si acaso era la interesada, y nuevamente me encareció la afabilidad, cortesía y trato de mi nuevo dueño, diciéndome que el día siguiente estaría muy puntual á visitarme; encarguéle el silencio, á que se ofreció con muchas maldiciones, con que le fié mis ansias, que hasta entonces las había tenido ocultas, dándole cuenta de mi amorosa pasión y de lo sucedido cuando le ví entrar en su posada, y juntamente el habernos seguido hasta la iglesia, con lo demás que ya sabeis.

Vino el día y con él la hora señalada en que había de venir don Antonio, que fué tan puntual como ella; y siendo avisada de Leonisa, dejando á mi tía en su oratorio, salí á recibirle, exagerándome su dicha con tan amorosas razones, que engañaran á la más prevenida; díle crédito, quedando entre los dos ajustada la correspondencia con la condición referida, que revalidó con muchos juramentos. Algunos días duró nuestro amor sin zozobras; pero ¡cuándo no suceden á los infelices, y más á quien lo era como yo! Sucedió pues que, llegando á noticia de doña Juana nuestra voluntad, trató su venganza de esta suerte.

Vivía frente de mi casa una señora, ya de mucha edad, y con tan gran miseria, que lo pedía para poderse sustentar, á la cual yo diversas veces había socorrido con tanta liberalidad, que su boca era la que me ponía límites; esta pues tenía entrada á todas horas en mi cuarto; vió en él un día á don Antonio, y habiéndole saludado, le preguntó su estado y calidad, á que le satisfizo dándole noticia muy á su gusto, de que recibió mucho contento Matilde, que este es su nombre, y habiéndole dicho don Antonio su intento, lo aprobó, ponderando cuán acertada era su pretensión por mi hacienda, nobleza y méritos, ofreciéndose sería nuestra estafeta en el ínterin que no se concluía el casamiento, trayendo los papeles que se ofreciesen. Agradecíle este agasajo, y dióle don Antonio algunos reales; despidióse gustosa, llevando estas nuevas á doña Juana, que se las pagó con mucha largueza, valiéndose de esta mujer para vengarse de mí. Encargóle el secreto de su mal deseo, ofreciéndole grandes premios si lo conseguía, alentándole Matilde con el seguro de su favor, con cuya oferta se dispuso á solicitarme todos los disgustos posibles. Con este intento viniendo á visitar á mi tía, le dió noticia de mi amor y cuán adelante estaba la correspondencia entre don Antonio y yo. Hizo mucho sentimiento doña Bárbula, que este es su nombre, con esta nueva, tratando de saber por más menudo la verdad, siendo de ahí adelante un argos en la custodia de su casa y mi persona, sin darse por entendida hasta averiguar la verdad.

Con estos inconvenientes pasaron algunos días que no pude ver á don Antonio, y enviando á Matilde á saber la causa de su olvido, la dió un papel en que venía un retrato que había hecho en ecos, harto difícil metro, al asunto de haberle yo despedido por no aumentar los cuidados de mi tía, viendo que si aseguraba sus recelos, había de ser la que padeciese más zozobra. El papel decía:

«No podrán, bellísima Anarda, los azares que suceden

»en mi amor ser equivalentes á borrar del pecho tu ima-
»gen; tanta perpetuidad le aseguran mis cariños y tanto
»merece el idolatrado dueño de mis potencias; tan fija vi-
»ves en mi memoria, que el tiempo, que todo lo consume,
»y el olvido, que todo lo borra, han perdido del todo sus
»fuerzas para conmigo, que te amo firme y tolero cons-
»tante,

»DON ANTONIO.»

Este, junto con el retrato, vino á mi poder por Matilde, que regocijada me lo trajo, diciéndome cuán lastimado quedaba don Antonio por no poderme ver.

Aquí le pidió Periandro refiriese el retrato, si se acordaba, á que Anarda satisfizo diciendo: Si mal no recuerdo, era este:

RETRATO DE ANARDA EN ECOS

Tu beldad que me despide
pide á mi amor que se aniña,
niña, que te haga un retrato,
trato mi afición codicia.
Principio por tu cabello,
bello prodigio que aviva,
viva esta fe que renace,
nace de sólo su vista.
Á tu frente mariposa
osa mirarla atrevida,
vida que se pierde en ella,
ella se gana á sí misma.
Tus cejas que en dos arpones
pones, con que amor esgrima,
grima publican y enojos,
ojos por saetas vibran.
De azabache negras flechas
echas, y aunque se retiran,
tiran el alma tras sí,
sí que son de imán tus niñas.
La nariz que te conviene
viene porque amor lo afirma,
firma bien proporcionada,
nada grande, nada chica.
Porque ella al abril socorre,
corre, y en su rostro admira,
mira entre bellos desmayos,
mayos hechas tus mejillas.
La grana en labios provoca
boca breve que fulmina,
mina de Tiro y Sidón,
dón que tributan las Indias.
Su cuello atlante divino
vino á ser, pues su porfía
fía que sustente un cielo,
hielo que su aliento anima.
En su talle que se ajusta,
justa la razón lasciva,
iba á decir que el donaire
aire en su garbo publica.
Tan ajustado prepara,
para, mueve y solicita,
cita á todo humano pecho,
hecho á sentir sus heridas.
Tus bellas manos, zagala,
gala que el abril mendiga,
diga que le dan prestado
estado á su bizarría.
El vestido que descubre
cubre para mis desdichas
dichas que lograr espero;
pero no llega su día.

Á tus piés llegué postrado,
hado feliz me seguía,
guía que supo en un punto
punto poner en dos cifras.

Retrato bello de Anarda,
arda esta llama que avivas,
vivas cual fénix ingrata,
grata mi amor te consiga.

Exageró Periandro lo bien escrito, que no fué poco para quien estaba enamorado alabar en presencia del objeto amado otro sujeto; pero no quiso lucir ponderando faltas ajenas, que es de muy ruines pechos acreditarse con pérdida del favorecido; tienen los tales la propiedad del camello, que al tiempo de beber enturbia con sus piés las aguas, no sé si es por no verse, ó porque le parece que les da mayor claridad: ¡oh condición brutesca de muchos que entienden que ellos solos son los entendidos, siendo la misma ignorancia!

Viéndome pues alabada y cortejada de este caballero, como tengo dicho, determiné resolverme, á pesar de mi tía, á darle entrada en mi casa por una puerta falsa que del jardín salía á otra calle más retirada del concurso y trato; y avisándole con Matilde para la siguiente noche, habiéndole dado la llave para que se la entregara, la despedí diciéndole que yo le esperaría entre dos sauces junto á su fuente con Leonisa, que estaría avisada de todo.

Vino la hora, y dejando retirada á mi tía, me bajé al jardín á esperar á don Antonio, el cual vino, y siendo avisada de Leonisa, sintiendo abrir la puerta, le salí á recibir con los brazos, y él con los suyos me correspondió con muy amorosas razones, exagerándome su dicha, y pidiéndome con ruegos premiara sus deseos, volviendo á revalidar la palabra que me había dado de ser mi esposo, haciendo testigos á los cielos y á Leonisa de su cumplimiento, con que le dí entera posesión de mi honor. No tuvimos tan cumplida esta dicha que no sucediese que dándole un dolor de ijada á mi tía, achaque que padecía de ordinario, no despertase, y llamándome, conociendo mi falta, se levantó, y saliendo á una vistosa galería cuyas ventanas salían al jardín, viese, por estar Cintia en su plenilunio, nuestras personas, y dando muchas voces llamase á los

vecinos á su socorro: quien se ofreció más apriesa fué Matilde, que, como tengo dicho, vivía frontero, por lo cual fué de las primeras que acudieron á las voces de doña Bárbula. No tardó mucho doña Juana con sus padres, por vivir muy cerca, llenándose en breve la casa, siendo fuerza á toda priesa el ausentarnos don Antonio y yo por la misma puerta del jardín, sin más prevención que la que nos dió lugar el suceso tan inesperado de todos.

Llevóme á una casa de una deuda suya, y sin decirle quién yo era, prevenidos dos caballos, salimos de Segovia antes del amanecer, siguiendo inusitados caminos para no ser hallados si acaso nos siguiesen: llegamos á una población, distante de la ya dicha ciudad cinco leguas, y en ésta, previniendo lo necesario para nuestra jornada, estuvimos dos días, en los cuales pedí á don Antonio hiciera nos desposara el cura, el cual me dió por disculpa que era fuerza verme alguno de mi patria, que por tiempo de feria acudían muchos mercaderes á este lugar á hacer sus empleos, remitiendo esta diligencia, bien deseada de mí, para Sevilla, adonde dijo era nuestro viaje. Salimos pues de este pueblo un martes, que para mí lo fué, ya puesto el sol, y habiendo andado á mi parecer dos ó tres leguas, llegamos al bosque donde me hallasteis, cuando el cielo comenzó á fulminar gran copia de truenos y cantidad de relámpagos, que nos obligó á retirarnos entre lo oculto de unas coposas matas para guarecernos de tan repentino accidente.

Bien habría más de una hora que allí estábamos, cuando, llegándose á mí don Antonio, sacando la daga, me dió sin poderme defender las heridas que visteis, y tengo por sin duda me acabara si á este tiempo no sintiera ruido de unos arrieros que pasaban; con lo cual subiendo en su caballo y cogiendo del diestro el que para mí había comprado en Segovia, se partió á toda priesa, dejándome desmayada, hasta que á largo espacio volví, y no hallándolo y viendo que me iba desangrando, dí voces sin provecho; pero el cielo os trajo, y sintiendo los relinchos de vuestro

caballo os llamé, hallando en vos el amparo que en el interin que el cielo me diere vida confesaré para agradecerlo con las obras que tan desdichada mujer puede á quien debe la vida que goza.

Aquí llegaba la discreta Anarda, cuando vieron bajar de la cumbre de un monte dos gallardos mancebos en dos famosos andaluces brutos; los cuales, así que fueron vistos de Anarda, fueron conocidos, el uno por doña Juana, y el otro por Leonisa. Admirada de verdad quedó la dama de verlas en aquel traje; pero disimulando al tiempo que emparejaron con ellos, cubierto el rostro Anarda, les preguntó Periandro adónde caminaban, respondiéndole que á Sevilla, de donde eran naturales, y que venían de Segovia; aquí les preguntó lo que había de nuevo, ofreciéndoles su compañía junto con la de la dama hasta la misma ciudad; respondióle doña Juana agradecida á su oferta diciendo: Lo que en Segovia hay de nuevo, señor, es que ha faltado una dama muy principal y rica de la casa de una tía suya, yéndose con cierto caballero sevillano, que dicen la sacó una noche por la puerta de un jardín; por cuya falta la tía de esta señora ha muerto de sentimiento, nombrándola heredera universal, con tal se case con el sevillano; también se decía que de allí á dos noches faltó una doña Juana de Silva, que era grande amiga de esta dama, junto con una criada llamada Leonisa; no hemos sabido yo y este criado otra cosa, por partirnos muy apriesa á nuestra patria.

Disimuló cuanto pudo Anarda su sentimiento, y llegaron á un lugar, una jornada de Sevilla, donde descansaron, ofreciendo Periandro no desamparar á Anarda hasta dejarla casada ó vengada, dándole cuenta ella de quién eran los pasajeros, y ofreciendo este caballero el disimulo hasta su tiempo.

Aquí le preguntó la dama quién era á Periandro, que aunque sabía su nombre, ignoraba su calidad y estado y la causa que le obligaba á dejar su patria; pues el traje lo publicaba extranjero, aunque el valor lo acreditaba propio;

el cual, por pagarle la que le había dado, estando ambos solos, satisfizo de esta suerte:

Roma, cabeza de la militante Iglesia, digna corte del supremo vice-Dios, es mi patria; célebre en grandeza, magnífica en suntuosos templos, madre y refugio de peregrinos, centro de la nobleza, y epílogo universal de la hermosura; mi calidad la que un tiempo se vió en la cumbre de la felicidad, alcázar de la dicha, y en el sagrado monte de la mayor grandeza; esto es deciros tuve ascendientes que ocuparon la excelsa silla de Pedro, sin segundo y primado apóstol. Dejo de referiros mi educación, pues no se puede poner duda sería en todo correspondiente á mi naturaleza; pasando á lo más importante, para no cansaros con mi narración, rico en bienes de fortuna, traté de los acostumbrados divertimientos que los de mi edad cursaban, como son damas, hacer mal á caballos y acudir á las casas de juego, si bien esto último fué lo que menos arrastró mi natural, inclinándome más á los dos primeros vicios en que la ociosa juventud se ejercita; por lo cual habiendo llegado á los cuatro lustros de mi edad, me cautivó la voluntad una principal señora y de la más conocida nobleza que se hallaba en mi patria; á ésta, cuyo nombre es madama Victoria, de la esclarecida casa Farnesia, ví, quedando tan pagado de su hermosura como cautivo de su discreción: fuí bien admitido á los principios, si bien fueron presagio de desastrados fines. Había otro caballero alemán y de los de mayor calidad en aquel reino, cuyo nombre era Oracio Picolomi, mi igual en sangre, aunque no en riqueza, pero en las partes personales muy aventajado; éste puso los ojos en el blanco de mi deseo, imán de mi voluntad, y centro de mi amor; por lo cual llegué á sentir el severo rigor de los bastardos hijos del vendado cipriota; era mi competidor dichoso, con que os digo que fué bien admitido. Cursábamos la calle de mi esquivo dueño, procurando cada uno aventajarnos en el lucimiento, haciéndole yo conocidas ventajas por hallarme con más posibilidad. Acaeció pues que hallándonos un día en la plaza del

embajador de Francia, mi competidor quiso oponérseme en cierta disputa, y aunque yo á los principios procuré obviar este lance, anduvo tan poco atento, que me obligó á desmentirle, de que resultó el salir á campaña, donde nos acometimos tan valerosamente, que pudiéramos poner envidia al guerrero Marte; pero como estaba de mi parte la razón, tuve tanta dicha, que lo dejé mortalmente herido; y viendo el riesgo que corría mi persona si me detenía, acudiendo á mi posada, tomé el dinero y las joyas que pude hallar, partiéndome á toda priesa para España, dejando un papel escrito para mi dama, en donde le daba cuenta de este suceso. Llegué al cabo de algunos meses á la corte, en quien fuí agasajado de algunos príncipes de mi nación, y en particular del nuncio apostólico, por ser cercano deudo mío; solicitó este príncipe mi perdón del prudente monarca Felipe, pero no se pudo conseguir por ser la parte poderosa. En medio de estos ahogos supe como un deudo de mi enemigo había llegado de secreto á Madrid con intento de darme la muerte; esta nueva me dió un criado que se vino conmigo, el cual queda en la corte para informarme de los designios de mi contrario y mi deudo solicitando nuestras amistades y el perdón. Yo, viendo mi riesgo, me determiné poner tierra por medio, y con ese caballo hice de noche mi ausencia hasta que llegué á Segovia, donde descansé dos días, en los cuales tuve aviso por mi criado como otro de mi contrario me seguía; por lo cual á toda priesa dejé la ciudad, siguiendo inusitadas sendas hasta que perdí el camino, llegando al monte donde pude serviros, dando gracias al cielo de haber sido tan dichoso.

Mucho gusto recibió la bella Anarda con la relación que Periandro la hizo de sus sucesos, dándole las gracias de haberla hecho depósito de su secreto. Pasaron aquel día en este pueblo, y puesto el sol, trataron proseguir su viaje: vió doña Juana á Anarda sin rebozo, y quiso conocerla; pero no descubrió su pecho, por hallarla algo demudada con la señal de la herida y en poder de Periandro,

hombre que ella jamás había visto; lo mismo le sucedió á Leonisa, que aunque muchas veces quiso llamarla, lo excusó, imaginando no era posible fuese Anarda la que veía. Así pasaron sin declarar sus persecuciones hasta que llegaron á Sevilla, madre de tantos naufragios, y archivo de tantas flotas.

En ésta pues hicieron su asiento, y tomando Periandro posada competente, se acomodaron, despidiéndose de doña Juana y Leonisa, por decirles ir en casa de un deudo suyo que les tenía prevenida posada en las de un perulero, hombre rico y de los de mayor crédito en aquella ciudad; quedando en que el tiempo que estuviesen en Sevilla se visitarían y asistirían en lo que se les ofreciese, sospechando Anarda si doña Juana venía en busca de su fugitivo amante. Cuidó Periandro con toda diligencia buscar á don Antonio en aquel laberinto de forasteros, sirviéndole de hilo para salir con su intento la introducción que tuvo, así con naturales como con extranjeros, con su natural bizarro y cortés agasajo. Hallólo en uno de sus muchos garitos ocupado en sus ejercicios, vicios que había de privar con toda severidad la república, como fuentes de los que ocasionan, que son deshonor y pobreza al que los cursa; que habiéndole avisado lo había de menester en el arenal, puesto acomodado para su propósito, se levantó don Antonio, diciendo á los tahures le traían una partida, y que el que se la había de dar se iba, causa de no poder proseguir, pero que volvería en breve con ella y proseguiría con mucho gusto, á que los camaradas le dijeron acudiese, y de paso uno le acordó la galantería que usaba en esperarle lo que le debía para conseguir la paga. Con esto salieron los dos al puesto dicho, y Periandro rompió el silencio con estas razones:

Por saber no podeis negar lo que os preguntaré, os he sacado á este puesto. Y mostrándole los papeles que Anarda le dió que don Antonio había escrito, le dijo: ¿Conoceis esta letra? ¿Sabeis las obligaciones que á esa dama debeis? Responded. Á que don Antonio turbado dijo no conocerla,

ni menos la dama que le decía. Volvió Periandro á decirle: ¿No conoceis á la señora Anarda, que, creyendo vuestros fingidos halagos, os dió posesión de su persona, de vos tan agradecida, que la heristeis de muerte en lo oculto de un monte, y la dejasteis burlada procediendo contra las obligaciones de caballero, que decís que sois, y yo dudo, viendo las acciones tan contrarias que decís? Aquí respondió don Antonio no debía tal, y que le satisfaría con la espada, á que Periandro satisfizo con la misma, dándole dos estocadas, de que cayó pidiendo á voces confesión á tiempo que venían dos religiosos forasteros de la orden del humano Serafín, los cuales llegaron, con cuya venida se ausentó Periandro; y sin prevenirle la causa, previno para mudarse á Triana, dando por excusa que no le contentaba aquella posada. Dejemos ocupados á estos caballeros, y volvamos á nuestro herido don Antonio, el cual, viendo que por instantes fallecía su espíritu, le reveló al religioso todo lo que queda dicho, y le dió la mano para que en su nombre se la diera á Anarda, si es que el cielo le daba noticia de su persona, ofreciendo el alma á su Criador en los brazos de aquel padre espiritual, el cual llegó á Sevilla, y dando cuenta al asistente, se enterró al malogrado don Antonio, haciendo diligencias para hallar el agresor; mas no fué posible por haberse mudado, como dijimos, á Triana.

No se descuidó fray Álvaro Cruillas, que este era su nombre, en buscar á Anarda; é informándose de su casa secretamente y de cómo se había mudado á Triana, la fué á visitar, hallándola en compañía de Periandro, que luégo conoció al religioso, pero disimulando, vió cómo después de haberlos saludado le dijo á Anarda:

Todos los que ofenden al cielo tienen seguro el castigo, y particularmente aquellos que á las doncellas virtuosas y modestas inquietan; de esto os pudiera decir muchos ejemplos para su crédito; ¿qué mayor que el presente, pues, á no venir yo á la sazón, pudiera ser padeciera el alma de vuestro difunto esposo eternas penas? Pero Dios,

padre benigno, me trajo á tan buen tiempo, que satisfizo como pudo vuestro honor; para cuyo cumplimiento, señora, yo en su nombre os revalido la palabra que os dió, y juntamente os doy el pésame de su muerte.

Aquí comenzó á hacer grandes sentimientos Anarda, muestras de su amor, á que acudió el religioso con entrañables remedios para moderar su pena; en esto estaban cuando se vieron salteados de un tropel de ministros de justicia, que asiendo de Periandro, le llevaron en un coche preso á Sevilla, y á Anarda á casa del asistente, por ser esta la orden que traían, ofreciendo el religioso hablarle é informarle de todo.

Ya á esta sazón doña Juana y Leonisa habían mudado de traje; y habiendo ido á buscar á sus camaradas, no hallándolos, fueron informadas cómo se habían mudado á Triana; y supieron estar Periandro preso, y Anarda en casa del asistente por la muerte de don Antonio. Hizo muchos sentimientos doña Juana, así que le dieron tal nueva; muchos más hizo Leonisa, por no haber conocido á su señora, volviéndose á Sevilla á ver en qué paraban estas cosas.

No se descuidó el religioso de su oferta, pues habiendo vuelto á Sevilla, se fué al asistente, y le dió cuenta de lo que don Antonio le había dicho, y le suplicó fuera servido de librar á Periandro; estando en esta súplica, fué avisado el asistente cómo dos damas embozadas pedían licencia para hablarle, á que respondió luego se les daría, despidiendo al religioso, ofreciéndole haría todo lo posible por servirle. Salió á una antesala, y dando silla á la embozada, oyó que decía:

Mi nombre es doña Juana de Silva; mi patria esta gran ciudad; bien conocidos en ella mis padres por su riqueza y calidad notoria. Mudaron su casa á Segovia por ciertas disensiones que tuvieron con los Almagros, venticuatros muy antiguos, llevándome consigo, bien contra mi gusto, por quedar en ella don Antonio de Leiba, caballero en quien yo había puesto mis pensamientos. Poco más de dos meses había que en Segovia estábamos, cuando este caba-

llero nos vino siguiendo, en donde proseguimos nuestros amores, con la palabra que me dió de ser mi esposo. Así pasé algunos días, en los cuales se entibió su amor, de suerte que me motivó á sospechar si tenía nuevo empleo; valíme de una dama vecina mía, y á ésta, declarándole mi pasión, la pedí se sirviera de que en mi nombre le llevara un papel una criada suya, que es la que viene conmigo, á que respondió con mucho despego, por tener empleada su voluntad en esta dama vecina mía, cuyo nombre es Anarda. Aquí refirió doña Juana todo lo que queda dicho, hasta el hallarla con Periandro demudada por la señal del rostro, y prosiguió: He sabido pues, señor, cómo el caballero que le acompañaba lo ha muerto por lo que á Anarda debía; y pues ha sido tan justo el castigo, me ha parecido informar á vuestra señoría para que como juez piadoso ponga en libertad á este caballero, junto con Anarda, pues tan inocente padece.

Aquí llegaba doña Juana con su relación y súplica, cuando, levantándose el asistente, mandó llamar un escribano para que tomase por testimonio lo que doña Juana decía, y habiéndose hecho, la despidió ofreciéndola hacer con mucha brevedad lo que le pedía. Suplicóle doña Juana al asistente le diera licencia de ver á Anarda, y él se la dió, avisando á su mujer para que la recibiera como á dama de su calidad; y siendo avisada que podría entrar, se despidió del asistente, que no la quiso dejar hasta ponerla en el estrado de doña Melchora de Guzmán, que este era el nombre de aquella señora, la cual salió á recibirla con Anarda hasta la puerta de la pieza, cortejo debido á señoras de su calidad.

Pasaron grandes pláticas Anarda y doña Juana, en las cuales le dijo cómo de allí á dos noches de su fuga con el malogrado don Antonio se había salido secretamente con Leonisa, que desde su falta había estado en su compañía; y valiéndose de Matilde, ella les había buscado los vestidos y comprado los caballos, habiendo empeñado una rica cadena que doña Juana le había dado, y que no pudiendo

sufrir su ausencia Leonisa, y ella la de su Vireno, habían seguido el camino de Sevilla, habiendo primero escrito á un deudo suyo para que las tuviera prevenida posada; el cual le había reprendido su arrojo, pero que se había ofrecido disculparla con su padre para volverla en su gracia.

Mucho se holgó doña Melchora de conocer á doña Juana, por ser muy cercana deuda suya; envió un recado á su deudo diciéndole cómo quedaba en su compañía hasta volver á Segovia, de que don Gaspar, que así se llamaba, recibió mucho contento, ofreciendo iría á cumplir con su obligación. Pasaron las damas muy contentas, y Anarda contó lo que queda dicho que le sucedió con don Antonio en el monte, hasta el haber sido socorrida de Periandro, su agasajo y cortés proceder; y queriendo doña Melchora que aquella tarde fueran en la carroza á divertirse en su compañía, entró un criado del asistente, diciendo á Anarda que su señor la esperaba para dar sentencia en su negocio; alborozada salió, y llegando á su presencia, vió á Periandro junto con fray Álvaro Cruillas y dos caballeros forasteros con la insignia de Alcántara á los pechos, los cuales pidieron al asistente declarara, y él dijo:

Por haber sabido quién es la persona del señor Periandro Colona, esto dijo quitándose el sombrero, y prosiguió, el cual se ausentó de su patria por haber dado la muerte á don Oracio Picolomi, caballero de igual sangre y naturaleza, en desafío con armas iguales, por la cual muerte el Rey, mi señor, lo ha perdonado, como consta por su real consejo, de que estos caballeros, esto dijo señalando á los del hábito, me han hecho relación; y habiendo visto que con iguales armas dió la muerte en esta ciudad á don Antonio de Leiba, por ocasión de la señora Anarda de Bustos: con consejo, y usando de la potestad que el Rey mi señor me ha dado, en su nombre declaro y doy por libre al dicho Periandro Colona, junto con Anarda de Bustos, para que hagan lo que les pareciere. Y aquí, mudando la severidad de juez en palabras de amistad, les dijo que su parecer era que Periandro diese la mano á Anarda, la cual con algu-

nas lágrimas se resistió por haber perdido á don Antonio: tanto era el amor que á este caballero tuvo; pero viendo que se lo suplicaba de rodillas Periandro y aquellos caballeros, junto con el asistente, la dió; en cuyos desposorios se halló doña Melchora y doña Juana, que también se desposó con don Gaspar, habiendo primero precedido la dispensación de su Santidad, volviendo todos cuatro á Segovia, casando Anarda á Leonisa conforme á su estado, y doña Juana socorriendo á Matilde todo lo que duraron sus días con mucha largueza, gozándose sus padres por ver á su hija tan á su gusto acomodada; tomando posesión Anarda de su herencia por haber probado el cumplimiento de la palabra que don Antonio le dió con fray Álvaro Cruillas, varón ilustre en letras y santidad, haciéndose en Segovia grandes saraos, donde concurrió toda la nobleza á cortejar á tan grandes caballeros.

EL
HERMANO INDISCRETO

POR

DON DIEGO DE AGREDA Y VARGAS

natural de Madrid

Biblioteca Particular

EL HERMANO INDISCRETO

GRANADA, la más insigne ciudad de España, tanto por sus magníficos y suntuosos edificios como por la copiosa muchedumbre de ciudadanos que la habitan, acompañados de serafines que en forma humana gozan del más amable privilegio de naturaleza, conocida y reputada generalmente por paraíso de España, cuyos amenos cármenes exceden los jardines hibleos, los celebrados pensiles de Persia; hechizo general de forasteros, donde con agradable emulación igualmente compiten los estimables dones del cielo, salubres aires, abundancia, riquezas y hermosura, centro de grandezas y comodidades, que bastaran á hacer opulento y amable al más célebre reino del orbe; en esta ciudad, ó más propiamente paraíso de deleites, vivía un caballero mayorazgo, cuyo nombre era don Alonso de Vargas, de moderada hacienda y grandiosa virtud, tan adornado de la librea de la muerte, cuanto desengañado de la inconstante fragilidad de las humanas miserias, y con la certidumbre del fin del destierro, como prudente, prevenía el cierto como temeroso camino, la forzosa y estrecha cuenta del recibido talento. Gozaba de una hija y un hijo, cuyo nombre era don Juan, y el de ella doña Isabel,

siguiendo el apellido de su padre; eran el único consuelo de sus cansados años, que como vivas imágenes de su alma representaban en su vista la agradable prorogación de la frágil naturaleza, de los hombres tan deseada, siendo ellos generalmente amados por la buena memoria de sus progenitores, y doña Isabel particularmente por su honesto recato y prudencia, como él por su cortesía y buenas partes; porque si en la ciudad se ofrecían fiestas, era el regocijo de ellas; si disensiones, el que á costa de su comodidad y hacienda las componía y ajustaba; y finalmente, era cortés, liberal y cumplido con sus amigos é iguales, familiar y pródigo con los inferiores, con que llegó á ser un general hechizo de las voluntades. De la suya dependían las más grandiosas y humildes; en ella, sobre una conocida virtud, competían cordura, recato, hermosura y agrado, causa de que cuando se ofrecía hablar de sus méritos, todo era en sus alabanzas, tan justamente merecidas.

Frecuentando don Juan, como es ordinario, la conversación y trato de otros caballeros mozos, hizo particular amistad con uno, que se llamaba don Diego Machuca, descendiente de aquel famoso que en la conquista de Sevilla por la falta de la espada hizo con el ramo de olivo tan valerosos hechos; y como suelen ser unas mismas las cosas que los afectos dictan en iguales años, no se hallaban un punto divididos, juntos gozaban de los entretenimientos, si no forzosos, más comunes á la juventud. En el discurso de esta amistad don Juan dió cuenta á su padre y hermana de la que con don Diego profesaba; y el buen viejo, que conocía la virtud y calidad del caballero, que cuando acompañan á un sugeto de pocos años son dignas de veneración, y más en este siglo, donde la juventud hace gala de los vicios, de que debiera afrentarse, aprobó el buen acierto; rogóle que lo continuase, y dejándole á solas con la hermana, se retiró á su cuarto; y don Juan, como uno de aquellos á quien la falta de que hablar suele hacer notable daño, prosiguió indiscretamente encareciendo los

merecimientos de su amigo, bizarría, liberalidad y discreción, pintándole el más perfecto caballero del mundo; de modo que la vana curiosidad, tan peligrosa en las mujeres, despertó en doña Isabel el deseo de verle, llevada de la novedad de tanta perfección, que la que más recato profesa, pocas veces ocasionada sabe librarse; y así, á las doncellas es imprudencia alabarles hombres, sino mujeres que estén en opinión de virtuosas, cosa que raras veces causa envidia, porque loarlas, en presencia de damas, de bizarras, entendidas y hermosas, en el más estrecho parentesco viene á ser grosería, y en la más entendida engendra sospecha de algún desprecio, cosa que notan con particular cuidado, dándose por ofendidas del más pequeño descuido, y calificando por imprudente al que en algo falta de la que tienen recibida por ley de cortesía; pues disimulando como saben en las ocasiones, que en esto llevan notable ventaja á los hombres, respondió que se holgaba mucho de verle tan bien empleado; porque demás del crédito que á él se le debía, le tenía en el debido lugar desde el punto que vió la aprobación de su prudente padre; y que así le rogaba la continuase, y él lo prometió así, y prosiguió diciendo que era tanto lo que lo deseaba, que gustara que su amigo fuera á propósito para que el estrecho lazo de parentesco enlazara el de su correspondencia; á quien ella, adornado el rostro de las afectuosas colores, de que con mucha facilidad se valen en los tiempos que les parecen á propósito, representándolos tan vivos, que pocos hombres, aunque advertidos de su inconstancia, hay que no los crean, y no obstante que deseaba lícitas ocasiones de su visita, respondió: Señor y hermano, no hubiera cosa hoy en el mundo que estando dependiente de mi albedrío no la remitiera á vuestro gusto, así por lo que yo os amo como por vuestros merecimientos; pero ni yo estoy en edad de semejantes ocasiones, ni cuando lo estuviera, tengo dispuesta la voluntad; porque desde el punto que pude hacer en mí elección, la tengo dirigida á mejor esposo, si ya nuestro padre, como verdadero dueño de mi disposi-

ción, no ordenase otra cosa; que según la voluntad con que me hace merced, creo que por ser tan justo el intento mío, no le opondrá el estorbo de su mandamiento, y más teniendo, como tiene, á quien dejar en su lugar por cabeza y señor de su casa. Replicó él diciendo que lo propuesto era solo gastar el tiempo en lo referido como se había de gastar en otra cosa, que llegando él de su determinación, hablaba con la cordura que de tanta virtud y entendimiento podía esperarse, dejando su elección dependiente del acertado juicio de su padre, de lo que él se sentía nuevamente obligado. Y despidióse diciendo que esperaba en Dios que conociese algún día, ya que en todo le parecía imposible, alguna pequeña parte de sus deseos, dejándola con muchos de ver el alabado caballero. Él se fué á buscar á don Diego, á quien dió larga cuenta del pasado coloquio, pintándole á su hermana, su hermosura, discreción é intento; y él muy agradecido á tanta merced, procuraba mostrarse con corteses palabras; y siendo del amigo igualmente correspondido, los dos se dieron por satisfechos.

Representándole á don Diego su imaginación la hermosura de doña Isabel, junto con la ocasión que de servirla se ofrecía, solicitaba más de su próspera fortuna que de su diligencia, animábale la igualdad que entre los dos había para facilitar toda ocasión amorosa que á su propósito pudiese ofrecerse; y así, propuso en su ánimo de remitir á la vista lo que la fama decía, y prosiguiendo en varias pláticas la conversación, su amigo se apartó de él, que, como si le importara la vida, hizo una amplia relación á su hermana de lo que con don Diego había pasado, tornando á fomentar el fuego que había encendido el viento de sus indiscretas palabras. Ya solo pensaba cómo sin ofensa de su recato podría verle, y ofreciéndosele mil imposibles, solo le servían de tormento viendo tan lejos el efecto de su pretensión, que en las mujeres tiene la aprensión de lo que aman ó aborrecen notable fuerza, dejándose oprimir de la furia de los afectos. Pues don Diego, que combatido de pensamientos varios le proponía su deseo diversos ca-

minos, vino á dar en el que por nuestros pecados en estos tiempos es ordinario, que es verla en una iglesia, cosa mal entendida y peor remediada; y en esta ocasión, de una noble y honrada doncella, en cuyo sugeto no se podía esperar sino justas y honestas pretensiones, aunque no es lícito, parece menos culpable; pero esto anda tan libre, que con las que en sus casas por su pública desenvoltura no tienen dificultad ni inconveniente, hace gala la juventud de que en los templos se vea su pública libertad é irreverencia. ¡Ay de los magistrados y eclesiásticos que lo consienten!

Aguardó don Diego con cuidadoso desvelo á que fuese día de fiesta; puso espías á don Juan, aguardando á que saliese de su casa, y luego fué á buscarle por tener más ocasión de informarse de los criados; y ofreciéndole la fortuna la que deseaba á su propósito, encontró con uno á quien preguntó por él, y diciéndole que había salido fuera, replicó que adónde le podría hallar, si acaso, como era justo, iba acompañando á mi señora doña Isabel, porque sentiría que le dejase por otra compañía; á que él respondió que don Juan huía de su compañía, porque la oía su señora en aquel monasterio de enfrente, y que su padre le acompañaba como uno de sus escuderos, y que esto solía ser tan temprano, que ella y el alba se levantaban á un tiempo; que hoy ignoraba la causa de su detención, juzgándolo él á favor de su fortuna; y por no dar sospecha con tantas informaciones, se despidió diciendo que le importaba hablar á su amigo don Juan. Dijo el criado que le avisaría para que le buscase y cumpliese con sus obligaciones, que es el primero que deseó cumplir las de su dueño, que suelen hacer aborrecibles, y particularmente á los señores; y así, deben procurar que sus criados sean generalmente corteses y agradables, y el mejor modo de que lo sean es que no vean lo contrario en ellos. Despidióse, y aguardando á que saliesen de casa, como que volvía á proseguir la propuesta diligencia, entró en la iglesia, donde al descuido, mientras hizo oración, fingiendo que

no los veía, elevado en la prodigiosa hermosura de doña Isabel, fué más larga de lo que semejante ocasión pedía. El padre y la hija, que no quitaban de él los ojos, alababan la buena elección de don Juan, confirmando con nuevo crédito la opinión que de él tenían; y como los afectos amorosos son un rayo á cuya imitación dan en la vista, y dejándola sana rompen y sujetan el corazón, ó según otros, conformidad de aspectos, y más propiamente de la juventud é igualdad para trazar la comodidad propia, que hoy está el mundo de manera, que hay pocas voluntades que no sea este el principal blanco de su intento, si bien los hombres con la natural libertad que naturaleza les concedió son más fáciles en el amar si menos firmes; y las mujeres por el contrario, oprimidas del freno de la vergüenza, son más tardas; pero forzadas de la pasión y resueltas, son más firmes en su determinación, rompen mayores dificultades é imposibles, porque no les concedió naturaleza que variasen en la elección ni que segunda vez probasen su fortuna, poniéndoles por freno de su fragilidad la común desestimación que por el perdimiento del honor adquieren, que no hay amor que lo sufra, ni obligaciones que la sobrelleven. Á un tiempo heridos los dos de la venenosa flecha, al descuido se miraban, cuando el anciano padre, rompiendo el silencio de los amantes, llamó á don Diego, preguntándole la causa de honrar sus barrios, y asimismo de no le haber hablado, á quien él, después de los debidos cumplimientos que el lugar requería, ofrecióse criado de la que ya era dueño de su alma y por aficionado servidor suyo. Doña Isabel, con mucha cortesía, pocas palabras, variación de colores, le dió las debidas gracias, y prosiguió don Diego:

Señor mío, prendas vuestras son causa de que yo goce del gusto de acudir á vuestros barrios, obligado de la amistad que del señor don Juan recibo, que pudiera obligarme el no carecer de ella, no á tan corto viaje, sino á pisar los más remotos climas, á navegar los más procelosos mares, sin que mi amor dejara de trocar todas estas dificultades en

contentos y descansos procedidos de su compañía. Desde esta mañana há que le busco, que he juzgado por siglos los instantes de su ausencia, casi celoso, que sufre este lenguaje tan verdadera amistad, de la causa que pueda divertirle de la mía; y así, no sosiego hasta que le vea, ni le tendré hasta que tenga de él larga relación de lo que digo; y prendas vuestras son, señor, las que en la presente ocasión han dado causa á que muestre algún género de remisión en mis obligaciones, á que hubiera acudido desde el punto que entré en esta iglesia, que os ví desde que entré en ella. Mas viendo á vuestro lado á mi señora doña Isabel, no me atreviera á besaros las manos, si no fuera con el apremio fuerte de vuestro mandamiento. Esta misma causa lo ha sido de que en vuestra casa no busque á mi amigo, que aunque me pudiera dar osadía el lugar que ha dado á mis pocos merecimientos, y la merced con que sé que honrais siempre á los que se precian de vuestros, es cortedad mía, de que en primer lugar os pido perdón, el usar con moderación de las mercedes de los amigos.

Quedó la dama suspensa y obligada del cortés razonamiento, y tan rendida, que solo trazaba en su imaginación de verse á solas con su querido don Diego; y dejando el lugar á la venerable presencia de su padre, que alegre de verle tan entendido, como de la elección de su hijo, le respondió: Grandes son las obligaciones que tengo á mi hijo por la obediencia grande que siempre me ha mostrado, por las pocas pesadumbres de que me ha sido causa, por la afable cortesía con que como galán sirve á su hermana, dirigiendo las demás, y esta acción á mi gusto, sabiendo que es ella la cifra de todas en las que puede agradarme; y cuando creí que no pudiera obligarme más, hallo que los juicios humanos yerran, pues me hallo más obligado al ver el buen acierto de haberos escogido por amigo, de que puedo decir que se le puede tener envidia; si la hermosura es carta de recomendación del cuerpo, las palabras cuerdas lo son del alma; ved cuanto será más estimada la de tan poderoso superior. Estimo en tanto vuestra cordura,

que hallareis en mí el amor igual que á don Juan debo, y sentiré que no se ofrezcan muchas ocasiones en que experimenteis que mis palabras salen de mi corazón, y de aquí adelante tendré por frívola la excusa de vuestra cortedad en visitar mi casa, que haré mucha estimación de que acudais á honrarla, no solo por ser amigo, sino por mí, que quiero que me tengais en el número de los que más os estiman. Dijo entonces doña Isabel: Y yo también os lo suplico, tanto por mi propio interés como por el gusto que conozco en don Alonso, mi señor, que estimo en el grado que en mis obligaciones piden. Don Diego con notables muestras de agradecimiento estimó á padre y á hija tan notable merced, teniendo á felicísimo suceso la recomendación de la que tenía su voluntad escogida por señora de su alma. Y estando en esto, vino don Juan, que había sabido que su amigo le buscaba, y hallándole como digo, le dió breve cuenta y disculpa de su ausencia, y prosiguiendo le dijo: Vuestras cortedades pienso que han de ser quien acabe nuestra amistad; quejoso estoy que useis conmigo de cumplimientos, cosa entre amigos tan excusada. Y él prometiendo la enmienda que sumamente deseaba, se fueron acompañando á doña Isabel, que con cuidadoso recato no quitaba los ojos de don Diego, siendo igualmente correspondida; y despedidos los dos con las debidas ceremonias, sin un punto de sosiego, se valió don Diego de un paje que don Juan tenía, de quien se fingió pariente, por llevar adelante su intento. Pues el paje, agradecido del nuevo parentesco, que no hay nadie que, aunque sepa lo contrario, excuse lo que le está bien, prometió en su servicio grandes imposibles, no perdonando la vida y otros impertinentes encarecimientos, nacidos siempre más de propio interés que de verdadero amor. Doró su yerro el pretendiente, facilitando con semejante diligencia, tanto su parentesco como su pretensión. Sucedióle á este criado lo que á algunos maridos, que viendo aparecer en sus casas, no lo que sufre su caudal, sino lo que no se pudiera juntar entre todo su linaje, siempre dan crédito á su buena

fortuna. Quedó entre los dos concertado que este negocio, por el peligro que tenía, se tratase con mucho recato, porque los principios son los que yerran ó aciertan los más importantes casos. Él ofreció que iría descubriendo tierra y avisando de las ocasiones en que sin peligro pudiese presentarse á sus ojos y darse á entender que, ganada la puerta de la comunicación, tiene facilidad ganar la del alma; despidiéronse, y pasáronse algunos días, en que con los avisos del criado gozó don Diego la comunicación y honestos favores de doña Isabel; y llevando los dos el intento que deben, los igualó la suerte, aunque ella le parecía cosa fácil por la disposición que juzgaba en quien le tocaba la suya. Con todo eso dilataron que la pidiese á su padre hasta mejor ocasión que la presente.

Don Juan, obligado de la frecuencia del amigo y de verle acudir sin gusto á las mocedades que antes solía, el oir en su hermana tantas alabanzas, y algunas sin tiempo, que en los que bien se quieren es imposible la disimulación, causó en él tan fuertes sospechas, que juzgándolas por ciertas, solo sentía que don Diego no le hubiese dado parte; que cuando hay igualdad, no es agravio de amistad verdadera enlazarla con parentesco, y si puede haber alguno, es el ocultarlo, que en caso que estén bien, deben los que son cuerdos anteponer á sus amigos. Con esta sospecha andaba cuidadoso de su casa, colgado de sus palabras, examinando sus pasos, que don Diego con mucho cuidado procuraba divertirle y asegurarle. En la ciudad era público este caso, porque estos recelos habían despertado la vana curiosidad de algunos que en las repúblicas, sin que les importe, no dejan vivir á nadie, y son la gente más perniciosa de ellas, causa de escandalosos alborotos. En este tiempo sucedió un caso, que acabó de declarar este negocio, y dió fin á la amistad de estos dos amigos, siendo causa de muy penosos sucesos; y fué que en honra y fiesta del Precursor divino en la ciudad se corrían unos toros, cosa por cierto bárbara y mal entendida en hombres políticos y cristianos, y peor que la apliquen en servicio de

los santos, que es cosa cierta que se ofenden con todo aquello que se desirve la Majestad divina, á quien es certísimo que no agradan por la multitud de almas que en semejante caso se ponen á peligro. Si bien esta fiesta podía permitirse que se hiciese con gente de á caballo, por ser de menos peligro y porque los caballeros mozos se ejerciten.

Después que la plaza estuvo adornada de varios y lucidos colores y del más precioso adorno de las ciudades, que son las damas, cuya hermosura emulaba la misma nobleza, aventajándose entre todas doña Isabel del modo que se aventaja el sol á las estrellas, entraron en ella don Diego y don Juan en gallardos caballos lucidamente enjaezados, acompañados de muchos lacayos, vestidos de bizarras y vistosas libreas, llevándose generalmente los ojos del vulgo y de las damas, particularmente de sus dueños; que cuando no hubiera esta ocasión, los regocijos públicos obligan á los caballeros que los honren y solemnicen; que por eso sus repúblicas les dan en la ocasión el lugar que se les debe, y los nobles, como sea para fin honesto, es muy bien que sirvan damas, porque los hace cortesanos, entendidos, liberales, animosos y de grandiosas acciones, y con el mismo intento lo permiten los príncipes en sus palacios. Entraron también algunos de los que en las ciudades ayunan un año por hacer un día de estos un acto caballeresco. Á este propósito dijo un famoso predicador en una fiesta que hacía un hombre, que en materia de su vida no se tenía muy buena opinión; vióle en el discurso del sermón pintado en un retablo de rodillas y muy devoto, y hablando con él, le dijo: Fulano, ó vivid como os pintais, ó pintaos como vivís. Ciudadano honrado, que quizá vuestros abuelos fueron oficiales, si no podeis vivir como os pintais, porque no sois caballero, ¿para qué os pintais en la plaza como tal? ¡Qué! pintaos como debeis, y vivid como nacisteis, ahorrareis de costa y murmuraciones, y tendrá cada cosa su lugar.

Así como don Diego y don Juan se vieron cada uno con

una banda atravesada por el pecho, insignia de su empleo, que el don Juan servía á cierta dama doncella, cuyo nombre era doña Ana, con quien de secreto estaba desposado, y porque don Juan le había dado cuenta, era de don Diego conocida. Esta era hermana de otro caballero muy amigo de los dos, cuyo nombre era don Sancho, con cuyo consentimiento se había efectuado el desposorio, y por gusto de don Juan gustaba que estuviese secreto, porque, aunque iguales en calidad, no lo era en bienes de fortuna. Á éste, por ser forzoso, dió parte don Diego del justo fin del empleo de doña Isabel, valiéndose de su favor, porque ella visitaba como particular amiga á su hermana, que también con tal confianza había comunicado con ella sus deseos y secreta correspondencia que con don Juan tenía; y siendo pagada de doña Isabel con darle parte del suceso, algunas veces, como por modo de visita, con ocasión de venir á buscar á su hermano, había hablado á doña Isabel, á que el mismo don Sancho, sabiendo lo que pasaba, había dado lugar, deseoso de enlazar con tal parentesco la amistad de los tres. Sucedió que, así como los dos se vieron, salió don Juan de toda sospecha, creyendo con certeza que don Diego le solicitaba la hermana, porque reconoció que la banda, aunque no era suya, era de sus colores, y que don Diego en otras ocasiones no usaba de ellas, y haciendo memoria de lo pasado, confirmaba lo presente, determinando, aunque desobligado de su proceder, obligado de su amistad, dar cuenta á su padre; y pues que á todos estaba bien que se efectuase, y después de esta prudente determinación, incitado de su ira, ocasionada de su desengaño, decía consigo mismo: ¿Seré de tan poco valor que como si fuera tierna doncella he de dar cuenta á mi padre para que remedie las cosas que me tocan, como es la injuria del que con la capa de amistad quiso cubrir su deseo sin darme cuenta, ya que no por la engañosa correspondencia, por dueño de la prenda? ¿Pasaré por el perdido respeto de la que sin mi gusto pretendió casarse, que es al fin mi hermana, y no puede entenderse, ni es justo creer

otra cosa? Mas en las que tienen sus obligaciones, aunque elijan igual compañía, es cosa indigna dar oídos á su disposición, si no es por el gusto y elección de sus deudos. Viven los cielos, que hasta que de los dos tome la debida satisfacción, junto con los demás que hallare culpados, que no se ha de saber mi intento, ni aunque me aventajase con el parentesco del más poderoso príncipe; ni le estimo ni le quiero; que los caballeros no han de pasar por cosa que, aunque para sí queden satisfechos, no tengan sus mayores enemigos general satisfacción; que toda la ciudad debe ya de estar llena de este suceso; que siempre son públicos los que han de dar disgusto.

Dió vuelta á la plaza, donde después que salió á ella un valiente toro, que escarbando la tierra la arrojaba al cielo, prevenidos los dos amantes de rejones, él se retiraba, no temeroso, sino previniendo la ejecución de su furor. Paróse delante de la ventana donde las dos amigas veían las fiestas, deseando cada uno mostrarse en la ocasión que tan á propósito había ofrecido la fortuna, y ellas temerosas del suceso por la ferocidad del animal, y toda la plaza en una muda suspensión, sucedió que determinándose el toro, arremetió con don Juan, que le aguardaba cuidadoso. Pues don Diego, viendo que no podía mostrarse delante de su dueño, tomando ocasión de favorecerle, se metió en medio, haciendo una suerte tan á su salvo, que así como se retiró el irracional con la furia de la muerte, cerró con don Juan, que colérico de verse defraudado de la ocasión que su fortuna le ofrecía, y más furioso de saber la causa, estaba tan descompuesto y fuera de sí, que aunque con el repentino acontecimiento procuró prevenirse, no fué posible; salió tan mortalmente herido el caballo, que él sin culpa suya desocupó la silla, y cuando quiso, como le tocaba intentar la venganza, ya el toro, falto de los vitales espíritus, medía con el valiente cuerpo la arena; fué el efecto de su ira furioso, considerando que ya el vulgo murmuraba la causa; que las acciones públicas son insufribles, y no lo menos de temer en ellas lo que se dice; y procu-

rando disimular su enojo, como el que pensaba satisfacerle, al contrario de aquellos que, buscando lo que les falta, desean las ocasiones donde pueda haber impedimento, para solo adelantar las palabras.

Llegó don Diego á su socorro, á quien él con razones equívocas dió gracias del cuidado, que no dejó á los demás poco sospechosos. Acabadas las fiestas, tratando del suceso con algunos amigos que culpaban su cólera, abonando la intención del amigo, dijo que con evidencia conocía su desgracia, pues le estorbó quien deseaba ayudarle, y que la opinión puesta en opiniones estaba muy cerca de perderse. Entró en esto don Diego diciendo: Hanme dicho, don Juan, que teneis queja de mí, cosa que, si fuese cierta, conocerá mi voluntad por notorio agravio y contraria al deseo que siempre mostré de serviros, que nuestra amistad creí yo que estribaba sobre más firmes fundamentos; perdonadme si hablaros así es ofenderos. Á quien don Juan, mudando el color del rostro, respondió: Bien fueran excusadas vuestras razones; que si tengo ó no sentimiento, sé cuándo quiero declararlo; que si no publico como los demás vuestras alabanzas, es por no recibir de nuevo mayor injuria; que aunque no puede llamarse el recibido, agravio, permitido es á los amigos el sentir las sinrazones, siquiera para excusarlo; y si gustais, se quede aquí esta plática, por ofenderme, como es justo, la memoria de mi descuido. Metiéronse los amigos de por medio, al modo de algunos que con la paz indiscretamente alteran las más sosegadas voluntades, á quienes don Diego replicó: ¿Es posible que tan poca experiencia tengais hecha de mi amistad que oiga yo semejante palabras? Don Juan le dijo: Las obras son los verdaderos afectos del corazón; un golpe de popular aplauso rompe la correspondencia más firme, y pueden los amigos adelantar su opinión sin ofensa de la agena, porque el más verdadero modo de alabanza es adquirir gloria en la propia virtud. En fin, si no me engaño, todo el rodeo de vuestras razones, dijo don Diego, tiran á decir que os ofendí, no porque en mí halleis culpa, mas

porque, según veo, deseais hallarla; y si esto es deseo de que se deshaga nuestra amistad, no le busqueis, sino reportaos, considerando que os soy amigo. No sé si tenga de vos la misma opinión, porque el que no se fía del que lo es, él mismo se hace sospechoso; y tenedme por tan leal, que si tuviera ocasión ó pensamiento de ofenderos, excusara las satisfacciones. Pues don Juan, que no deseaba sino esta ocasión, respondió á las postreras palabras de tan honrosa satisfacción: Cuando fuera importante á mi honor, la supiera tomar del que se juzgue por más valeroso, que sé mejor satisfacerme de caballero á caballero que con el toro.—No sé qué os diga, dijo don Diego, sino que debeis desear romper del todo. Tornáronse los amigos á poner en medio diciendo que eran sin fundamento tantas palabras. Estando las cosas con tanta igualdad, advirtieron á don Juan que era muy apasionado modo de proceder; y él dijo á los que le reprendían: Pensad lo que quisiéredes, y culpadme; y volviendo el rostro á mirar á don Diego, prosiguió: Yo buscaré ocasión en que se declaren dudas; á quien él replicó: En las que buscáreis, conocereis que iguala mi valor á mi cortesía. Él se fué furioso, sin que bastasen á tenerle, y reportando á don Diego, le ofrecieron el mismo oficio con don Juan, á quien él rogó que en ningún modo metiesen la mano en nada, porque ocasiones comenzadas, aunque en sí importasen poco, de no fenecerlas podrían nacer penosos disgustos. Dejáronle solo, y él confuso y melancólico, pensando en lo que había sucedido, entró el criado de doña Isabel, y le dijo cómo su señora iba de visita esta tarde á las cuatro en casa de doña Ana, la hermana de don Sancho, que no perdiese la ocasión; á quien él se mostró agradecido con palabras y generosas dádivas, que suelen no consentir descuido en semejantes embajadas. Apenas había pasado esto, cuando entró un paje á decirle que don Juan quería hablarle, y el criado, por no ser visto, se despidió; y como criado, deseando llevar las nuevas, cuya falta es bien ordinaria, y pienso que mayor la de los que los escuchan, se quedó oculto á

escuchar lo que resultaba, porque ya eran públicos sus disgustos. Entró él con la cortesía que es justo en los caballeros en la ocasión de más aprieto, y dijo: Los hombres nobles es bien que procuren siempre que sus palabras y obras lleven por blanco la verdad, porque desdicen mucho de su nobleza los que se obligan á decir con sus corazones lo que contradicen con sus obras. Y recompénsase mal una ofensa pública con una compuesta arenga, y para mí y para todos los que sienten bien de las cosas, es forzoso que como caballeros lo determinen en el campo las espadas. Y así, esta tarde, á las cuatro de ella, os aguardo junto al río Genil. Traspasóle el alma á don Diego semejante resolución, y viendo que la hora que aplazaba era en la que había de ver á doña Isabel, le dijo: Pues no quereis obedecer el juicio de nuestros amigos, sino que el de las armas determine lo que gustais, que á mi pesar sea ofensa, digo que lo acepto; y sólo os suplico que mudeis la hora, porque tengo á la que me mandais un negocio tan forzoso, que será imposible dejar de acudir á él. Bien digo yo, replicó don Juan, que jamás procedisteis conmigo con llaneza; nuevo agravio recibo del desprecio con esas palabras: ¿qué cosa puede haber en el mundo que impida negocio en que está vida y honra? Pero no importa, que no es esto solo de lo que tengo que satisfacerme; y mientras lo procurare, obligado de más agravios, llevaré más de mi parte la razón. Yo esperaré á la hora que digo hasta que vayais. Caballero sois, obligaciones os corren, id á la que quisiéreis, y os aseguro, dijo don Diego, que será lo más presto que yo pueda, y que moriré consolado á vuestras manos por dejar satisfecho el mayor de mis amigos. Apartáronse, y el criado fué al punto á dar cuenta á su señora de lo que pasaba, que con mucho sentimiento no estaba tan temerosa del suceso de su hermano como de don Diego, y nuevamente obligada de la cortesía del amante, pareciéndole que toda procedía de su respeto y amor, le causó en ella de modo, que cuando no estuviera dispuesto su corazón, solo este suceso le dispusiera. Y así,

fué á su vista deseosa de hablarle, porque ya el criado, obligado de su señora, también procuraba servirla, que este género de enemigos solo el interés es el norte de su intención.

Quedó don Diego suspenso del suceso, considerando que de cualquiera manera que la fortuna lo dispusiese, no conseguía su intento. Y estando en esta penosa imaginación, entró don Sancho preguntándole qué había sucedido, á quien él dijo: Si, debajo de palabra que guardareis secreto, quereis saberlo, lo diré. Proseguid, replicó don Sancho, que, aunque yo imagino el fin á que tiran vuestras palabras, los que lo son verdaderos, siempre á la comodidad anteponen la reputación de sus amigos.—Pues á quien tan bien sabe sus obligaciones, bien puedo fiar lo que no hiciera de otro, dijo don Diego: yo estoy desafiado. Y prosiguió contando todo lo que con don Juan le había pasado, á quien don Sancho le preguntó si pensaba salir, porque, á su parecer, semejante locura no podía obligarle; demás que también le excusaba, si no quería llamarla obligación, el ser hermano de doña Isabel, á quien respondió don Diego que se echaba de ver lo que le cegaba la pasión de su amistad, y que esto lo vería en que el respeto referido, tan digno por sí de toda veneración, no había de ser por él respetado. Replicó él: Pues dejad que yo meta la mano en pacificar este negocio, pues nadie podrá presumir que vos me habíais dado cuenta por haberme yo hallado al principio de la pendencia. Él le dijo: Si no quereis que en mis muchas obligaciones haya la falta á que me obliga mi honor, os suplico que no hableis en ello, y que nos vayamos hacia vuestra casa, donde sé que ha de estar de visita doña Isabel, que temerosa de este suceso, me ha enviado á aplazar para otro desafío más temido de mi alma que el de su hermano, cuyo enojo tiene en su pecho mayor fundamento que en la pequeña ocasión de las fiestas.—Así lo pienso, y aun lo sospecha toda la ciudad, respondió don Sancho. Y hablando en este y otros negocios, llegaron á su casa, de donde ya doña Isabel salía

acompañada de solo el criado, dueño del peligroso secreto, por serle forzoso no confirmar sospechas de su hermano con larga visita, y acudir á las cosas que la tocaban; y encontrándola en la escalera de la casa, bajaron acompañándola hasta el portal, donde puestos á la puerta don Sancho y el criado para prevenir lo que pudiera ofrecerse, doña Isabel, con profundos sentimientos, hablando con los hermosos soles de su rostro, cuyas preciosas perlas regaban la venturosa tierra que ocupaban sus plantas, habló así: No quiero dejar de confesar lo poco que os deben de tener obligado mis cortos merecimientos; pero quiero certificaros que, si hubieran de medirse con mi voluntad, fueran los más aventajados del mundo; tendré lo que me durare la vida particular queja de mi corta fortuna, que bien sé que es ella la causa de tanta desventura, que mal podré creer otra cosa de vuestra mucha nobleza y cortesía, de la correspondencia que en vos han hallado mis bien empleados deseos, no obligados de fuerza de estrellas, sino de tantos merecimientos. No teneis que referirme lo que pasó con vos y mi hermano, que solo de lo que tengo queja es de que lo haya sabido primero de otro que de vos; pero el medio que tiene escogido nuestra justa correspondencia será el que importe para pedirle á mi padre su hija haberle quitado el hijo; bien pienso que os debo de tener ofendido, pues tal género de desventura en vos viene á ser venganza, y en mí castigo. Y sin poder proseguir adelante, suspendieron su lengua los caudalosos cristales que eclipsaron la hermosa luz de sus ojos. Bien sé, señora, lo que os debo, respondió don Diego; bien sé que fuera ingratitud y rudeza no haberme dedicado desde el punto que os ví á vuestro servicio; y creed que el lazo de mi voluntad, la muerte, último fin de los mortales, no bastará á romperle; sabe el cielo lo que excusé el daros disgusto, y que el no haberos dado cuenta de este negocio ha llevado el mismo fin. Si temeis la muerte de vuestro hermano, teneis poca razón, que él es tan valiente caballero, que se puede más justamente temer la mía; demás que os ase-

guro que cuando fuera al contrario, negara á mi persona la debida defensa, sacrificando mi vida á vuestro gusto.—Plegue á Dios, replicó ella, que si en esta ocasión me ha pasado tal por el pensamiento, que me suceda la mayor desventura, que es perderos. Suspended las armas; vea yo en vos lo que viérades en mí, si yo pudiera serviros.—No será posible, dijo el amante, que es fuerte la ocasión donde se atraviesá honra, y no dudo que vos misma, siendo quien sois, desestimeis para prenda y compañía al que le faltase la más importante. Lo que os prometo es procurar todo lo que en mí fuere con palabras y satisfacciones, si bien no indignas de mi nobleza, sosegar su alterado corazón.—Pues con esa palabra, dijo ella, quedaré más sosegada, y con que me la deis, en este suceso tendreis memoria de mí, que quiero prometerme de vuestra cortesía muchos favores para que se temple tanta desventura.—En este y en el más próspero que me suceda, replicó don Diego, cuando os diera palabra de lo contrario, fuera imposible que el alma consintiera su cumplimiento.

Despidiéronse con esto, y apartándose los dos amigos con palabra, don Sancho de que no habría novedad en aquel negocio hasta que tornasen á verse, y así fué confiado de remediarlo por lo mucho que le tocaba, y don Diego, solo con intento de advertirle, arrepentido de haberle comunido el caso, con ser la mitad de su alma, que tanta fuerza tienen en los caballeros, y es justo que la tengan, los casos de honra. Fuése á tomar un ferreruelo de color, y procurar huir el rostro á estorbos, y no ser el postrero á cumplir sus obligaciones. Llegó doña Isabel á su casa, donde, como es ordinario en mujeres, y más cuando están recelosas, sabiendo que su hermano estaba retirado en su cuarto, empezó, llevada de su curiosidad, á acecharle, y viendo que andaba entre algunas que tenía previniendo una espada, no pudiendo sufrirlo su corazón, quiso ver si podrían sus palabras disminuir en algo su enojo, que para persuadir son eficacísimas las mujeres; porque no obstante que diversas veces se les niegue lo

que piden, jamás pierden ocasión de volverla á proponer hasta que la alcanzan, y esto es forzoso, porque no todas las veces están los hombres disgustados; y así, una vez que otra conceden lo mismo que aborrecen, obligados de una continua persuasión. Entró fingiendo otra cosa donde estaba, y haciendo que se turbaba de la vista del acero, como si tuviera la edad de su padre, le empezó á dar una larga represión de sus mocedades, exhortándole á la paz y quietud, poniéndole delante la vejez, sentimiento y obligaciones que á su padre tenía, acompañando sus palabras con disimuladas caricias de su amor, cosa que á don Juan confirmó más en su sospecha; y juzgándolo por demasiada libertad, la respondió que no rodease con varios discursos su intención, porque espantarse de lo que no la amenazaba no era creíble, porque su recelo no debía ser de su peligro, que él se declararía al tiempo que tuviese puesto el conveniente remedio, y que advirtiese lo que fiaba de su entendimiento, pues le daba cuenta de cosas tan importantes. Y sin esperar ninguna réplica, llamó el criado, y le mandó en secreto que le llevase en casa de doña Ana una espada que le dió y capa de color, porque tomándola allá, quiso divertir que no supiesen en su casa dónde iba; y con esto se fué, y doña Isabel le preguntó muy congojada qué le había dicho; y él como criado la dió cuenta de todo, diciendo que pues había hablado á don Diego, no había que temer, por lo que él deseaba no disgustarla. Ella, cierta de que su hermano salía, empezó á afligirse, y pensando una traza que solo pudiera caber en pecho de mujer que amaba, dijo al criado que llamase á su padre para darle cuenta de lo que pasaba, y que dejase allí la espada, que hasta que lo supiese no consentiría que la llevase, y que tuviese cuidado de saber adónde salían á reñir, y volviese á avisar; él lo prometió, suplicándola que no permitiese que no llevase la espada, pues sirviéndose de la que allá tenía, serviría solo de desacreditar su lealtad. Ella le prometió que se haría de modo que no faltase un punto de lo que debía, que no quería que suspen-

diese el llevarla más de cuanto sirviese de testigo de su verdad. Hizo lo que le mandaba, y entró á llamarle, y entre tanto ella la puso de modo, que la dejó inútil para lo que su dueño la deseaba; y así como entró don Alonso, ella, como que la escondía, la entregó al criado, que partió en busca de don Juan.

Doña Isabel dió cuenta de lo referido, y afligiéndose el viejo por no hallar medio para atajar tanta desdicha, entró don Sancho muy alborotado á preguntar por don Juan, refiriendo de nuevo el suceso, y quejándose de que le hubiese engañado don Diego; y estando los dos dudosos, vino el criado diciendo cómo su señor no había hecho más que tomar la espada, y mandándole que le dejase, que él le había seguido hasta la salida de la ciudad, y le pareció que salían al río, y por no ser visto, no se atrevió á pasar adelante; entonces determinaron de que con algunos amigos fuesen á buscarlos. En este tiempo don Diego y don Juan se hallaron en el campo; el uno tan deseoso de reñir, cuanto el otro de sosegarle, poniéndole delante su amistad, á que don Juan replicaba que su enojo era deseo solo de castigar lo mal que de ella había usado.—No le deis ese nombre, dijo don Diego, que cuando fuera verdad lo que sospechais en caballero mozo, vuestro igual y amigo, cuando deseaba enlazar estas obligaciones con el lazo del parentesco, no le podíais juzgar por agravio; pero si quereis ver cuán injustamente juzgais, volved los ojos á su virtud, á su ánimo generoso, que, si no ofusca la niebla de vuestra pasión la luz clara de sus merecimientos, vereis que sin causa culpais mi amistad y su inocencia. Dijo don Juan: Confieso la igualdad que decís; pero cuando fuera yo vuestro inferior, me habeis agraviado en tratar sin mi orden semejante negocio, que no la amistad da jurisdicción á los amigos para que dispongan sin gusto de quien les toca de tan estimables cuanto peligrosas prendas; y cuando los caballeros llegan á la última prueba de sus intenciones, como lo es la campaña, jamás hubo bastante satisfacción sino ésta. Y poniendo mano á la espada, á los

primeros tres ó cuatro golpes cayó la mitad de ella en el suelo, oprimida de la diligencia que en ella había hecho doña Isabel, y él no por eso dejó valerosamente de proseguir su intento; y don Diego, que más reportado solo buscaba ocasión de salir bien del caso, viendo la que se ofrecía, le dijo: Caso es de fortuna el que os ha sucedido; procurad igualarme en las armas como me igualais en el valor y nobleza, para que yo pueda contra mi voluntad cumpliros la palabra.

Don Juan, viendo por las señales de su espada que no había sido acaso el quebrarse, turbado y confuso del efecto, imaginando la causa, dijo: Aquí vereis si mis sospechas son justas y mis agravios claros, pues la evidencia de ellos no da lugar á que calle lo que ahora veo. En mi casa no vivo seguro; mas pues quiere mi desdicha que en la mejor ocasión falte el instrumento de mi venganza, pues no hay ofensa que obligue á desagradecimiento, sino á satisfacción, estimo y estimaré eternamente la cortesía que me ofreceis, hija digna de vuestras muchas obligaciones; yo iré á suplir este defecto, de modo que mi victoria ó castigo no pueda poner nota en tan honrosa opinión; solo os suplico que como os doy palabra de volver presto, me la deis de aguardarme. Él se la dió pesaroso de que tan fuerte ocasión, tanta nobleza no hubiese templado algo del pasado enojo; y juzgando á doña Isabel por dueño de la hazaña, receloso que la cortés cuanto honrada resolución de no valerse de ella no la disgustase, si puede disgustar la noble correspondencia, considerando tan bastante prueba de amor, combatido de varios pensamientos, y afligido de la propia imaginación, la divirtieron de ella dos hombres que llegaron á este tiempo, y que les habían venido siguiendo, de estos que por la propia comodidad suelen vivir de la incomodidad ajena; y en fin, como gente vil, viéndolos apartados de la ciudad, no se habían atrevido á acometerlos juntos, mas visto la pendencia, sin meterlos en paz, por conseguir su intento, sin saber la causa por qué don Juan se apartaba, así como le vieron ido, llegaron,

diciendo desde lejos: Alargue, caballero, la capa con lo demás que tuviere.

Don Diego, no turbado del impensado acaecimiento, previniéndose para la defensa, procuraba con el ajeno daño evitar el propio, cuando á las primeras venidas se sintió herido, y vió uno de los que le acometían, que midiendo la tierra había ya rendido el espíritu, y el otro que, más prevenido de su daño que deseoso de la venganza del camarada, daba señal de que cedía el campo á su contrario; pues como se hallase aguardando á don Juan, y con un hombre muerto á sus piés, y sin más testigos que los levantados fresnos, cuyas puntas pudieran barrenar los cielos, y los fugitivos cristales que pesarosos como todas las cosas del mundo procuraban el fin para que fueron determinados, resolvióse en fiarles el secreto, encomendándoles el cuerpo del difunto, y al punto que él lo ponía en ejecución, por lo alto de un peñasco se descubrieron don Alonso, don Sancho y los demás amigos que habían salido á estorbar el desafío, que reconociendo á don Diego, y que despeñaba al río un muerto, creyendo lo que podía ser, y teniendo por muerto á don Juan; el padre con tiernas lágrimas, con lastimosos alaridos lamentaba tanta calamidad; y llegando todos, como hallaron á don Diego solo y herido de nuevo, tuvieron por cierta su sospecha, sin que bastasen sus disculpas ni darles cuenta del suceso, y de como por habérsele á don Juan quebrado la espada le esperaba, haciendo el padre notables estratagemas para sacarle la verdad, diciéndole que si valerosamente le había muerto, no impiamente le negase la sepultura, que como no le tratase engaño, no temiese, que desde luégo le ofrecía el perdón; y si recelaba de hacer testigos del cometido delito los que le escuchaban, eran sus amigos, y él era parte. Ayudando á esto los demás con notable porfía, y él con la misma, defendiéndose con la verdad, decía que con la venida de don Juan, á quien esperaba, saldrían todos de duda, y que no se le haría mucha cortesía en aguardar tan breve plazo.

En esto don Juan, que venía al sitio, se detuvo suspenso, no de ver los que con don Diego hablaban, porque no ignoraba la causa de su venida, mas con espanto de verle herido; y esperando á ver en qué pararía, vió que todos se volvían, y él coligiendo lo que podía ser, viéndose imposibilitado de la deseada venganza, temiendo las forzosas paces, determinó de no entrar en poblado hasta vengar su agravio, y mudando de sitio, se metió desconocido en unas caserías de pastores, donde vivió con el dinero que llevaba, prevenido para lo que resultase del suceso de su pendencia. Pues como los demás llegaron á la ciudad, y no pudieron descubrir más nuevas de don Juan, como se había ausentado, aplicándole los vistos indicios, se certificó de manera su muerte, que ya la justicia hacía públicas diligencias, prometiendo, entre otras, mil ducados al que pusiese en sus manos á don Diego, que ya por el caso andaba ausente, por consejo de sus amigos.

Sucedió en este tiempo, viendo la presente ocasión en lo más penoso de las tristezas de don Alonso y doña Isabel, que don Sancho, que también creyó la muerte de don Juan, y pareciéndole la hermana que era á propósito para su mujer, por ser única, y como tal heredera del mayorazgo de su padre, y él por su vejez imposibilitado de sucesión, y que don Diego con la sucedida desgracia, que todos juzgaban por cierta, se había privado de semejante pretensión; y así, un día dió cuenta á don Alonso de su deseo y también del oculto casamiento que don Juan con su hermana había hecho, encareciendo para facilitar su intento que él mismo, aunque eran iguales, había estorbado, viendo que no intervenía su voluntad, que lo supiese, por no disgustarle; á quien el noble viejo, considerando que don Sancho era caballero, rico y mozo y con quien justamente podía honrarse, con breves cuanto corteses palabras respondió así:

Siéntome tan obligado como agradecido á tantas mercedes recibidas de vos, que no sé cómo responderos; y digo solo que los que tienen honra saben darla, como por ex-

periencia se ve de la mucha vuestra y de la que yo he recibido; solo estoy, y con razón, quejoso de que en cosa que yo ganaba tanto, no se me comunicase, y quiero conocer de vos si me deseais hacer merced en dos cosas: la primera, en que se publique este oculto casamiento, y mi señora doña Ana venga á honrar mi casa por último consuelo de mi vejez, para que, ya que la fortuna me negó á mi hijo, vea yo á mis ojos prendas que lo fueron de los suyos; y la segunda, que vos vengais á ocupar el lugar que mi desdicha quitó á mi único consuelo, siendo amparo de su padre, y remedio de mi hija, porque con tan esclarecida sangre se honre y adelante mi linaje.

Respondió don Sancho aceptando lo que deseaba con tantos encarecimientos, que podía juzgarlos el que los viera á falta de juicio, y poniendo en ejecución lo referido, juzgándose pacífico dueño, él y doña Ana se vinieron á vivir en casa de don Alonso; y don Diego, que por momentos tenía aviso de lo que en ella pasaba, fué tanto el furor de sus celos, que olvidando la consideración de su peligro, que no son verdaderos los que dejan libre el juicio para prevenir el daño, se entró en casa de su enemigo, y dando quejas á su inculpable dueño de tantos agravios, sin que con él bastasen las muchas disculpas de la fuerza de su padre recibida, junto con ofrecerle que primero que consintiese la ejecución de su agravio padecería mil muertes en prueba de su fidelidad y correspondencia, no lágrimas ni caricias, con que suelen las mujeres encender la más helada voluntad y abrasar la más encendida, fueron bastantes para que huyese de tanto peligro. Dió lugar con su tardanza á que el criado que había sido partícipe en sus correspondencias, á quien tentó la codicia del prometido interés, olvidando tantos beneficios, que tiene esta pasión naturalmente imperio sobre gente de pocas obligaciones, dió noticia á don Alonso, y él al corregidor, que como andaba haciendo diligencias, con ocasión de ser una de las más esenciales tomar la confesión de doña Isabel, si bien con el respeto que se debía al recato de semejante

persona, diciendo que venía á eso, y como al descuido entró en su casa, y hallando el cuarto en que los dos estaban hablando abierto, que la turbación y desdicha les había quitado la advertencia de que se cerrase, admirado el corregidor de ver á don Diego, le pesó de su prisión, aunque para si parece que se enteró del cometido delito, propia acción de pechos nobles, que aunque les es forzoso el castigo del reo, les pesa de su desdicha: no como otros ministros indignos del magisterio que ejercitan, que se encarnizan de modo en los delincuentes, como si ellos fuesen los agraviados, y no la república, pues no es por su defensa, sino porque aspiran con la sangre de los miserables llegar á mayores puestos, si ya no es por otros más bajos respectos. La crueldad con los que no tienen defensa es prueba de pechos viles, de ruín intención y de bajo nacimiento, que Dios, á quien todos deben imitar, iguales son en su omnipotencia, su misericordia y su justicia; pero la experiencia de nuestros defectos puede ser buen testigo que se sirve más de su misericordia. Llegó con muy corteses palabras, diciendo: Pésame, señor don Diego, de hallaros en este lugar, caballero en efecto, que importa mucho que lo sean los que administran justicia, que es villanía y prueba de mala sangre no usar los jueces en toda ocasión de cortesía, que es menester que entiendan que no dan los príncipes con los magistrados poder para injuriar la nobleza, que son los verdaderos pilares de las repúblicas, que se hallan muchos para que la gobiernen, y pocos para que la defiendan.

Á este propósito, aunque yo salga del mío, sucedió que llegó el señor don Rodrigo Vázquez de Arce, caballero del hábito de Alcántara, y clavero mayor de su religión, que fué presidente del Consejo Real de Justicia y del Consejo de Estado, sujeto para cuyas virtudes eran menester copiosos volúmenes; solo diré que, habiendo servido sesenta años en los más grandiosos oficios que se conocen, murió pobre, y fué tan libre de codicia, que no aceptó más de quinientos mil ducados de merced, tan merecida de

sus servicios, cuya vida y hechos particulares pienso algún día sacar á luz, porque no pueda la envidia sepultar con olvido tanta virtud y méritos, y porque goce nuestra patria de uno de los hijos que más la ilustró, y la jurisprudencia de un sujeto que dignamente pueda imitar en sus acciones, tan dignas que se publiquen por todo el orbe. Á este caballero se llegó á quejar un ministro de que otro, no de muy claro linaje, le había tratado mal, y después que él le consoló dándole la culpa, y al ministro, á quien oyó, le hubo dado una reprensión conveniente á su desorden, dijo: ¿Qué diferentes serán los hijos de don Fulano de los del que le trató mal? Fué, en efecto, hechura del segundo Filipo, santo monarca, gloria de España, y amparo de la cristiandad.

Prosiguió el corregidor diciendo: Ya echareis de ver que es forzoso en semejante ocasión que yo acuda á las debidas diligencias de mi oficio. Él, sin responder palabra, daba tácito consentimiento, á cuyas razones se alborotó toda la casa; vino don Alonso y los nuevos huéspedes. Causó en don Diego tanto furor ver presente la causa de su enojo, que viendo que no podía seguir la deseada venganza, desesperadamente dijo: Sabed los presentes y sepa todo el mundo que el justo cielo no deja, sí suspende, sin castigo la ingratitud; yo, aunque como debe un caballero, en el campo maté á tu hijo y á mi amigo, privándote del último consuelo de tu vejez. Allí de nuevo se vieron diversos afectos, lágrimas en los unos, suspensión en los otros; el lastimado padre lloraba el perdido hijo, doña Ana el difunto esposo, doña Isabel la diligencia malograda que dió causa á la pérdida del hermano y á la muerte del amante. El corregidor y don Sancho estaban suspensos y confusos, ponderando lastimados adónde puede llegar la última desesperación; y don Diego prosiguiendo dijo: No os espante la confesión de mi delito, que lo que no pudieran acabar conmigo los más rigurosos tormentos, acabó en un punto la mal pagada esperanza mía, causa, como habeis visto, de que aborrezca la vida. El corregidor le

llevó preso con general disgusto, y particularmente de doña Isabel, que el repentino suceso la había dejado fuera de sí; y procurando, ya que á su parecer se había rematado su amante, que no peligrase su honor, prenda en las mujeres nobles más digna de estimación que la vida, dijo á su padre:

Señor, la causa has dado de la prisión de don Diego, y pienso que la darás de mi fin; no creas, aunque parece verisímil su confesión, que dió á mi hermano la muerte, sino que la fortuna, cuando previene fatales desventuras, ataja los términos de la razón humana para mostrar aparentes los engaños. Confieso que sin tu gusto traté con don Diego mi casamiento, causa justa por donde me vienen semejantes castigos, y que ha producido tan contrarios efectos como los presentes; pero es bien que adviertas que, fuera de lo que he dicho, no he contravenido al honor y justas obligaciones con que nací. El casamiento que deseabas que yo efectuara con don Sancho alcanzó á saberle don Diego por mi desdicha, y celoso vino á representar en el teatro de tu casa la miserable tragedia de su muerte.

Quedaron todos conmovidos y lastimados del suceso, y más el padre, que culpaba á doña Isabel, más que la falta de su voluntad, el faltar el efecto, pareciéndole, como era verdad, que eso había sido la causa de tantos daños. Y el corregidor, haciendo las jurídicas diligencias, sirviendo con los pasados indicios de bastante probanza su confesión, en breves días le condenó su teniente, y lo confirmó el superior tribunal, á quien toca, á que le fuese cortada la cabeza, y sin que bastasen con el ofendido padre ruegos ni persuasiones, le fué forzoso que se previniese para la irremediable ejecución, y puesto en aquel cruel y temeroso paso, con el consentimiento de doña Isabel, que bien puede creerse, porque le amaba más que á sí propia, á persuasión de su padre, que por evitar lo que el vulgo previene en semejantes ocasiones, había tenido modo y diligencia para que los religiosos que esta ocasión preve-

nían su jornada le advirtiesen que no dejase de cumplir la deuda que tan justamente debía á doña Isabel, de lo cual podría haber que decir, tanto con la prosecución de sus deseos, como con la inadvertida como temeraria confesión, que hallándole dentro en su casa había hecho, y alcanzando su consentimiento que dió con muchas muestras de cumplir lo que se le advertía, se trazó con su padre que diese doña Isabel un poder, y efectándolo, por él se desposó con don Diego, cerrando las puertas con esto á mil inconvenientes, dignos en toda ocasión de excusarse.

Estando las cosas en este estado, y habiendo tenido don Juan aviso de cómo doña Ana, con orden de su padre, estaba en su casa, y que ya él estaba informado de todo su suceso, y también como el casamiento de su hermana estaba concertado con don Sancho; apretado de amor y necesidad, dos contrarios poderosos para los hombres, habiendo gastado lo que traía, á que ayudó el juego, que no falta tan virtuoso ejercicio en la más pequeña aldea, determinó de ir á su casa á ver á su prenda y á informarse del estado de las cosas, para ver el medio más conveniente que pudiese tomar en la disposición de sus intentos y traer dineros para pasar en aquellas aldeas, ó siendo conveniente hacer más larga ausencia, hasta que del todo cumpliese el mayor de sus deseos; y al anochecer, poniendo los que al presente tenía en ejecución, con el hábito desconocido en que andaba, caminó hacia Granada, y llegando á su casa le fué fácil la entrada, porque como mozo tenía llave para entrar y salir á deshoras; y entrando con mucho recato, con el primero que encontró su buena suerte fué con su criado, con quien disimuló el enojo del pasado agravio, guardando para tiempo más conveniente su venganza; y viendo que le había visto, y que se alborotaba por no ser descubierto, asióle, y con la daga en la mano le amenazó si no callaba; y él, después que desmayado, temeroso y confuso, efectos de su mala conciencia, reconoció á don Juan, se acrecentó su temor de ver delante de sí vivo al que ya en su imaginación juzgaba por muerto, y volviendo

en su acuerdo del pasado susto, prometió todo lo que se le propuso, que el miedo siempre fué liberal, y no fuera malo que ocupara á los poderosos. Lo primero que ofreció fué secreto, cosa, al parecer, en criados imposible; pero no era él el que prometía. Sosególe don Juan, y mandóle que le pusiese en el cuarto donde doña Ana vivía, y que la avisase de su venida con mucho recato, porque su vista no le causase algún repentino accidente. Él lo hizo así, cumpliendo con lo que se le mandaba, y mucho más, cosa bien contraria á lo que se usa en el mundo, aun en los de más obligaciones. Avisó á doña Ana después de haber dejado encerrado en su cuarto á don Juan. Ella dudaba lo que oía, con el contento del cobrado esposo, como por parecerle que había de ser causa de librar de la muerte al inocente don Diego, en quien ya tenía el verdadero desengaño; que la pasión de los celos le había reducido á tan miserable estado, cuya vida había de tener fin al día siguiente. Disimulando lo mejor que pudo, fingió una indisposición de poco cuidado, y retirándose á su estancia, se enlazó en los brazos de su esposo, que la recibió con el gusto como quien la amaba y había estado ausente. Informábase de sus sucesos, casi dudosa del presente, que lo que se desea, cuando se alcanza sin esperarlo, se duda con facilidad, y dándose cuenta de todo lo que pasaba, con piadosas lágrimas le suplicó que la diese licencia para ganar las albricias de tan venturoso suceso como el presente, y poder socorrer en el último trance á don Diego; á que don Juan respondió así: Amada prenda mía, único consuelo de mis trabajos, las cosas que me has contado he holgado infinito de oirte, y más que don Diego esté tan en lo último, cosa que es muy á propósito; porque las que con él he pasado han sido de modo, que creyendo que estuviese en diferentes términos, yo le venía á quitar la vida, no digo aunque aventurase la mía, sino el perderte, que estimo en mucho más. Y pues la fortuna ha prevenido la venganza que por su poca fe me es tan debida, haciendo que la justicia la tome por mí, siendo indigno de que yo le

mate como caballero, no pienso perder ocasión tan á mi propósito; porque es llano que aunque es más de mis obligaciones que como lo intenté primero me satisfaga, ya no ha de ser posible por la publicidad que tiene este negocio; socórreme con las joyas y dineros que pudieres antes que el alba esparza por el mundo los aljófares hermosos de su rubia madeja, y guarda secreto si no quieres perderme; porque te juro por la prisión hermosa en que tienes mi alma de no volver á pisar estos umbrales y de no presentarme á tu presencia hasta que me vea vengado del que con la fingida capa de su amistad cubrió tantas sinrazones y facilitó tantos agravios. Respondió doña Ana que solo su gusto era el norte por donde se regía su alma, y que no solo con su secreto facilitaría su intento, sino que lo guardaría, cuando la muerte de su hermano don Sancho fuera lo que causara su disgusto. Y abriendo un escritorio, le dió todas las joyas y dineros que él tenía, ofreciéndole que dispusiese de su vida, si en algo fuese de importancia para el cumplimiento de sus deseos; y después de las debidas gracias, lo restante gastaron, como es ordinario, entre los que bien se quieren, en amorosos encarecimientos.

En este tiempo ya el criado había dado cuenta de lo que pasaba á doña Isabel, que al principio no le dió crédito, creyendo que fuese más por divertirla de sus justas melancolías que no porque fuese cierto; mas ofreciéndole que saliese con la probanza de su vista del yerro de su incredulidad, aceptó el partido, y visto, lo dudaba, que tan dudosas son las buenas nuevas cuando se desean, como ciertas las malas que se temen. Cerró por defuera el cuarto, y envió á dar cuenta al corregidor de lo que pasaba, que tan dudoso como alegre vino con la mayor diligencia que le fué posible, y avisando de su venida, bajaron á recibirle don Alonso, don Sancho y doña Isabel, que cada momento de su tardanza era en su imaginación un siglo, y apartándole con su acostumbrada cortesía, le dijo: Señor don Alonso, yo vengo á suplicaros una merced que no habeis de negar, y si me mandáseis la cosa más dificultosa, halla-

reis en mi voluntad el cumplimiento de la vuestra. El buen caballero, que no era menos cortés que agradecido, le dijo que dispusiese á su gusto de su casa y persona. Pues me dais licencia para que vea la vuestra, es mi deseo, replicó el corregidor; asegurándoos que ha de resultar de esta merced la cosa para vos de mayor gusto que jamás hayais tenido, y porque no quiero perdonar nada de lo que me ofrecisteis, gustaré que me la asegure vuestra persona, porque quiero llevar á mi lado tan segura compañía como la del señor don Sancho y los demás que están presentes. y como venía informado y advertido, se fué al cuarto de doña Ana, donde no se había sentido nada, porque él industriosamente, aunque sabía que estaba seguro don Juan, había procurado que se hiciese con quietud, y haciendo que don Alonso llamase, así como dentro se sintió su voz, tuvieron por desbaratada su traza, y respondieron, y saliendo don Juan, haciendo de la necesidad virtud, reventando porque imaginó al punto de dónde venía semejante prevención, don Alonso con el contento de ver impensadamente á su hijo, quedaron suspensos sus sentidos, la hermana llegó á abrazarle, á quien él no resistió por no dar indicios de su mal intento, si bien le diera mejor la muerte que los brazos.

Llegó el criado con las muestras mismas que si le tuviera muy obligado, y don Juan no le apartaba los ojos, viendo la desvergüenza con que disimulaba. Llegó don Sancho, el corregidor y los demás con mil demostraciones alegres, A el padre, que á este punto había cobrado el uso de los sentidos, dió tan notables muestras de su alegría como el que le amaba, y teniéndole con certidumbre por muerto, sin saber cómo le había cobrado. Todos generalmente se holgaron tanto de verle como de ver que don Diego se había librado de la injusta suerte que padecía, prueba que acreditó por verdadero su amor, pues temeraria é inconsideradamente le había puesto en tanto peligro. El corregidor envió luego á mandar que se le trajesen allí con el respeto y decencia que su sangre y poca culpa pedía: fue-

ron con suma diligencia los ministros á ponerlo en ejecución, deseando cada uno ser el primero, no de virtud, sino que la codicia es muy diligente; llegaron, y dándole cuenta de lo referido, tuvo la alegría que solo podrán ponderar los que se hubieren visto puestos en tan penoso trabajo, aunque si á muchos por los varios sucesos de la inconstante diosa les sucedió restaurar la vida puesto el cuchillo al cuello, pienso que á pocos lo que á don Diego, que de los mismos términos tan penosos como se pueden imaginar de lo que se ha visto saliese á gozar el bien de su alma tan deseado, hallándose con el no imaginado casamiento, en la posesión de su prenda amada, que, aunque sin culpa suya, había sido causa de tantos trabajos, y le había tenido tan cerca de ver el último. Entre tanto que esto pasaba en la cárcel, rogó el corregidor á don Juan que le contase dónde había estado y cómo había dejado llegar las cosas á tales términos, junto con la causa de su pendencia; que don Alonso y su hija estaban tan absortos con el contento de haber cobrado tan amables prendas, que no apartaban de él un punto los ojos; y si acaso los movían á mirar á otra parte, volvían con mucha presteza, temerosos de apartarle de su vista, creyendo no fuese sueño lo que miraban. Don Juan respondió á la pregunta que se le hizo: Después, señor, que por vanas y mal fundadas sospechas, más ocasionadas de mi mocedad que de su culpa, saqué al campo á don Diego, sin que para tal resolución se atravesase caso de honra, prueba bastante de lo que digo, sacamos las espadas... Y prosiguió contando todo lo que con él le había pasado como se ha referido; y que volviendo á lo concertado, desde una espesa arboleda le había visto herido, y á su padre y amigos que con él volvían á la ciudad, de que ignoraba la causa; y aquí don Sancho prosiguió contando el cuento de los ladrones, que ya la experiencia le acreditaba; y don Juan en prosecución de su historia dijo: Pues yo creyendo, como era forzoso, que sabido nuestro disgusto, los justos medios que siempre se interponen donde no hay caso que obligue, habían de estorbar el fin que yo de-

seaba que tuviese mi pendencia, propuse, mudando el hábito en que me veis, de no entrar en la ciudad hasta hallar ocasión de proseguirla, que hay casos que cuando la honra no obliga, los aprieta el disgusto y mala voluntad de la persona. En este tiempo de mi ausencia me faltó el dinero, y viniendo á mi casa con secreto para hablar á mi hermana, fiando mi intención de su cordura para que remediase mi necesidad, hallé tantas novedades, y á don Sancho y á doña Ana, mi esposa, en ella. Refiriendo aquí todo lo que el cuñado había dicho á don Alonso, y prosiguiendo, dijo: Yo ha un momento que llegué, y así como supe el peligro en que don Diego estaba, quise al punto ir á vuestra casa á manifestarme del modo que veis, porque en él se excusara tan evidente como no merecido castigo: la causa de haberme prevenido vuestra diligencia no fué otra sino que no me consintió doña Ana, supuesto que una hora más ó menos no corría el temido peligro, que fuese á veros sino en hábito decente, con deseo infinito de que, pues ya parentesco enlazó nuestra antigua amistad, que vuelva á su punto, pues para satisfacción de un enfado bastan tantos como nos han sucedido, acompañados de tan graves peligros. El padre y don Sancho, como quien no sabían cuán diferente era su intento, tuvieron por bastante la disculpa. El corregidor, doña Isabel, doña Ana y el criado juzgaron como quien lo sabía bien al contrario de la compuesta arenga.

Ya se había divulgado por toda la ciudad el suceso, y todos lo habían solemnizado con general alegría, que por sus buenas partes lastimaba la muerte de tan agradable cuanto generoso caballero, que importa mucho ser bien quisto y liberal, para no solo ganar las voluntades, sino para no hacerse aborrecible. Á este propósito había un caballero que por sus canas y autoridad pensaba que todos le debían obediencia; no quebrantara ninguno de los mandamientos de no prestarás, convidarás ni darás aun á los mismos á quien tenía usurpado parte de lo que gozaba, que antes rompiera uno de los de la Iglesia. Todas sus quejas

eran: Ya no me parece nada bien de lo que ahora cuarenta años me lo parecía; todos me dejan. Acompañaba á este un día otro caballero, y encareciendo esto mismo, dijo: Hasta vuesa merced me ha dejado. Á que respondió el otro cerrando la mano: Señor, quien es así (y tornándola á abrir, y alzando un solo dedo), es forzoso que se ande así. Pues viejo de bien y niño de cien años, con otros tantos millares de ducados sobrados, ganados, como tú y el mundo sabe, ¿en esa edad quieres tener el gusto que de veinte y cinco? ¿Verte idolatrado como el tiempo que tiránicamente lo eras, guardoso y acompañado? Pasó su día, no conviene, ni puede ser. ¿Sabes qué pienso? Que en castigo de lo mal que lo adquiriste, permite el cielo que no lo gastes, y que lo que te pudo hacer amable, por fuertes aduladores que piensan participar de tus tesoros, para ti inútiles, granjeando tu miserable voluntad con alabar tu miseria, eso mismo te hace enfadoso y cansado y que el vulgo te señale. Para comer un hombre, cien ducados le bastan; no le da Dios siete ó ocho mil de renta á uno solo para que se los coma ni los guarde, sino para que los reparta y redima su mal aquisto, sus peores costumbres.

Ya los amigos habían acudido á la cárcel, y con su acompañamiento y de los ministros que por él habían ido entraron todos á ver el preso caballero, donde fueron tantos los parabienes y abrazos, que pueden imaginarse mejor que escribirse, y con el mismo modo llegaron donde el corregidor y los demás aguardaban. Don Juan y don Diego se abrazaron, y volvieron á su primera amistad, que no fué poco en los que una vez la quiebran siendo cuerdos; mas aquí parece que con el parentesco cesaba la causa de tan desdichados efectos. El corregidor y los demás le cargaron de enhorabuenas y parabienes, en ocasión que no es poca cordura, que conozco yo aquí uno de estos que vinculan cintillo y cadena, que á todos cuantos conoce, sea e tiempo que fuere, si los encuentra en las calles cien veces cada hora, no dejará de darles las pascuas, volver á acompañarlos, si le costase la vida; pero son los efectos como

de quien tiene tantas palabras; y reprendiéndole esto, dice que en él es imposible la enmienda, porque esto nace de equidad, y es cortesía natural: Dios lo remedie. Él pidió las manos á don Alonso, que le levantó con mucha cortesía, y con la misma llegó después á pedirlas á doña Isabel, que con alegre y honesto rostro le hizo los lícitos favores que el presente lugar pedía. Allí se concertó que dentro de ocho días se hiciesen las bodas, siendo el corregidor y su mujer padrinos, que era casado con una nobilísima dama de la casa de Guzmán, ofreciéndose la tercera, porque á don Sancho le dieron una hija suya, por conocerle rico y virtuoso caballero, que de este modo trueca la fortuna las cosas de esta vida; pues de donde necesariamente se esperaban trágicos llantos, tristezas y desventuras, se vieron bodas, parentescos, amistades y regocijos.

En el breve tiempo que digo, de unas partes á otras se previnieron vistosas galas, ricas é inestimables joyas, y se efectuaron los casamientos con el mayor aplauso de fiestas cómicas y otros regocijos públicos, opulencia de espléndidos banquetes que fué posible, junto con la asistencia de la nobleza de toda la ciudad, con la mayor parte de la jurisprudencia de aquel insigne senado, que en celo cristiano, letras y buen gobierno exceden á los más celebrados de la antigüedad, igualando á los más famosos de nuestros tiempos que asistieron á honrarlas; y despedidos, junto con los demás que habían acudido á semejante efecto, todos contentos y quietos gozaron de sus deseos. Don Alonso pagó al criado los mil ducados prometidos, y él, viéndose con bastante caudal para retirarse, no seguro de lo que en las dos ocasiones con don Juan le había sucedido, y no menos temeroso de que alcanzase su buena diligencia don Diego, se fué á su tierra muy satisfecho y cargado de dones y mercedes que recibió de sus señores, merecidos de sus servicios, si no por su mucha lealtad, por el buen suceso de sus avisos.

En don Alonso se nos muestra un viejo cuerdo, prudente, y puntual en lo que debe serlo un caballero que, cum-

pliendo con las obligaciones de su edad, ya aprobando la amistad de su hijo, y atrasando el casamiento de su hija, y procurando cumplir la obligación que le pareció que el difunto hijo tenía, dió verdaderas muestras de amor paternal, usando cuerdamente de todas sus acciones.

En don Juan se nos enseña un mozo poco advertido, porque con las hermanas no es lícito, sino pocas, medidas y honestas palabras, que obliguen á respeto, excusándoles que alcancen las propias mocedades, y que no oigan alabanzas de hombre, aunque sea deudo. El agravio que sintió de verse impedir la suerte, enseña el extremo con que se siente delante de la dama que se sirve, y más en público, cualquiera pequeña demostración. Excusar la amistad cuando vino á su casa, queriendo ocultarse, el poder y fuerza que tiene un odio arraigado, pues quiso, siendo tan indigno de la nobleza, recibir por la justicia la venganza.

Pasar don Sancho por el oculto casamiento de su hermana, nos avisa que sufren muchas veces los nobles por sus propias comodidades muchas cosas indignas. Aceptar el casamiento de doña Isabel, y solicitarle creyendo que era amada de su amigo, denota que raras veces hay amistad segura, si hay interés de por medio.

El deseo de ver doña Isabel á don Diego, por las alabanzas sin tiempo de su hermano, denota generalmente cuán inclinadas son todas las mujeres á novedades, y cuánto se les deben excusar. Ponerle la espada de modo que se le quebrase al hermano, enseña que el amor del esposo olvida y desprecia la sangre propia.

Solicitar don Diego á doña Isabel por alabanzas de su hermano, advierte el peligro que hay en alabar las mujeres que nos tocan, particularmente los maridos, que es plática digna de excusarse al mayor amigo, y cuánto deben los que tienen obligaciones de mujeres en sus casas excusar de llevar hombres á ellas, particularmente mozos, porque el amigo igual no ofende la ley de la amistad cuando ocasionado del amigo pretende hermana ó parienta para casa-

miento, si bien no es cortesía, que esto no se sigue por el mismo que le dió la ocasión. Adelantarse en las fiestas, que nadie fíe en la amistad fundada sobre propio interés. Suspender don Diego la pendencia cuando se le quebró á don Juan la espada, es acto generoso que obliga á todo caballero, porque ninguno que lo sea debe valerse de ventaja, aunque sea, como dicen los del duelo, caso igual; pero no es digno que usen de él los nobles. Sucederle el acometerle los ladrones, matar uno, y por encubrirle el engaño del padre y amigos que le puso en tanto peligro, nos advierte que tal vez los hombres por hacer lo que deben les suceden desgracias; pero que confíen en Dios, que les sacará de todas; y que así como es mejor ser castigado sin culpa que libre con ella, obren siempre virtuosamente en todo acontecimiento, y no podrán ser defraudados. Meterse don Diego en la casa del propio enemigo, aplicándose el delito que no había cometido, denota la furia de la celosa pasión.

Venderle por interés el criado que de él había recibido tantos beneficios, nos advierte el poder del interés, y cuánto puede en la mala inclinación de este género de enemigos. Fiar la espada que su dueño le encomendó de doña Isabel, la poca fidelidad y amor con que sirven. Ponerse en cobro con tiempo, teniendo la retribución de los daños que había hecho, es cordura, porque no puede esperar provecho quien hace mal. Recibir premio por lo que merecía castigo, nos advierte la falta común de los poderosos, que raras veces premian la virtud, como lo que sucede en las repúblicas, que se premia tal vez por buena razón de estado, por algunos justos respetos, á los que conociéndolos dignos de castigo, desearan dársele.

El pesar que mostró el corregidor de la prisión y castigo de don Diego, advierte á los ministros que deben aborrecer el delito, y considerar que son hombres, teniendo piedad del que le comete, que hagan lo que les toca sin encarnizarse en la sangre de los miserables, porque haciendo lo contrario, cometen grave pecado.

Doña Ana en casarse ocultamente nos advierte de la temeridad que hace una mujer noble en fiar el honor, mas que piense aventajarse, de la inconstante voluntad humana, porque si una vez sucede bien, suele muy raras veces tener el suceso que desea, y es justo castigo de tanto atrevimiento.

El trocarse tantas desdichas en alegres casamientos, nos muestra que los sucesos humanos, sin alcanzar los hombres por dónde, muchas veces los más alegres se truecan en tristes, y por el contrario, como se vió en esta ocasión, porque no hay cosa firme ni estable debajo del globo de la luna.

EL
CASTIGO DE LA MISERIA

POR

DOÑA MARÍA DE ZAYAS Y SOTOMAYOR

EL CASTIGO DE LA MISERIA

A servir á un grande de esta corte vino de un lugar de Navarra un hijodalgo, tan alto de pensamientos como humilde de bienes de fortuna, pues no le concedió esta madrastra de los nacidos más riqueza que una pobre cama, en la cual se recogía á dormir y se sentaba á comer: este mozo, á quien llamaremos don Marcos, tenía un padre viejo, y tanto, que sus años le servían de renta para sustentarse, pues con ellos enternecía los más empedernidos corazones. Era don Marcos cuando vino á este honroso entretenimiento de doce años, habiendo casi los mismos que perdió á su madre de un repentino dolor de costado, y mereció en casa de este príncipe la plaza de paje, y con ella los usados atributos, picardía, porquería, sarna y miseria; y aunque don Marcos se graduó en todas, en esta última echó el resto, condenándose él mismo de su voluntad á la mayor lacería que pudo padecer un padre del yermo, gastando los diez y ocho cuartos que le daban con tanta moderación, que si podía, aunque fuese á costa de su estómago y de la comida de sus compañeros, procuraba que no se disminuyesen, ó ya que algo gastase, no

de suerte que se viese mucho su falta. Era don Marcos de mediana estatura, y con la sutileza de la comida se vino á transformar de hombre en espárrago. Cuando sacaba de mal año su vientre era el día que le tocaba servir la mesa de su amo, porque quitaba de trabajo á los mozos de plata, llevándoles lo que caía en sus manos más limpio que ellos lo habían puesto en la mesa, proveyendo sus faltriqueras de todo aquello que sin peligro se podía guardar para otro día. Con esta miseria pasó la niñez, acompañando á su dueño en muchas ocasiones dentro y fuera de España, donde tuvo principales cargos. Vino á merecer don Marcos pasar de paje á gentilhombre, haciendo en esto su amo con él lo que no hizo el cielo. Trocó pues los diez y ocho cuartos por cinco reales y tantos maravedís; pero ni mudó de vida ni alargó la ración á su cuerpo, antes como tenía más obligaciones, iba dando más nudos á su bolsa. Jamás se encendió en su casa luz, y si alguna vez se hacía esta fiesta, era el que le concedía su diligencia y el descuido del repostero, algún cabo de vela, el cual iba gastando con tanta cordura, que desde la calle se iba desnudando, y en llegando á casa, dejaba caer los vestidos, y al punto le daba la muerte. Cuando se levantaba por la mañana tomaba un jarro que tenía sin asa, y salía á la puerta de la calle, y al primero que veía le pedía remediase su necesidad, y esto le duraba dos ó tres días, porque lo gastaba con mucha estrechez. Luego se llegaba donde jugaban los muchachos, y por un cuarto llevaba uno que le hacía la cama, y si tenía criado, se concertaba con él que no le había de dar ración más de dos cuartos y un pedazo de estera en que dormir; y cuando estas cosas le faltaban, llevaba un pícaro de cocina que lo hacía todo, y le vertiese una extraordinaria vasija en que hacía las inexcusables necesidades; era al modo de un arcaduz de noria, porque había sido en un tiempo jarro de miel, que hasta en verter sus excrementos guardó la regla de la observancia. Su comida era un panecillo de un cuarto, media libra de vaca, un cuarto de zarandajas, y otro que daba al cocinero porque tuviese

cuidado de guisarlo limpiamente; y esto no era cada día, sino solo los feriados, que lo ordinario era un cuarto de pan y otro de queso. Entraba en el estrado donde comían sus compañeros, y llegaba el primero, y decía: Buena debe de estar la olla, que da un olor que consuela, en verdad que la he de probar; y diciendo y haciendo, sacaba una presa; y de esta suerte daba la vuelta de uno en uno á todos los platos, que hubo día que en viéndole venir, el que podía se comía de un bocado lo que tenía delante, y el que no, ponía la mano sobre su plato. Con el que tenía más amistad era con un gentilhombre de casa, que estaba aguardando verle entrar á comer ó cenar, y luego con su pan y queso en la mano entraba diciendo: Por cenar en conversación os vengo á cansar, y con esto se sentaba en la mesa, y alcanzaba de lo que había. Vino, en su vida lo compró, aunque lo bebía algunas veces en esta forma: ponía se á la puerta de la calle, y como iban pasando las mozas y muchachos con el vino, les pedía en cortesía se lo dejasen probar, obligándoles lo mismo á hacerlo. Si la moza ó muchacho eran agradables, les pedía licencia para otro traguillo. Viniendo á Madrid en una mula y con un mozo, que por venir en su compañía se había aplicado á servirle por ahorrar de gasto, le envió en un lugar por un cuarto de vino, y mientras que fué por él se puso á caballo y se partió, obligando al mozo á venir pidiendo limosna. Jamás en las posadas le faltó un pariente, que haciéndose gorra con él, le ahorraba la comida. Vez hubo que dió á su mula paja de jergón que tenía en la cama, todo á fin de no gastar. Varios cuentos se decían de don Marcos, con que su amo y sus amigos pasaban tiempo, tanto, que ya era conocido en la corte por el hombre más regalado de los que se conocían en el mundo. Vino don Marcos de esta suerte, cuando llegó á los treinta años, á tener nombre y fama de rico, y con razón, pues vino á juntar á costa de su opinión y hurtándoselo al cuerpo, seis mil ducados, los cuales se tenía siempre consigo, porque temía mucho las retiradas de los genoveses, pues cuando más descuidado

ven á un hombre, le dan manotada como zorro. Y como don Marcos no tenía fama de jugador ni de amancebado, cada día se le ofrecían varias ocasiones de casarse, aunque lo regateaba temiendo algún mal suceso; parecíales bien á las señoras que lo deseaban para marido, y quisieran más fuese gastador que guardoso, que con este nombre calificaron su miseria. Entre muchas que desearon ser suya, fué una señora que no había sido casada, si bien estaba en opinión de viuda, mujer de buen gusto y de alguna edad, aunque lo encubría con las galas, adornos é industria, porque era viuda galán, con su monjil de tercianela, tocas de reinas, y su poquito de moño. Era buena señora, cuyo nombre es doña Isidora, muy rica en hacienda, según decían todos los que la conocían, y su modo de tratarse lo mostraba. Y en esto siempre se adelantaba el vulgo más de lo que era razón. Propusiéronle á don Marcos este matrimonio, pintándole á la novia con tan perfectos colores, y asegurándole que tenía más de catorce ó quince mil ducados, diciéndole haber sido su difunto consorte un caballero de lo mejor de Andalucía, que asimismo decía serlo la señora, dándole por patria á la famosa ciudad de Sevilla, con la cual nuestro don Marcos se dió por casado. El que trataba el casamiento era un gran socarrón, tercero, no solo de casamientos, sino de todas mercaderías, tratante en grueso de buenos rostros y mejores bolsas, pues jamás ignoraba lo malo y lo bueno de esta corte, y era la causa haberle prometido buena recompensa; ordenó llevar á don Marcos á vistas, y lo hizo la misma tarde que se lo propuso porque no hubiese peligro en la tardanza. Entró don Marcos en casa de doña Isidora, casi admirado de ver la casa, tantos cuadros, tan bien labrada y con tanta hermosura; y miróla con atención, porque le dijeron que era su dueño la misma que lo había de ser de su alma, á la cual halló entre tantos damascos y escritorios, que más parecían casa de señora de título que de particular, con un estrado tan rico, y la casa con tanto aseo, olor y limpieza, que parecía, no tierra, sino cielo, y ella tan aseada y bien prendida,

como dice un poeta amigo, que pienso que por ella se tomó este motivo de llamar así á los aseados. Tenía consigo dos criadas, una de labor, y otra de todo y para todo, que á no ser nuestro hidalgo tan compuesto y tenerle el poco comer tan mortificado, por solo ellas pudiera casarse con su ama, porque tenían tan buenas caras como desenfado, en particular la fregona, que pudiera ser reina si se dieran los reinos por hermosura. Admiróle sobre todo el agrado y discreción de doña Isidora, que parecía la misma gracia, tanto en donaire como en amores, y fueron tantas y tan bien dichas las razones que dijo á don Marcos, que no solo le agradó, mas le enamoró, mostrando en sus agradecimientos el alma, que la tenía el buen señor bien sencilla y sin doblez. Agradeció doña Isidora al casamentero la merced que le hacía en querer emplearle tan bien, acabando de hacer tropezar á don Marcos en una aseada y costosa merienda, en la cual hizo alarde de la vajilla, rica y olorosa ropa blanca, con las demás cosas que en una casa tan rica como la de doña Isidora era fuerza hubiese. Hallóse á la merienda un mozo galán, desenvuelto, y que de bien entendido picaba en pícaro, al cual doña Isidora regalaba á título de sobrino, cuyo nombre era Agustinico, que así le llamaba su señora tía. Servía á la mesa Inés, porque Marcela, que así se llamaba la doncella, por mandado de su señora tenía ya en las manos un instrumento, en el cual era tan diestra, que no se le ganara el mejor músico de la corte, y esto acompañaba con una voz, que más parecía ángel que mujer, y á la cuenta era todo. La cual con tanto donaire como desenvoltura, sin aguardar á que la rogasen, porque estaba cierta que lo haría bien, ó fuese acaso ó de pensado, cantó así:

Claras fuentecillas,
pues murmurais,
murmurad á Narciso
que no sabe amar.

Murmurad que vive
libre y descuidado,
y que mi cuidado
en el agua escribe;

que pena recibe
si sabe mi pena,
que es dulce cadena
de mi libertad:
Murmurad á Narciso
que no sabe amar.
Murmurad que tiene
el pecho de hielo,
y que por consuelo
penas me previene;
responde que pene
si favor le pido,
y se hace dormido
si pido piedad:
Murmurad á Narciso
que no sabe amar.
Murmurad que llama
cielos otros ojos,
mas por darme enojos
que porque los ama;
que mi ardiente llama
paga con desdén,
y quererle bien
con quererme mal:
Murmurad á Narciso
que no sabe amar.
Y en cortesía
responde á mi amor,
nunca su favor
duró más de un día,
do la pena mía
ríe lisonjero,
y aunque ve que muero,
no tiene piedad:
Murmurad á Narciso
que no sabe amar.
Murmurad que há días
tiene la firmeza,
y que con tibieza
paga mis porfías;
mis melancolías
le causan contento,
y si mudo intento,
muestra voluntad:
Murmurad á Narciso
que no sabe amar.
Murmurad que he sido
Eco desdichada,
aunque despreciada,
siempre le he seguido;
y que si le pido
que escuche mi queja,
desdeñoso deja
mis ojos llorar:
Murmurad á Narciso
que no sabe amar.
Murmurad que altivo,
libre y desdeñoso
vive, y sin reposo,
por amarle, vivo,
que no da recibo
á mi eterno amor,
antes con rigor
me intenta matar:
Murmurad á Narciso
que no sabe amar.
Murmurad sus ojos
graves y severos,
aunque bien ligeros
para darme enojos,
que rinde despojos
á su gentileza,
cuya altiva alteza
no halla su igual:
Murmurad á Narciso
que no sabe amar.
Murmurad que ha dado
con alegre risa
la gloria á Belisa,
que á mí me ha quitado,
no de enamorado,
sino de traidor,
que aunque finge amor,
miente en la mitad:
Murmurad á Narciso
que no sabe amar.
Murmurad mis celos
y penas rabiosas,
ay, fuentes hermosas,
á mis ojos cielos,
y mis desconsuelos,
penas y disgustos;
mis perdidos gustos,
fuentes, murmurad,
y también á Narciso
que no sabe amar.

No me atreveré á determinar en qué halló nuestro don

Marcos más gusto, si en las empanadas y hermosas tostadas, lo uno picante y lo otro dulce, sin el sabroso pernil y fruta fresca y gustosa, acompañado todo con el licor del santo remedio de los pobres, que á fuerza de brazos estaba vertiendo hielo, siendo ello mismo fuego, que por eso llamaba un aficionado á las cantimploras remedio contra el fuego; ó en la dulce voz de Marcela, porque al són de su letra él no hacía sino comer, tan regalado de doña Isidora y de Agustinico, que no lo pudiera ser más si él fuera el rey, porque si en la voz hallaba gusto para los oídos, en la merienda recreo para su estómago, tan ayuno de regalos como de sustento. Regalaba también doña Isidora á don Agustín, sin que don Marcos, como poco escrupuloso, reparase en nada más de sacar dé mal año sus tripas; porque creo, sin levantarle testimonio, que sirvió la merienda de aquella tarde de ahorro de seis días de ración, y más con los buenos bocados que doña Isidora y su sobrino atestaban y embutían en el baúl vacío del buen hidalgo, provisión bastante para no comer en mucho tiempo. Fenecióse la merienda con el día, y estando ya prevenidas cuatro bujías en sus hermosos candeleros, á la luz de las cuales y al dulce són que Agustinico hizo en el instrumento que Marcela había tocado bailaron ella é Inés lo rastreado y soltillo, sin que se quedase la capona olvidada, con tal donaire y desenvoltura, que se llevaba entre los piés los ojos y el alma del auditorio, y tornando Marcela á tomar la guitarra, á petición de don Marcos, que como estaba harto quería bureo, feneció la fiesta con este romance:

Fuése Bras de la Cabaña;
sabe Dios si volverá,
por ser firmísima Menga,
y ser muy ingrato Bras.
Como no sabe ser firme,
desmayóle el verse amar,
que quien no sabe querer,
tampoco sabe estimar.
No le ha dado Menga celos,
que no se los pudo dar,
porque si supiera darlos,
supiera hacerse estimar.
Es Bras de condición libre,
no se quiere sujetar,
y así, viéndose querido,
supo el modo de olvidar.
No solo á sus gustos sigue,
mas sábelos publicar,
que quiere á fuerza de penas
hacerse estimar en más.

Que no volverá es muy cierto,
que es cosa la voluntad
que cuando llega á trocarse
no vuelve á su ser jamás.
Por gustos ajenos muere,
pero no se morirá,
que sabe fingir pasiones
hasta que llega á alcanzar.
Desdichada la serrana
que en él se viene á emplear,
pues aunque siembre afición,
solo penas cogerá.
De ser poco lo que pierde,
certísima Menga está,
pues por mal que se aventure,
no puede tener más mal.
Es franco de disfavores,
de tibieza liberal,
pródigo de demasías,
escaso de voluntad.
Dice Menga que se alegra:
no sé si dice verdad,
que padecer despreciada
es dudosa enfermedad.
Suelen publicar salud
cuando muriéndose están,
mas no niego que es cordura
el saber disimular.
Esconderse por no verla,
ni de sus cosas hablar,
ni tarde de su alabanza,
indicios de salud da.
Pero de vivir contenta,
y ella en secreto llorar,
llevar mal que mire á otras,
de amor parece señal.
Lo que por mi teología
he venido á pergeñar,
es que aquel que dice injurias
cerca está de perdonar.
Préciase Menga de noble;
no sé si querrá olvidar,
que una vez elección hecha,
no es noble quien vuelve atrás.
Mas ella me ha dicho á mí
que en llegando ó averiguar
injurias, celos á agravios,
afrenta el verle será.

Al dar fin al romance se levantó el corredor de desdichas, y le dijo á don Marcos que era hora de que la señora doña Isidora reposase; y así, se despidieron los dos de ella y de Agustinico y de las otras damiselas, y dieron la vuelta á su casa, yendo por la calle tratando lo bien que le había parecido doña Isidora y descubriendo enamorado don Marcos, más del dinero que de la dama, el deseo que tenía de verse ya su marido; y así, le dijo que diera un dedo de la mano por verlo ya hecho, porque era sin duda que le estaba muy bien, aunque no pensaba tratarse después de casado con tanta ostentación y grandeza, pues que aquello era bueno para un príncipe, y no para un hidalgo particular como él era, pues con su ración y alguna cosa más había para el gasto; y que seis mil ducados que tenía y otros tantos que más podía hacer de cosas excusadas que había en casa de doña Isidora, pues bastaba para la casa de un escudero de un señor cuatro cucharas, un jarro, una salvilla y una buena cama, y á este modo cosas que no

se pueden excusar; todo lo demás era cosa sin provecho, que mejor estaría en dineros, y puestos en renta, vivirían como un príncipe, y podían dejar á sus hijos, si Dios se los diese, con qué pasar muy honradamente, y cuando no los tuviesen, pues doña Isidora tenía aquel sobrino, para él sería todo, si fuese tan obediente que quisiese respetarle como á padre. Hacía estos discursos don Marcos tan en su punto, que el casamiento lo dió por concluido; y así, le respondió que él hablaría otro día á doña Isidora, y se efectuaría el negocio, porque en estos casos de matrimonio tantos tienen deshechos las dilaciones como la muerte. Con esto se despidieron, y él se volvió á contar á doña Isidora lo que con don Marcos había pasado, codicioso de las albricias; y éste á casa de su amo, donde hallándole todo en silencio, por ser muy tarde, sacando un cabo de la faltriquera, se llegó á una lámpara que estaba en la calle alumbrando una cruz, y puesta la vela en la punta de la espada, la encendió, y después de haberle suplicado con una breve oración que fuese la que se quería echar á cuestas para bien suyo, se entró en su posada y se acostó, aguardando impaciente el día, pareciéndole que se le había de despintar tal ventura. Dejémosle dormir, y vamos al casamentero, que vuelto á casa de doña Isidora, le contó lo que pasaba y cuán bien le estaba. Ella, que lo sabía mejor que no él, como adelante se dirá, dió luego el sí, y cuatro escudos al tratante por principio, y le rogó que luego por la mañana volviese á don Marcos, y le dijese cómo ella tenía á gran suerte el ser suya, que no le dejase de la mano, antes gustaría que se le trajese á comer con ella y su sobrino, para que se hiciesen las escrituras y se sacasen los recados. ¡Qué dos nuevas para don Marcos, convidado y novio! Y con ellas, por ser tan buenas, madrugó el casamentero, y dió los buenos días á nuestro hidalgo don Marcos, al cual halló ya vistiéndose, que amores de blanca niña no le dejaban reposar. Recibió con los brazos á su buen amigo, que así llamaba al procurador de pesares, y con el alma la resolución de su ventura, y aca-

bándose de vestir de las más costosas galas que su miseria le consentía, se fué con su norte de desdichas á casa de su dueño, su señora, donde fué recibido de aquella sirena con la agradable música de sus caricias, y de don Agustín, que se estaba vistiendo, con mil modos de cortesías y agrados; donde en buena conversación y agradecimiento de su ventura y sumisiones del cauto mozo, en agradecimiento del lugar que de hijo le daba, pasaron hasta que fué hora de comer, que de la sala del estrado se entraron á otra cuadra más adentro, donde estaba puesta la mesa y aparador, como pudiera en casa de un gran señor. No tuvo necesidad doña Isidora de gastar muchas arengas para obligar á don Marcos á sentarse á la mesa, porque antes él rogó á los demás que lo hiciesen, sacándolos de esta penalidad, que no es pequeña. Satisfizo el señor convidado su apetito en la bien sazonada comida, y sus deseos en el compuesto aparador, tornando en su memoria á hacer otros tantos discursos como la noche pasada, y más como veia á doña Isidora tan liberal y cumplida, como aquella que había de ser suya, le parecía aquella grandeza vanidad excusada y dinero perdido. Acabóse la comida, y preguntaron á don Marcos si quería, en lugar de dormir la siesta, por no haber en aquella casa cama para huéspedes, jugar al hombre. Á lo cual respondió que servía á un señor tan virtuoso y cristiano, que si supiera que criado suyo jugaba, ni aun al quince, no estuviera ni una hora en su casa, y que como él sabía esto, había tomado por regla el darle gusto; demás de ser su inclinación buena y virtuosa, pues no tan solamente no sabía jugar al hombre, más que no conocía ni una carta, y que verdaderamente hablaba por su cuenta que valía el no saber jugar muchos ducados por año. Pues el señor don Marcos, dijo doña Isidora, es tan virtuoso, que no sabe jugar (¡qué bien le digo yo á Agustinillo que es lo que está mejor al alma y á la hacienda!), vé, niño, y dile á Marcela que se dé prisa á comer, y traiga su guitarra, é Inesita sus castañuelas, y en eso entretendremos la siesta hasta que venga el notario

que el señor Gamarra (que así se llamaba el casamentero), tiene prevenido para hacer las capitulaciones; fué Agustinico á lo que su señora tía le mandaba, y mientras venía, prosiguió don Marcos, y asiendo la plática desde arriba: Pues en verdad, dijo, que puede Agustín, si pretende darme gusto, no tratar de jugar ni salir de noche, y con eso seremos amigos; de hacerlo habría mil rencillas, porque soy muy amigo de recogerme temprano la noche que no hay que hacer; y que en entrando, no solo se cierre la puerta, mas se clave, no porque soy celoso, que harto ignorante es el que lo es teniendo mujer honrada, mas porque las casas ricas nunca están seguras de ladrones, no quiero que me lleven con sus manos lavadas lo que á mí me costó tanto afan y fatiga el ganarlo; y así, yo le quitaré el vicio, y sobre esto sería el diablo.

Vió doña Isidora tan colérico á don Marcos, que fué menester mucho de su despejo para desenojarle; y así, le dijo que no se disgustase, que el muchacho haría todo lo que fuese de su gusto, porque era el mozo más dócil que en su vida había tratado, que al tiempo daba por testigo. Esto le importa, replicó don Marcos, y atajó la plática don Agustín y las damiselas, que venían cada una con su instrumento, y la desenvuelta Marcela dió principio á la fiesta con estas décimas:

Lauro, si cuando te amaba,
y tu rigor me ofendía,
triste de noche y de día,
tu ingrato trato lloraba;
si en ninguna parte hallaba
remedio de mi dolor,
pues cuando solo un favor
era paz de mis enojos,
siempre en tus ingratos ojos
hallé crueldad por amor.

Si cuando pedí á los cielos
la muerte por no mirarte,
y maltratarme y culparte
eran todos mis desvelos;
supe seguida de celos,
mereciendo ser querida,
quise quitarme la vida,
dime, ¿cómo puede haber
otro mayor mal que ser
cruelmente aborrecida?

Yo lo tengo por mayor
que no vivir olvidada,
que siéndolo, no te enfada
como otras veces mi amor;
tengo el verte por favor,
que tu descuido me ofrece
la paz que aquel que aborrece
niega al que adorando está,
luego el olvido será
mayor daño que parece.

Y así, á pedirle favor
con disfavor me convidas,
porque al fin como me olvidas,
no te ofendas de mi amor;
que alguna vez tu rigor
vendrá á tomar por partido
amar en lugar de olvido;
y si has de aborrecer,
más quiero, Lauro, no ser,
que aborrecida haber sido.

No sabré decir si lo que más agradó á los oyentes fué la suave voz de Marcela ó los versos que cantó; finalmente, á todo dieron alabanza, pues aunque las décimas no eran las más cultas ni las más acendradas, el donaire de Marcela les dió tanta sal, que supliera mayores faltas; y porque mandaba doña Isidora á Inés que bailase con Agustín, le previno don Marcos que fenecido el baile volviese á cantar, pues lo hacía divinamente, lo cual Marcela hizo con mucho gusto, dándosele al señor don Marcos con este romance:

Ya de mis desdichas
el colmo veo,
y en ajenos favores
miro mis celos.

Ya no tengo que esperar
de tu amor, ingrato Ardenio,
aunque tus muchas tibiezas
mida con mi sufrimiento.
Que ya en mi fuego te hieles,
ni que me encienda en tu hielo,
que mueren mis esperanzas,
ni que viva en mi tormento.
Como en mi confusa pena
no hay alivio ni remedio,
ni le busco, ni le pido,
desesperada padezco.

Pues de mis desdichas
el colmo veo,
y en ajenos favores
miro mis celos.

¿Qué tengo ya que esperar,
ni cómo obligar pretendo
á quien de solo matarme
atrevido lleva intento?
Á los hermanos imito,
que por pena en el infierno
tienen trabajo sin fruto
y servir fuera de tiempo.
Acaba, saca la espada,
pasa mi constante pecho,
acabaré de penar,
si no es mi tormento eterno.

Pues de mis desdichas
el colmo veo,
y en ajenos favores
miro mis celos.

Quiérote bien, ¡qué delito
para castigo tan fiero!
pero tú te desobligas
cuando ya obligarte pienso.
¿Quién creyera que mis partes,
que alguno estimó por cielos,
son infiernos á tus ojos,
pues de ellas andan huyendo?
Siempre decís que buscais
los hombres algún sujeto
que sea en aquesta edad
de constancia claro ejemplo.
Y si acaso hallais alguno,
le haceis tal tratamiento,
que aventura por vengarse,
no una honra, sino ciento.
Míralo en ti y en mi amor,
no quieras más claro espejo,
y verás como hay mujeres
con amor y sufrimiento.

Pues de mis desdichas
el colmo veo,
y en ajenos favores
miro mis celos.

Hasta aquí pensé callar,
tus sinrazones sufriendo,
mas pues voluntad publicas,
¿cómo callaré con celos?
Sepa el mundo que te quise,
sepa el mundo que me has muerto
y sépalo esa tirana
de mi gusto y de mi dueño.
Poco es brasas, como Porcia,
poco es, como Elisa, acero,
mas es morir de sospechas,
fuego que en el alma siento.

Pues de mis desdichas
el colmo veo,
y en ajenos favores
miro mis celos.

Poco puedo, Ardenio ingrato,
y hoy pienso que puedo menos,
pues sufriendo no te obligo,
ni te obligué padeciendo.
Yo gusto que tengas gustos,
pero tenlos con respeto
de que me llameste tuya,
ó de veras ó fingiendo.
Cuando en tus ojos me miro,
en ellos miro otro dueño,
pues ¿qué has menester decirme
lo que tengo yo por cierto?

Pues de mis desdichas
el colmo veo,
y en ajenos favores
miro mis celos.

Ingrato, si ya tus glorias
no te caben en el pecho,
guárdalas, que para mí
son, más que gloria, veneno.
Mas tú debes de gustar
de verme vivir muriendo,
que el querer y aborrecer
en ti viene á ser extremo.
Y si de matarme gustas,
acaba, mátame presto;
pero si celosa vivo,
¿para qué otra muerte quiero?

Pues de mis desdichas
el colmo veo,
y en ajenos favores
miro mis celos.

Como era don Marcos de los sanos de Castilla, y sencillo como un tafetán de la China, no se le hizo largo este romance, antes quisiera que durara mucho más, porque la llaneza de su ingenio no era como los fileteados de la corte, que en pasando de seis estancias, se enfadan. Dió las gracias á Marcela, y le pidiera que pasara adelante, si á este punto no entrara el buen Gamarra con un hombre, que dijo ser notario, si bien más parecía lacayo que otra cosa, y se hicieron las escrituras y conciertos, poniendo doña Isidora en la dote doce mil ducados y aquellas casas; y como don Marcos era hombre tan sin malicia, no se metió en más averiguaciones, con lo que el buen hidalgo estaba tan contento, que posponiendo su autoridad, bailó con su querida esposa, que así llamaba á doña Isidora. Cenaron aquella noche con el mismo aplauso y ostentación

que habían comido, si bien todavía el tema de don Marcos era la moderación del gasto; pareciéndole, como dueño de aquella casa y hacienda, que si de aquella suerte iba, no había dote para cuatro días; mas hubo de callar hasta mejor ocasión. Llegó la hora de recogerse, y por excusar trabajo de ir á su posada, quiso quedarse con su señora, mas ella con muy honesto recato dijo que no había de poner hombre el pié en el casto lecho que fué de su difunto señor mientras no tuviese las bendiciones de la Iglesia, con lo que tuvo por bien don Marcos de irse á dormir á su casa, que no sé si diga que más fué velar, supuesto que el cuidado de sacar las amonestaciones le tenía ya vestido á las cinco. En fin, se sacaron, y en tres días de fiesta que la fortuna trajo de los cabellos, que á la cuenta sería el mes de agosto, que las trae de dos en dos, se amonestaron, dejando para el lunes, que en las desgracias no tuvo que envidiar al martes, el desposar y el velarse todo junto, á uso de grandes; lo cual se hizo con grande aparato y grandeza, así de galas como en lo demás, porque don Marcos, humillando su condición y venciendo su miseria, sacó fiado, por no descabalar los seis mil ducados, un rico vestido y faldellín para su esposa, haciendo cuenta que con él y la mortaja cumplía, no porque se le vino al pensamiento la muerte de doña Isidora, sino por parecerle que poniéndosele solo de una Navidad á otra, habría vestido hasta el día del juicio. Trajo asimismo de casa de su amo padrinos, que todos alababan su elección y engrandecían su ventura, pareciéndoles acertamiento haber hallado una mujer de tan buen parecer y tan rica, pues aunque doña Isidora era de más edad que el novio, contra el parecer de Aristóteles y otros filósofos antiguos, lo disimulaba de suerte, que era milagro verla tan bien aderezada. Pasada la comida, y estando ya sobre tarde alegrando con bailes la fiesta, en los cuales Inés y don Agustín mantenían la tela, mandó doña Isidora á Marcela que la engrandeciese con su divina voz, á la cual, no haciéndose de rogar, con tanto desenfado como donaire cantó así:

Si se ríe el alba,
de mí se ríe,
porque adoro tibiezas,
y muero firme.

Cuando el alba miro,
con alegre risa
mis penas me avisa,
mis males suspiro;
pero no me admiro
de verla reir,
ni de presumir
que de mí se ríe;
porque adoro tibiezas
y muero firme.
Ríese de verme
con cien mil pesares,
los ojos dos mares,
viendo aborrecerme;
cuando ingrato duerme
mi querido dueño,
mi dolor el sueño
triste despide;
porque adoro tibiezas,
y muero firme.
Ríe el ver que digo
que no tengo amor,
cuando su rigor
de secreto sigo,
por ver si la obligo
á tratarme bien,
al mismo desdén
que en matarme vive;
porque adoro tibiezas
y muero firme.

Ríe que me alejo
de aquello que sigo;
llamado enemigo
por lo que me quejo,
que pido consejo,
amando sin él;
despido cruel
lo que no me sigue;
porque adoro tibiezas,
y muero firme.
Ríe el ver mis ojos
publicar tibieza,
cuando mi firmeza
les da mil enojos,
ofrecer despojos
y encubrir pasión,
mirar á traición
unos ojos libres;
porque adoro tibiezas,
y muero firme.
Ríe el que procura
encubrir mis celos,
que estoy sin desvelos
cuando miento y juro,
el descuido apuro,
lo que me da pena,
porque amor ordena
mi muerte triste;
porque adoro tibiezas,
y muero firme.

Llegóse en estos entretenimientos la noche, principio de la posesión de don Marcos, y más de sus desdichas, pues antes de tomarla empezó la fortuna á darle con ellas en los ojos, y así fué la primera darle á don Agustín un accidente; no me atrevo á decir si le causó el ver casada á su señora tía; solo digo que puso la casa en alboroto, porque doña Isidora empezó á desconsolarse, acudiendo más tierna que fuera razón á desnudarle, para que se acostase, haciéndole tantas caricias y regalos, que casi dió celos al desposado, el cual viendo ya al enfermo algo sosegado,

mientras su esposa se acostaba, acudió á prevenir con cuidado que se cerrasen las puertas y echasen las aldabas á las ventanas; cuidado que puso en las desenvueltas criadas de su querida mujer la mayor confusión y aborrecimiento que se puede pensar, pareciéndoles achaque de celoso; y no lo era cierto, sino de avaro; porque como el buen señor había traído su ropa, y con ella sus seis mil ducados, que aun apenas habían visto la luz del cielo, quería acostarse seguro de que lo estaba su tesoro. En fin, él se acostó con su esposa; las criadas, en lugar de acostarse, se pusieron á murmurar y llorar, exagerando la prevenida y cuidadosa condición de su dueño. Empezó Marcela á decir: ¿Qué te parece, Inés, á lo que nos ha traído la fortuna, pues de acostarnos á las tres y á las cuatro, oyendo músicas y requiebros, ya en la puerta de la calle, ya en las ventanas, rodando el dinero en nuestra casa, como en otras la arena, hemos venido á ver á las once cerradas las puertas y clavadas las ventanas, sin que haya atrevimiento en nosotras para abrirlas? Mal año abrirlas, dijo Inés; Dios es mi señor, que tiene traza nuestro amo de echarle siete candados como á la cueva de Toledo; ya, hermana, esas fiestas que dices se acabaron, no hay sino echarnos dos hábitos, pues mi ama ha querido esto; que poca necesidad tenía de haberse casado, pues no le faltaba nada, y no ponernos á todas en esta vida, que no sé cómo no la ha enternecido ver al señor don Agustín cómo ha estado esta noche, que para mí es la higa si no es la pena de verla casada el accidente que tiene; y no me espanto, que está enseñado á holgarse y regalarse, y viéndose ahora enjaulado como jilguerillo, claro está que lo ha de sentir como yo lo siento; que malos años para mí, que me pudieran ahogar con una hebra de seda cendalí.—Aun tú, Inés, replicó Marcela, que sales fuera por todo lo que es menester, no tienes que llorar; mas triste de quien por llevar adelante este mal afortunado nombre de doncella, ya que en lo demás haya tanto engaño, ha de estar padeciendo todos los infortunios de un celoso, que las hormi-

guillas le parecen gigantes; mas yo lo remediaré, supuesto que por mis habilidades no me ha de faltar la comida. Mala pascua para el señor don Marcos si yo tal sufriere.—Yo, Marcela, dijo Inés, será fuerza que sufra, porque si te he de confesar verdad, don Agustín es la cosa que más quiero; si bien hasta ahora mi ama no me ha dado lugar de decirle nada, aunque conozco de él que no me mira mal, mas de aquí adelante será otra cosa, que habrá de dar más tiempo, acudiendo á su marido.

En estas pláticas estaban las criadas, y era el caso que el señor don Agustín era galán de doña Isidora, y por comer, vestir y gastar á título de sobrino, no solo llevaba la carga de la vieja, mas otras muchas, como eran las conversaciones de damas y galanes, juegos y bailes y otras cosillas de este jaez, y así pensaba sufrir la del marido, aunque la mala costumbre de dormir acompañado le tenía aquella noche con alguna pasión; pues como Inés le quería, dijo que quería ir á ver si había menester algo mientras se desnudaba Marcela, y fué tan buena su suerte, que como don Agustín era muchacho, tenía miedo, y así la dijo: Por tu vida, Inés, que te acuestes aquí conmigo, porque estoy con el mayor asombro del mundo, y si estoy solo, en toda la noche podré sosegar de temor. Era piadosísima Inés, y túvole tanta lástima, que al punto le obedeció, dándole las gracias de mandarle cosas de su gusto. Llegóse la mañana, martes al fin, y temiendo Inés que su señora se levantase y la cogiese con el hurto en las manos, se levantó más temprano que otras veces, y fué á contar á su amiga sus venturas; y como no hallase á Marcela en su aposento, fué á buscarla por toda la casa, y llegando á una puertecilla falsa que estaba en un corral, algo á trasmano, la halló abierta, y era que Marcela tenía cierto requiebro, para cuya correspondencia tenía llave de la puertecilla, por donde se había ido con él, quitándose de ruidos; y aposta, por dar á don Marcos tártago, la había dejado abierta; y visto esto, fué dando voces á su señora, á las cuales despertó el miserable novio, y casi muerto de congoja saltó

de la cama, diciendo á doña Isidora que hiciese lo mismo, y mirase si le faltaba alguna cosa, abriendo á un mismo tiempo la ventana; y pensando hallar en la cama á su mujer, no halló sino una fantasma ó imagen de la muerte, porque la buena señora mostró las arrugas de la cara por entero, las cuales encubría con el afeite, que tal vez suele ser encubridor de años, que á la cuenta estaban más cerca de cincuenta y cinco que de treinta y seis, como había puesto en la carta de dote, porque los cabellos eran pocos y blancos por la nieve de muchos inviernos pasados.

Esta falta no era mucha, merced á los moños y á su autor, aunque en esta ocasión se la hizo á la pobre dama, respecto de haberse caído sobre las almohadas con el descuido del sueño, bien contra la voluntad de su dueño; los dientes estaban esparcidos por la cama, porque, como dijo el príncipe de los poetas, daba perlas de barato, á cuya causa tenía don Marcos uno ó dos entre los bigotes, demás de que parecían tejado con escarcha, de lo que habían participado de la amistad que con el rostro de su mujer habían hecho. Cómo se quedaría el pobre hidalgo, se deja á la consideración del pío lector, por no alargar pláticas en cosa que pueda la imaginación suplir cualquiera falta; solo digo que doña Isidora, que no estaba menos turbada de que sus gracias se manifestasen tan á letra vista, asió con una presurosa congoja su moño, mal enseñado á dejarse ver tan de mañana, y atestósele en la cabeza, quedando peor que sin él, porque con la prisa no pudo ver cómo le ponía, y así se le acomodó cerca de las orejas. ¡Oh maldita Marcela! causa de tantas desdichas, no te lo perdone Dios, amén. En fin, más alentada, aunque con menos razón, quiso tomar un faldellín para salir á buscar su fugitiva criada, mas ni él, ni el vestido rico con que se había casado, ni los chapines con viras, ni otras joyas que estaban en una sala, porque esto y el vestido de don Marcos, con una cadena que valía doscientos escudos, que había traído puesta el día antes, la cual había sacado de su tesoro para solemnizar la fiesta, no pareció, porque la

astuta Marcela no quiso ir desapercibida. Lo que haría don Marcos en esta ocasión, ¿qué lengua bastará á decirlo, ni qué pluma á escribirlo? Quien supiere que á costa de su cuerpo lo había ganado, podrá ver cuán al de su alma lo sentiría, y más no hallando consuelo en la belleza de su mujer, porque bastaba á desconsolar al mismo infierno. Si ponía los ojos en ella, veía una estantigua; si los apartaba, no veía sus vestidos y cadena, y con este pesar se paseaba muy aprisa así en camisa por la sala dando palmadas y suspiros. Mientras él andaba así, doña Isidora se fué al Jordán de su retrete y arquilla de baratijas; se levantó Agustín, á quien Inés había ido á contar lo que pasaba, riéndose los dos de la visión de doña Isidora y de la bellaquería de Marcela, y á medio vestir salió á consolar á su tío, diciéndole los consuelos que supo fingir y encadenar, más á lo socarrón que á lo necio. Animóle con que se buscaría la agresora del hurto, y obligóle á paciencia el decirle que eran bienes de fortuna, con lo que cobró fuerzas para volver en sí y vestirse; y más como vió venir á doña Isidora tan otra de lo que había visto, que casi creyó que se había engañado y que no era la misma. Salieron juntos don Marcos y don Agustín á buscar por dicho de Inés las guaridas de Marcela; y en verdad que si no fueran, los tuviera por más discretos, á lo menos á don Marcos; que don Agustín para mí pienso que lo hacía de bellaco más que de bobo, que bien se deja entender que no se había puesto en parte donde fuese hallada. Mas viendo que no había remedio, se volvieron á casa, conformándose con la voluntad de Dios, á lo santo, y con la de Marcela, á lo de no poder más, y mal de su grado hubo de cumplir nuestro miserable con las obligaciones de la tornaboda, aunque el más triste del mundo, porque tenía atravesada en el alma su cadena. Mas como no estaba contenta la fortuna, quiso seguir en la prosecución de su miseria. Y fué de esta suerte, que sentándose á comer, entraron dos criados del señor almirante, diciendo que su señor besaba las manos de la señora Isidora, y que se sirviese

enviar la plata, que para prestada bastaba un mes, que si no lo hacía, la cobraría de otro modo. Recibió la señora el recado, y la respuesta no pudo ser otra que entregarle todo cuanto había, platos, fuentes y lo demás que lucía en casa, y que había colmado las esperanzas de don Marcos, el cual se quiso hacer fuerte, diciendo que era hacienda suya, y que no se había de llevar, y otras cosas que le parecía á propósito, tanto, que fué menester que un criado fuese á llamar al mayordomo, y el otro se quedase en resguardo de la plata. Al fin la plata se llevó, y don Marcos se quebró la cabeza en vano, el cual ciego de pasión y de cólera empezó á hacer y á decir cosas como hombre fuera de sí; quejábase de tal engaño, y prometía la había de poner pleito de divorcio; á lo cual doña Isidora con mucha humildad le dijo, por amansarle, que advirtiese que antes merecía gracias que ofensas, que por granjear un marido como él cualquiera cosa, aunque tocase en engaño, era cordura y discreción, y que pues el pensar deshacerlo era imposible, lo mejor era tener paciencia. Húbolo de hacer el buen don Marcos, aunque desde aquel día no tuvieron paz ni comían bocado con gusto. Á todo esto don Agustín comía y callaba, metiendo las veces que se hallaba presente paz, y pasando muy buenas noches con Inés, la cual reía las gracias de doña Isidora y desventuras de don Marcos. Con estas desdichas, si la fortuna le dejara en paz, con lo que le había quedado se diera por contento, y lo pasara honradamente. Mas como se supo en Madrid el casamiento de doña Isidora, un alquilador de ropa, dueño del estrado y colgadura, vino por tres meses que le debía de su ganancia, y asimismo á llevarlo; porque mujer que había casado tan bien, coligió que no lo habría menester, pues lo podía comprar y tenerlo por suyo. Á este trago acabó don Marcos de rematarse; llegó á las manos con su señora, andando el moño y los dientes de por medio, no con poco dolor de su dueño, pues le llegaba el verse sin él tan á lo vivo. Esto y la injuria de verse maltratar tan recién casada la dió ocasión de llorar y hacer

cargos á don Marcos por tratar así á una mujer como ella, y por bienes de fortuna, que ella los da y los quita; pues aun en casos de honra era demasiado castigo. Á esto respondió don Marcos que su honra era su dinero; mas con todo esto no sirvió de nada para que el dueño del estrado y colgadura no lo llevase, y con ello lo que le debía un real sobre otro, que se pagó del dinero de don Marcos, porque la señora, como ya había cesado su trato, no sabía de qué color era. Á las voces y gritos bajó el señor de la casa, la cual nuestro hidalgo pensaba ser suya, porque la mujer le había dicho que era huésped, y que le tenía alquilado aquel cuarto por un año. Le dijo pues que si cada día había de haber aquellas voces, que buscasen casa y fuesen con Dios, que era amigo de quietud. ¿Cómo ir? respondió don Marcos, él es el que se ha de ir, que esta casa es mía.—¿Cómo vuestra? dijo el dueño; loco atreguado, idos con Dios, que yo os juro que si no mirara lo que sois, la ventana fuera vuestra puerta. Enojóse don Marcos, y con la cólera se atreviera si no se metieran de por medio doña Isidora y don Agustín, desengañando al pobre don Marcos, y apaciguando al señor de la casa con prometerle desembarazarla á otro día. ¿Qué podía don Marcos hacer aquí? Ó callar ó ahorcarse; porque lo demás, ni él tenía ánimo para otra cosa, y con tantos pesares estaba como atónito y fuera de sí. Y de esta suerte tomó su capa, y se salió de casa, y don Agustín por mandado de su tía con él, para que le reportase. En fin, los dos buscaron un par de aposentos cerca de palacio, por estar cerca de la casa de su amo; y dando señal, quedó la mudanza para otro día, y así le dijo á don Agustín que se fuese á comer, porque él no estaba por entonces para volver á ver aquella engañadora de su tía. Hízolo así el mozo, dando la vuelta á su casa, y contando lo sucedido á doña Isidora, entre ambos trataron el modo de mudarse. Vino el miserable á acostarse rostrituerto y muerto de hambre; pasó la noche, y á la mañana le dijo doña Isidora que se fuese á la casa nueva para que recibiese la ropa, mientras Inés

traía un carro en que llevarla. Hízolo así, y apenas el buen necio salió, cuando la traidora doña Isidora y su sobrino y criada tomaron cuanto había, y lo metieron en un carro, y ellos con ello se partieron de Madrid la vuelta de Barcelona, dejando en casa las cosas que no podían llevar, como platos, ollas y otros trastos. Estuvo don Marcos hasta cerca de las doce esperando, y viendo la tardanza, dió la vuelta á su casa, y como no los halló, preguntó á una vecina si eran idos. Ella respondió que rato había. Con lo que pensando ya estarían allá, tornó á toda prisa porque no aguardasen; llegó sudado y fatigado, y como no los halló, se quedó medio muerto, temiendo lo mismo que era, y sin parar tornó donde venía, y dando un puntapié á la puerta que había dejado cerrada, y como la abrió y entró dentro, y viese que no había más de lo que nada valía, acabó de tener por cierta su desdicha, y empezó á voces y carreras por las salas; dándose de camino algunas calabazadas por las paredes, diciendo: Desdichado de mí, mi mal es cierto, en mal punto hice ese desdichado casamiento, que tan caro me cuesta. ¿Adónde estás, engañosa sirena y robadora de mi bien y de todo cuanto yo, á costa de mí mismo, tengo granjeado para pasar la vida con algún descanso? Estas y otras cosas decía, á cuyos extremos entró alguna gente de la casa; y uno de los criados, sabiendo el caso, le dijo que tuviese por cierto el haberse ido, porque el carro en que iba la ropa y su mujer, sobrino y criada era de camino y no de mudanza, y que él preguntó que dónde se mudaba, y que le habían respondido que fuera de Madrid. Acabó de rematarse don Marcos con esto; mas como las esperanzas animan en mitad de las desdichas, salió con propósito de ir á los mesones á saber para qué parte había ido el carro donde iba su corazón entre seis mil ducados que llevaban en él, lo cual hizo; mas su dueño no era cosario, sino labrador de aquí de Madrid, que en eso eran los que le habían alquilado más astutos que era menester, y así no pudo hallar noticia de nada, pues querer seguirlo era negocio cansado, no sa-

biendo el camino que llevaban, ni hallándose con un cuarto, sino lo buscaba prestado, y más hallándose cargado con la deuda del vestido y joyas de su mujer, que ni sabía cómo ni de dónde pagarlo. Dió la vuelta, marchito y con mil pensamientos, á casa de su amo; y viniendo por la calle Mayor, encontró sin pensar con la cauta Marcela, y tan cara á cara, que aunque ella quiso encubrirse, fué imposible, porque habiéndola conocido don Marcos, asió de ella, descomponiendo su autoridad, diciendo: Ahora, ladrona, me dareis lo que me robásteis la noche que os salistes de mi casa.—¡Ay, señor mío! dijo Marcela llorando, bien sabía yo que había de caer sobre mí la desdicha desde el punto que mi señora me obligó á esto. Óigame por Dios antes que me deshonre, y que estoy en buena opinión y concertada de casar, y sería grande mal que tal se dijese de mí, y más estando, como estoy, inocente; entremos aquí en este portal, y óigame de espacio, y sabrá quién tiene su cadena y vestidos, que ya había yo sabido cómo usted sospechaba su falta sobre mí, y lo mismo le previne á mi señora aquella noche; pero son dueños y yo criada. ¡Ay de los que sirven, y con qué pensión ganan un pedazo de pan! Era don Marcos, como he dicho, poco malicioso; y así dando crédito á sus lágrimas, se entró con ella en el portal de una casa grande, donde le contó quién era doña Isidora, su trato y costumbres y el intento con que se había casado con él, que era engañándole, como ya don Marcos lo experimentaba bien á su costa; díjole asimismo cómo don Agustín no era sobrino suyo, sino su galán, y que era un bellaco vagamundo, que por comer y holgar estaba como le veía amancebado con una mujer de tal trato y edad, y que ella había escondido su vestido y cadena para dársele junto con el suyo y las demás joyas; que le había mandado que se fuese, y pusiese en parte donde él no la viese dando fuerza á su enredo con pensar que ella se lo había llevado. Parecióle á Marcela ser don Marcos hombre poco pendencioso, y así se atrevió á decir tales cosas, sin temor de lo que podría suceder, ó ya lo

hizo por salir de entre sus manos, y no miró en más, ó por ser criada, que era lo más cierto.

En fin, concluyó su plática la traidora con decirle que viviese con cuenta, porque le habían de llevar, cuando menos se pensase, su hacienda. Yo le he dicho á usted lo que me toca y mi conciencia me dicta; ahora, repetía Marcela, haga usted lo que fuere servido, que aquí estoy para cumplir todo lo que fuere su gusto.—Á buen tiempo replicó don Marcos, cuando no hay remedio, porque la traidora y el ingrato mal nacido se han ido, llevándome cuanto tenía; y luego juntamente él contó todo lo que había pasado con ellos desde el día que se había ido de su casa.—¡Es posible! dijo Marcela. ¡Ay tal maldad! ¡Ay señor de mi alma! y cómo no en balde le tenía yo lástima, mas no me atrevía á hablar, porque la noche que mi señora me envió de su casa quise avisar á usted viendo lo que pasaba, mas temí; que aun entonces, porque le dije que no escondiese la cadena, me trató de palabra y obra cual Dios sabe.—Ya, Marcela, decía don Marcos, he visto lo que dices, y es lo peor que no lo puedo remediar, ni saber dónde ó cómo puedo hallar rastro de ellos.—No le dé eso pena, señor mío, dijo la fingida Marcela, que yo conozco un hombre, y aun pienso, si Dios quiere, que ha de ser mi marido, que le dirá á usted dónde los hallará como si los viera con los ojos, porque sabe conjurar demonios y hacer otras admirables cosas. —¡Ay, Marcela, cómo te lo serviría yo y agradecería si hicieses eso por mí! Duélete de mis desdichas, pues puedes.

Es muy propio de los malos, en viendo á uno de caída, ayudarle á que se despeñe más presto, y de los buenos creer luego; así creyó don Marcos á Marcela; y ella se determinó á engañarle y estafarle lo que pudiese, y con este pensamiento le respondió que fuese luego, que no era muy lejos la casa. Yendo juntos, encontró don Marcos otro criado de su casa, á quien pidió cuatro reales de á ocho para dar al astrólogo, no por señal, sino de paga; y con esto llegaron á casa de la misma Marcela, donde estaba con un hombre que dijo ser el sabio, y á la cuenta era su amante.

Habló con él don Marcos, y concertáronse en ciento y cincuenta reales, y que volviese de allí á ocho días, que él haría que un demonio le dijese dónde estaban, y los hallaría; mas que advirtiese que si no tenía ánimo, que no habría nada hecho, que mejor era no ponerse en tal, ó que viese en qué forma lo quería ver, si no se atrevía que fuese en la misma suya. Parecióle á don Marcos, con el deseo de saber de su hacienda, que era ver un demonio ver un plato de manjar blanco. Y así, respondió que en la misma que tenía en el infierno, en esa se le enseñase, que aunque le veía llorar la pérdida de su hacienda como mujer, que en otras cosas era muy hombre. Con esto y darle los cuatro reales de á ocho se despidió de él y Marcela, y se recogió en casa de un amigo, si los miserables tienen alguno, á llorar su miseria.

Dejémosle aquí, y vamos al encantador, que así le nombraremos, que para cumplir lo prometido y hacer una solemne burla al miserable, que ya por la relación de Marcela conocía el sujeto, hizo lo que diré. Tomó un gato y encerróle en un aposentillo, al modo de depensa, correspondiente á una sala pequeña, la cual no tenía más ventana que una, del tamaño de un pliego de papel, alta cuanto un estado de hombre, en la cual puso una red de cordel que fuese fuerte; y entrábase donde tenía el gato, y castigábalo con un azote, teniendo cerrada una gatera que hizo en la puerta, y cuando le tenía bravo, destapaba la gatera, y salía el gato corriendo, y saltaba la ventana, donde cogido en la red, le volvía á su lugar. Hizo esto tantas veces, que ya sin castigarle, en abriéndole, iba derecho á la ventana. Hecho esto, avisó al miserable que aquella noche en dando las once le enseñaría lo que deseaba. Había, venciendo su inclinación, buscado nuestro engañado lo que faltaba para los ciento y cincuenta reales prestados, y con ellos vino á casa del encantador, al cual puso en las manos el dinero, para animarle á que fuese el conjuro más fuerte; el cual después de haberle apercibido el ánimo y valor, se sentó de industria en una silla debajo de la ven-

tana, la cual tenía ya quitada la red. Era, como se ha dicho, después de las once, y en la sala no había más luz que la que podía dar una lamparilla que estaba á un lado, y dentro de la despensilla, todo lleno de cohetes, y con el mozo avisado de darle á un tiempo fuego y soltarle á cierta seña que entre los dos estaba puesta. Marcela se salió fuera porque ella no tenía ánimo para ver visiones. Y luego el astuto mágico se vistió una ropa de bocací negro y una montera de lo mismo, y tomando un libro de unas letras góticas en la mano, algo viejo el pergamino, para dar más crédito á su burla, hizo un cerco en el suelo, y se metió dentro con una varilla en las manos, y empezó á leer entre dientes, murmurando en tono melancólico y grave, y de cuando en cuando pronunciaba algunos nombres extravagantes y exquisitos, que jamás habían llegado á los oídos de don Marcos, el cual tenía abiertos, como dicen, los ojos de un palmo, mirando á todas partes si sentía ruido para ver el demonio que le había de decir todo lo que deseaba. El encantador hería luego con la vara en el suelo, y en un brasero que estaba junto á él con lumbre echaba sal, azufre y pimienta, y alzando la voz decía: Sal aquí, demonio Calquimorro, pues eres tú el que tienes cuidado de seguir á los caminantes, y les sabes sus designios y guaridas, y dí aquí en presencia del señor don Marcos y mía qué camino lleva esta gente y dónde y qué modo se tendrá de hallarlos; sal presto, ó guárdate de mi castigo; estás rebelde, y no quieres obedecerme, pues aguarda, que yo te apretaré hasta que lo hagas; y diciendo esto, volvía á leer en el libro; á cabo de rato tornaba á herir con el palo en el suelo, refrescando el conjuro dicho y zahumerio, de suerte que ya el pobre don Marcos estaba ahogándose. Y viendo ya ser hora de que saliese, dijo: Oh tú que tienes las llaves de las puertas infernales, manda al Cerbero que deje salir al Calquimorro, demonio de los caminos, para que nos diga dónde están estos caminantes, ó si no, te fatigaré cruelmente.

Á este tiempo ya el mozo que estaba por guardián del

gato había dado fuego á los cohetes y abierto el agujero, que como vió arder, salió dando aullidos y truenos, brincos y saltos, y como estaba enseñado á saltar en la ventana, quiso escaparse por ella, y sin tener respeto á don Marcos, que estaba sentado en la silla, pasó por encima de su cabeza, abrasándole de camino las barbas y cabellos y parte de la cara, y dió consigo en la calle, con cuyo suceso, pareciéndole que no había visto un diablo, sino todos los del infierno, dando muy grandes gritos, se dejó caer desmayado en el suelo sin tener lugar de oir una voz que se dió en aquel punto, que dijo: En Granada los hallarás.

Á los gritos de don Marcos y aullidos del gato, viéndole dar bramidos y saltos por la calle, respecto de estarse abrasando, acudió gente, y entre ellos la justicia; y llamando, entraron, y hallaron á Marcela y su amante procurando á fuerza de agua volver en sí al desmayado, lo cual fué imposible hasta mañana. Informóse del caso el alguacil, y no satisfaciéndose, aunque le dijeron el enredo, echaron sobre la cama del encantador á don Marcos, que parecía muerto, y dejando con él y Marcela dos guardas, llevaron á la cárcel al embustero y su criado, que hallaron en la despensilla, dejándolos con un par de grillos á cada uno á título de hombre muerto en su casa. Dieron á la mañana noticia á los señores alcaldes de este caso, los cuales mandaron salir á visita los dos presos, y que fuesen á ver si el hombre había vuelto en sí, ó si había muerto. Á este tiempo don Marcos había vuelto en sí, y sabía de Marcela el estado de sus cosas, y se confirmaba el hombre más cobarde del mundo. Llevóles el alguacil á la sala, y preguntado por los señores de este caso, dijo la verdad, conforme lo que sabía, trayendo al juicio el suceso de su casamiento, y cómo aquella moza le había traído á aquella casa, donde le dijo que sabría los que llevaban su hacienda dónde los hallaría, y que él no sabía mas, sino que después de largos conjuros que aquel hombre había hecho leyendo en un libro que tenía, había salido por un agujero un demonio tan feo y tan horrible, que no había bastado su ání-

mo á escuchar lo que decía entre dientes y los grandes aullidos que iba dando; y que no solo esto, más que había embestido con él y puéstole como veían; mas que él no sabía qué se hizo, porque se le cubrió el corazón, sin volver en sí hasta la mañana. Admirados estaban los alcaldes, hasta que el encantador los desencantó contándoles el caso como se ha dicho, confirmando lo mismo el mozo y Marcela y gato que trajeron de la calle, donde estaba abrasado y muerto; y trayendo también dos ó tres libros que en su casa tenía, dijeron á don Marcos conociese cuál de ellos era el de los conjuros. Él tomó el mismo, y le dió á los señores alcaldes, y abierto vieron que era el de *Amadis de Gaula,* que por lo viejo y letras antiguas había pasado por libro de encantos; con lo que enterados del caso, fué tanta la risa de todos, que en gran espacio no se sosegó la sala, estando don Marcos tan corrido, que quiso matar al encantador, y luego hacer lo mismo de sí, y más cuando los alcaldes le dijeron que no se creyese de ligero ni se dejase engañar á cada paso. Y así, los enviaron á todos con Dios, saliendo tal el miserable, que no parecía el que antes era, sino un loco. Fuése á casa de su amo, donde halló un cartero que le buscaba con una carta, que abierta, vió que decía de esta manera:

«Á don Marcos Miseria, salud. Hombre que por ahorrar »no come, hurtando á su cuerpo el sustento necesario, y »por solo interés se casa, sin más información que si hay »hacienda, bien merece el castigo que usted tiene y el que »le espera andando el tiempo. Vuesa merced, señor, no »comiendo sino como hasta aquí, ni tratando con más ven»taja que siempre hizo á sus criados, y como ya sabe, la »media libra de vaca, un cuarto de pan y otros dos de ra»ción al que sirve y limpia la estrecha vasija en que hace »sus necesidades, vuelva á juntar otros seis mil ducados, y »luego me avise, que vendré de mil amores á hacer con »usted vida maridable; que bien lo merece marido tan »aprovechado.

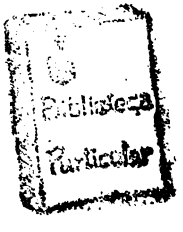
»Doña Isidora Venganza.»

Fué tanta la pasión que don Marcos recibió, que le dió una calentura, que en pocos días le acabó los suyos miserablemente. Á doña Isidora, estando en Barcelona aguardando galeras en qué embarcarse para Nápoles, una noche don Agustín y su Inés la dejaron durmiendo, y con los seis mil ducados de don Marcos y todo lo demás que tenía se embarcaron, y llegados que fueron á Nápoles, él asentó plaza de soldado, y la hermosa Inés puesta en paños mayores se hizo dama cortesana, sustentando con este oficio en galas y regalos á su don Agustín. Doña Isidora se volvió á Madrid, donde, renunciando el moño y las galas, anda pidiendo limosna, la cual me contó más por entero esta maravilla, y me determiné á escribirla, para que vean los miserables el fin que tuvo éste, y viéndolo, no hagan lo mismo, escarmentando en cabeza ajena.

EL
DISFRAZADO

POR

ALONSO DE CASTILLO SOLORZANO



EL DISFRAZADO

Es en la insigne y coronada villa de Madrid, corte de los reyes de España, el campo que llaman de Leganitos un ameno sitio donde las calurosas noches del verano concurren muchas damas y caballeros, con el ligero traje que permite la noche, á gozar el fresco, que pocas falta de aquel lugar, con la vecindad del altivo puerto de Guadarrama, piadoso socorro contra el fuego de la canícula, así con su blanca nieve como con sus regalados y frescos vientos. Aquí pues, una noche que la luna no comunicaba sus plateados rayos, por ser el último cuarto de menguante, se salieron dos damas vecinas de aquel sitio á gozar del sonoro murmurio de la fuente de Leganitos, con la permisión que da la noche y el embozo de los sereneros: iban acompañadas de dos criadas en solo el traje de enaguas brillantes y pretinillas de lo mismo, habiendo mandado á un anciano escudero, en cuya confianza salieron, que se quedase algo detrás por no ser conocidas por él y tener más libertad para desenfadarse con el embozo. De esta suerte pues iban las dos damas con sus criadas y el escudero á la vista, cuando habiendo tomado el camino

alto del colegio que llaman de Doña María de Aragón, bajaron por él á la fuente de Leganitos, y antes de ella, como cuarenta pasos, se les ofreció al encuentro un hombre vestido en tosco traje. Venía con una capa de paño pardo, una montera de lo mismo, capote de dos faldas y calzones de lienzo blanco. Este pues, emparejando con las damas, acertó á caer al lado de la más hermosa, cuyo nombre era Serafina; y el de la otra, que era su hermana, Teodora; y con el despejo que permite la noche, habiendo visto el buen brío de la dama y por estar cerca de su hermosura, le dijo: Bien hace la luna en no salir á mostrarnos su luz si sabía que á este feliz campo había de salir beldad de más lucidos rayos. Repararon las dos damas en la persona que les había hablado, habiendo entendido el hipérbole, y causóles admiración en ver que desdijese el traje del lenguaje cortesano que le oían. Paráronse con esto atentamente á mirarle, y él, embozándose en la tosca capa con que se cubría, se estuvo quedo.

Era doña Serafina despejada, y á esto se le añadía ser mujer, que todas son perdidas por novedades, y quiso descifrar aquella enigma; y así con libre despejo, quitando el rebozo al encubierto, le dijo: Corramos la cortina á este personaje embozado, hermana mía, que me ha dado antojo de saber de él, porque miente en sus encarecimientos, más de lisonjero cortesano que de tosco plebeyo.—No os juzgo por tan desconfiada, hermosa señora, dijo él, que os haya dicho el espejo que he andado corto en alabaros lo que el cielo os concedió, para que muchos me han ganado por la mano en las alabanzas.—Ninguna merecen mis partes, dijo Serafina, pero una lisonja cuesta poco, y así por lo bien que me está, admito el encarecimiento, que no lo fuera á haberme visto con la claridad del día; con ella quisiera veros, por deshacer sospechas que tengo de que habeis gustado mudar de traje, por seros conveniente el disfraz, ó por querer con él tener esta noche entretenimiento, cansado del cortesano que siempre usais.—Os habeis engañado, dijo él, que este me concedió mi humil-

de nacimiento, si bien encubro unos altos pensamientos, muy ajenos de él.—Y cuáles son esos deseo saber, dijo ella, tomando asiento algo apartado de la gente. Él, acercándose más, dijo: Mis pensamientos son anhelar á ser más de lo que soy, y así me llego donde veo que se pueden ajustar á mi deseo, comunicándole con quien me los pueda dar realce.—Los habeis empleado mal, dijo ella, porque si pensais haber topado con alguna señora encubierta, soy tan amiga de desengañar, que os digo luego que aquí se remontan muy poco con la bajeza del empleo.—Si, como conozco que me engañais, supiera la verdad de lo que sois, dijo él, aun hablara con más gusto; pero topar engaños á los principios, ¿qué me puedo prometer despues?—¿Luego aquí llegastes con deseo de empleo? replicó ella.—No soy tan desvanecido, dijo el embozado, que presuma que con tan pocas partes le puedo tener sin mayores asistencias y finezas; mas en esta dicha de haberos topado quisiera continuar con esperar que mi voluntad os merezca siquiera este breve rato de audiencia, porque no en balde el cielo guió mis pasos á este sitio, donde tanta ventura he tenido de encontraros.—Yo venía con ánimo de refrescarme en la fuente con sus claros cristales, dijo ella; de esto estoy desahuciada por faltarme un búcaro que se olvidó en casa, y así admito vuestro deseo, y esta noche á costa de mi sed la quiero pasar en conversación con vos.—Bésoos la mano, dijo él, por el favor que me haceis, que no es poco, cuando en mí veis tan pocas partes para merecérosle.—Así Dios os guarde, dijo Serafina, que nos digais qué capricho ha sido el vuestro en vestir esta noche ese traje, que me ha dado sospecha que aquí entreteneis el tiempo hasta que se llegue la hora en que con él entreis donde os aguardará otro mejor empleo.—Soy tan nuevo en esta corte, dijo él, que aún no he tenido esa buena suerte; mi traje es este, no ajeno de mi nacimiento, en él ando de día; y porque la noche es capa que encubre muchos defectos, quise ya que encubre los míos de andar mal vestido, que el alma os diga que ha sido gran dicha mía haberos visto para que sepais

que en mí acrecentais desde hoy el número á muchos rendidos que tendreis con vuestra hermosura.—Muy á ciegas os habeis enamorado, dijo ella, ó lo fingís estar, señor encubierto. Respondedme derechamente á lo que os pregunto, que sabiendo quién sois, aún me tendréis más de espacio aquí por esta noche.—¿No me dais esperanzas que serán otras? dijo él.—Como sepa la causa de ese disfraz, podrá ser que vuestra cortesía me vaya obligando, dijo Serafina.—Bien pudiera, dijo él, mentiros, como fingido cortesano, diciéndoos lo que no soy, mas no os he mirado tan apriesa que me obligue á fingir mentiras cuando deseo que de mí experimenteis verdades. Admirábase Serafina de ver hablar aquel hombre así y porfiar en que era lo que mostraba por su hábito, y deseaba que con más luz la luna le desengañase. Hablaron gran rato, el embozado tratando de que le debía ya voluntad, y ella no se persuadiendo á que la hablaba con veras, ni que era hombre plebeyo.

Cumplió la hermosa Cintía sus deseos á la dama saliendo á desterrar alguna parte de las sombras de la noche. Era esto á tiempo que la más gente desamparaban el sitio de la fuente de Leganitos, con que las damas y el disfrazado se fueron acercando á la fuente, ellas seguidas de su anciano guardián, y él de otro hombre vestido en el mismo tosco traje. Mientras ellas se refrescaban, el nuevo aficionado se llegó al que le seguía, y hablándole un poco al oído, se apartó de ellos, causándoles algún recelo á las damas aquella breve plática, porque como la corte es madre de tantos embusteros y gente de mala vida, se temieron de que el nuevo amartelado y su compañero no fuesen de los que con prendas ajenas viven y campan en Madrid; así se lo comunicó Serafina á Teodora, dándola motivo á esto venir las dos adornadas con algunas joyas de valor, de que juzgaron que á costa de alguna violencia se querían apoderar de ellas: consoláronse en que aún había gente en aquel sitio, si bien apartada del que ellas habían de nuevo elegido. Volvieron á la plática con el disfrazado galán, ellas porfiando en que les dijese quién era, y él en

perseverar que no tenía más calidad de la que manifestaba su traje, si bien la que había adquirido con haber sido admitido á su conversación era ya mucha.

Con la luz que comunicaba la blanca hermana de Febo reparó Serafina con más atención en el nuevo acompañante suyo. Consideróle un mozo de edad de veinte y cuatro años, de gentil disposición y buen rostro. El traje es el que se ha referido, mas como cuerda hízose una consideración la dama, y fué que siempre la gente agreste y humilde manifiestan en las manos quién son, por más que se quieran encubrir, ó curtidas de andar en el trabajo, ó toscas en la hechura por aquello en que se ejercitan. Teníalas el disfrazado de bonísima hechura y blancas, por donde conoció la dama que era él hombre más de lo que publicaba. Confirmóse esto con que habiéndose refrescado en la fuente, sacó un lienzo para limpiarse la boca, el cual se manifestaba blanco, grande y delgado y con buen olor. No quedó Serafina poco contenta de ver esto, porque en lo que había hablado con ella le había parecido bien, y su deseo era saber quién fuese y la causa por qué venía en aquel traje.

Daba el anciano escudero priesa á las damas para que se volviesen á casa, y ellas resistían juntamente con el embozado, que con ruegos le pedía dilatase la estada otro poco; en esto llegó el que se había despedido de él con una bandeja en que traía búcaros finos de Portugal y unos dulces de Génova, cosa que se halla con mucha facilidad en Madrid, habiendo de todo mucho. Presentóselo á las damas, y ellas, así en la galantería con que se ofreció como en la calidad del regalo, calificaron el buen gusto del que se le ofrecía, y hicieron más misterio del personaje. El ver aquel lugar fresco ya solo y sin gente obligó á las damas á recogerse á su posada, diciendo Serafina: Yo he tenido, señor mío, muy buena noche pasándola con vuestra cortés conversación, si bien me holgara de no dormir con el cuidado de saber á quién tengo de agradecer el agasajo que á mi hermana y á mí habeis hecho sin

conoceros; este sitio le frecuentamos algunas noches; no os aseguro que vendremos á él la que viene, por haber en ésta dilatado nuestra estada; con todo, acudid mañana aquí, que deseo, si lo merezco, saber quién seais.—Sintiera mucho, dijo él, que habiéndome costado vuestra vista no verme en la libertad con que antes estaba, parara en no continuar el recibir este favor; estimo el que me haceis, y prometo veros mañana, mas ha de ser con pretexto de que no os puedo servir por ahora con deciros quién sea, por cierta causa que lo impide, pero asegúroos que no la habrá para dejaros de servir mientras el cielo me diere vida. Con esto se despidieron las damas del disfrazado, á quien pidieron que ni las acompañase ni siguiese, que en obedecerles echarían de ver su cortesía. Prometióselo así, con que dejaron su presencia; mas el compañero del encubierto las siguió á largo trecho, y supo su casa.

Llevó Serafina algún cuidado, inclinada al encubierto galán y obligada de su cortesía; y aquella noche comunicó con su hermana Teodora su inclinación, hablando de él mucha parte de la noche, deseando la que venía verse con él. No menos cuidadoso partió el amartelado galán, que la hermosura de Serafina le hizo perder la libertad; y así poco sosiego tuvo aquella noche, mas al fin la pasó con esperanzas de verla la que venía.

Vino la siguiente noche, bien deseada de Serafina y del encubierto enamorado; y en el mismo puesto en que se habían encontrado la noche antes se hallaron ésta. No mudó de traje el galán, cosa que sintió Serafina; por de no haberlo hecho se presumió que no debía ser hombre principal, sino plebeyo y de baja suerte, porque cuando lo fuera, por agradar á sus ojos había de mudar de traje. Hablólas el forastero con mucha cortesía, mostrando no poco gusto de que hubiesen cumplido su palabra en salir á gozar de la noche, de que les dió las gracias. No hemos hecho poco, os prometo, dijo Teodora, que hay quien impida el gozar de nuestra libertad y quien nos pida cuenta de nuestras dilaciones.—No lo dudaré yo, dijo el forastero;

pero perdonando el atreverme, sin habéroslo merecido antes, ¿no me direis si es marido ó hermano el que pide cuenta de eso?—Basta que haya quien la pida, dijo Serafina; á vos no toca saber más de que hacemos esto con alguna pensión.—Yo lo estimo, dijo el forastero; mas volviendo á la plática pasada, os suplico me digais si sois casada. —¿Qué os importa saberlo? dijo ella.—Algo me debe de importar desde anoche acá, que no deseo veros empleada, dijo el forastero.—Dueño tengo, dijo Serafina, fingiendo, aunque no en Madrid.—Juráralo yo, dijo el galán, de mi corta dicha, que nunca me la da la fortuna sino menguada.—Si supiera que lo habíades de sentir, dijo Serafina, no os lo dijera.—Pues no os encarezco, replicó, cuánto me holgara de veros en libre estado, que aunque el mío es tan indigno de merecer servicios por la desigualdad que hay entre los dos, siendo yo un bajo hombre, nacido de padres labradores, y vos una señora principal, como el amor no excepta á nadie, después qne me ha hecho suyo, habiéndome rendido con vuestros ojos, deseara veros sin dueño de la manera que si hubiérades de serlo mío.—Extraño capricho es el vuestro, dijo Serafina, que conozcais las desigualdades entre los dos y deseeis aun en esto verme desocupada; pues porque aprendais de lo claro que os hablo, os digo que he fingido que soy casada, no lo siendo, ni aun deseo por ahora verme en esa sujeción.—Mucho me habeis obligado, dijo el forastero, con haberme hablado con veras; con las mismas os digo que si de aquí fuera desengañado de esto, no me volviérades á ver. Con cada razón de éstas engendraban Serafina y Teodora nuevas confusiones, no acabando de dar en lo que aquel hombre podría ser. Vianle con efectos de enamorado, oían que confesaba ser hombre plebeyo, el traje lo aseguraba, y mucho más no le habiendo mudado la segunda noche que le vían. Deseaba ver á Serafina en estado libre, que parece que esto tiraba á pretenderla. En todo discurrían, y nada averiguaban. Con la misma galantería que la noche pasada habló el forastero con las dos hermanas, y con más pre-

vención las regaló junto á la fuente. Allí estuvieron hasta ser hora de recogerse, dando al encubierto galán licencia para acompañarlas hasta cerca de su casa, de suerte que no se extrañaron que él, ni el acompañante que traía consigo las viesen entrar en su casa.

Eran estas damas hijas de un principal caballero, que por servicios que hizo á la majestad de Felipe III en Flandes tuvo un hábito con encomienda; y cuando murió se le hizo merced de dar la misma encomienda á quien casase con la hermosa Serafina, la cual tenía varios pretendientes; pero era tan moza, que no trataba de casarse, aunque su anciana madre le instaba en esto: con la encomienda, que era de tres mil ducados de renta, pasaban madre y dos hijas, ahorrando de ella para el dote de la segunda; y con intento que fuese cantidad, no trataba Serafina de casarse por entonces: tanto deseaba el remedio de su hermana. Despedidas las dos damas del forastero, él se fué á su posada, perdido de amores por Serafina. No iba con menos cuidado la dama, porque se le acrecentó el afecto con que el galán preguntó su estado, y le pesó de su ficción, persuadiéndose á que en aquel bajo traje había más de lo que publicaba, aunque él confesase ser un humilde hombre.

Con alborozo aguardaban la siguiente noche, cuando antes que á la luz del día venciesen las nocturnas sombras, estando las dos hermanas en un cuarto bajo de su casa haciendo labor, se les entró por la puerta una dama embozada con el manto; su entrada fué con alguna alteración, y vióse de esto el efecto, porque apenas puso el pié en la sala donde las dos damas estaban, cuando ella misma acudió á cerrar la puerta con la aldaba, indicio que dió de que lo hacía para asegurarse. Alteráronse Serafina y Teodora, y dejando la labor, se levantaron á recibirla. La dama recién llegada, con alguna congoja que del susto que traía procedía, les dijo: Perdonadme, hermosas damas, el atrevimiento de haberme entrado aquí sin pediros licencia, que la causa de haberlo hecho lo pide, pues es tal, que á no

hacerlo ponía en gran peligro mi vida. Mi entrada aquí ha sido huyendo de quien juzgué muchas leguas de esta corte, y aun imposibilitado con prisiones de poder venir aquí. Mi corta suerte ha querido, por castigo de mi inobediencia, que todo se le haya hecho fácil para que yo lo padezca. Temo perder la vida á manos de quien presumo que me sigue; si hay piedad en vuestros pechos, que donde hay nobleza nunca falta, os suplico me ampareis por esta noche, que á la mañana yo daré aviso á persona que me favorezca y defienda de quien me intenta matar.—Cuando esto acabó de decir la afligida mujer ya había descubierto el rostro, en quien vieron las dos hermanas más que mediana hermosura, y con la congoja la acrecentaba más. Consigo trae la recomendación la beldad; ella movió á piedad los pechos de las dos damas, y así Serafina, como hermana mayor, tomó la mano en responderla, diciendo:

Afligida señora, sosegad el pecho, que en parte estais donde sereis servida con mucho gusto y amparada de quien os pretende ofender; á esta casa no se atreverá nadie, y así, con esa seguridad podeis perder el temor que habeis cobrado. La petición vuestra es muy justa, y nos favoreceis en quereros valer de esta casa para refugio vuestro esta noche, y todas las que fuéredes servida podreis estar en ella hasta que os veais asegurada de vuestros recelos y temores. Agradeció la dama lo que le ofrecía Serafina con las más corteses razones que pudo, con que, á importunación suya y de Teodora su hermana, se quitó el manto y ocupó una almohada de su estrado. Esta ocasión fué parte para no ir Serafina y Teodora á verse con el forastero en la fuente de Leganitos, cosa que él sintió mucho, acompañándole en el sentimiento Serafina, que, como tan inclinada al disfrazado galán, no quisiera que se hubiese ofrecido aquel estorbo con la apasionada y temerosa dama.

No perdió el galán la esperanza de ver á las dos hermanas, hasta que vió que por ser algo tarde no vendrían al puesto; prestó paciencia á su despecho, y retiróse con

su compañero á su posada. En tanto las dos hermanas trataban de asegurar los temores á la huéspeda que impensadamente se les había venido. Regaláronla con una sazonada cena, habiendo dado cuenta á su anciana madre, que estaba entonces indispuesta, de su venida, hallando aprobación en su piedad de haberla amparado, viendo en su agradable y hermosa presencia ser digna de todo buen agasajo. Llegóse la hora de retirarse á dormir, y lleváronla Serafina y Teodora á su aposento, donde se le había hecho una limpia cama, muy cerca de la en que las dos dormían. Despues de acostadas quiso Serafina que su huéspeda les diese cuenta de la causa de haber escogido su casa para refugio y seguridad de su fuga; y para obligarla á que de ella les hiciese relación, le dijo así: Perdonad, hermosa señora, si en esta casa no se os ha hecho el hospedaje que merece vuestra persona, que en la voluntad no se ha podido errar, antes cuanto viéredes que se usa de llaneza con vos lo habeis de atribuir todo á muestras de amor; digo esto por haberos dado cama en este mismo aposento que nosotras la tenemos, que á dárosla en otra parte, había de ser apartada algo de aquí, y quien está con desconsuelo y temores mejor estará en compañía que en soledad, y mas de quien, como nosotras, os desea servir. Estimaremos mucho, si la causa lo pide, que nos deis parte de vuestra pena, que las que se comunican suelen descansar los pechos en que dan aflicciones.—De nuevo, dijo la afligida dama, os vuelvo á dar las gracias de las honras y favores que me habeis hecho, y en lo que me pedís perdón me hallo más agradecida, pues con la pena que tengo no pudiera tener más alivio que con estar cerca de quien me la consuele; y así, cumpliendo con lo que me mandais, aunque sea renovar mi sentimiento, os haré relación de mis trabajos, que pasan de esta suerte:

Sevilla, metrópoli de la Andalucía, ciudad populosa y de las más ricas de España, es mi patria; nací en ella, hija de padres nobles, de la familia de los Monsalves, bien conocida en todas partes. Don Enrique de Monsalve, venti-

cuatro de Sevilla y del hábito de Alcántara, fué quien me dió el sér en su casa; fuí la tercera de sus hijos, porque dos varones nacieron primero que yo. En mi tierna edad faltaron mis padres, quedando á cargo de mi hermano mayor, cuyo nombre es don Rodrigo de Monsalve, del hábito de Santiago, el cual, sustituyendo el lugar de mis padres, tuvo siempre particular cuidado con mi persona, porque me quería en extremo. El hermano segundo, llamado don Antonio, inclinóse á la guerra, y así fué á servir á su majestad á los estados de Flandes, donde es capitán, habiendo ganado mucha reputación en la milicia y crédito de gran soldado. Yo me estaba en compañía de mi hermano don Rodrigo, que no deseaba poco mi remedio, y este amor le debí, que aunque le salieron grandes casamientos, porque es cuantioso su mayorazgo, no trató de efectuar ninguno hasta ver mi empleo; la poca edad que tenía causaba no haberle hecho; y así, mis mayores cuidados por entonces eran ocuparme, después de la labor, en los pueriles juegos de las niñas, hasta que me ví en edad de tratar de otros entretenimientos; tuve maestros de danzar y cantar, porque tengo razonable voz, y estas dos cosas supe con gran destreza.

Una señora que había sido grande amiga de mi madre, y yo lo era de una hija que tiene, quiso hacerme un agasajo una tarde de las de la primavera, y así pidió licencia á mi hermano para llevarme á una quinta que tenía, á quien bañaban los cristales del undoso Guadalquivir, río de Sevilla, en la parte que llaman de San Juan de Alfarache; fuí con ella y otras señoras á la quinta, donde tenía gran prevención de merienda. Tenía esta señora, juntamente con aquella dama hija suya, un hijo estudiante; eran de segundo matrimonio los dos. Este fué de secreto á la quinta sin saberlo su madre, y llevóse consigo un caballero, grande amigo suyo, natural de Córdoba, del ilustre linaje de los Godoyes, bien conocido en nuestra España. Habíanse escondido los dos en un aposento de la casa de la quinta, que se correspondía por una puerta secreta

con el cuarto principal de ella, y desde allí gozaron aquella tarde de cuanto hicimos, que ya podeis considerar, damas mozas y que salen tarde á estas holguras, cuánto se dan á la libertad una vez que les toca el gozar de ella, con la seguridad que teníamos de que no éramos juzgadas de nadie; si bien doña Rufina, la hija de la señora de la quinta, no ignoraba el estar escondido allí su hermano con el otro caballero, y también sabía esto el jardinero, con cuyo beneplácito habían entrado allí regalándole, que no hay cosa que no facilite el dinero. Habíamos paseado el jardín de la quinta y un pedazo de la huerta que en ella había, no perdonando aun á la fruta que no había llegado á sazón: golosina de mujeres; después de esto nos retiramos á una espaciosa sala, donde cada una de las damas mostró sus habilidades, y yo también los mías de cantar y danzar, con no poca admiración de las amigas y aun de los escondidos caballeros, que todo lo estaban viendo por dos barrenos que habían dado á la puerta que caía á aquella parte. Caíle en gracia al cordobés don Esteban, que este es su nombre, y vino á ser esto cuidado y amor en breve término.

Con haber el sol templado la fuerza de sus rayos, dilatando la tierra sombras, nos salimos otra vez al jardín, llevando allá los instrumentos de arpa y guitarras que habíamos traído, adonde continuamos la música, acompañándome dos criadas de la señora de la quinta, que tenían buenas voces y mucha destreza. Nada se les escapaba á los galanes, que todo lo oyeron, y enviaron con el jardinero un recado á doña Rufina que procurase venirse á la casa de la quinta conmigo solamente. Quiso dar gusto á su hermano, cuyo era el recado, y como que alguna precisa causa le molestase, me pidió la acompañara. Yo, que estaba ignorante de lo que me había de suceder, víneme con ella, dejando á las demás amigas á la orilla de un estanque entreteniéndose en varios juegos, y mano á mano nos entramos en la sala, donde nos salieron al encuentro los dos caballeros. Asustéme con su presencia, mas conociendo ser el uno hermano de la amiga que iba conmigo, aseguréme.

Recibiéronnos con muchas alabanzas de mis gracias, en particular quien más las exageró fué don Esteban. Yo le estimé el favor que me hacía, y mudando otra plática, tuvo este caballero lugar de declararme cuánta afición me tenía después que me había visto allí, pidiéndome licencia para servirme y galantearme desde aquel día. Yo, que nunca me había visto en aquellos lances, turbada y perdido el color no supe qué me le responder. Callaba á todo con el empacho en que me hallaba; mas mi amiga, esforzando la parte de don Esteban, me dijo: Cierto, doña Clara (que este es mi nombre), que estás tan turbada y asustada como si hubieses visto dos dragones. ¿Es nuevo desear galantear los caballeros á las damas, siendo iguales en calidad, cuando se dirigen sus pensamientos para honestos fines? El señor don Esteban tan gran caballero, como todos saben, desea servirte; no es justo que á esto le seas desconocida y dés mal pago á su voluntad. Tanto me persuadió esta dama y su hermano, que cuando salí de allí ya don Esteban había alcanzado licencia de mí para servirme, y yo tenía un cuidado más en mi pecho: grandes son los efectos que causa el amor, pues quien nunca había sabido qué cosa era, antes hacía burla de los que oía quejarse de él, ya comenzaba á amar á quien no había visto hasta entonces. La causa lo merecía, porque sin exageración os digo que no he visto caballero de mejor presencia, talle, rostro y demás partes que don Esteban, si bien mi hermano don Rodrigo casi le llega á igualar. Desde aquel día comenzó este caballero á festejarme secretamente. Escribímonos, donde en amorosos conceptos y encarecidos amores iba nuestra correspondencia echando más raíces. Tal vez por el orden de doña Rufina nos veíamos en su casa, mas eso era teniéndola á ella presente, ó á la vista por lo menos, con que no recibió mi amante de mí mas favor que darle una mano. Tenía un pleito de consideración en Sevilla sobre un mayorazgo, y hasta salir con él no determinaba pedirme á mi hermano; y así, con esperanzas de tener presto sentencia en favor, se pasaba el

enamorado caballero importunándome siempre en que le diese entrada en mi casa. Tanto instó en esto, que hube de permitirle que me hablase á una reja de noche algo tarde, porque como mi hermano era mozo, venía á deshora á recogerse, y temía que le viese. La continuación de los amantes en comunicarse aumenta más eslabones á la cadena del amor.

Amábame tiernamente don Esteban, pagábale esta encendida afición, y como amor tiene cosas de niño en pedir siempre más de lo que le dan, él importunaba en desear ser más favorecido de mí, hasta que ablandó esto mi pecho, de manera que le hube de dar entrada en casa, de que resultó por mi mal acuerdo perder la prenda de más estimación en las mujeres, si bien con el pretexto de ser mi esposo, de que me dió la palabra delante de un devoto crucifijo con grandes protestas de que la cumpliría. La continua asistencia todas las noches en mi cuarto causó el tener prenda viva de don Esteban, cosa que me puso en notable cuidado, porque como crecía cada día más el preñado, así se aumentaban en mí los temores. Instaba en que me pidiese por esposa á don Rodrigo, pues con eso se soldaban todos los defectos; mas él me animaba á que en viéndome desembarazada de aquel peligro lo haría luego. Aumentáronseme temores, recelándome que este caballero me trataba con engaño, pues en cosa que tan bien le estaba, y más para su seguridad, ponía inconvenientes. Aquí, señoras mías, pagaron mis ojos con lágrimas la poca advertencia y mucha determinación que tuve á arrojarme con don Esteban. De mi flaqueza vinieron á ser testigos dos criadas, que pluguiera al cielo nunca yo les diera parte de ella, pues tan caro me cuesta habérsela dado, pues quien lo hace cautiva su libertad y presta sujeción á quien es inferior á ella. Ya se llegaba el término en que esperaba mi parto, cuando hallando á una de estas dos criadas y un hombre que de su aposento salía á deshora, la reñí con alguna blandura, por no poder mostrar el rigor que pudiera á no saber ella mis defectos. Pues esto solo la irritó de

modo, que me dijo algunas libertades que me encendieron en cólera; y presumiendo que no se atreviera á lo que hizo, la castigué con mis manos, pesándome no poco de haberlo hecho; pero ¿qué cólera repentina fué buena? Por tenerla han sucedido mil desdichas; yo soy una de las que han pasado por sus desdichados efectos. Trató la criada de vengarse de mí, é hízolo muy á su salvo. Era moza de buena cara, á quien mi hermano había inclinádose, si bien ella nunca le admitió; mas después ella con mi ejemplar desdijo de su primera constancia en sujeto más humilde, como era el que hallé en su aposento. Tuvo pues ocasión de verse con don Rodrigo, á quien dió parte de los amores de don Esteban y míos, hasta decirle en el estado en que me hallaba, cosa que él no había caído en ello, porque este nuevo uso de guarda infante, tomado de Francia, me fué propicio para encubrir mi defecto. Deseó don Rodrigo hallar ocasión de vengarse de mí y de don Esteban, quitándonos las vidas; pero reparaba en que no era culpada en esto la inocente criatura que habitaba en mi vientre, y así lo que le encargó á la criada fué que le avisase cuando yo hubiese desembarazádome del penoso preñado; así se lo prometió la traidora mujer, aunque no tuvo lugar de hacerlo, como sabréis.

Llegó el día de mi parto, comenzándome los dolores desde la tarde; envié á avisar á don Esteban, y quiso mi corta suerte que estuviese ausente de Sevilla en una aldea, dos leguas de aquella ciudad. Diósele un papel mío á don Fernando, un hermano suyo, el cual sabía este empleo, y acudió algunas noches acompañando á don Esteban; éste, viendo que su hermano no venía, envió un criado á llamarle á toda diligencia. Ya era de noche, y mi parto se fué dilatando hasta la mitad de ella. Estaban don Fernando y un criado suyo en la calle aguardando allí para recibir la criatura. Y sucedió que mi hermano viniese á aquella hora á acostarse; era la noche muy oscura, y aunque él divisó dos bultos á la puerta falsa de su casa, ellos no le vieron. Dióle deseo de averiguar si era don Esteban,

el que era causa de su deshonor, y arrimándose á una pared, previno una pistola de dos que traía para su defensa todas las noches. En esto sintió que abrían la puerta y que una criada salía fuera á la calle; á su salida se llegaron los dos hombres á recibirla; ella les dió un niño que había yo parido, y que con gritos manifestaba el deshonor de su madre; penetraron éstos el pecho de mi airado hermano, y así, irritado de la cólera que oyendo ésto recibió, pensando que el uno de aquellos hombres fuese la causa de su deshonra, apuntándole la pistola, no le erró; fué el desgraciado don Fernando el que perdió la vida con la violencia de dos balas que le pasaron el pecho. El criado, que vió el estado de las cosas, con su criatura gritando comenzó á huir; mas siendo seguido de don Rodrigo con la espada en la mano, á pocos pasos le atravesó de una punta por las espaldas, dejándole allí pidiendo confesión á voces. Todo esto habían visto las criadas, las cuales me lo fueron á decir á mí luego; yo, temiendo verme ya trofeo de la muerte y en las manos de mi hermano, animándome me vestí á toda priesa y me salí de casa, yéndome á la de don Esteban, que no era lejos de allí. Aún no había venido, por no poder haberse desembarazado de un negocio importante á su pleito; pero el criado que le fué á avisar, que era el gobierno de su casa, había vuelto á dar orden á don Fernando que me asistiese. Contéle cuánto pasaba, aunque incierta de que don Fernando era muerto; y lo que él hizo fué tomar dos caballos y dineros y ponerme en el uno; subióse en el otro, y partimos de Sevilla para Córdoba.

Llegamos á Carmona, donde estuvimos de secreto dos noches, porque yo me reparase más de mi flaqueza y susto. Allí supimos lo que pasaba en Sevilla, de un forastero que posó en nuestra posada. Dijo pues que así como don Rodrigo mató á don Fernando y hirió de muerte á su criado, tomando la criatura la dejó en una casa del barrio á una mujer de un criado suyo encomendada, y él se volvió á casa con ánimo de acabar con mi vida. De las criadas

supo mi fuga, cosa que le dió notable pena, por no poder vengarse del todo. No lo creyó, y andando buscándome por la casa, que es grande, llegó entonces la justicia á ella, que habiendo llegado adonde estaba muerto don Fernando, de su criado, que aún estaba con vida, supo quién fué el que le había muerto. Fué preso don Rodrigo y llevado á la cárcel, donde se le entregó al alcaide; buscáronme luego en casa, y visto que no parecía, con la luz que le dieron las criadas de la ficción de don Esteban, fueron á su casa al tiempo que él venía de su jornada, que era bien tarde; diéronle cuenta de lo sucedido, trayéndole al difunto hermano á su presencia; y llamando él al criado que gobernaba su casa, le dijo un mozo de caballos que él le había ensillado dos, en que se había partido en compañía de una mujer. No quiso oir más el alcalde de la justicia, que era quien hacía la averiguación para mandar despachar gente por los caminos que procurasen detenerme á mí y al criado, y á don Esteban dieron la casa por cárcel, con guardas de vista.

Esto fué lo que dijo el forastero, con lo cual el criado determinó tomar otro camino del que había pensado y venirse á esta corte; así lo ejecutó, y nos venimos por extrañas veredas á deshoras hasta Madrid, donde habrá que llegamos como un mes, poco más; desde aquí escribió el criado de don Esteban á su amo mi llegada á esta corte, y con la pena que estaba, así de saber que estuviese preso como de carecer de su vista. En respuesta de esta carta vino otra, no como yo esperaba; porque ¿qué culpa tenía yo de la muerte de don Fernando? ¿Mandéle yo matar, por ventura? Si mi hermano lo hizo, ¿era justo tener el enojo contra mí? Lo que la carta contenía era que luego que la leyese se partiese de Madrid y me dejase. Fuerte mandato le pareció á Leandro, que así se llamaba el criado de don Esteban, al cual pareciéndole mal que usase de este rigor con quien no se le había merecido y le costaba muchas lágrimas, le significó cuánto me debía, y que pagaba un firme amor que le tenía con ingratitud, y que aun-

que perdiese su gracia no había de dejarme. Esta carta se le envió á don Esteban por la estafeta: desconsiderada resolución de Leandro, no advirtiendo las diligencias que se hacían para saber dónde yo estaba. Andaba el alcalde de la justicia solícito en esto, y vino á dar con la carta enviada por la estafeta, y por ella supo dónde estaba yo. Habiendo sido Leandro el que me había traído, y no obstante que vieron el despego con que don Esteban me trataba, se persuadieron á que por su orden me habían traído aquí, y que después se había cansado de mí; con esto doblaron las guardias á don Esteban, que le pedía don Rodrigo mi hermano la honra de su casa, y don Esteban á don Rodrigo la muerte de su hermano don Fernando. Determinóse el alcalde de la justicia, sin darse por entendido de dónde yo estaba, á despachar un alguacil, para que con una requisitoria me trajese á Sevilla, y á Leandro preso en mi compañía. Había sido el alguacil hijo de un criado de mi hermano, y dióle cuenta del caso, para ver qué determinaba que hiciese, el cual le mandó que hiciese cuanta apretada diligencia pudiese en Madrid para hallarme, y que hallada, avisase con un propio. Esto me avisó un criado de mi hermano que oyó hablar á don Rodrigo con el alguacil, sabiendo la parte donde por entonces me tenía Leandro, que sabiendo esto, me mudó de posada, y se vino cerca de estos barrios.

Ayer, que salía acompañada de la huéspeda de casa á tomar el fresco en el campo de Leganitos, al volver de una esquina, ví á mi hermano en el más extraño traje que se puede imaginar; venía con una capa parda de las que usan traer los labradores manchegos, una montera parda, capotillo de dos faldas del color de la capa y polainas, con calzoncillos de lienzo; extrañé su disfraz, y alteróme de manera, que apenas pude dar un paso adelante. La compañera que me llevaba de la mano reparó en esto, y preguntóme la causa de mi susto; yo se la dije y cuán temerosa estaba de que me había conocido. Confirmé esta sospecha con verle enderezar con pasos algo acelerados hacia la parte

donde estaba; viendo esto mi compañera, me dejó y se entró en una casa. Yo, con la turbación que tenía, sin reparar en que me dejase, aceleré pasos y valíme de vuestro amparo, de que hago la estimación que es justo, pues si no eligiera vuestra casa, que es ya sagrado para mí, creo lo pasara mal. El que mi hermano no me haya seguido he extrañado mucho, no sé qué haya sido la causa, que tengo por sin duda que no reparó en mí, aunque me lo pareció, porque á hacerlo, es sin duda que me siguiera, y mi vida corriera peligro. Esta es mi infeliz historia; yo me hallo bien confusa en no saber en qué hayan parado las cosas de don Esteban y en ver á mi hermano aquí libre de la prisión donde le dejé.

No se holgaron poco las dos hermanas de oir la relación que doña Clara les hizo de sus trabajos, por sacar de ella que el embozado á quien ellas hablaron las noches pasadas era don Rodrigo sin duda alguna, porque las señas que daba de su vestido conformaban con las que ellas habían visto en el disfrazado caballero; quien con más exceso se alegró era Serafina, que deseaba que aquel entendimiento, cortesía y demás partes que en él había conocido fuese en sujeto principal, y así se persuadió siempre á esto. De nuevo consolaron Serafina y Teodora á doña Clara, dándola nuevas esperanzas que todo pasaría en bien con el favor del cielo, en quien esperase que la había de remediar sus trabajos. Con esto se durmieron hasta la mañana, aunque doña Clara, con la pena que tenía, no lo pudo hacer como Teodora, que vivía sin cuidados, que Serafina ya tenía los que bastaban para no sosegar con descuido, y así, fué ella quien más noticia podía dar del desasosiego de su huéspeda.

Parecióle á doña Clara el día siguiente escribir un papel á Leandro á la posada, en que le daba cuenta de dónde estaba y la causa que la obligó á quedarse allí, de la cual ya tenía noticia por la huéspeda, que volvió asustada y con pesar de haber perdido á doña Clara. Quien mayor le recibió fué Leandro, que con amor y lealtad servía á esta

dama desde que la sacó de Sevilla, y aunque pudiera hacer diligencias por saber dónde estuviese, no osó salir de casa, por el aviso que tenía de que los andaban buscando en Madrid por orden de la justicia. Admiróse mucho de que don Rodrigo se hubiese venido á Madrid, habiéndole dejado preso, y trató de vivir con más cuidado porque no le encontrase, por saber de su resolución que donde quiera que fuese le quitaría la vida. Con esto, en anocheciendo fué á verse con doña Clara, consolándola en su aflicción, diciéndole que todas aquellas cosas habían de parar en bien. Dió las gracias á la madre de Serafina y Teodora de la merced que hacían á doña Clara, y díjoles que con su licencia quería llevarla á la posada; no se lo consintieron, enojándose mucho, así de que tratase de mudarla en ocasión que corría peligro su vida como de que lo hiciese por temer que les causaría fastidio, que aunque estuviese años en su casa, no le podría dar á quien con tanto gusto la servía. De nuevo les rindió gracias doña Clara, con que Leandro se volvió á su posada; halló en ella una carta de don Esteban, que le reprendía de su inadvertencia de haberle escrito por la estafeta, habiendo otros modos como hacerlo, que había esto sido causa de despachar juez á prenderlo; de que le dieron aviso á don Esteban que se pusiese en cobro, y también la persona de doña Clara, hasta que él avisase otra cosa, tratando de servirla y regalarla con mucho cuidado. Dábale con esto aviso de cómo don Rodrigo se había salido de la cárcel engañando á los porteros de ella, y que se entendía iba á Madrid; que de nuevo le encargaba el ocultar á doña Clara y el cuidado con ella, hasta que él saliese libre de su prisión, pues al alcalde le constaba ser él tan ofendido con la muerte de su hermano como don Rodrigo con haber faltado su hermana de su casa. Mucho contento recibió Leandro con leer esta carta de su dueño, conociendo por sus razones que presto vendrían á bien estas cosas. Dió aviso de esto á doña Clara el día siguiente, con que fué parte para que se consolase y esperase presto verdad en descanso.

Este mismo día recibió doña Serafina un papel de la mano de una mujer embozada, la cual le dijo que aguardaba respuesta de él. Lo que contenía era esto:

«Como en los amantes que bien quieren es su mayor »tormento la ausencia, quien la padece, faltando la presen»cia de quien ama, suplica á la causa, si no hay otra pre»cisa que lo estorbe, se sirva de dar lugar á que ejerza la »piedad obras suyas, y cesen las del rigor de faltar tantos »siglos del puesto en que su dicha mereció el mayor em»pleo que podía esperar su deseo.»

No poco se holgó la hermosa Serafina de leer este papel, que ya acusaba al dueño de remiso ó olvidado, y no la había puesto en poco cuidado haber faltado su recuerdo, cuando ella faltaba del señalado puesto, que era descuido en él no haber sabido la causa de no verle. Pidió á la mujer embozada que esperase, y respondiendo al papel, se le entregó, el cual puesto en las manos de quien con afecto le esperaba, que era el disfrazado don Rodrigo, leyó en él estas razones:

« No merecía piedades quien con tanto descuido vive, »que lo mismo que exagera con voluntad lo trata como »con olvido; este nombre le diera antes, si no me pare»ciera la cortedad recato, y que por él se deben perdonar »los yerros, con la pena de haber padecido ausencia: de »haberla tenido hubo precisa causa, que impidió nuestra »salida. Esta noche nos veremos donde sabeis, que hay »muchas cosas que deciros. Dios os guarde.»

Contentísimo quedó don Rodrigo con la promesa de la dama, la cual comunicó su salida con su hermana en la forma que había de ser, pues por la huéspeda que tenían les parecía grosería dejarla en casa, sospechosa de su salida. Dióla muy buena Teodora, con tener á una amiga de su madre enferma, á quien pidieron licencia para ir á ver un rato; concediósela, y acompañadas de solo su escudero, se fueron á la casa de la amiga por cumplir con él, y habiendo estado allí un poco rato con la amiga, dieron la vuelta por el campo que llaman de Leganitos, y en el mis-

mo puesto señalado hallaron al disfrazado don Rodrigo en el propio traje en que hasta entonces andaba. Recibiólas con mucho gusto, exagerándoles cuánto había sentido su larga ausencia, padeciéndola con mil temores de que hubiese sido por falta de salud ó quiebra de voluntad.—Ni uno ni otro ha sido, dijo Serafina, sino haber tenido á nuestra madre indispuesta; pero cuando lo que decís fuera, bien se os ha mostrado el amor que publicais tener, pues haber dejado pasar tiempo sin procurar saber de las dos, pues no ignorábades nuestra casa, puesto que se os permitió venirnos acompañando hasta ella; ¿qué respondereis á esto? Dijo el enamorado caballero:—No falta de voluntad, que esa no la puede haber en mí, sino temor ó recelo de dar nota en vuestra casa con venir á ella ó enviar papel, hasta que ya no lo pudiendo sufrir, me resolví á lo que viste.—¿Cortedades tiene quien encarece que ama? dijo Teodora; no me parece que os disculpais derechamente. Apretaban las dos sobre ésto al caballero, y él porque se mudase plática les dijo:—Si yo como amo con voluntad dispusiera las cosas á medida de mi deseo, no errara en ninguna ocasión; mas quien tiene rudo natural, como nacido en agrestes paños, ¿cómo quereis que acierte? Vió aquí Serafina la ocasión á su propósito para lo que traía pensado, y no la quiso perder, diciéndole:—Señor don Rodrigo de Monsalve, basta el disfraz para conmigo, que ya sois conocido, y dure lo que mandáredes para vuestros vengativos intentos. Yo he sabido quién sois, y tanto de vuestras cosas, que os admirareis; con que en cuanto á disculparos, no teneis salida. Decid vos que habeis andado ocupado en cosas tocantes á lo que venistes de Sevilla aquí, saliéndoos de la prisión, y nos daremos por satisfechas, yo á lo menos, que deseo sumamente vuestra quietud y que todos vuestros negocios se hagan como deseais. Absorto se quedó don Rodrigo sin poder hablar: tal le tenía la turbación, admirado de cómo podía ser conocido de aquella dama andando en aquel traje, y no habiendo puesto los piés jamás en Madrid. Discurrió sobre esto, de modo que el callar

tanto aseguró á las damas que era él. Lo que le respondió á Serafina fué:—Señora mía, yo no sé qué es lo que me decís con rebozos; mi nombre no es ese, ni yo nací con tal dicha que merezca ese noble apellido que me dais; vos me habreis tenido por otro de quien os han dicho algo, que en cuanto á mí, estoy seguro que no me ha traído cuidado alguno á Madrid, sino ver la corte, y mi venida ha sido importante á ella.—Á buscar á vuestra hermana, acudió Teodora; no hay que encubriros, que de vuestras cosas sabemos las dos mucho, y os diremos cuánto hay en esto si gustais. Volvió don Rodrigo á turbarse y ellas á apretarle de modo, que por saber él cómo habían tenido noticia de sus cosas, vino á confesar ser don Rodrigo de Monsalve y quien decían.

Holgóse sumamente Serafina de que le hubiese salido cierto lo que ella tenía por dudoso, habiendo con cautela habládole; y así, en conformidad de haber confesado quién era, se sentaron en otro puesto menos juzgado que aquel, y don Rodrigo refirió de nuevo su historia sin discrepar en nada de cuanto habían las dos damas oído á doña Clara; solo lo que varió en ella fué, no el decir que venía á Madrid en busca de su hermana, sino que habiendo estado preso por la muerte de don Fernando, y salido de la prisión engañando á los porteros de ella, se había venido á Madrid disfrazado para estarse así en tanto que se componía la muerte, y la fuga de su hermana decía que había sido para Lisboa, adonde pretendía ir presto en busca suya. Bien quisiera Serafina componer aquellas cosas por la seguridad de doña Clara y por tener en Madrid más quieto á don Rodrigo, mas parecióle temprano, que quiso tenerle más obligado para tratar de esto. Aquella noche se ocupó toda en relaciones, y así no se trató de la voluntad, aunque á la despedida bien significó la suya don Rodrigo para con la hermosa Serafina, la cual le favoreció con decirle que estimaba su fineza, pero que deseaba saber con apretada información si dejaba algún cuidado en Sevilla, antes de determinarse á favorecerle, que ella tenía quien se lo

dijese; bien lo creyó don Rodrigo; y así, apretando en saber quién le había dicho sus cosas, no pudo conseguir el saberlo, por donde quedó con sospechas de que de su hermana se sabían, cosa que le aumentó el cuidado para hacer mayor diligencia en buscarla.

Correspondíanse estos dos amantes en amor, y estaba tan adelante esta correspondencia, que se trataba entre los dos de casamiento, enterado cada uno de la calidad del otro. En tanto la justicia de Sevilla hacía sus diligencias en buscar á don Rodrigo con requisitorias, en que le gastaron alguna cantidad de hacienda. El alguacil que había venido en busca de doña Clara y de Leandro hizo también sus diligencias en buscarlos en Madrid, pero todas en balde, por el cuidado con que Leandro vivía, habiendo mudado de posada, y no saliendo de ella sino de noche, y esto á solo visitar á doña Clara, á quien daba buenas esperanzas de que presto se había de ver empleada en don Esteban. Doña Clara era regalada de las dos hermanas sus huéspedas y de su anciana madre con mucho amor, y á ella se le habían cobrado de manera que, cuando fuera hermana suya, no se le tuvieran mayor. Deseó Serafina ver acabadas aquellas cosas y reducidas á paz por lo que interesaba, pues no tendría de asiento á don Rodrigo allí, menos que con saber dónde estaba su hermana, y para comenzar á tratar de esto, lo primero que hizo fué dar cuenta á doña Clara cómo se comunicaba con don Rodrigo su hermano. Díjole la correspondencia que había entre los dos, y asimismo con el fin que se continuaba, deseando pagarle su amor y finezas con darle la mano de esposa. No se puede exagerar cuánto se holgó la afligida dama de oir esto, pareciéndole que el cielo abría camino para que sus cosas parasen en bien, teniendo de su parte á Serafina, que era cierto había de aplacar el enojo de su hermano y alcanzarle el perdón de él.

Comunicó Serafina con esta dama qué modo ó camino se podía tomar para que don Esteban y don Rodrigo se conformasen, y ocurrióle á doña Clara este. Tiene en Se-

villa tan ganadas las voluntades de todos el Conde de Palma con su agasajo y afabilidad, que no se ofrecía en aquella ciudad cosa ardua ni dificultosa que como él la emprendiese no la alcanzase, y así todos se valían de su amparo y intercesión para todas sus cosas; en particular tenía gran suerte en componer enemistades, como se había visto por experiencia en muchas que había compuesto entre caballeros, que á no mediar su autoridad, pararan en muertes y desdichas; pues quiso doña Clara valerse del Conde para que con su intercesión se templase la justicia, y su hermano y don Esteban se compusiesen, y así se le escribió una carta en orden á esto, dándole cuenta de quién era, dónde estaba y de cómo don Rodrigo asistía en Madrid, habiendo llegado allí en su busca y el traje que traía para hacer su hecho, de modo que su vida corría peligro; finalmente, le daba cuenta de todo, y le suplicaba mediase en esto, solicitando el que don Esteban le cumpliese la palabra que le había dado casándose con ella y haciendo paces con don Rodrigo. Recibió la carta el Conde, el cual habiendo sabido de quién era y enterado también del caso, quiso servir á esta dama, como lo sabe hacer con tanta galantería y generosidad de ánimo. Vióse con don Esteban, y sin darle cuenta de la carta de doña Clara, le comenzó á persuadir tratase de cumplirle la palabra que le había dado habiendo prendas de por medio. No rehusaba esto don Esteban, que si bien estuvo algo frío cuando la fuga de su dama, entonces estaba tan enamorado y deseoso de verla como á los principios de su amor; lo que sentía era ver que don Rodrigo no hubiese acometido á tratar de que esto se hiciese, estándole tan bien á su honor; de modo que don Esteban vivía quejoso de dos cosas: la una, de la muerte de su hermano, y la otra, del despego de don Rodrigo en no haber tratado de conciertos. Á todo esto se obligó el Conde que pondría la mano en ello; y dejando á don Esteban muy en hacer cuanto le pedía, trató con la justicia que esto viniese á concierto, perdonando don Esteban la muerte de don Fernando, con que aplacó su rigor,

y don Esteban tuvo libertad con una fianza de estar á lo que le sentenciasen. Esto sabido en Sevilla, no sabiendo el Conde adónde había de dar aviso de lo que había hecho á doña Clara, se resolvió de irse á Madrid; en su compañía se llevó á don Esteban y á un primo de este caballero, natural de Córdoba. Tuvo aviso de esto don Rodrigo por su confidente, y holgóse que el negocio tuviese este concierto.

En tanto que llegaban á Madrid el Conde, don Esteban y su primo, la hermosa Serafina, viéndose una noche con su don Rodrigo, le dijo cómo su hermana se comunicaba con ella y era muy su amiga, de quien había sabido todos sus sucesos; y que si le importaba su empleo, entendiese que primero había de preceder el perdón de ella que el darle su mano. Ya tenía doña Clara noticia por Leandro de cómo el Conde de Palma había reducido á don Esteban y lo traía consigo á Madrid, que así se lo había don Esteban escrito. Viendo don Rodrigo esto, con mucha facilidad dijo que perdonaría á su hermana por lo bien que le estaba darle su mano después. Agradecióselo Serafina, y mandóle que para la noche siguiente mudase de traje y viniese á su casa, adonde estaría su hermana con ella aguardándole, que no quería más rebozos ni guardarse de su madre. Obedecióla don Rodrigo, el hombre más contento del mundo; y así, luego que vino la noche, con un bizarro vestido de color vino á casa de Serafina acompañado de dos criados lucidos con una vistosa librea. Fué recibido de la hermosa Serafina y de su hermana Teodora y llevado á la presencia de su madre, á quien había Serafina dado cuenta de todo el suceso y de la afición que este caballero la tenía con el fin de ser su esposo. Allí halló don Rodrigo grandes agasajos en los brazos de doña Blanca, que así se llamaba la anciana señora, y muchas lágrimas en los ojos de su hermana, que postrada á sus piés le pedía su mano y perdón de haberle sido causa de sus disgustos. Don Rodrigo la abrazó sin muestra de enojo alguno, y aquella noche estuvo dos horas de visita muy gustoso, siendo fa-

vorecido de los ojos de su Serafina, que por estar en la presencia de su madre, no se extendió á más el favor. Supo don Rodrigo cómo su hermana era huéspeda de doña Blanca y sus hijas y por el camino que había venido allí, que fué ponerle en muchas obligaciones, estimando el gran favor que la habían hecho. Con esto se acabó la visita, mandándole en secreto Serafina que volviese á verla todos los días, cosa que don Rodrigo obedeció con mucha puntualidad por lo que en hacerlo interesaba.

Llegó el Conde de Palma á Madrid con los caballeros que le acompañaban, y sabiendo Leandro la casa que le tenían apercibida para posar, acudió á ella á verse con su dueño, el cual se holgó mucho con él; preguntóle luego por doña Clara, de cuya salud le dió muy buenas nuevas, y asimismo de todo cuanto pasaba y se ha dicho, porque así se lo había mandado doña Clara. Holgóse don Esteban de tener esto vencido y que don Rodrigo la hubiese hablado y visitase, y así se lo dijo luego al Conde, el cual el siguiente día, llevando consigo á don Esteban y á su primo en su carroza, se fué á casa de doña Blanca, guiado de Leandro; fué en ocasión que acertó á estar allí don Rodrigo, cosa de que el Conde recibió mucho gusto. Pidió licencia á doña Blanca para visitarla; túvola, y en su presencia careó los dos caballeros enemigos antes, á quienes hizo amigos luégo. Y para aumentar más su gusto, llamando al párroco, don Esteban dió la mano de esposo á su doña Clara, y don Rodrigo á doña Serafina. Habíale parecido bien á don Sancho de Godoy, primo de don Esteban, la hermosa Teodora, y quiso que á estas bodas acompañase la suya; informó el Conde de quién era, y así se dieron las manos. La fiesta de las velaciones celebraron muchos caballeros mozos de Madrid con una lucida máscara, á que se siguieron muchos saraos, siendo todo fiestas un mes que estuvieron en la corte, el cual pasado, se volvieron á Sevilla todos tres contentos con sus queridas esposas, despidiéndose del Conde de Palma con muchos agradecimientos que le dieron por el favor que les había hecho.

ÍNDICE

Páginas

ADVERTENCIA PRELIMINAR. v

VIDA DE DON GREGORIO GGUADAÑA

CAPÍTULO I.—Cuenta don Gregorio su patria y genealogía. 9
CAP. II.—Cuenta don Gregorio su nacimiento prodigioso. 17
CAP. III.—Viaje de don Gregorio, de Sevilla á Madrid, y lo que le sucedió en Carmona. 25
CAP. IV.—Lo que le sucedió á don Gregorio saliendo á rondar con el juez en Carmona.. 37
CAP. V.—Lo que le sucedió á don Gregorio hasta salir de Carmona.. 45
CAP. VI.—Sale de Carmona don Gregorio, y cuenta lo que le sucedió en una venta de Sierra-Morena.. 59
CAP. VII.—Llega don Gregorio á Madrid y da cuenta de lo que le sucedió con un pariente suyo y con un alguacil de corte, y otros sucesos. 69
CAP. VIII.— Cuenta don Gregorio la desgracia que le sucedió con el alguacil Torote, por cuya causa le prendieron. 77
CAP. IX.—De lo que le sucedió á don Gregorio hasta salir de la cárcel. 81
CAP. X.—De lo que le sucedió á don Gregorio con los amigos de don Cosme y el juez. 87
CAP. XI.—De lo que le sucedió á don Gregorio con el juez sobre el suceso del antecedente capítulo. . 93

PÁG.

CAP. XII.—De lo que le sucedió á don Gregorio con el alguacil Torote y sus amigos. 103
LOS TRES HERMANOS. 111
EDUARDO, REY DE INGLATERRA. 127
NADIE CREA DE LIGERO. 165
LOS PRIMOS AMANTES. 175
LA VENGADA Á SU PESAR. 211
EL HERMANO INDISCRETO. 235
EL CASTIGO DE LA MISERIA. 275
EL DISFRAZADO. 307

U. C. BERKELEY LIBRARIES
C041577839

PER ANGUSTA AD AUGUSTA